**Resignificación, reacomodo e intercambio de capitales en
parejas globales: el caso de matrimonios de mujeres post-
soviéticas y mexicanos**

Tesis de Doctorado

Maestra en Sociología Ingrid Ots

Directora de tesis:

Dra. María García Castro

Miembros de Jurado:

Dra. Olga Sabido Ramos

Dra. Soledad Jiménez Tovar

Dr. Denis Zuev

Dr. Eduardo Torre Cantalapiedra

Ciudad de México a 15 de marzo de 2021

RESUMEN

Esta tesis se enfoca en los matrimonios entre hombres mexicanos y mujeres post-soviéticas quienes residen en México, y en la definición y el análisis de capitales que se movilizan en distintos momentos de su relación. Basándose en el enfoque estructural-constructivista, la investigación considera cuatro ejes de exploración: estructuras de poder, división del trabajo, vínculos emocionales e imaginarios de género. A partir del análisis de las entrevistas a profundidad con parejas y mujeres residentes en México así como de la etnografía de comunidades virtuales, la investigación rastrea cómo interactúan discursos y prácticas de género en los contextos doméstico y laboral. El estudio destaca la utilidad del uso de la categoría analítica de capital para los análisis de familias, en este caso en un contexto transnacional y multicultural, enfocándose sobre todo en los capitales simbólicos tales como el capital emocional, el capital cultural y el capital erótico.

Palabras clave: familias globales, migración marital, orden de género, capital simbólico, capital emocional, capital cultural, capital erótico

AGRADECIMIENTOS

ÍNDICE DE TABLAS

INTRODUCCIÓN

- a) Planteamiento del problema
- b) Objetivo y pregunta de la investigación
- c) Justificación del estudio
- d) Estructura de la tesis

PRIMERA SECCIÓN: ANTECEDENTES

I. EL MATRIMONIO A TRAVÉS DE LOS SIGLOS: LA CONSTRUCCIÓN DEL IMAGINARIO ACTUAL

- a) Amor romántico, compañerismo y el matrimonio como proyecto individual
- b) El régimen romántico y el régimen de elección
- c) La transformación de familia y cambios en las jerarquías de género: ¿el fin de dominación masculina?
- d) Conclusiones

II. NUEVAS FORMAS DE RELACIONES AFECTIVAS Y VIDA DOMÉSTICA

- a) Las “novias por correo”: la construcción del otro en las investigaciones de mercados matrimoniales
- b) ¿Quién gana qué en las familias globales?
- c) Poblaciones móviles de la ex URSS y Europa de Este: “las esposas rusas” y las migrantes laborales
- d) Conclusiones

III. EL ÓRDEN DE GÉNERO EN LA URSS Y DESPUÉS: IMAGIONARIOS, POLÍTICAS Y DISCURSOS

- a) Género en el territorio soviético y el Estado
- b) Antes de la Revolución de Octubre: el orden de género antiguo frente la modernización

- c) Las políticas estatales de género en la URSS (1917-1985): cómo los ideales de “la madre trabajadora” y “el protector de la Patria” llegaron a dominar el imaginario social soviético
- d) La diversificación de los contratos de género en la sociedad neoliberal
- e) El “nuevo tradicionalismo” de Putin y discursos alternativos
- f) Conclusiones

SEGUNDA SECCIÓN: MARCO TEÓRICO Y METODOLÓGICO

IV. LA PERSPECTIVA ESTRUCTURAL-CONSTRUCTIVISTA EN LOS ESTUDIOS DE GÉNERO Y LA DISCUSIÓN DEL CONCEPTO DEL CAPITAL

- a) Mirada al género desde la teoría de Bourdieu
- b) La propuesta de Connell: orden de género y los ejes de su estudio
- c) El concepto de capitales como herramienta analítica
- d) El atractivo erótico como el nuevo capital
- e) Las concepciones del capital emocional: de habilidad innata a recurso y privilegio
- f) La mercantilización de vida privada y relaciones íntimas
- g) El dinero y la intimidad: la perspectiva de Zelizer
- i) Conclusiones

V. DISEÑO DEL ESTUDIO

- a) Objeto de estudio
- b) Recolección de datos: entrevistas en profundidad
- c) Recolección de datos: comunidades virtuales en Facebook
- d) Recolección de datos: observaciones etnográficas y auto-reflexión

TERCERA SECCIÓN: PRESENTACIÓN DE DATOS

VI. “EL NUEVO MUNDO” DE TRABAJO: APLICANDO CAPITALES EN EL ÁMBITO LABORAL

- a) El perfil laboral de la migrante post-soviética en México
- b) Trayectorias profesionales de mujeres: ¿seguir, cambiar o abandonar la carrera
- c) La actividad laboral de mujer desde el punto de vista de hombres
- d) Riesgos asociados con la dependencia económica

e) Conclusiones

VII. LA DIVISIÓN DE TAREAS Y RESPONSABILIDADES EN EL HOGAR

- a) Labor doméstica como eje de análisis en el contexto transcultural particular
- b) El capital económico y los roles de género
- c) Hacia la división de la carga doméstica equitativa
- d) Las prácticas intermedias: “ayudar” en casa y “para que no se le complique”
- e) Las prácticas maternas y paternas
- f) Conclusiones

VIII. LAS TRANSACCIONES MATERIALES EN EL HOGAR: CONFLICTO, CONTROL Y ACUERDOS

- a) El control de las finanzas como herramienta del poder en las familias
- b) Los pagos y la actuación de género
- c) La clase social como factor en la gestión de dinero
- d) Conclusiones

IX. ¿MARCADORES DE DISTINCIÓN?: CAPITAL CULTURAL Y CAPITAL ERÓTICO

- a) Introducción
- b) Educación en la URSS: comprensiva, accesible, universal
- c) Capital cultural en la era de Tinder
- d) La sexualidad después de la URSS: de “todo prohibido” a “todo permitido”
- e) Feminismo y sexualidad en Rusia: discursos estatales y discursos alternativos
- f) “Raza blanca”, estructuras de prestigio y capital erótico en México
- g) Provocación de celos en las relaciones íntimas
- h) Conclusiones

X. CAPITAL, AFECTO Y GÉNERO: MANEJO Y PRESENTACIÓN DE EMOCIONES EN PAREJA

- a) Introducción
- b) Socialización y educación emocional en México y sus efectos
- c) El estilo comunicativo de mujeres

- d) Apoyo emocional y abuso psicológico
- e) Hallazgos: el papel de las redes sociales en construcción de capital social y emocional y la diferencia en estilos de comunicación de afectos como atractivo mutuo

CUARTA SECCIÓN: DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

XI. DISCUSIÓN DE HALLAZGOS

- a) Consideraciones generales
- b) Intercambios de capitales y tipos de transacciones
- c) El capital erótico: reivindicación y crítica
- d) ¿Qué clase de poder tienen las mujeres en las relaciones?
- e) Discursos de género nostálgicos y discursos de género utópicos

XII. CONCLUSIONES

- a) Aportaciones de la tesis para el estudio de capitales
- b) Limitaciones del estudio realizado
- c) Propuestas para reflexión

BIBLIOGRAFÍA

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a todos los miembros de mi jurado por sus comentarios y sugerencias que han ayudado que esta tesis sea más delimitada y rigurosa. No me hubiera avanzado sin ustedes.

A Anna Temkina y Elena Zdravomyslova y al programa de los Estudios de Género en la Universidad Europea de San Petersburgo por la oportunidad de estancia académica allí en 2018.

A Alexia Bloch por leer mi propuesta de investigación y sugerir la bibliografía adecuada así como a Priscilla Cedillo por ayudarme a afinar mi pregunta y marco teórico.

A la coordinación del posgrado en Sociología y la Division de Ciencias Sociales en la UAM Azcapotzalco por el apoyo que me han otorgado para participar en conferencias internacionales y para la estancia académica.

A Camila Pastor por dejarme compartir uno de los capítulos con sus estudiantes.

Y a mis amigos y mi familia que me han apoyado en distintos momentos difíciles y nunca dejaron de creer en mis habilidades.

ÍNDICE DE TABLAS

1. Las cualidades deseadas en hombre/mujer y esposo/esposa según la encuesta nacional en Rusia (Instituto de Sociología de la Academia de Ciencias de Rusia, 2012)	p. 52
2. Extranjeros residentes en México de procedencia de los países de ex bloque soviético con una forma migratoria vigente temporal o permanente al 31 de octubre de 2009.....	p. 80
3. Extranjeros en México mayores de 15 años de los países de ex URSS situados en Europa de Este con una forma migratoria de residencia temporal o permanente.....	p. 81
4. Lista de informantes (entrevistas a profundidad)	p. 87
5. Lista de informantes clave (entrevistados formalmente con el fin de recolectar más datos)	p. 88
6. Rasgos percibidos dentro de la interacción sexual-afectiva.....	p. 167

INTRODUCCIÓN

a) Planteamiento del problema

La realidad social que estudia esta tesis tiene que ver con la nueva movilidad global (Sheller y Urry, 2006), tanto espacial como social, y las relaciones afectivas que se dan gracias a aquella. Hoy en día las interacciones entre culturas crecen cada vez más y son cada vez más profundas, y, como consecuencia, crece el número de familias globales, familias que “proceden de distintos países y continentes, cuyo concepto del amor y la familia está condicionado por la cultura de la cual proceden” (Beck y Beck-Gernsheim, 2012: 16). Los matrimonios internacionales, multiculturales y multiétnicos forman parte de un fenómeno cada vez más extendido, sobre todo en los países desarrollados (Ponomareva *et al.*, 2018), pero también en otras localidades.

Esta nueva movilidad acelerada entre espacios previamente experimentados como lejanos arroja luz sobre la diversidad y pluralidad de contextos y las prácticas distintas que los caracterizan. Como las familias globales son nuevos campos de encuentro enteramente mixtos desde el punto de vista social, se convierten en la arena donde se entrelazan distintos imaginarios, discursos y prácticas. Sus integrantes, tanto los que salen de sus países de origen y comienzan una relación afectiva en el extranjero como los que se quedan en su país natal pero experimentan otra cultura a través de la relación afectiva con el otro o la otra, entran en interacciones con diferentes sistemas de género y, al mismo tiempo, son portadores y portavoces de estos sistemas.

Podemos apreciar entonces que, como parte de esta tendencia global, en años recientes un considerable número de mujeres ha salido de sus países de origen y, haya sido su intención originaria o no, han terminado en una relación afectiva en el extranjero. Los estudios de familias globales tienden a enfocarse en las mujeres “exóticas” y los hombres en el Occidente (Starr y Adams, 2016), haciendo caso omiso a otras combinaciones en la intersección de estructuras postcoloniales y prácticas de género dentro de espacios privados. La región de la ex URSS, en los años posteriores a la caída de sistema soviético de fronteras, conocido por la migración laboral y matrimonial sobre todo hacia Occidente, se caracteriza cada vez más por la diversificación de destinos y objetivos migratorios (Denisenko, 2015). En caso de migración de mujeres post-soviéticas, a la par con rutas establecidas hacia Estados Unidos y Europa, existen otros flujos migratorios importantes, por ejemplo, hacia Turquía (Bloch, 2017) y, más

recientemente, hacia los países de América Latina (Ryazantsev y Sivoplyasova, 2018). Estas rutas menos habituales aún han sido poco estudiadas, y todavía menos investigaciones han seleccionado el enfoque en la formación de lazos afectivos entre migrantes y nativos. Como lo apunta Bloch (2017: 40):

[...] few scholars have considered how the politics of race and desire unfold when economic capital is held by racially “non white” men and symbolic capital in the form of education and sex appeal is held by “white” women who are, nonetheless, economically unstable and therefore mobile¹.

A pesar de que en el imaginario global México no figura entre los destinos más populares para la migración matrimonial, en comparación con Estados Unidos y Canadá, se destaca por las barreras legislativas menos complejas y puede estar a mayor alcance para algunas poblaciones en cuanto a la facilidad de cruce de frontera y asentamiento legal en el país. Como consecuencia, en las últimas dos décadas se observa un incremento consistente del número de mujeres de la región post-soviética europea² que han llegado a México (Dolútskaya, 2016) y han establecido lazos conyugales en el país. Considero que es pertinente, entonces, examinar las relaciones que se construyen dentro de estas familias, precisamente porque se abre la posibilidad de examinar los temas del poder, igualdad y género desde posturas no hegemónicas y desde una perspectiva multisituada.

b) Objetivo y pregunta de investigación

Mi estudio apunta a las tensiones potenciales que surgen cuando las tecnologías y la globalización posibilitan las nuevas oportunidades de estructurar la vida privada. En el caso de las mujeres post-soviéticas, ellas suelen tener ciertos tipos de capitales simbólicos, los cuales les permite ser percibida como una esposa deseada en el mercado matrimonial en México, dado que la figura de la cónyuge extranjera refleja y encierra ciertas dimensiones de estructuras de prestigio dentro de clase media y media alta

¹ [...] Pocos estudiosos han considerado cómo se desarrollan las políticas de raza y deseo cuando el capital económico es poseído por hombres racialmente "no blancos" y el capital simbólico en la forma de educación y atractivo sexual lo tienen las mujeres "blancas" que, sin embargo, son económicamente inestables y por lo tanto móviles.

² Con ese nombre genérico denominamos los quince republicas que antes pertenecían a la URSS: Estonia, Letonia, Lituania, Bielorrusia, Moldavia, Ucrania, Rusia, Georgia, Armenia, Azerbaiyán, Kazajistán, Uzbekistán, Kirguistán, Turkmenistán y Tayikistán.

mexicana (por ejemplo, la piel blanca, cierta apariencia “europea”, la educación, o las prácticas culturales de lectura y el dominio de idiomas). Por otro lado, el hecho de que la mujer posea esos capitales no significa automáticamente que puede aprovecharlos en un entorno social que es nuevo para ella, o que puede convertirlos en el capital más universal de todos, el capital económico, o que estos capitales serían útiles para lograr una relación más igualitaria en casa.

El objetivo puntual de la tesis es definir los capitales de los integrantes de estos matrimonios multinacionales y rastrear cómo la realización y el intercambio de capitales influye en sus relaciones intrafamiliares, a partir de análisis de cuatro ejes: los imaginarios de género que están atrás de las prácticas de agentes, las estructuras de poder, la división del trabajo y las afectividades. Tomando como mi punto de partida el enfoque estructural-constructivista de Bourdieu (2013) y Connell (1987) y las teorías de la mercantilización de la vida íntima de Illouz (2007, 2012) y Hochschild (2012), realicé un estudio centrado en los capitales de las parejas que se casaron y residen actualmente en México. La pregunta principal que guía esta investigación es:

¿Qué capitales poseen los integrantes de las familias formadas por un mexicano y una mujer post-soviética y cómo estos capitales son manifestados y movilizados en diferentes etapas de su relación?

c) Justificación del estudio

Para México, no he encontrado los estudios cualitativos de la migración por matrimonio de la región post-soviética, probablemente debido al hecho que el tamaño de la diáspora aquí es muy pequeño y su mayor crecimiento se ha dado en los últimos diez años. Se puede afirmar que esta migración forma parte del flujo creciente de individuos más móviles, sobre todo mujeres, que se trasladan a los países del Sur global para asentarse allí o nada más para atravesarlos (Ryazantsev y Sivoplyasova, 2018) pero de este tipo de descripción escapa la complejidad social de ese fenómeno. Aparte de la posibilidad de llenar el hueco en el conocimiento sobre esta comunidad específica, un estudio cualitativo de estas familias globales permite un análisis multidimensional del uso, el desarrollo y la resignificación de diferentes tipos de capitales en relación con el contexto social específico, pues nos ofrece la oportunidad de rastrear cómo las normas de género de la cultura local interactúan con las normas que encarnan mujeres de

procedencia muy distinta. Por lo tanto, desde el principio este estudio fue concebido como uno cuyo fin no es aplicar ciertos conceptos generalizadores a la población y definir el grupo social en cuestión sino hacer una exploración que permitiría probar y desarrollar conceptos, categorías y sus propiedades.

d) Estructura de la tesis

En la sección de la tesis de antecedentes teóricos hago un esbozo en el cual considero diferentes macroestructuras que ordenan o han ordenado la práctica de matrimonios internacionales. El primer capítulo habla de la historicidad del imaginario del matrimonio moderno y su conexión con el vínculo afectivo amoroso y el sostén económico. Pasando por la unión basada en la tradición y el arreglo entre familias, el matrimonio de compañerismo fundado a partir de una relación amorosa mutua hoy en día llegó a formar un imaginario común, aunque a menudo meramente prescriptivo. Al mismo tiempo, los valores de autorrealización, autonomía y libre elección promovidos por el discurso neoliberal entran en tensión con el modelo del matrimonio de antaño, basado en lealtad y sacrificios personales. Como si esto fuera poco, las formas de familia están diversificado cada vez más, y el creciente énfasis cultural en la igualdad y la equidad entre géneros ha transformado el campo doméstico en un terreno de constantes arreglos y cambios donde la asignación de poder y de roles ya no está dada de antemano.

El segundo capítulo de la misma sección es una exposición panorámica del debate sobre la posición social de mujeres que cruzan fronteras para casarse con los hombres, y que, en el Occidente, a menudo está concebida en términos dicotómicos: de víctimas domesticas de abusos dentro de hogares, o de cazafortunas pragmáticas movidas por el cálculo económico. Las mujeres del territorio post-soviético, en particular, han sido descritas en los discursos occidentales hegemónicos como “desesperadas” y “vulnerables” a la vez (Bhattacharyya, 2002: 110). Los estudios etnográficos, sin embargo, muestran que las motivaciones detrás de la migración por motivos conyugales son muy diversas, al igual que las dinámicas interpersonales que llegan a tener. Muchas buscan alcanzar el ideal moderno de un matrimonio del compañerismo más igualitario, aunque este modelo puede también mezclarse con la asignación de roles instrumentales más tradicionales. En el mismo capítulo considero también cómo las herramientas que brindan las tecnologías modernas han roto las barreras sociales, culturales y geográficas

de los mercados matrimoniales de antaño, creando un mercado nuevo, potencialmente con un alcance global.

El objetivo del tercer capítulo es rastrear los orígenes de la construcción de los imaginarios de género soviéticos y hacer un panorama general de la situación actual en el territorio de los países post-soviéticos, caracterizada por la creciente pluralización y diversificación de discursos y normas. Al mismo tiempo, el texto pone énfasis en las fricciones que surgen cuando las prácticas de género desvían del orden de género hegemónico que, en el caso de Rusia actual son evidentes, por ejemplo, en las representaciones de sexualidad. El capítulo muestra que las prácticas de mujeres y hombres soviéticos reflejaban tanto las normas patriarcales de género como las nuevas normas aparentemente igualitarias apropiadas para el proyecto socialista y promovidas por iniciativas del Estado, así como también las desviaciones sistemáticas de ambas. En parte debido a la brecha entre la ideología oficial y las experiencias vividas, las estrategias estatales que a menudo resultaban en el control sobre determinados aspectos de la vida privada fueron uno de los principales objetos de crítica y resistencia con las reformas de *perestroika* y después de la caída de la URSS.

La segunda sección, la cual presenta y delimita los lentes teórico-metodológicos de la tesis, consiste de dos capítulos. En el primero expongo argumentos y aportaciones principales de la teoría estructural-constructivista y, más específicamente, su postura acerca del estudio de las asimetrías de género. Muestro que, en este sentido, es muy valioso el concepto del orden de género de Connell (1987) con su énfasis en el análisis de las prácticas, junto con los discursos tanto hegemónicos como alternativos. Posteriormente dirijo la atención al concepto del capital simbólico (Bourdieu, 1986), concentrándome sobre todo en dos capitales, - capital erótico y capital emocional, - y rastreando como su reconfiguración ha transformado el campo de las relaciones afectivas. El segundo capítulo presenta el diseño metodológico de la investigación, delimitando el objeto del estudio y justificando los métodos de recolección de datos que ha empleado el estudio, principalmente entrevistas en profundidad y etnografía digital.

La tercera sección de la tesis presenta los hallazgos de la investigación empírica producida en el curso del doctorado. En el primer capítulo de esta sección analizo cómo las mujeres post-soviéticas se insertan en el mercado laboral mexicano, qué capitales y

habilidades emplean de manera más eficiente en sus campos profesionales y cómo están sus prácticas en el mundo de trabajo y en el seno de la familia con su *habitus* de género (en términos generales, los esquemas de percepción y acción conscientes y no que definen lo femenino y lo masculino). El capítulo abarca los temas de la movilidad social y la dependencia económica de las mujeres migrantes de sus maridos así como el análisis de dificultades y obstáculos que enfrentan las mujeres, tanto en la sociedad de acogida en general como en el espacio privado.

El siguiente capítulo analiza diferentes formas de organización de la labor doméstica y los acuerdos entre maridos para repartir tareas y responsabilidades. Se toma en cuenta la diversificación de prácticas de género en el ámbito privado y al mismo tiempo la conservación de las pautas que se asocian con roles binarios. Un eje importante es la consideración de la ampliación de las herramientas que en esa esfera brinda el mercado y, como consecuencia, el proceso creciente de la mercantilización de la vida privada. El capítulo intenta resaltar la relación intrínseca entre la mercantilización y los capitales que invierten, emplean y acumulan individuos para adaptarse a presiones y retos de la vida moderna, que se muestra ser exigente tanto para hombres como para mujeres.

El tercer capítulo en esta sección arroja luz a las prácticas de administración de los recursos materiales en el hogar. Se considera el manejo de dinero como una de las estrategias del mantenimiento del poder y el control, o como la estrategia de contestar el *statu quo*. Se revela que las transacciones materiales dentro de espacios domésticos son complejos, a menudo muy contestados y no pueden ser estudiados desde la perspectiva racional de economía solamente. Reflejan los imaginarios de género que los agentes conscientemente manifiestan tener pero al mismo tiempo apuntan hacia las tensiones entre sus ideales y acciones. Al mismo tiempo, en el capítulo se puede ver cómo las prácticas típicas para la clase trabajadora (post-)soviética entran en tensión con las prácticas de clase media en México.

El cuarto capítulo de la sección abarca la discusión del capital cultural y capital erótico de las mujeres migrantes manifestados en sus relaciones conyugales. En la primera parte, se discuten las políticas estatales educativas en la URSS y su legado en términos de la formación del capital cultural y humano; más tarde comparto mis observaciones de cómo algunas prácticas, por ejemplo, la lectura, la escritura o el consumo cultural, se manifiestan en la etapa inicial de la relación, incluso cuando esta relación empieza en

Tinder. Más adelante el capítulo hace un esbozo de los discursos hegemónicos y alternativos que han formado imaginarios acerca de la sexualidad tomando como caso particular Rusia; a base de los datos empíricos se analiza el tema de la provocación de los celos en la pareja sentimental y el empleo estratégico del capital erótico fuera de la relación conyugal.

El último capítulo de la presentación de datos se enfoca en los estilos de comunicación de emociones y afectos de los y las informantes y las percepciones de diferencias culturales de estos. Se discuten varios temas interconectados: el control de emociones y al mismo tiempo su articulación verbal, que se aprecia en las clases medias mexicanas, y las posibilidades de la lectura errónea del estilo de un contexto cultural y social ajeno. También se observa que mientras los hombres mantienen intactos sus vínculos con familia y amigos quienes les pueden brindar apoyo de todo tipo, las mujeres a menudo recurren a los medios digitales para construir lazos con otras mujeres formando y fortaleciendo capital híbrido social y afectivo que les permite encontrar el sentimiento de solidaridad, pertenencia y arraigo. Finalmente, en la sección de discusión y conclusiones se resumen los hallazgos y se proponen distintas vías para su análisis, desde la elaboración de nuevos conceptos hasta un esbozo de un esquema general para el estudio de capitales y su intercambio.

PRIMERA SECCIÓN: ANTECEDENTES

CAPÍTULO I. EL MATRIMONIO A TRAVÉS DE LOS SIGLOS: LA CONSTRUCCIÓN DEL IMAGINARIO ACTUAL

a) Amor romántico, compañerismo y el matrimonio como proyecto individual

A menudo consideramos que el vínculo conyugal es el vínculo más estrecho posible de dos seres humanos, incluso más estrecho que el que existe entre parientes consanguíneos. Pero en diferentes sociedades a lo largo de la historia, dos personas podían compartir tanto los lazos matrimoniales como el parentesco de sangre, o su reunión podía ser el resultado de arreglo entre comunidades, o bien la esposa podía ser raptada del pueblo enemigo (Maynes y Waltner, 2012). En las primeras etapas de la construcción de la familia nuclear así como la conocemos hoy en día, la mayoría de los matrimonios eran un asunto bastante pragmático, era un intercambio no solo tácito entre las dos partes, sino también explícito en la ley civil y religiosa.

Esto no significa que nuestros antepasados no conocían el amor, más bien, el significado que le asignaban era otro, tal vez más desconectado de las realidades terrenales. La raíz del cambio en el ideal del amor moderno occidental se encuentra en la Antigua Grecia. May (2011) precisa que la noción del amor como la forma universal de salvación y trascendencia accesibles a los individuos surgió como resultado de una larga historia del pensamiento tanto religioso como secular que vio al amor divino dando luz al amor humano. Lo que selló ese desplazamiento del objeto del amor fue el surgimiento de un nuevo movimiento cultural que conocemos como el romanticismo. Empezó a desarrollarse en Francia a partir de siglo XII cuando los sirvientes comenzaron a poner a mujeres aristócratas en un “pedestal” a través de rituales elaborados del cortejo (Rudman y Glick, 2008: 205). Estos rituales dieron forma a la conciencia romántica que desde entonces ha promovido las formas de expresión de las clases alfabetizadas y propietarias: la poesía, la música, las canciones y otras expresiones consagradas (Illouz, 2012: 8). Con el avance de la modernidad, la ideología del amor romántico se ha trasladado desde los cortes medievales a la actualidad preservando rituales como el cortejo, donde los hombres satisfacen los deseos de las mujeres a través de acciones y servicios en cambio de su afección. Discursivamente, las huellas del romanticismo persisten hasta hoy el día. Por ejemplo, el ideal masculino de la caballería tiene una estipulación cardinal: defender al débil, en este caso, a la mujer.

La noción del “sexo débil” queda contenida en el sistema cultural que se inspira en el romanticismo donde se glorifican el poder masculino y la fragilidad femenina como cualidades “naturales”, tales como “ser defensor” para unos y “piedad y gentileza” para otras. La inferioridad social de las mujeres puede ser intercambiada por la devoción absoluta de los hombres, que a su vez sirve como el sitio de exhibición y ejercicio de su masculinidad, fuerza y honor.

Como contrapunto al movimiento romántico, a partir del siglo XX, Freud y su escuela han enfatizado la naturaleza violenta y posesiva del amor, construyendo una narrativa alternativa del discurso de los románticos. Freud concibió la experiencia de amor como una búsqueda de satisfacción arraigada en las primeras experiencias con el entorno y las necesidades ocultas del yo. El amor es descrito en términos de una expresión libidinal, de la energía sexual mientras que el deseo de ser uno con el otro es más bien un impulso hacia la regresión a la fase primitiva del desarrollo del ser humano cuando el recién nacido todavía se siente uno con su madre (Gay, 1995). Estos deseos inconscientes, según la teoría freudiana, constituyen la fuente de tensiones y frustraciones de los seres humanos. Por lo tanto, en última instancia, el poder de tomar consciencia de ellos, controlar las pulsiones sexuales y explorar las conexiones entre experiencias vividas y conductas actuales es el camino hacia la liberación personal.

El discurso psicoanalítico, que vio su auge a finales de 1950 y principios de 1960, transformó el imaginario de la vida íntima en dos sentidos importantes. Por un lado, contribuyó a legitimar la noción de la relación afectiva y de la familia como el vehículo para autorrealización personal, más allá de lugar idóneo para procrear (Plotkin, 2001). Por otro lado, el sexo fue separado de su función reproductiva y reconstruido como una fuente legítima del placer y una importante vía de construcción de la relación con el otro; la compatibilidad sexual empezó a ser considerada como precondition para la felicidad en el matrimonio. Expertos, educados en los campos científicos nuevos de psicología, sociología y psicopedagogía empezaron a dar voz a las ideas acerca de los temas que cada vez eran más complejos en un mundo que cambiaba cada vez más rápido, donde muchos se sentían “separados ya de la tradición pero a la zaga de lo más nuevo” (Sönmez, 2018: 233). El nuevo enfoque en lo individual necesitaba de nuevas técnicas de autoconocimiento, y medios de las masas apropiaron el lenguaje del psicoanálisis, usualmente en forma simplificada y prescriptiva, para ofrecerlas.

La elección individual y el sentimiento del amor como bases en los arreglos matrimoniales empezaron a ganar terreno durante el siglo XVI, en especial en Inglaterra; llegó a América con los puritanos en el XVII y poco a poco comenzó a dominar la escena a finales del XVIII, sobre todo entre las clases medias (Yalom, 2003):

Aunque a ambas orillas del Atlántico prevalecían todavía las estructuras patriarcales, empezaba a arraigar un nuevo ideal de matrimonio de compañerismo. Este ideal, importado de la clase terrateniente inglesa por la elite de los colonos, florecía o se extendía en suelo fértil. El matrimonio de compañerismo significaba que la persona tenía el derecho de elegir a su pareja en nombre del amor. Quería decir que los cónyuges se unían fundamentalmente por afecto, amistad, respeto, valores compartidos e intereses. Implicaba que la recién formada pareja tendría una identidad separada de la de los padres y que la relación “horizontal” de la pareja sustituiría a la relación “vertical” entre padres e hijos (Yalom, 2003:186-187)

b) El régimen romántico y el régimen de elección

Estos imaginarios modernos, - culturales, religiosos y científicos, - se han fusionado en lo que Anthony Giddens (1992) llama “la nueva cultura afectiva contemporánea”, donde los individuos se unen con el fin de la búsqueda de auto-realización, atraídos mutuamente por la apariencia, la personalidad y el impulso erótico-sexual. Giddens caracteriza este nuevo individualismo afectivo sobre todo por un cambio gradual de las relaciones basadas en el amor-pasión “de ahora para siempre” hacia lo que él denomina el amor confluyente, o la “relación pura”. Se trata ya de relaciones establecidas por iniciativa propia, relativamente libres de presiones familiares y sociales, a base de expectativas de confianza y de crecimiento mutuo “hasta que los intereses o nuevos horizontes nos separen” (Giddens, 2009 en Núñez, Cantó-Milá y Seebach, 2014: 246-247). En las palabras de Giddens (1992: 58):

[Una relación pura] se refiere a una situación en la que se establece una relación social por su propio bien, por lo que cada persona puede derivar de una asociación sostenida con otra; y que se continúa solo en la medida en que ambas partes consideren que ofrece suficiente satisfacción para que cada individuo permanezca dentro de ella.

Entrando a un diálogo con Giddens, la "tesis de individualización" de Beck y Beck-Gernsheim (1995) subraya tanto la importancia de elección individual como la centralidad de afecto para el sujeto moderno, sugiriendo que el colapso de los antiguos códigos y normas de la sociedad industrial abrieron para los individuos nuevos tipos de riesgos de los cuales ellos huyen y encuentran el consuelo en la esfera de relaciones íntimas. Los sociólogos alemanes argumentan que estos cambios han alterado fundamentalmente la experiencia del amor, la sexualidad y la vida familiar, colocando la intimidad en el corazón de la vida. Liberados de los preceptos y las convenciones, los individuos se convierten en autores de sus propios escritos de vida, pero mientras este proceso de "individualización" debilita y desafía los lazos sociales tradicionales de parentesco y pertenencia, el amor y la intimidad son cada vez más buscados para facilitar el aislamiento de esta autonomía: "para individuos que tienen que inventar o encontrar su propio entorno social, el amor se convierte en el eje central que da sentido a sus vidas" (*op. cit.*: 170).

Podemos concebir la transformación de la cultura afectiva como parte de la modernización de la sociedad, por lo que ambos procesos comparten ciertas características: la creciente autonomía y la importancia de la expresión de individuos, la racionalización del pensamiento y de la vida económica, la pluralización de las trayectorias y estilos de vida, la exigencia de una mayor autorreflexión *etc.* Sin duda alguna, estos cambios afectan también las identidades de género y los roles de género y las dinámicas familiares al nivel social³.

Los principios éticos de las sociedades democráticas neoliberales que plantean la libertad personal como el valor máximo, han creado lo que Aronson (2017) llama el régimen romántico de elección. Siendo el régimen romántico un sistema de conductas emocionales y normas que establecen quién es apropiado para ser amado y quién no lo es, los individuos que actúan bajo el régimen de elección racionalizan sus decisiones sobre con quien entrar a la intimidad en términos de "necesidades" y "derechos". Los individuos están confrontados a elección cada vez más amplia y, para manejarla, están convocados fijarse de su cuerpo y de sus sentimientos. Según Aronson, el ideal que se proyecta es de un tecnócrata emocional quien puede aplicar las herramientas adecuadas

³La identidad de género como "el proceso de construcción del sentido atendiendo a un atributo cultural," (Castells, 2013: 28) organiza el sentido (lo subjetivo) y los roles, a su vez, organizan las funciones (las acciones).

en los momentos adecuados para reparar la naturaliza esencialmente fallida de nuestros sentimientos. El único sufrimiento que es reconocido como legítimo es uno que se produce porque uno “trabaja en las relaciones”, como, por ejemplo, las lágrimas que son derramadas en la terapia de pareja.

Dentro del régimen romántico de la elección, la madurez equivale a la absoluta auto-suficiencia, el apego es considerado infantil, el deseo para el reconocimiento del valor único está considerado el signo de ser “necesitado”, y se prescribe que la intimidad no debe interferir con el espacio del otro. “Atrapados entre demasiados escenarios de optimización y opciones de fracaso, enfrentamos la peor aflicción del Régimen de Selección: auto-absorción sin auto-sacrificio”, observa Aronson. Mientras el régimen de selección prevalece en el Occidente, en las culturas más tradicionalistas dominan otras pautas de conductas afectivas. Aronson, de origen ruso, refiere el régimen romántico que rige las relaciones en su país como el régimen del destino. En la cultura eslava existe cierta tradición literaria, expresada en las grandes novelas y la poesía del siglo XIX y los principios del siglo XX, que concibe el amor como el destino, el acto moral de entrega; es irresistible e implica sacrificio y dolor. El signo de madurez, entonces, es aguantarlos.

Claro está, los imaginarios del amor plagados de tensiones no existen solo en los países eslavos. Jennifer Hirsch en su etnografía *A Courtship after Marriage: Sexuality and Love in Mexican Transnational Families* (2003), que examina la modernización de las relaciones íntimas en la comunidad chicana en Atlanta y los pueblos Degollado, en Jalisco, y El Fuerte, en Michoacán, observa que en estas comunidades el ideal cultural del matrimonio ha pasado por un cambio generacional similar a lo descrito por Aronson. Hablando de las experiencias de las mujeres nacidas antes de 1955 (la generación más vieja que ella entrevista en México) Hirsch cita el dicho mexicano “matrimonio y mortaja, del cielo baja” (*op. cit.*: 85) y sugiere que estas mujeres hablan sobre el matrimonio “in terms of destiny, in terms of marrying *el que te toca*” (*ibid*: 88). Para esta generación, el amor es “una cruz” y el éxito matrimonial se determina por el grado que una puede aguantar sufrimiento y sacrificio, ajustar sus deseos a la voluntad del marido y “no saber escoger” (*ibid*: 88-89). En cambio, las informantes más jóvenes de Hirsch buscan un mayor control y poder en las relaciones, rechazando la ideología de la pasividad femenina y hablando, por ejemplo, de sus propios planes laborales o de su sentido de propiedad de sus cuerpos y su sexualidad.

c) La transformación de familia y cambios en las jerarquías de género: ¿el fin de dominación masculina?

Al mismo tiempo, la familia moderna está pasando por una transformación demográfica (Lezhnina, 2013: 165) que empezó en el Occidente en el periodo de posguerra y que actualmente se observa en todas las regiones del mundo, influenciada por el auge de la economía informacional global y las luchas de los movimientos feministas y LGBT, entre otras cosas. Los matrimonios tardíos, las familias con menos hijos o sin hijos, el alto número de divorcios y de unidades formadas por personas solteras (a menudo de tercera edad) y las uniones civiles entre parejas del sexo opuesto o del mismo sexo ya estaban en aumento a partir de la década de 1980, y estas tendencias siguen en aumento. Como hemos observado, esta transformación es acompañada por un profundo cambio en valores y discursos que desplazó cada vez más el enfoque desde lo social y de lo objetivo, hacia lo individual y lo subjetivo. “El bienestar familiar, como de todas las demás relaciones, ahora se evalúa cada vez más, no según su duración o la "estabilidad" [...], sino por los indicadores de calidad, incluyendo la satisfacción subjetiva de todos los miembros de la familia”, afirma Kon (2005: 366). Consecuentemente, se divulga el modelo familiar basado en la autonomía personal de cónyuges y apoyado por las relaciones del mercado neocapitalista. Este ideal converge altas expectativas y esperanza de bienestar emocional en la familia y legitima la ruptura de la unidad familiar si ellas no están satisfechas:

Tan pronto como surgió la idea de que el amor debería ser la razón central del matrimonio, y el compañerismo su objetivo básico, los observadores del día advirtieron ... que las características que prometían hacer del matrimonio una relación personal única y atesorada abrieron el camino para que se convirtiera en opcional y frágil (Coontz, 2005: 5)

Todos estos cambios, sin duda, contribuyen al rechazo del modelo de familia patriarcal como el único modelo legítimo. Castells (2013) observa que el patriarcado como una estructura social básica que se caracteriza por el control de los hombres sobre las mujeres y los niños en la unidad familiar y en la organización de la política, la producción, el consumo, el derecho y la cultura, está en una profunda crisis, y donde más resuena y se concentra esta crisis es precisamente en la familia patriarcal. La emancipación económica de la mujer se traduce en que son cada vez más comunes

unidades familiares formadas por madres solteras o por mujeres que obtienen más ingreso que sus maridos, o en que las mujeres buscan su autorrealización profesional y económica a la par con sus maridos. En México la cultura del predominio del hombre ha sido desafiada ideológicamente por los flujos de migración, la reducción en los índices de natalidad y la difusión de culturas alternativas por televisión e Internet (Gutmann, 2007: 239). La autoridad de los hombres, como padres y como maridos, dentro de los hogares mexicanos está siendo cuestionada y debilitada; esto también ha producido sus problemas específicos, sobre todo incertidumbre, conflictos generacionales y en un incremento de la violencia doméstica registrada (Alcocer Miranda, 2018). Mientras que el discurso que puntualiza la igualdad y la equidad en la convivencia entre hombres y mujeres lleva a una lenta reestructuración de los roles de género, los cambios al interior y al exterior de las familias y los hogares pueden vivirse de una forma dolorosa y generar mecanismos de resistencia y oposición.

f) Conclusiones

Al documentar el paso de la relación de pareja premoderna a moderna, la mayoría de historiadores y sociólogos han enfatizado el cambio gradual hacia la racionalización, el individualismo afectivo y la elección libre. Al parecer, hoy a menudo habitamos dos imaginarios sociales: uno en el que el amor debe ser constantemente trabajado, y el otro en el que el amor es, en esencia, del orden superior, y de origen oculto, o espiritual, o ambos. Los discursos científicos van reemplazando los discursos religiosos como los principales discursos culturales en el Occidente y han difundido la idea del matrimonio como de un acto privado que no sólo se alimenta de confianza y valores compartidos sino también se basa en la idea de amor y atracción sexual sostenidos.

Aunque el amor ocupa un lugar muy importante en el imaginario social Occidental, podemos decir lo mismo de la libertad individual. A la par con la racionalización de la vida íntima dentro del contexto neoliberal capitalista, el discurso que enfatiza la libertad como el valor supremo ha contribuido a la creciente predisposición de personas de buscar autonomía y bienestar subjetivo. Esto se contrapone a los valores de sacrificio, estabilidad social y la búsqueda de un bien común, más características dentro de las generaciones anteriores quienes, en su vida afectiva, eran guiadas por prioridades distintas.

Sin embargo, la transición del orden de género de uno basado en dominación y privilegio de los hombres en esferas pública y privada a uno más igualitario y equitativo, ha contribuido a que la familia, lejos de representar una estructura inmóvil, es un lugar de constantes negociaciones y cambios. Si bien, a nivel global, esta tendencia hacia mayor igualdad se registra tanto discursivamente como en los campos laboral, legislativo y en las prácticas de género, a menudo los mandatos antiguos siguen permaneciendo bajo la forma de la “persuasión oculta” del “orden de las cosas” (Bourdieu, 2000: 20-21).

CAPÍTULO II. NUEVAS FORMAS DE RELACIONES AFECTIVAS Y VIDA DOMÉSTICA

a) Las “novias por correo”: la construcción del otro en las investigaciones de mercados matrimoniales

Históricamente, la migración de mujeres por motivos conyugales no es nada nuevo. En los siglos XVII-XVIII varios gobiernos de las nuevas colonias del Nuevo Continente atraían a las jóvenes a las comunidades predominantemente masculinas, como ocurrió en los casos de Nueva Francia, Virginia y Luisiana (Zug, 2012). El Rey Luis XIV personalmente subvencionó el viaje de casi ochocientas mujeres en edad de matrimonio a Canadá en el periodo entre 1663 y 1673 quienes adquirieron el nombre de las *filles du roi*, o “hijas del rey” (Merriman, 2012: 98-115). Es notable que estas mujeres fueran percibidas como independientes y socialmente valiosas (pues, el matrimonio era considerado como una virtud cívica), y gozaban de prestigio y acceso a un conjunto de derechos más amplio que sus contemporáneas en los países de origen, Francia e Inglaterra. Del mismo modo, a lo largo del siglo XVI, más de diez mil mujeres españolas emigraron hacia América, en este caso viajando acompañadas por sus maridos, hijos, hermanos o padres, según los registros de pasajeros conservados en el Archivo General de Indias, aunque muchas más pasaron sin registrar (Almorza Hidalgo, 2018). Algunas de estas españolas se convirtieron en poderosas encomenderas y en miembros relevantes de la élite colonial, escalando las posiciones en la jerarquía del poder gracias a su migración.

Podemos ubicar el comienzo del auge actual de la migración marital en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el cual impulsó aún más la globalización y los desplazamientos de población. Después de la estancia del ejército estadounidense en las Filipinas, se produjo allí una tendencia creciente hacia casamientos inter-étnicos y, desde luego, la migración transpacífica de la población femenina. Este fue un precedente seguido por las migraciones masivas de América Latina hacia Estados Unidos y Canadá en los años de 1980, y de la zona de ex bloque soviético y Europa del Este hacia el Occidente en los de 1990 (*ibid*: 85). En las dos décadas más recientes, una proporción considerable de estos matrimonios, especialmente entre las generaciones más jóvenes, se ha formado porque se conocieron en línea, sea a través de un servicio de citas, aplicaciones móviles, redes sociales o grupos que posibilitan el intercambio de

mensajes (Potarca, 2014). El análisis de datos de encuentros en línea (*op. cit.*) muestra a menudo los nuevos medios permiten formar uniones menos endogámicas, donde los integrantes vienen de grupos social distintos.

A partir de este periodo legisladores, feministas, académicos y prensa en el Occidente han iniciado debates acerca de este fenómeno dado que aquello “parece convocar en su dinámica la intersección del género y la desigualdad de clases, el sexismo, el racismo y el colonialismo que, lejos de disminuirse, sólo parecen intensificarse con el aumento del tráfico transnacional transfronterizo entre las poblaciones” (Zare y Mendoza, 2011: 366). La llegada de los nuevos inmigrantes ha presentado retos legales en los países-receptores, entre ellos, la preocupación por la venta de ciudadanía, el abuso de los beneficios de inmigración y los obstáculos en su integración a la sociedad (D’Aoust, 2013). Es allí cuando en la prensa aparece el término, con tintes derogatorios y valorativos, de la “novia por correo” (en inglés, *mail-order brides*), que refiere a las mujeres que publican su perfil en un catálogo o una página en línea de agencias matrimoniales cuyo objetivo es facilitar la correspondencia, las relaciones cercanas y, finalmente, el matrimonio entre ella y un hombre de otro país (Schaeffer-Grabel, 2006), generalmente más acaudalado que el que podría encontrar en su país de origen (Zare y Mendoza, 2011).

Por consiguiente, en el campo legislativo occidental a partir de los años 1990 ha tomado fuerza la teorización del fenómeno de la migración matrimonial que enfatiza la explotación de la población femenina pobre proveniente de los países en desarrollo, a menudo ubicándolas como víctimas (Yakushko y Rajan, 2017) y, en algunos casos, hasta como parte de las redes globales del tráfico de personas (Elson, 1997; Belleau, 2003). Consecuentemente, en los Estados Unidos y Canadá los legisladores y los cuerpos jurídicos aprobaron un conjunto de leyes que pretendían regular tanto las agencias de matrimonios transnacionales como la llegada y el asentamiento de las nuevas migrantes (Zabyelina, 2012)⁴.

Incluso cuando los análisis de la migración de “esposas” no caían en la victimización de sus objetos de estudio, el fenómeno era presentado como algo que amenaza el avance de ideología feminista en los países desarrollados y frena el proyecto de la igualdad en los

⁴ Específicamente *International Marriage Broker Regulation Act* (2005) y *Illegal Immigration Reform and Immigrant Responsibility Act* (1996) en Estados Unidos y *Immigration and Refugee Protection Act* (2001) en Canadá.

hogares allí. Por ejemplo, Kojima (2001), analizando patrones de migración de Taiwán, Corea del Sur y Filipinas a Japón, afirmaba que, mientras que las mujeres en los países desarrollados han podido resistir al sistema patriarcal en el nivel individual, no han podido cambiar substancialmente, ni la concepción de la femineidad centrada en la maternidad y el hogar, ni la división sexual del trabajo. Según el argumento de esta autora, por lo que los hombres necesitaban de la labor reproductiva⁵ de las mujeres para insertarse al mercado capitalista⁶, las sociedades inscritas en el orden neoliberal formaban una red transfiriendo las poblaciones femeninas a través de las fronteras hacia los países más ricos. En este sentido, el *outsourcing* del matrimonio pareciera seguir la misma lógica de la economía transnacional y del multiculturalismo corporativo (Schaeffer-Grabiel, 2006).

En el análisis de la construcción discursiva de las imágenes de las mujeres en las páginas de agencias matrimoniales, Starr y Adams (2016) argumentaron que estas presentan a las “novias” como “domesticadas” y “exóticas” al mismo tiempo. Según las autoras, esta construcción ficticia y política tiene menos que ver con un individuo en particular que con los deseos y ansiedades de la masculinidad occidental en un mundo en rápida globalización (*ibid*: 970): las mujeres extranjeras son presentadas como diferentes de aquello que está disponible localmente (por ejemplo, orientadas más al hogar y la relación), pero a la vez ubicadas dentro de las ideologías occidentales (sus perfiles hablan de que son profesionistas, independientes *etc.*). Desde la vertiente de la atracción sexual menos pragmática podemos evocar el argumento de De Beauvoir (2013), del carácter esencial del erotismo como del “movimiento hacia el otro”, de modo que no es de sorprender que fotos y descripciones de extranjeras en línea tengan un fuerte encanto.

Las investigaciones estadounidenses muestran que hay cierta evidencia empírica de que los hombres que buscan parejas extranjeras tienden a expresar valores tradicionales de la familia patriarcal, además de ser de edad mayor que las mujeres y tener ingresos que varían de moderados a elevados (Jackson, 2002 en Yakushko y Rajan, 2017). Sin

⁵ Labor reproductiva definida como “el trabajo no remunerado para reproducción humana y social que generalmente es categorizada como el trabajo doméstico, delegada principalmente a las mujeres y que generalmente es visto como hecho por el amor” (Kojima, 2001: 201).

⁶ Erving Goffman, parafraseando a Marx, dijo que el género, no la religión, es el opio del pueblo: un hombre del capitalismo moderno quien está sometido a la opresión por una variedad de estructuras sociales, siempre encontrará una mujer que realizara la labor de la atención afectiva y la prestación de servicios del cuidado (Zdravomyslova y Temkina, 2007: 77).

embargo, a pesar de las percepciones de los medios de comunicación de que sus parejas son jóvenes ingenuas, los datos indican que, en muchos casos, las esposas extranjeras tienen más años que las típicas mujeres en edad de casarse en sus culturas (incluso en muchos casos son mujeres divorciadas), están bien educadas, tienen cierta estabilidad económica, y pueden estar buscando la satisfacción y la igualdad marital que creen que son inalcanzables en sus ambientes.

Por ejemplo, en un estudio de mujeres chinas, Liu (2015) encontró que de las 1.740 mujeres inscritas en las páginas de agencias de casamiento que estudió, el 57 por ciento estaban divorciadas y el 68 por ciento tenían entre 35 y 67 años. De hecho, sólo el 22 por ciento tenían menos de 30 años. De igual modo, Kojima (2001), a pesar de su marco feminista radical, observa que las Filipinas que dejan su país para radicar en Japón buscan no solamente el escape de las dificultades materiales, sino también aspiran a tener matrimonios con más apreciación y respeto, lo cual es experimentado como más difícil de adquirir dentro de su entorno cultural, dado que han pasado cierta edad considerada “casadera”.

b) ¿Quién gana qué en las familias globales?

La postura que compite con las perspectivas que sostienen que los matrimonios transnacionales alimentan el machismo global, hace énfasis en que las mujeres tienen una participación libre y voluntaria en un intercambio mutuo de beneficios y previenen “ganancias personales, sociales y económicas”, por lo que vienen a vivir a sociedades y entornos más libres y prósperos (Merriman, 2012). Se puede argumentar que el concepto reduccionista de las “novias” y esposas extranjeras como víctimas potenciales, a la par con la construcción teórica del trabajo sexual como una situación homogénea de violencia patriarcal por parte de las feministas radicales Occidentales (Zhaivoronok, 2018), sobre todo sostiene la legitimización de sus discursos esencialistas y su proyecto emancipatorio universalista sustentado por una cruzada moral neocolonialista y el imperativo político de ver a las mujeres en otras culturas como oprimidas (Abu-Lughod, 2002). Ese pensamiento, por lo general inclinado hacia la ideología liberal, apunta que no hay datos estadísticos convincentes sobre una mayor ocurrencia de abuso o violencia en este tipo de matrimonios. Ciertamente, por cuestiones prácticas, es muy difícil analizar las estadísticas de divorcio, la presencia de abuso o el nivel del bienestar de tales parejas.

Beck y Beck-Gernsheim (2012) sostienen que muchas mujeres que traspasan fronteras para casarse en el Occidente en efecto escalen posiciones de poder. Sin desestimar por completo los argumentos de los estudios sobre la presencia de violencia en tales unidades familiares, la pareja alemana de los sociólogos apunta que “quien acude a los lugares en los que se concentran las víctimas solo encuentra víctimas” (*op. cit.*, 129), de modo que, en términos epistemológicos, enfocarse en la vulnerabilidad de las mujeres en las parejas binacionales es una forma sutil del “nacionalismo metodológico” de los investigadores locales. Un error de ellos es tomar en cuenta sólo la posición de poder de la mujer en el país de acogida, ignorando su posición en la unidad familiar y en la sociedad en su país de origen. Una mujer turca casada con un inglés en Reino Unido puede estar en una posición menos privilegiada en comparación con las mujeres inglesas pero puede gozar de mayor prestigio social dentro de su diáspora étnica o en su unidad familiar en Turquía, dado que tiene mayores recursos materiales o simbólicos como, por ejemplo, la oportunidad de conseguir permisos migratorios para sus hermanos. En dado caso, es necesario considerar las posiciones en las jerarquías sociales de uno y otro país en sus conexiones, sin perder de vista la posición social alcanzada en ambas sociedades, por lo que no vamos a encontrar “la” posición social, sino “las” posiciones.

Beck y Beck-Gernsheim utilizan el concepto de “familias globales” para hablar de estas formaciones familiares, entendiendo por tales familias “relaciones amorosas y de parentesco entre personas que viven en distintos países o continentes, o que proceden de distintos países y continentes, cuyo concepto de amor y la familia está condicionado por la cultura de la cual proceden” (*op. cit.*, 16). Las familias globales, cada vez más y más numerosas, encarnan, en el sentido literal de la palabra, las diferencias del mundo globalizado. Por un lado, representan una amenaza a las ideologías nacionalistas porque “la idea según la cual la familia, con arreglo a su esencia, habita un determinado territorio queda socavada por una globalización activa que avanza desde abajo y desde dentro” (*op. cit.*, 18), ya que los tres vínculos existenciales hasta ahora conectados – un lugar, una nación y una familia – se desacoplan para convertirse en elementos separados e independientes.

En lugar de la fuerza vinculante de tradiciones dadas aparece lo que Beck y Beck-Gernsheim llaman *la confianza activa*, donde “el otro” o “la otra”, “el extraño” o “la extraña” se convierten en un ser más amado y más cercano. Esta confianza ayuda a la

persona más móvil de la pareja, la persona que se traslada a la nueva sociedad no perder fe en la relación, a pesar de que la nueva dinámica representa varios retos para ambos:

[El miembro extranjero de la pareja] no en pocas ocasiones se sentirá inseguro, dependiente, en posición de inferioridad, perderá parte de confianza en sí mismo, de su íntima identidad. [] Una y otra vez se evidencia que el cambio de escenario, trasladarse del propio país al país del otro, exige una considerable capacidad adaptativa por parte de ambos implicados. El balance de poder, el equilibrio en la relación, debe ser redefinido (op. cit., 45-46).

El matrimonio que implica la migración de un miembro de la pareja pone en marcha nuevos procesos de negociación y resignificación de los roles que emplean cada uno. Entre otros factores, mucho depende de las oportunidades que ofrece el nuevo entorno y a las redes de apoyo a las que pueden tener acceso. Por ejemplo, una familia global, siendo sensible a las ventajas que le da la exposición a varios mundos sociales y la movilidad entre ellos, puede fundar una empresa transnacional aunque sea a pequeña escala. La transnacionalidad de sus redes y el conocimiento de diferentes mercados permiten eludir o aprovechar los distintos ordenamientos legales nacionales e encontrar nichos económicos en un contexto de la globalización.

Aparte de los retos inevitables de la adaptación en el país de acogida, la familia global enfrenta otra “fuerza oculta”: un mayor grado de diferencias en cuanto a sus valores, normas, costumbres, expectativas y experiencias en cuanto a los rituales familiares y la expresión de sentimientos, la organización del dinero, la adquisición de bienes y mercancías, la relación con autoridades e instituciones *etc.* Las diferencias de una clase y las diferencias de otra se superponen, se refuerzan, multiplican su efecto, por lo que se vuelve aún más difícil desenredar el confuso ovillo de malentendidos que se ha formado. Tal vez, advierten Beck y Beck-Gernsheim, los desafíos acaben siendo mayores para aquellos que, pretendiendo verse como “parejas normales”, reprimen sus diferencias, que para los que buscan las soluciones mejorando la comunicación y el conocimiento del otro (*op. cit.*: 51).

c) Poblaciones móviles de la ex URSS y Europa de Este: “las esposas rusas” y las migrantes laborales

Analizando la migración femenina eslava en los años 1990, Wanner (2011) indica que la feminización de la pobreza en los países de Europa del Este después del colapso de la URSS, junto con las presiones demográficas locales, han motivado a muchas mujeres post-soviéticas a migrar de sus países de origen hacia regiones más prósperas. Estas formas de movimientos de poblaciones incluyeron un flujo considerable de mujeres de Europa del Este a los mercados sexuales de los países más ricos, así como una oleada más respetable de “novias por correo”. En algún sentido, las realidades económicas han contribuido a un imaginario de las mujeres de Europa del Este como “exóticas” porque por un cierto tiempo fueron discursivamente representadas en el Occidente como sujetos “vulnerables y desesperados” (Bhattacharyya, 2002: 110).

La democratización de la vida social en los países post-soviéticos aumentó las posibilidades de contactos internacionales de personas, y llevó el problema de la migración a un nivel de mayor visibilidad social. En Rusia, “novias rusas” y novios “importados” pasaron de ser temas tabú a una moda, ampliamente exagerados por los medios de comunicación. El término “exportación de mujeres” apareció, reflejando, por un lado, sentimientos pseudo-patrióticos, y por el otro, preocupaciones feministas sobre la migración matrimonial con el énfasis en la discriminación (hacia las mujeres, por supuesto) y su naturaleza a menudo violenta (Tyuryukanova, 1996: 92). Los datos empíricos de esta década, sin embargo, indicaron que es un fenómeno social donde algunas mujeres, sobre todo las que contaban con el nivel educativo más elevado, eligieron esa estrategia de vida, basándose en oportunidades existentes en su entorno y afuera (*op. cit.*: 96).

Hoy en día las prácticas matrimoniales específicas de la región siguen traducándose en las dificultades estructurales para contraer matrimonio para ciertas poblaciones femeninas en los contextos sociales con una tradición androcéntrica. Por ejemplo, en Rusia las estrategias de vida post-divorcio de hombres y de mujeres varían significativamente (Antonov, 2016): las mujeres rusas con mucha más frecuencia (en más de 80 por ciento de casos) se quedan con hijos del matrimonio anterior que estadísticamente limita las posibilidades de un nuevo matrimonio, sobre todo para las mujeres en la edad de 40 años y adelante, mientras que los hombres rusos del rango de

edad entre 35 y 40 años son más propensos a crear nuevas familias, a menudo con mujeres más jóvenes que su primera cónyuge. Y esto a pesar de que las mismas encuestas indican que la voluntad de contraer un nuevo matrimonio no disminuye en las mujeres de la misma manera que en los hombres. Esto, por supuesto, se traduce en que ciertos grupos demográficos de mujeres aunque están motivados en casarse enfrentan obstáculos para lograrlo en su entorno social.

En Ucrania, según los datos del Instituto Nacional de Demografía y Estudios Sociales (New Europe Center, 2017), las tasas del divorcio son tan altas (alcanzando 80 por ciento en algunas regiones) que lo colocan en los líderes en el número de divorcios en Europa, precedido solo por Rusia y Bielorrusia. 86 por ciento de jóvenes ucranianos asocia su futuro con “el matrimonio con hijos”; al mismo tiempo, 50-60% de todos los divorcios pasan en las familias jóvenes con el pico de divorcios observado para el grupo de edad entre 30 y 34 años. Por lo tanto, es lógico que una parte de población femenina ucraniana post-divorcio se encuentra soltera y todavía en la edad reproductiva y puede estar motivada de buscar alternativas de cumplir su sueño de tener familia en el extranjero.

Como observa Temkina (2018) en una entrevista sobre la migración marital de Rusia, es un fenómeno complejo, que a menudo está percibido de forma reducida como determinado por algo puramente instrumental, o incluso, para sus críticos, como una forma de prostitución. Sin embargo, en la práctica, puede ser motivada por una combinación de diversas causas y aspiraciones: económicas e instrumentales, esperanza de una vida mejor, sentimientos y afectos románticos, el deseo de una relación más igualitaria y una paternidad responsable. “En la mente de algunas mujeres rusas hay un estereotipo de que los hombres extranjeros - los estadounidenses, los europeos - son más responsables, consumen menos alcohol, se preocupan más por la salud, se involucran más en la crianza de los hijos, etc. De acuerdo con este estereotipo, tal hombre parece más preferible. Aquí pueden coincidir dos motivaciones: el deseo de emigrar para tener mejores oportunidades en la vida, incluido un mejor apoyo material, y al mismo tiempo encontrar una pareja matrimonial adecuada de la que pueda enamorarse genuinamente y con la cual construir relaciones matrimoniales”, añade la socióloga.

«A nivel de rutina en otro país, se encuentra que los esquemas de género tradicionales de las mujeres rusas son bastante específicos, sus expectativas son muy altas. Es probable que las mujeres de Rusia confíen en los roles tradicionales: él es un sostén de la familia, ella es un ama de casa, esposa, madre. Sin embargo, es difícil para la familia sobrevivir con un solo salario, y los valores tradicionales se quedaron en gran medida en el siglo XX. Y los maridos de las "esposas rusas" pueden tener más obligaciones que los hombres que los rodean. Deben ser proveedores, caballeros, y guías de una cultura diferente. El choque de diferentes dispositivos sociales, complementado por el choque de diferentes culturas de género, hace de la relación matrimonial algo muy problemático», dice Temkina (2018).

Analizando los motivos detrás la migración laboral de mujeres entre Turquía, Moldavia y Rusia y la construcción de sus relaciones íntimas, Bloch (2017) destaca que los factores incitadores y disuasivos de toda migración tienen tanto un elemento económico como un elemento de aspiración, alimentado por los imaginarios de vida en el extranjero. En el caso de migración a Turquía, las telenovelas turcas populares son protagonizadas por las mujeres “rusas” libidinosas quienes atraen al sultán si se trata de una serie situada en el tiempo del Imperio Otomano o, caminando por las calles de Estambul contemporáneo, encuentran su amor verdadero personificado por un hombre de negocios turco. Estos imaginarios dibujan nuevas oportunidades de aventura y movilidad social⁷. Las imágenes, transmitidas a través de pantallas de televisiones a lo largo de la región de la ex URSS y Europa de Este, captan la imaginación de mujeres suficientemente desarraigadas como para movilizar sus recursos y emprender un viaje a este país mediterráneo.

Llegando a Turquía, mujeres moldavas (en su mayoría de habla rusa o que hablan ruso además del idioma local) terminan trabajando como vendedoras, empleadas domésticas o trabajadoras en el sector turístico. Algunas llegan a tener relaciones afectivas con los hombres locales marcadas por las expectativas de “la estabilidad económica y legal y, a veces, romance” (*op. cit.*: 128). Por lo tanto, Bloch apunta a la dificultad de marcar una línea clara entre las relaciones íntimas “por amor” y las relaciones instrumentales o los matrimonios por conveniencia:

⁷ De igual manera, las telenovelas mexicanas crean imágenes de individuos híperemocionales y sensuales.

The forms of intimacy migrant women forge in their adopted countries, where they often work for years on end, are both strategic and potentially fostered by mutually appealing concerns where "love," "romance," and material benefit merge (op. cit.: 129)⁸.

Algunas de las mujeres moldavas entrevistadas por Bloch usaron su capital erótico de manera explícita trabajando en la industria de entretenimiento o en la industria sexual y ganando dinero como *hostess* o bailarinas exóticas. Como lo menciona Bloch (*op. cit.:* 21), la concepción académica y mediática de las trabajadoras sexuales post-soviéticas, centrada en las mujeres como las víctimas de la trata de personas, gira en torno a una oposición de "forzado" versus "voluntario" de su migración y a menudo presenta "narrativas de rescate" que podrían llevar a creer que hay decenas de miles de mujeres de la ex URSS y Europa del Este en Turquía que esperan ser "salvadas" de las condiciones deplorables en las que se encuentran como migrantes dedicadas al trabajo sexual. Tal concepción, siendo parte de la creciente preocupación por la "seguridad" de ciudadanos nativos de los países, ha llegado a justificar una mayor vigilancia de las fronteras y la expansión de los poderes punitivos del estado en Turquía (en buena medida exigidas por los cuerpos internacionales como la Organización Internacional para las Migraciones), descarrilando los discursos matizados de los vínculos entre el capitalismo global y la migración de mujeres y hombres.

Junto con otros trabajos académicos que consideran la vida íntima y su cambio estructural en una nueva era global marcada por una creciente movilidad (Hirsch, 2003; Schaeffer-Grabel, 2006; Constable, 2009), Bloch apunta a la necesidad de tender puentes teóricos entre el ámbito doméstico y personal y el contexto cultural y político más amplio así mismo como reconocer el factor social en la construcción de la "intimidad" y "lo íntimo". Viendo la intimidad solamente desde la vertiente de psicología, podemos caer en recurrir a los universalismos, mientras que es también un espacio de negociación donde los individuos enfrentan restricciones estructurales y geopolíticas y, al mismo tiempo, alimentan sus sueños con el sentido de posibilidad (*op. cit.:* 118). Hablando de las mujeres migrantes post-soviéticas, Bloch sostiene que sus

⁸ Las formas de intimidad que las mujeres migrantes forjan en sus países adoptados, donde a menudo trabajan durante años, son estratégicas y potencialmente fomentadas por preocupaciones mutuamente relevantes donde fusionan el "amor", el "romance" y el beneficio material (traducción propia).

experiencias migratorias están moldeadas tanto por las consideraciones económicas y los impedimentos de regímenes políticos como por una complejidad de motivaciones, las estructuras de sentimientos y los vínculos emocionales:

In thinking about forms of intimacy forged by people on the move, a dialectic of aspirations for personal transformation, on the one hand, and stark realities of structural constraints imposed by border regimes, on the other, create a productive space for reflecting on the ways that intimacy is shaped as much through emotion and the imagination as by material concerns and state power⁹ (op. cit.: 118).

d) Conclusiones

La caída de la “Cortina de Hierro”, el debilitamiento de las fronteras y la reconfiguración de las economías de sus ex repúblicas y de los países dependientes en Europa de Este resultaron en una ola de la migración femenina de esta región. En el Occidente esta migración pronto fue situada dentro del discurso político que a menudo definía a “las novias por correo” y a las migrantes laborales como objetos potenciales de violencia e, incluso, de la trata de personas. En Estados Unidos particularmente, las mujeres post-soviéticas, sobre todo las que venían específicamente a casarse con los hombres ciudadanos, al principio eran concebidas dentro de ciertos discursos académicos y políticos sobre todo como portadoras de valores tradicionales (antiguos y patriarcales) y algunas veces como víctimas del sexismo global (Belleau, 2003). En la primera década de 2000, sin embargo, aparecieron estudios más matizados (principalmente, del corte etnográfico) que cuestionaban ese marco tajante y apuntaban a una variedad de experiencias de las migrantes así como la complejidad de las motivaciones tras su decisión de salir de su país natal y establecer lazos íntimos en el extranjero (Schaeffer-Grabel, 2006; Constable, 2009). Sus datos mostraban que muchas mujeres que buscan un marido en el Occidente aspiraban alcanzar el ideal moderno de un matrimonio más igualitario; por lo tanto sugerían que la concepción occidental de esta migración tiene que ver con el orden moral del mismo Occidente y con sus ideologías postcoloniales.

⁹ Pensando en las formas de intimidad forjadas por personas en movimiento, una dialéctica de las aspiraciones de transformación personal, por un lado, y las crudas realidades de las restricciones estructurales impuestas por los regímenes fronterizos, por otro, crean un espacio productivo para reflexionar sobre las formas esa intimidad se forma tanto a través de la emoción y la imaginación como por las preocupaciones materiales y el poder del estado (traducción propia).

Los trabajos etnográficos sobre la migración femenina hacia otras regiones del mundo han sido escasos; es por esta razón que la investigación de Bloch (2017) es de mucho interés porque presenta una vertiente alternativa por lo que sus datos empíricos reflejan la realidad social que habitan las mujeres post-soviéticas en situación económica precaria pero proactivas como agentes en un contexto no Occidental. En este sentido, las nuevas tecnologías (particularmente, las páginas de casamientos y las aplicaciones de citas y otras similares, muchas con un alcance global) pueden ser un mecanismo utilitario donde tal agencia puede ser aplicada o donde puede ser reflejada: las mujeres clientas de estos servicios suelen activamente buscar las oportunidades de una movilidad social y espacial, ajustando sus perfiles virtuales al canon tanto discursivo como estético Occidental. Tenemos que ser muy cuidadosas en encerrar tal fenómeno bajo el término de “cosificación” o “explotación” sin una reflexión previa sobre las ventajas que la demostración de sus capitales les puede proporcionar dentro del contexto de desigualdad entre géneros y entre espacios globales.

CAPÍTULO III. EL ORDEN DE GÉNERO EN LA URSS Y DESPUÉS: IMAGINARIOS, POLÍTICAS Y DISCURSOS

a) Género en el territorio soviético y el Estado

La posición de las mujeres y los hombres en la URSS (1922-1991), la población del tercer Estado más grande *circa* su disolución, fue determinada por un orden de género caracterizado por un intento del control estatista de las esferas tanto pública como privada. La ideología oficial adoptada, el marxismo-leninismo, dotaba al Estado de la función del regulador principal de las normas de género a través de políticas coercitivas y el control de las esferas cultural, social, legal y política de la sociedad en las quince repúblicas de la URSS¹⁰ (Pushkareva, 2012). En la medida en que el Partido Comunista logró consolidar el poder, el Estado justificó la invasión de la vida privada por su proyecto utópico de la construcción de la sociedad sin desigualdades y opresión (Berlin: 135):

The moral and political values which it [Marxism –I.O.] preached could, so it claimed, be determined ‘objectively’, that is to say, not in terms of the subjective and relative and unpredictable attitudes of different individuals or classes or cultures, but in terms of principles which, being ‘founded’ on the ‘objective behaviour of things’, were absolute and alone led to the salvation and liberation of all men to the degree to which they were rational¹¹.

Por lo tanto, durante setenta años, el Estado soviético impulsó un proceso modernizador que pretendía acabar tanto con el legado del patriarcado de la época del zarismo como construir una alternativa al orden burgués, considerado “moralmente corrupto”. Sin embargo, tenemos que ser cautelosas al pensar que ese mismo proyecto dominaba las

¹⁰ Nominalmente, la Unión Soviética era una construcción supranacional, una federación de repúblicas autónomas que voluntariamente adoptaron el proyecto político del Partido Comunista. Los líderes de cada república tenían cierto grado de poder dentro de su territorio, pero Moscú controlaba el sistema legal básico, la política exterior y, muy importante en una economía planificada, la distribución y asignación de recursos. A partir de la década de 1930 en adelante la URSS se volvió cada vez más *rusocéntrica*; en parte por el pragmatismo político debido a que el idioma ruso y el alfabeto cirílico se volvieron una *lingua franca* para las diversas poblaciones y grupos étnicos, pero también por una sutil forma de chovinismo ruso y la aspiración que Rusia se convertirá en el hermano mayor de la familia de las naciones soviéticas (Smith, 2013).

¹¹ “Los valores morales y políticos que predicó [el marxismo –IO] podrían, así lo afirmaba, ser determinados ‘objetivamente’, es decir, no en términos de las actitudes subjetivas y relativas e impredecibles de diferentes individuos o clases o culturas, sino en términos de principios que, al estar ‘fundados’ en el ‘comportamiento objetivo de las cosas’, eran absolutos y condujeron solos a la salvación y liberación de todos los hombres en la medida en que eran racionales”.

mentes de ciudadanos soviéticos: es probable que los que pertenecían a la clase gobernante compartían ciertas creencias, bastante sinceras, acerca del futuro triunfo del proletariado y la caída del capitalismo¹², mientras que los que eran gobernados más bien adaptaban algunas conductas que se acomodaban a este orden hegemónico, a menudo viviendo una “doble vida”.

Rotkirch y Temkina (1997) destacan tres tipos de contratos de género¹³ en el periodo soviético: oficial (promovido por el Estado), cotidiano (lo que las personas hacían en realidad) e ilegítimo (perseguido por la ley). Mientras las políticas estatales, la ideología y las instituciones sociales promovían el contrato legítimo-oficial, por ejemplo, condicionando a las mujeres a conciliar la carrera con la crianza. Por su lado, el contrato cotidiano se encontraba afuera de la regularización estatal, en la esfera de las prácticas privadas tales como la procreación sin matrimonio, el sexo entre adolescentes o el cuidado de los ancianos por parte de sus familiares. Finalmente, dentro del contrato ilegítimo se hallaban prácticas como la homosexualidad (las prácticas lésbicas no se consideraban un delito porque oficialmente no existía) o la prostitución. Aun tomando en cuenta la existencia de ese abanico de prácticas, no se puede negar el papel crucial del Estado en generar imaginarios estrechamente ligados a los contratos de género oficiales, que, al nivel de los individuos, a su vez generaban expectativas, orientadas tanto a su propio rol como al rol que cumplían los otros.

b) Antes de la Revolución de Octubre: el orden de género antiguo frente la modernización

Previamente al cambio de régimen en 1917, el viejo Imperio Ruso era una sociedad conservadora de jerarquías verticales muy fijas tanto sociales como familiares. El primer censo de 1897 reveló que en el territorio del imperio el matrimonio era casi universal y temprano: la proporción de hombres que no se habían casado antes de la edad de 50 era 4 por ciento y las mujeres 5 por ciento mientras que la edad promedio de contraer matrimonio era 21,4 para mujeres y 24, 2 para hombres (Zaharov, 2007 en Rimashevskaya, 2009). A partir del año 1722-44, con las reformas de Pedro el Grande,

¹² Los que simpatizaban al comunismo desde el otro lado de la Cortina de Hierro tal vez lo hacían de manera más genuina. La escritora y miembro de Partido Comunista inglés Doris Lessing apuntó que estas convicciones de su generación de intelectuales no hacen sentido hoy: las compara con un tipo de “psicosis social o auto-hipnosis masivo” (Lessing, 1998: 53).

¹³ El contrato de género es concebido como representaciones de las relaciones de género definidas por el contexto y estructuralizadas jerárquicamente.

los matrimonios eran regulados tanto por el código civil como por el canon religioso de la iglesia ortodoxa; ambos explícitamente reconocían la superioridad del hombre. Al mismo tiempo fueron condenados los matrimonios entre personas con una gran diferencia de edad, comunes entre la nobleza y los campesinos, donde la búsqueda de mano de obra adicional a menudo obligaba a niños a casarse con niñas que eran mucho mayores; se estableció la edad de matrimonio de 15 años para hombres y 13 para mujeres, las cuales fueron aumentadas en 1830, a 18 y 16 años, respectivamente (Romanova y Ryzhkova, 2013).

Los principios patriarcales organizaban las relaciones dentro de las familias, generalmente compuestas de dos o tres generaciones viviendo bajo el mismo techo, sin importar la clase social, y que se manifestaban en el poder supremo del padre la jerarquía y diferenciación rígida de las posiciones, funciones y roles según el género y la edad y, finalmente, en la prioridad del rol social de la persona sobre su individualidad (Mironov, 1999 en Yukina, 2007). La autonomía de la familia de la sociedad era muy débil y las conductas dentro de la familia tales como el aborto, las relaciones sexuales extramaritales, o el abuso del poder eran vigilados por la comunidad y podrían resultar en un proceso legal o, por lo menos, en una intervención directa de los miembros de *volostnoy shod* (el consejo del pueblo).

Como observaba Olga Semenova-Tyan-Shanskaya (1914, 2010: 112), la primera etnógrafa del pueblo ruso en zonas rurales (donde radicaba la mayoría de la población a principios de siglo XX) que escribió sus observaciones en la frontera entre los siglos XIX y XX, la obediencia de la mujer ante su marido, padre o suegro, era el signo del buen carácter, y el remedio legítimo para corregir una conducta contraria consistía en el uso cotidiano de la violencia y en la conducta despótica:

A veces el marido borracho golpea a su esposa, si se niega a realizar cualquiera de sus órdenes (quitarle sus botas, acostarlo a descansar). También si se niega a ir a dormir con él, etc. En resumen, para cualquier incumplimiento de la voluntad de su marido. Conocí a un tipo al que le gustaba cuando estaba borracho, hacer lo siguiente con su esposa, le decía: "Ponte, mujer, de rodillas, pon tu cabeza en el umbral, es mi voluntad, si quiero – te mato". Y la mujer tenía que poner la cabeza en el umbral, y él levantaba su hacha, y los niños pequeños generalmente

se acercaban llorando y gritando. Entonces, luego él proclamaba: "Lo siento por los niños, si no, ya no seguirías viva" - y dejaba ir a su esposa".¹⁴

Sin embargo, “el patriarcado esconde detrás de sí la sociedad matrifocal” (Rancour-Laferriere, 1994 en Kon, 2009: 127), y por otro lado en la familia rusa de antaño existía el respeto y la veneración muy arraigados hacia la madre. En las narrativas tradicionales la madre representaba el alma, el amor y la sabiduría, mientras que la figura del padre, proverbialmente asociada con la protección y autoridad, era más problemática dado que la mayoría de hombres carecían del poder significativo fuera del hogar¹⁵. En los últimas décadas del Imperio (a finales del siglo XIX – principios de XX) muchas familias rurales subsistían las realidades de la pobreza extrema, la falta de atención médica, las cosechas fallidas en el campo que llevaban a hambrunas por lo menos cada diez años y la migración de hombres hacia las ciudades. Bajo estas condiciones, las mujeres cuidaban a sus criaturas y su hogar, a menudo formando redes de apoyo entre sí y entre los menores de edad. El cuidado de los niños pequeños estaba en las manos femeninas, primero de la madre, luego de las niñas más grandes que cuidaban a sus hermanos menores; el padre pasaba más tiempo con los niños varones cuando ellos estaban suficientemente grandes para aprender de su oficio o ayudarlo en el campo (Kon, 2009: 355); este modelo familiar corresponde al modelo religioso rural en las sociedades tradicionales (Castelain-Meunier, 2002). Al final, la familia fue precisamente el lugar donde se dio el choque entre los ideales tradicionales y liberales, y los debates más apasionados se produjeron acerca de la posición subordinada de la mujer.

A partir de mediados del siglo XIX, o más precisamente, después de la derrota de Rusia en la guerra en Crimea, que marcó una profunda crisis ideológica en el imperio, una pequeña pero creciente parte de la sociedad, siendo principalmente las mujeres de clase media que vivían en las ciudades y las aristócratas, se interesaron por las ideas del humanismo y feminismo europeo (Stites, 1991). Estas mujeres, por lo general educadas en casa o autoeducadas, formaron parte de la primera generación de lectoras apasionadas (Lotman, 1994: 54). “El movimiento de las mujeres” ruso (*zhenskoe dvizhenie*) si bien no ha producido su propia ideología local, ha inspirado una multitud de organizaciones que trabajaban en impulsar los cambios en la cultura rusa y brindaban

¹⁴ Traducción propia.

¹⁵ Que puede ser explicado por el control centralizado sobre sus sujetos por parte del Estado y la ausencia de posibilidades del emprendimiento y autonomía propias, siendo las últimas, características de las masculinidades europeas, por ejemplo, inglesas o francesas (Kon, 2009: 128).

apoyo a las mujeres en cuanto al acceso a la educación, los servicios de salud, la protección de sus derechos, su capacitación laboral, *etc.* (Yukina, 2007: 123). El signo de la modernización social, “el problema de los padres e hijos” ha sido la característica principal de la década de 1860. Los y las jóvenes empezaron a ver la familia como el principal obstáculo de su libertad. Como apunta en sus memorias Sofía Kovalevskaya, una aristócrata rusa que se convirtió en una destacada matemática (Kovalevskaya, 1974: 57):

Se puede decir que, durante este período, desde principios de los sesenta hasta principios de los setenta, todos los estratos intelectuales de la sociedad rusa estaban ocupados con un sólo problema: la discordia familiar que se dio entre los viejos y los jóvenes. Cualquiera que sea la familia noble a quien preguntaras en ese momento, te contestaría lo mismo: los padres se pelearon con sus hijos. Y no por razones materiales surgieron peleas, sino por cuestiones de naturaleza puramente teórica y abstracta. “¡No estuvieron de acuerdo por las convicciones!”. Y sólo por eso, pero esto “sólo” es suficiente para que los hijos abandonen a sus padres y los padres renunciaran a sus hijos. Entre los hijos, especialmente las hijas, hay una especie de epidemia: de huir del hogar paterno. En nuestro vecindario inmediato todavía, gracias a Dios, todo está bien; pero los rumores ya vienen de otros lugares que de uno o el otro pomeszhik (terrateniente – I.O.) se le escapó una hija que se fue a estudiar al extranjero, o que se fue a Petersburgo con las nihilistas.¹⁶

Las llamadas “nihilistas” usaban elementos de la vestimenta masculina, criticaban abiertamente a sus padres y vivían separadas de ellos, iban a los cursos de ciencias exactas o leían la literatura científica; además, practicaban las relaciones sexuales fuera del matrimonio. La crisis del orden patriarcal y la religión dio lugar al auge de las uniones ficticias dentro de la generación de los jóvenes. Al mismo tiempo, el avance en la urbanización y la industrialización resultó en una fractura de la familia extendida y en el crecimiento del modelo de la familia nuclear que, a su vez, no tenía una jerarquía tan rígida. Después de la prohibición del uso de la labor infantil en 1882, más y más mujeres prestaban su mano de obra para la industria del Imperio, de tal manera que para 1914 formaban una tercera parte de sus empleados, sobre todo en las regiones donde no

¹⁶ Traducción propia.

había la producción textil (Goldman, 2010: 18). Mientras crecían sus capacidades profesionales, el tiempo dedicado a las actividades fuera de casa y el poder adquisitivo, también creció su descontento con sus derechos limitados y la falta de estructuras que apoyaban a ellas y a sus familias.

c) Las políticas estatales de género en la URSS: cómo los ideales de “la madre trabajadora” y “el protector de la Patria” llegaron a dominar el imaginario social soviético

La Primera Guerra Mundial facilitó la entrada masiva de mujeres a los talleres y las fábricas, y al mismo tiempo provocó debates sobre “la crisis de la familia” dentro de los círculos políticos y religiosos. Más de 20 por ciento de los hombres trabajadores fueron al frente, y para 1918 las mujeres formaban ya el 45 por ciento de la fuerza laboral industrial. La política y el activismo social dejaron de ser el dominio de hombres: en algunas regiones de la Rusia revolucionaria, las mujeres eran más activas políticamente que los hombres (Badcock, 2007). Un ejemplo fueron las esposas de soldados que quedaron sin apoyo debido a la movilización masiva durante la guerra. Ellas formaban organizaciones regionales, presentaban peticiones ante los gobiernos local y central, participaban en marchas, enviaban solicitudes para aumentar sus beneficios (el subsidio que el gobierno pagaba a esposas y madres de soldados) y exigían el regreso de prisioneros de guerra para ayudar en las aldeas. Esto facilitó el diálogo entre el gobierno y las mujeres y era suficiente para prestar atención al sufragio, que las mujeres rusas pudieron lograr entre las primeras del mundo.

En el primer estudio de alcance nacional que indagó acerca de las condiciones de las mujeres en el país, publicado en 1916 bajo el nombre “Sociedad y maternidad”, la socialista Alejandra Kollontái documentó las consecuencias de la pobreza, la guerra y la falta de protección social que permeaban la vida de la mayoría (Zhurko, 2012): sus datos indicaron que 90 por ciento de las mujeres trabajaba (en el campo o en la industria), muchas veces sustituyendo a los hombres que se habían ido. Kollontái sostuvo que, dado que el trabajo de la mujer se había convertido en un factor esencial en la vida económica de la sociedad, el Estado tenía la obligación de crear instituciones para ayudar a las mujeres a combatir las realidades de una labor pesada y precaria, embarazos múltiples, y mortalidad infantil y femenina. Kollontái contemplaba una “revolución de la vida cotidiana”, donde el Estado se encargaría de redes de comedores

públicos, de bancos de leche materna, de un sistema preescolar y escolar universal, así como otros servicios públicos: lavanderías, baños, *etc.*

El ideal de Kollontái, “la nueva mujer”, debía vivir de manera autónoma e independiente, y activamente luchar por sus derechos políticos a la par con los hombres. Las propuestas de Kollontái tuvieron peso en el diseño de las políticas del Partido Bolchevique en la primera década después de la Revolución de Octubre, políticas que podemos llamar el feminismo estatal (Yukina, 2007: 444). Entre sus logros podemos contar las leyes de la asistencia al parto gratuito, la legalización de aborto, el establecimiento de la jornada laboral oficial de ocho horas, así como la elaboración y distribución de panfletos y libros educativos dirigidos a las mujeres. No obstante, eventualmente la marginalización política y la falta de recursos estatales frenaron su ambicioso proyecto político.

Los sociólogos rusos y extranjeros que estudiaron la transformación del orden de género en la sociedad soviética destacan cuatro períodos marcados en su historia (Rotkirch, 2000; Kon, 2005; Zdravomyslova y Temkina, 2007). La primera etapa - desde la segunda revolución de 1917 hasta finales de la década de 1920 – es el período de la movilización política de las mujeres y el experimento bolchevique en el campo de la sexualidad y las relaciones familiares. La primera constitución de Lenin de 1918 privó de sus derechos políticos a todas las personas adultas que no trabajaran o usaran empleados, instalando así la obligación legal del empleo universal. Como parte de su plan político sin precedentes contemporáneos, el Estado intentó realizar la política de "defamilización", y de la llamada a las mujeres a la esfera pública, lo cual, entre otras cosas, significó una serie de proyectos legislativos pioneros (entre ellos, la creación de los consejos de mujeres, la secularización del matrimonio, la simplificación del divorcio, el establecimiento de los periodos de maternidad e incapacidad pagados, la igualdad jurídica de los hijos nacidos dentro de matrimonio y fuera de él; y la introducción de mecanismos de vigilancia de la misma remuneración para mujeres por el mismo trabajo que para hombres¹⁷).

Sin embargo, estas políticas fueron implementadas dentro de las condiciones de una guerra civil (1917-1923), una severa hambruna (1921-1922) y numerosos problemas

¹⁷ El derecho al voto fue concedido a las mujeres por el gobierno provisional en marzo 1917, antes de la Revolución de Octubre, en gran parte gracias a los esfuerzos de la Liga Rusa para la Igualdad de las Mujeres.

sociales y económicos que enfrentó el joven gobierno de Lenin: el aislamiento político de la URSS en el mundo, el rezago económico y tecnológico, el impresionante número de personas sin hogar (a principios de 1920, llegó a haber entre seis y siete millones de niños que se encontraban en la calle). Aparte, muchas mujeres en ese momento todavía no podían aprovechar las iniciativas progresistas siendo analfabetas y sin cualificaciones o experiencia para conseguir un trabajo formal. El problema del desempleo femenino era endémico: mientras los códigos familiares les otorgaban derechos para una autonomía económica y legal, en práctica, las mujeres, viudas o abandonadas por sus maridos, hacían filas en las puertas de fábricas en el intento de obtener cualquier ingreso para sobrevivir, pues “el reclutador más exitoso de las mujeres a la industria era el hambre” (Goldman, 2010: 348).

La nueva ideología también pretendía reorganizar las relaciones sexuales entre los sujetos del Estado. Por un lado, se esperaba la liberación de los viejos dogmas de la religión ortodoxa y la tradición patriarcal opresora: Kollontaí famosamente propuso su teoría del “vaso de agua” invitando a las mujeres a practicar sexo de forma tan simple y fácil como beber un vaso de agua. La encuesta sociológica de los estudiantes en 1922 mostró que 80.8% de hombres y más de 50% de mujeres han tenido relaciones sexuales breves extramaritales (Gelman, 1923 en Lebina, 2015: 49). Estas libertades sexuales, por supuesto, eran practicadas más en las grandes ciudades como Moscú, Kiev y St. Petersburgo, pero también eran transmitidas a las regiones de periferia a través de obras literarias y teatrales, así como por medio de canciones populares y, más tarde, películas soviéticas.

Por otro lado, los bolcheviques ideológicamente más conservadores esperaban que la vida privada estuviera subordinada a los intereses del proletariado, a través de la presión del individuo por parte de sus jefes y colegas del lugar de trabajo («*trudovoi kollektiv*»), o en la zona rural, por el reformado órgano de gobernación municipal, *selskiy sovet*. El médico y psicoanalista Aron Zalkind, quien atendió a los líderes del Partido, escribió el panfleto llamado “12 mandamientos del comportamiento sexual de la clase obrera” que prescribían “la selección sexual según la pertenencia a la clase y las metas de la Revolución” (Zalkind, 1926 en Lebina, 2015: 22). El Estado aspiraba tomar control sobre prácticas privadas como, por ejemplo, los bailes, llevándolos de las plazas y calles a las casas de cultura, o prohibiendo ciertos géneros como el tango y el *two-step* con el

pretexto de que eran demasiado occidentales, y a su vez promoviendo el deporte, elevando el ejercicio físico a un estatus social muy alto.

En la segunda etapa, entre los finales de la década de 1920 y mediados de los años 50, surgió una norma conceptualizada como la "androginia totalitaria", un intento de crear un "ciudadano soviético asexual" (Kon, 2005). Este período también puede ser descrito como un triunfo del contrato social de la "madre trabajadora" dentro de una economía altamente militarizada. Fue una etapa de movilización masiva de las mujeres frente a los ritmos acelerados de la industrialización, la militarización de la economía y, posteriormente, la Segunda Guerra Mundial: sólo en 1930 el Estado creó 473 miles nuevos empleos para mujeres, que era cuatro veces más que en el año anterior (Goldman, 2010: 7).

La industrialización en la URSS era distinta de la que había ocurrido en Europa Occidental: era mucho más rápida, ejercitada dentro de condiciones de la ausencia del mercado libre y apoyada por la planificación central del uso de recursos y la producción de bienes. La liquidación del sector privado, la colectivización forzada en el campo y el empobrecimiento de los hogares impulsaban más y más olas de mujeres a buscar trabajo en las fábricas. Ellas desempeñaban un papel muy importante: su involucramiento en el trabajo pagado retenía la migración del campo a las ciudades y permitía al Estado mantener el orden entre diferentes sectores de población. Obligadas a trabajar intensamente fuera del hogar, las mujeres disponían de poca atención y tiempo para dedicar a sus familias o sus criaturas, y dependían mucho de los servicios estatales, distribuidos a su vez en función de su rendimiento laboral, sobre todo a través de la asignación de prestaciones tales como tarjetas alimenticias o acceso a guarderías (*op.cit.*: 344-353).

No hay que perder de vista que este periodo corresponde a la época del estalinismo, con un clima subyacente de represiones masivas y terror estatal que marcó otra invasión ofensiva del Estado a la vida privada. A partir de los 1930 fue altamente marginada y convertida en objeto de vigilancia total. Se limitó la libertad de moverse: en 1932 en la URSS se introdujeron el sistema de pasaporte y el sistema del registro de residencia. En 1934 el Estado criminalizó el homosexualismo. Al mismo tiempo, el discurso público de la sexualidad se asoció con la capacidad reproductiva y se reforzó con la criminalización del aborto en 1936, así como la penalización económica de los

individuos sin familias: todos los ciudadanos soviéticos en edad reproductiva que no tenían hijos estaban obligados a pagar un impuesto gubernamental del 7% (que el Estado mantuvo hasta la caída de la URSS). De 1947 a 1953, debido al comienzo de la Guerra Fría, el Estado prohibió los matrimonios con ciudadanos extranjeros. La supresión de la sexualidad por la ideología producía dedicación fanática hacia el líder: aunque muchos han sufrido a causa de las políticas estalinistas, la muerte de Stalin en 1953 provocó un torrente de lágrimas, suicidios y una estampida en su funeral donde murieron más de 400 personas, aunque los datos oficiales nunca han salido a la luz (Dorman, 2010).

La tercera etapa – de mediados de los años 1950 hasta la "*perestroika*"- comenzó durante el "deshielo" y continuó a lo largo de las dos décadas de Brezhnev. La política de Khrushchev, el sucesor de Stalin, incluyó la restauración parcial de la privacidad y una aceleración en la formación de los discursos disidentes que se oponían al oficial. La frontera simbólica entre las políticas de género de la segunda y la tercera etapa en la URSS puede ser marcada por el retorno de la descriminalización de abortos en 1955. De las mujeres se esperaba una mayor participación en los asuntos estatales, sociales y políticos. No obstante, al mismo tiempo el Estado introdujo penalizaciones más severas para las personas que no podían comprobar tener un empleo: en la legislación de la URSS en 1961–1991, el delito de “residencia prolongada de una persona adulta con una buena condición física sin obtener ingresos no derivados del trabajo debido a la evasión de labor socialmente útil” podría resultar en castigos desde multas y tiempo de trabajo forzado, hasta años en campos laborales (Lastovka, 2011: 66).

La época de “deshielo” significó un cambio importante en las representaciones populares de los roles de género y la sexualidad, ya que la literatura y el cine soviéticos retomaron los temas prohibidos anteriormente y, aunque de manera indirecta, criticaron el discurso oficial. Las tensiones que existían entre éste y las prácticas actuales de los ciudadanos soviéticos se hacían más evidentes. Como escribió en su autobiografía el destacado científico social ruso, fundador de la sexología y lo que podemos llamar la sociología de género en la URSS, Igor Kon (*ibid*: 167):

A finales de los 50 en la junta de los representantes del Partido de la Facultad de Filosofía de la Universidad de St. Petersburgo escuchamos el caso de un estudiante de 30 años quien, borracho, ingresó a los dormitorios con una

prostituta y se acostó con ella en el pasillo. Por supuesto, recibió una amonestación. Pero entre ellos, los profesores estaban diciendo: «¿Y qué más le quedaba? Cinco años de celibato a su edad es complicado y dañino. Un hotel es inaccesible. En el parque hace frío, y allí está la policía. La única manera de no violar las normas del derecho soviético y de la moral comunista es masturbarse». Pero decirlo en público, aunque fuera en broma, era imposible¹⁸.

A partir de este periodo se manifestó también la crisis de las políticas estatales en cuanto a la posición social del hombre soviético. La prensa empezó emitir publicaciones alarmistas sobre su mortalidad temprana, su peor adaptación a las dificultades de la vida, las tasas de discapacidad más altas debidas a la prevalencia de riesgos profesionales, los hábitos nocivos, sobre todo el alcoholismo a gran escala. El eslogan "¡Cuida a los hombres!", lanzado por el demógrafo Boris Urlanis, que se hizo notorio a fines de la década de 1960 (Urlanis, 1968 en Pushkareva, 2012), martirizó al hombre soviético presentándolo como la víctima de una fisiología diferente, la modernización social y los cataclismos sociales de la historia moderna. Estas preocupaciones tenían su base en la composición demográfica del periodo de posguerra, que mostraba un fuerte desequilibrio entre el número de hombres y mujeres. Una canción soviética popular de los 60 decía:

*Hoy las chicas están de fiesta,
hoy es el día del baile,
Y sus cachetes se iluminan del rubor.
Llegaron las chicas, se pararon al lado,
frotando sus pañuelos en las manos,
porque por diez chicas,
según la estadística, hay nueve chicos”¹⁹.*

La crisis de masculinidad se manifestaba no solamente en la demografía. Kon apunta que, a pesar de las variaciones étnicas, religiosas e históricas, el canon tradicional de masculinidad se asocia con la iniciativa, la autonomía y el (auto)control. Sin embargo, mostrar estas cualidades dentro de un régimen de represión e hipocresía significaba correr un riesgo demasiado alto (2009: 135):

¹⁸ Traducción propia.

¹⁹ “Stoyat devchonki” (1966). Letra K. Ryzhov, música A. Kolker.

*La ineficiencia económica del sistema soviético, combinada con el despotismo político y la burocratización de la vida, dejó poco espacio para la iniciativa individual y la independencia. Para lograr el éxito económico y social, uno no tenía que ser valiente, sino astuto, no orgulloso, sino servil, no independiente, sino conformista. Desde la primera infancia hasta su muerte, el hombre soviético se sentía social y sexualmente dependiente y desfavorecido*²⁰.

Según Kon, los hombres soviéticos estaban rodeados por las mujeres, a menudo dominantes: desde la familia natal, dado que más que una quinta parte crecieron con una madre soltera, la escuela, donde la mayoría de los pedagogos eran mujeres, y hasta la etapa de la formación de su propia familia con una mujer que exigía el control sobre el presupuesto y los asuntos familiares (*op.cit.*: 136). La vía para manifestar ser hombre a menudo era a través de acciones antisociales como peleas, borracheras y muestras del valor sin límite, que, aunque eran destructivas o autodestructivas eran ampliamente toleradas por el Estado y la sociedad. La masculinidad hegemónica oficial dictaba que el único camino legítimo era participar en los proyectos estatales, sin atreverse a cuestionar las decisiones del Partido (Zdravomyslova y Temkina, 2007). Lo más valorado, entonces, era la lealtad a la Patria “hasta la muerte”. Incluso en los tiempos de paz, el discurso ideológico usaba las imágenes de “héroes” que cumplían las normas en las fábricas y “batallas” por la cosecha. La ideología también rendía homenaje a los veteranos de la Segunda Guerra Mundial, los *frontoviki*, a pesar de que en términos materiales el Estado les podía ofrecer muy poco. Para compensar esa brecha en políticas sociales por lo menos en términos simbólicos y para promover aún más el discurso militarista, el 23 de febrero era denominado como el Día de la Defensor de la Patria (actualmente sigue siendo el día feriado en Rusia).

Al mismo tiempo, en la época del “deshielo”, en sustitución de la masculinidad y feminidad hiperbolizadas por el estalinismo, llegó el culto al intelecto, de la sexualidad dosificada, del aspecto físico más refinado, del entrenamiento deportivo (Lebina, 2015: 212); en otras palabras, se produjo el ideal de género que, en términos generales, se acercaba más al occidental. Hasta cierto punto, la ideología estatal de este periodo adelantaba las aspiraciones y prácticas de las masas, quienes se enfocaban más en sus

²⁰ Traducción propia.

estrategias de supervivencia material en los tiempos de escasez de los productos más básicos:

En esencia, con la destrucción del sistema totalitario de la URSS ocurría la restauración parcial de las reformas democráticas de los años 20, cuando el orden de género soviético, a pesar de su cierta extravagancia, era el más progresivo del mundo (op. cit.: 214)²¹.

Sin embargo, la brecha entre las postulaciones ideológicas y las prácticas cotidianas nunca se ha podido cerrar. Kon (2005) denominó la política de género del Estado soviético “el sexismo asexuado”, por lo que aunque en los discursos oficiales los sexos eran tratados como iguales, existían enormes diferencias entre las normas formales e informales que condicionaban sus posiciones sociales. El vínculo entre la edad, la experiencia y la educación obtenida y, por otro lado, el salario “funcionaba” para hombres; pero no para mujeres: *circa* la década de 1960 las mujeres constituían 80 por ciento del personal no calificado en la industria, 98 por ciento en el área de empaque y 86 por ciento de clasificadores (Zhidkova y Zdravomyslova, 2009: 98). Algunas prácticas como, por ejemplo, la crianza de niños en casa en lugar de una institución del gobierno (Nikitin y Nikitina, 2017), o el arreglo personalizado de la vestimenta (Lebina, 2015), podrían hasta ser vividas y percibidas como pequeñas manifestaciones de resistencia al orden estatal.

Una parte de las familias en el periodo de posguerra en realidad era matrifocal (Rotkirch, 2000), y, por lo general, en la sociedad soviética, las estrategias cotidianas de muchas mujeres incluían la ayuda de otras mujeres que les dejaban mantener el papel de “madre trabajadora” (yo me acuerdo vívidamente cómo, después de mis clases en primaria, iba con una vecina anciana que vivía al lado de nuestro departamento y hacía mis tareas escolares en su mesa de cocina). El imaginario soviético asignaba a la mujer la responsabilidad y la obligación de ser cuidadora, educadora y la “preservadora del fuego hogareño” (“*hranitel'nica domashnego ochaga*”), discursivamente un hombre involucrado en lo doméstico era marcado como alguien que le “ayudaba”.

En cuanto a la crianza y el tiempo libre, las aliadas de familias soviéticas eran las organizaciones estatales que “mantenían los niños de la calle” ofreciendo actividades culturales y deportivas a bajo costo o sin costo ninguno para jóvenes y sus familiares

²¹ Traducción propia.

(véase el siguiente capítulo donde discuto el orden de género soviético). Niños y adolescentes gozaban de un grado elevado de autonomía e independencia que a menudo tenía un toque de abandono. Todavía es común en el territorio pos-soviético ver los niños pequeños con sus mochilas llenos de libros caminando solos a su escuela en la mañana o regresando de su actividad extracurricular en la oscuridad, u observar un grupo de niños jugando en el parque sin ningún adulto supervisando.

Por último, a partir de la *perestroika* a mediados de la década de 1980 y hasta nuestros días, podemos hablar de la cuarta etapa en el orden de género soviético y más tarde post-soviético (a su vez fracturada por la emergencia de políticas y discursos contradictorios), que coincide con el inicio de las reformas políticas y económicas neoliberales, la individualización, la polarización y pluralización de las sociedades de la región y una rápida occidentalización de los países previamente cerrados por la Cortina de Hierro. Esta etapa la expongo con más detalle en el siguiente apartado.

d) La diversificación de los contratos de género en la sociedad neoliberal

La llegada al poder de Gorbachov y su equipo de comunistas-reformadores marcó el inicio de la privatización del sector económico, el crecimiento de la brecha en ingresos y privilegios entre personas y grupos sociales, la individualización de la vida privada y la pluralización de prácticas de género (Rotkirch y Temkina, 1997). Después de la desintegración de la URSS en 1991, cada república que se independizó tuvo la autonomía política que le permitió definir sus propias ideologías de género y pasar reformas que encaminaban hacia la conservación de roles tradicionales, o la igualdad entre géneros, o, típicamente, a una mezcla de políticas y discursos contradictorios que combinaban el legado soviético paternalista con estrategias sociales neoliberales. Los primeros pasos hacia las reformas económicas mostraron que sus efectos no eran neutrales al género: en Rusia, Kazajistán y Mongolia, por ejemplo, el desmantelamiento de los derechos de asistencia social a las familias, las normas sociales conservadoras y la agencia limitada de la sociedad civil condujeron a una persistente desigualdad de género (Dugarova, 2019).

El modelo soviético de la familia de doble ingreso fue socavado; las responsabilidades asociadas con el cuidado pasaron del estado a las propias familias, con un énfasis en el papel principal de las mujeres como madres. Para los empleadores, quienes ahora funcionaban en condiciones de la competencia del mercado libre, dar empleo calificado

a las mujeres representaba ciertos riesgos asociados con gastos y costes extra y la organización de su labor más complicada debido a sus compromisos familiares y su derecho al permiso de la maternidad. La protección del empleo se deterioró severamente; muchas mujeres enfrentaron discriminación en el mercado laboral y tuvieron que involucrarse en actividades económicas informales, mientras soportaban más carga en el ámbito doméstico.

Aunque en el Occidente se esperaba que la transición a la democracia abriría espacio a los movimientos *grassroots* de mujeres por sus derechos, las estructuras de gobierno han permanecido persistentemente patriarcales, con poco interés político en el tema de género y la construcción de mecanismos funcionales para garantizar la equidad tanto en la esfera pública como en la doméstica, con la excepción notable de los estados Bálticos, quienes basaron su modelo de política social en el modelo de países nórdicos (Aidukaite, 2004). Sin embargo, los estados más susceptibles a la presión internacional, los que buscan inversiones extranjeras, tuvieron que afirmar su legitimidad al demostrar su compromiso con la igualdad de género mediante, por ejemplo, la adscripción a los convenios internacionales como, por ejemplo, pasó en el caso de Ucrania (Ketelaars, 2019).

En países con los gobiernos más centralizados de la región como Kazajstán y Rusia, el interés estatal hacia la familia a través de la política social (en particular, a través de servicios de cuidado infantil, asistencia social y programas de empleo) proviene del legado de la política paternalista soviética, y sirve para apoyar, en lugar de desafiar, los roles de género binarios y, más que promover la igualdad de género, persigue aumentar las tasas de natalidad. La política social sigue ofreciendo a las mujeres diversas formas de protección y beneficios especiales que reconocen su papel como madres: permisos de maternidad, beneficios económicos, así como protección contra las obligaciones laborales que pueden interferir con sus responsabilidades hacia sus hijos (Chandler, 2007). El marco legal da derecho a las mujeres de quedarse en casa con niños pequeños sin perder su trabajo por hasta tres años; sin embargo, el permiso de paternidad pagada no está contemplado por la ley.

En muchas de las repúblicas de la ex URSS, los beneficios de cuidado infantil se pagan progresivamente según la cantidad de hijos, sin embargo, el nivel de pago está por debajo de un salario promedio (Dugarova, 2019). En Rusia, para ofrecer apoyo

adicional a las familias el gobierno introdujo nuevas medidas como parte del Programa del Capital Maternal que se lanzó en 2007. Además de un monto por valor de RUB 466 617 por el primer hijo, en 2020 el programa proporciona un monto de RUB 150 000 para un segundo hijo y cada hijo posterior²². El apoyo no se administra en efectivo, está diseñado para que la madre lo puede aplicar a cualquiera de los tres propósitos: financiar la educación de sus hijos, ahorrar para su jubilación o mejorar la vivienda que ocupa su familia.

e) El “nuevo tradicionalismo” de Putin y discursos alternativos

El orden de género ruso tiene “un alto grado de continuidad” en relación con el orden de género soviético (Rotkirch y Temkina, 1997). Sin embargo, la movilidad de los contratos, las brechas entre representaciones y prácticas, y la presencia de diferentes ideologías de género crean inestabilidad en los roles de género, las identidades y las reglas de interacción. Hablando a grandes rasgos, en Rusia la época de Putin dio lugar a la ideología del nuevo tradicionalismo, y las encuestas aplicadas en la primera década de los 2000 revelaban un leve crecimiento de los valores conservativo-religiosos que han sido activamente promovidos por el Estado y la Iglesia Ortodoxa (Mitrojin, 2009). Las llamadas desde pantallas de televisión a lo largo de los años 2000 han estado convocando a los rusos y las rusas para preservar los valores familiares tradicionales, los lazos espirituales y abandonar las ideas feministas impuestas por el Occidente.

La edad promedio de contraer matrimonio se mantiene muy baja; estadísticamente no se registra un cambio significativo entre la década de 1890 y 1990, a partir de allí la edad promedio va aumentando un poco (Zaharov, 2007 en Rimashevskaya, 2009). La transformación del orden de género ocurre junto con los cambios en el sistema político y económico, el surgimiento de nuevos nacionalismos y la caída de instituciones sociales que apoyan el proyecto emancipatorio de las mujeres. Algunas prácticas como, por ejemplo, la doble jornada femenina han pasado por una resignificación: ya no es el Estado sino el mercado capitalista quien convoca a las mujeres a laborar intensamente tanto en el trabajo como en el hogar. Por el contrario, ser ama de casa o ser “mantenida” es un indicador de alto estatus, ya que la tradición arraigada durante las últimas cuatro o cinco generaciones es de una mujer trabajadora.

²² Información obtenida en el portal del gobierno ruso [20 de febrero 2020]: <http://government.ru/rugovclassifier/688/events/>

En general, se observa una tendencia renovada hacia la complementariedad de los roles de género en la práctica diaria (Pushkareva, 2012). Esto se hace evidente en el análisis de Lezhnina (2013) quien analiza la transformación de la familia en la Rusia contemporánea, partiendo del análisis de los datos de una encuesta nacional de 1751 rusos y rusas que aplicó el Instituto de Sociología de la Academia de Ciencias de Rusia en 2012 (véase tabla 1.1., datos de *ibid*: 267-268). Para explorar los roles de género, los sociólogos rusos preguntaron a sus informantes qué cualidades valoran más en una mujer y un hombre, en una esposa y en un esposo²³.

Cualidades	Hombre ideal	Esposo ideal	Mujer ideal	Esposa ideal
Fuerza física, salud	59	37	12	13
Ausencia de malos hábitos	38	38	20	19
Inteligencia	33	16	18	11
Capacidad de ser proveedor(a)	33	56	2	4
Confianza	24	13	13	7
Apariencia atractiva	18	5	67	29
Sexualidad	17	9	40	17
Sentido de humor	14	6	11	5
Lealtad	14	38	24	44
Firmeza	12	7	2	2
Capacidad de gestión de hogar	12	21	22	47
Amor a los niños	7	31	24	55
Bondad, gentileza	6	6	14	17
Personalidad agradable	4	5	21	20

Tabla 1. Las cualidades deseadas en hombre/mujer y esposo/esposa según la encuesta nacional en Rusia (Instituto de Sociología de la Academia de Ciencias de Rusia, 2012). Los números indican el porcentaje de los encuestados.

Es muy clara la separación entre los roles del hombre y del esposo, de la mujer y de la esposa, y la delimitación de los espacios de responsabilidad femeninos. Observamos que, a pesar de las políticas orientadas hacia la emancipación de la mujer en el periodo de la URSS, los rusos ven al matrimonio ideal como una unión entre una mujer dulce,

23 Según otra encuesta realizada en Rusia, mientras que la familia es importante para la mayoría de los rusos, el valor del amor no es universal. Solamente 6% de los rusos refieren a la búsqueda de amor como su prioridad en la vida, mientras que 17% indica que su prioridad actual es la familia (*ibid*: 267-268).

práctica, orientada a la crianza y atractiva y un hombre que es sano, fuerte, leal, buen proveedor y gestor del hogar. Según Lezhnina, esta vinculación de los roles de género a las funciones dentro de la vida familiar muestra que Rusia todavía pertenece a las culturas con rasgos tradicionalistas. El hecho de que se resalten también las cualidades deseadas de otro tipo - sexualidad para mujeres e inteligencia para hombres en particular, habla de los procesos de la transformación de las representaciones de masculinidad y feminidad en el imaginario popular de género en Rusia²⁴ (hay que apuntar que, según los datos, este último fenómeno es mucho más extendido en las zonas urbanas que rurales y entre los jóvenes). Al mismo tiempo, según las cifras oficiales, el número de hombres y mujeres empleados en la economía rusa está casi al mismo nivel (Rosstat, 2017): 37 millones frente a 35 millones, respectivamente.

f) Conclusiones

Las políticas del joven Partido Comunista en los años 1920 pretendían impulsar una modernización “desde arriba” tanto en la esfera pública como en la esfera privada, rompiendo con el paradigma patriarcal de antaño y distanciándose de las normas “burguesas” del Occidente y su orden “imperialista”. Por lo tanto la primera fase de la construcción de la URSS está marcada por una liberalización abrupta de las normas asociadas con la familia y la sexualidad y el lanzamiento de un proyecto ambicioso de la emancipación para las mujeres. A pesar de su ideología ultrasocialista, en este entonces el movimiento de mujeres en Rusia sirvió de ejemplo para las feministas de la primera ola en Europa y el Reino Unido (Badcock, 2007). Sin embargo, posteriormente las estrategias del Estado soviético fueron destinadas más bien a la preservación del orden político-social y el avance de sus otras metas como, por ejemplo, el crecimiento de las industrias. La vida privada y el individuo mismo deberían ser subordinados a las necesidades que el Partido manifestaba como prioritarias a través de sus congresos, documentos, estrategias y políticas públicas. El papel principal asignado a los hombres en función del Estado era de su protector y de obrero, la pieza clave en la vanguardia del triunfo futuro del proletariado. Las mujeres eran definidas también tanto en el sentido profesional como trabajadoras del Estado y las constructoras del socialismo, como

²⁴ En este sentido, hay mucha similitud entre las sociedades en Rusia y en México: ambas experimentan una transición hacia los roles más igualitarios y orientados a las necesidades individuales de cada integrante en cuanto a la familia y el matrimonio, pero las representaciones culturales normativas de los roles siguen siendo, en gran medida y en muchos ambientes sociales, diferenciadas.

gestoras de hogar y madres que tenían que asumir la responsabilidad principal del bienestar de sus familias.

El período post-soviético se destaca ante todo por la pérdida del control del Estado sobre la definición y delimitación de normas de género. Por lo tanto, el orden hegemónico se problematiza. Los paradigmas culturales de amor, la sexualidad, el matrimonio, los valores familiares, la femineidad y la masculinidad son desafiados y fragmentados. Se aumenta la importancia de identidades (nacionales, étnicas, de clase, de religión, profesionales), mientras que el componente de género también se autonomiza. Los imaginarios y los contratos asociados con ellos se diversifican y crece el énfasis cultural en la elección individual libre, la satisfacción personal y el nivel elevado de la educación, el ingreso y el consumo, típico para las sociedades del capitalismo avanzado. Cobra el peso el discurso que orienta el modelo familiar hacia el modelo igualitario donde ambos proveen y participan en las tareas del hogar, el mayor control de natalidad y la expectativa de una menor interdependencia entre los miembros de la familia, sobre todo ancianos e hijos adultos. El individuo puede subscribirse tanto al orden de género hegemónico como a uno alternativo, o bien, entremezclar elementos de ambos. Las historias de vida son cada vez más dinámicas y a menudo incluyen convivencia no registrada, matrimonio, nacimiento de hijos, divorcio, nuevo matrimonio, maternidad y paternidad compartida, matrimonios y relaciones sin hijos, consiguientes divorcios y convivencias. Sin embargo, las normas siguen siendo más rígidas para las mujeres que para los hombres; las desviaciones de aquellas (el aborto, el divorcio, el embarazo adolescente, o los hijos fuera de la relación) son más dañinas para mujeres en términos económicos, físicos y emocionales.

Temkina y Zdravomyslova (2007: 86-89) destacan que mientras el período soviético puede ser descrito como patriarcado clásico en el proceso de destrucción, en las sociedades post-soviéticas se mantiene la forma cultural del patriarcado, o el androcentrismo. Cuando el patriarcado está en una crisis, las estrategias de mujeres se diferencian y se transforman. Un grupo de sus estrategias está asociado con el crecimiento de tendencias igualitarias: la autonomía e independencia de las mujeres, junto con la lucha por los derechos y la adquisición del poder real en el espacio público. Al mismo tiempo otro grupo de estrategias promueve la reproducción de valores conservadores de género, la reproducción y acentuación del “poder femenino” como un tipo de poder específico. En el territorio post-soviético, podemos observar ambas

tendencias con las fronteras poco rígidas, donde diferentes prácticas coexisten en los mismos entornos y contextos sociales, interponiéndose y superponiéndose entre sí.

SEGUNDA SECCIÓN: MARCO TEÓRICO Y METODOLÓGICO

CAPÍTULO IV. LA PERSPECTIVA ESTRUCTURAL-CONSTRUCTIVISTA EN LOS ESTUDIOS DE GÉNERO Y LA DISCUSIÓN DEL CONCEPTO DEL CAPITAL

a) Mirada al género desde la teoría de Bourdieu

El estudio que utiliza el enfoque estructural-constructivista (Bourdieu, 2007; Connell, 1987, 2015; Volkov y Jarjordin, 2008) aborda la relación entre las estructuras objetivas del mundo social y el modo en que los agentes las interiorizan. Pierre Bourdieu capta esta relación a través de su noción del *habitus*, de un “sistema de estructuras cognitivas y motivadoras” que genera y organiza las prácticas del agente y que está socialmente adquirida y construida (Bourdieu, 2007: 87). La propuesta que la estructura social que moldea al actor a nivel exterior (de sus comportamientos) e interior (de sus disposiciones emocionales y racionales) tiene sus orígenes en la historia del pensamiento intelectual que van hasta Aristóteles (Bourdieu, 1987: 22). Influenciado por los trabajos de Marcel Mauss y Norbert Elias (Lizardo, 2004: 2), Bourdieu explica las pautas de acción social que se repiten día a día e introduce a la teoría social herramientas analíticas con el fin de explicar componentes corporales, cognitivos y mentales de la acción (Wacquant, 2013: 4), relacionados con la pertinencia del actor a la clase social, al campo profesional o el determinado sexo-género, entre otras cosas.

Tomamos, por ejemplo, la persistencia de jerarquías de género. Aunque la postura feminista no está profundamente trabajada en las obras de Bourdieu, él muestra estar familiarizado con el entendimiento de género que se desarrolló durante la segunda ola del feminismo y que está concebido tanto como “un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos” y, por otro lado, como “una forma primaria de relaciones significantes de poder” (Scott, 1996: 289). Dentro de sus varias obras, Bourdieu contribuye a los estudios de género, primero, evocando el *habitus* para explicar el mantenimiento del orden patriarcal en las sociedades y, segundo, intentando describir bajo qué tipo de mecanismos las mujeres (por lo general, las dominadas dentro de este orden simbólico, político y económico) internalizan “las estructuras históricas del orden masculino” (Bourdieu, 2000: 17). Lo interesante en su teoría es que concibe la dominación no sólo como una estructura vertical que se ejerce sobre agentes sino como algo donde todos los agentes participan

como “cómplices”. Sobre todo, apunta que supone también la adaptación de ciertos esquemas por parte de los dominados: por ejemplo, las normas que prescriben comportamientos corporales o las nociones que guían la selección de la pareja en las relaciones afectivas y matrimoniales. Es aquí, dentro de este último argumento, donde él introduce y desarrolla el concepto de la “violencia simbólica”, o la naturalización de la dominación masculina en las prácticas cotidianas y los esquemas mentales de los agentes con la complicidad de todos los agentes, incluso los dominados, que se ejerce por la “persuasión oculta” del “orden de las cosas” (*op. cit.*: 20-21). Los agentes pueden reconocer y/o desconocer los efectos de violencia simbólica: él llama al desconocimiento “al hecho de reconocer una violencia que se ejerce precisamente en la medida en que uno no la percibe como tal”, y por el reconocimiento entiende “el conjunto de supuestos fundamentales, prerreflexivos, con los que el agente se compromete en el simple hecho de dar al mundo por sentado, de aceptar el mundo como es y encontrarlo natural” (Bourdieu y Wacquant, 2008: 213).

Varios autores (por ejemplo, Lahire, 2004; Goldthorpe, 2007) han criticado el énfasis de Bourdieu en la naturaleza reproductiva del *habitus* y en sus aspectos de habitualización y rutinización. El orden social en los trabajos empíricos clásicos de Bourdieu (2002; 2012) está aparentemente inclinado reproducirse y conservarse a través de la repetición de los esquemas de acciones. Entonces, la pregunta que surge es: ¿hasta qué punto es útil el *habitus* para estudiar las conductas de los individuos que, evidentemente, suelen evolucionar en el tiempo y espacio? Crossley (2014) enfatiza que son los actores y no sus disposiciones o *habitus* quienes son las fuentes de creatividad e innovación. Aunque las acciones humanas son moldeadas por sus *habitus*, al final de cuentas, “es el actor quien tiene el poder para transformar formas de acción útiles para él a un esquema habitual” (*ibid*: 108). Similarmente, Lahire (2004) señala que es necesario tomar en consideración la pluralidad interna del agente y la pluralidad de las lógicas de acción que surgen en las situaciones emergentes y de reconocer que la situación presente tiene el poder de desplazar el pasado. Según Giddens (1991), el cambio sucede cuando los agentes empiezan a ignorar, reemplazar y reproducir de una manera diferente la estructura – tradiciones, instituciones, códigos morales y normas. Giddens además sostiene que en una sociedad post-tradicionalista los agentes son más reflexivos sobre sus identidades sociales y las expresiones de ellas y, a aún limitadas por la ley y la opinión pública, sus posibilidades de acción son más abiertas que en las sociedades

antiguas. El mismo Bourdieu precisa que el ser humano tiene la predisposición de aprendizaje y el *habitus* como un sistema generador tiene una naturaleza flexible: “se trata de disposiciones adquiridas por la experiencia, por lo tanto variables según los lugares y los momentos. Este “*sens du jeu*” (sentido del juego), es lo que permite engendrar una infinidad de situaciones posibles que ninguna regla, por compleja que sea, puede prevenir” (Bourdieu, 1987: 22).

b) La propuesta de Connell: orden de género y los ejes de su estudio

Dentro del enfoque estructural-constructivista se destaca la corriente teórica que se enfoca en el análisis de la intersección de la estructura y el individuo a través de sus prácticas, o *practice theory* (Reckwitz, 2002; Volkov y Jarjordin, 2008). La práctica como un elemento básico de análisis puede ser definida como “el tipo de comportamiento rutinizado que consiste en varios elementos interconectados entre sí: formas de actividades corporales, formas de actividades mentales, las “cosas” y sus usos, conocimiento en la forma de entendimiento, *know-how*, estados emocionales y el conocimiento motivacional” (Reckwitz, 2002: 249). Por lo tanto, el análisis sociológico se centra en las rutinas interconectadas con el fin de reconstruir las estructuras simbólicas y conocimientos colectivos detrás de cada práctica o conjuntos de prácticas.

Connell (1987, 2002, 2015) propone ver las relaciones entre géneros como, por un lado, conjuntos de prácticas y, por otro lado, como relaciones de poder, de producción, relaciones emocionales y también como relaciones simbólicas. En cuanto a estos cuatro ejes centrales de análisis, la primera categoría, el poder, es clave en la propuesta de Connell (1987: 107-111). La estructura del poder es una relación de dominio y sumisión lograda a través de violencia (rara vez abierta), coerción, persuasión y control tanto al nivel personal como institucional, en el espacio público y privado. El poder físico, intelectual y económico funciona como condicionante que crea prácticas limitantes a través del control de sanciones negativas y se relaciona con la asignación de recursos y la creación de ideologías. De hecho, la parte esencial del poder social es “la habilidad de imponer la definición de la situación, de fijar los términos bajo los que eventos son comprendidos y asuntos discutidos, de formular ideales y definir moralidad, en fin, afirmar hegemonía” (*op. cit.*: 107). Sin embargo, el autor sostiene que la estructura del poder no es como una manta que cubre todos los hombres: hay contextos donde las

mujeres tienen más poder, en otros el poder de hombres como individuos o grupos sociales de hombres es difuso, incierto o impugnado.

Por lo tanto, es importante hacer la distinción entre la relación global del poder, donde las mujeres son subordinadas *ut totum*, y la situación local en los hogares, ámbitos laborales o espacios específicos. La desviación de la pauta global puede contribuir a una tensión estructural que lleva al cambio de las normas más amplio. Se presta puntual atención a las prácticas que proporcionen información sobre la historicidad de las normas de género y, por lo tanto, a su cambio continuo. La realidad social se interpreta como una composición musical en la que los elementos complejos se conectan e interactúan entre sí en un contexto histórico dado. Ni las estructuras son rígidas y estables ni las prácticas son completamente definidas (*op. cit.*: 116-117). Asimismo Connell desarrolla el concepto del orden de género hegemónico, que es un sistema de prácticas ideológicas y materiales, realizadas y resignificadas por individuos en una sociedad, a través del cual se establecen y reestablecen relaciones de poder dominantes.

Introducir el concepto del “orden de género” en lugar del “patriarcado” permite acomodar la combinación de dinámicas que crean los significados y expectativas alrededor de identidades de género de manera relacional y reconocer que los hombres también tienen libertad limitada de acción y expresión dentro de ese orden (Ghigi, 2016). Los hombres pueden ser severamente sancionados cuando sus comportamientos o actitudes no caen en las características estereotipadas de la masculinidad hegemónica. El concepto toma en cuenta las masculinidades subordinadas (por ejemplo, no heterosexuales, pero no solamente estos) y una pluralidad de feminidades, incluyendo feminidades resistentes.

El segundo eje examina el mecanismo de la división del trabajo por género que asigna ciertos tipos de actividades a ciertas categorías de personas (Connell, 1987: 109-110): por ejemplo, algunas profesiones y tipos de trabajo remunerado y doméstico están marcados como apropiados para hombres, y otros para mujeres. Se observa una segregación vertical y horizontal por género en el mercado laboral, las diferencias estructurales manifestándose en forma de relaciones de desigualdad, condiciones de discriminación, brechas salariales, relativamente bajos salarios en los tipos de empleo que se determinan en la sociedad como femeninos, el cuidado de niños, enfermos y ancianos no remunerado *etc.* Existe el núcleo de instituciones y contextos donde el

poder y la autoridad masculinos (los aparatos del Estado, el ejército, la industria pesada) están más concentrados, y la periferia. Discrepando de las teorías feministas de los 1970s o del marco de programas del Banco Mundial de los 1990 (Bannon y Correia, 2006), Connell argumenta que la familia como institución es más bien parte de esta periferia y por lo tanto no es la clave en la opresión femenina. Al citar los estudios que muestran que hoy en día la autoridad de hombres en el hogar a menudo debe ser negociada, llega a una conclusión que se puede hacer una distinción entre la relación global (o macro) y relación local (o micro) del poder que se da en un contexto específico.

En cuanto al tercer punto, las emociones y las relaciones sexuales están regidas por el orden de género hegemónico que incluye la normatividad de lo heterosexual, la regulación de agresión, el estándar doble en cuanto al comportamiento sexual de un hombre y de una mujer, así como las modalidades de las prácticas de amistad, matrimonio, paternidad y maternidad (*op. cit.*: 111-112). Todas las relaciones sociales tienen una dimensión emocional y, tal vez, una dimensión erótica. La sexualidad en sí misma está construida socialmente; su extensión corporal existe dentro de las prácticas que condicionan las relaciones. Partiendo de la tesis de Freud de la imposición e internalización de tabús, Connell enfatiza el punto que las pautas sociales del deseo son conjuntos de prohibiciones e incitaciones. En otras palabras, las prohibiciones no tendrían sentido sin las instigaciones de amar a la persona con ciertas características o preferir un tipo de la expresión de masculinidad/feminidad sobre otro.

Por último, el mecanismo de las estructuras simbólicas de género se manifiesta en los valores y jerarquías de patrones de masculinidad y feminidad (Connell, 2002: 65-68). Cuando hablamos de “hombres” o “mujeres”, evocamos un sistema de significados, alusiones, implicaciones y conocimientos compartidos que se han acumulado a lo largo de nuestra historia cultural. Los “significados” tras los discursos van mucho más allá de las categorías biológicas. Si un *coach* de fútbol regaña a su equipo gritándoles que son “unas mujercitas” no quiere decir que ya se pueden embarazar. La estructura del simbolismo detrás el lenguaje, descrita por Jacques Lacan como “falocéntrica”, es un sistema donde el lugar de autoridad, la subjetividad privilegiada, es siempre desde la referencia de lo masculino. Al mismo tiempo el lenguaje no es el único portador de jerarquías simbólicas; también se manifiestan en la moda, las artes, los imaginarios

dominantes y en las formas impersonales culturales como, por ejemplo, la apropiación y organización del espacio.

El orden de género hegemónico está penetrado constantemente por las prácticas que no se adscriben en él, de modo que tenemos que desafiar los bases de la teoría de roles de género de Parsons que reducía las diversas manifestaciones de lo masculino y femenino a su dualismo y donde todas las mujeres estaban unidas por el papel doméstico y expresivo y todos los hombres por el papel instrumental y la orientación hacia el vínculo con el mundo exterior (Connell, 1987: 53-54). Al mismo tiempo Connell (2015) destaca la posición activa de los individuos para seleccionar y transformar normas y pautas de género enfatizando su agencia en vez de que sean un objeto pasivo de las presiones sociales. Si bien existen los patrones de “las masculinidades hegemónicas” que a menudo predominan en el entorno, los agentes pueden desviar de ellas de manera consciente y, de hecho, lo hacen muy a menudo como, por ejemplo, muestran las entrevistas que hizo Connell con los eco-activistas de Australia quienes incorporaron las ideas de feminismo para modificar sus comportamientos con sus compañeras a pesar de que las referencias de masculinidad impresos en ellos desde la niñez eran de una masculinidad dominante (*op.cit.*: 111-117). Sin embargo, según Connell, no existen feminidades hegemónicas. “Todas las formas de feminidad en la sociedad se construyen en el contexto de la subordinación general de las mujeres a los hombres. Por eso, no hay feminidad que ocupe entre las mujeres el lugar que ocupa la masculinidad hegemónica entre los hombres”, (*op.cit.*: 187). En cambio, Connell describe una forma de feminidad, “la feminidad enfatizada”, que se define en torno al cumplimiento de esta subordinación y se orienta a adaptarse a los intereses y deseos de los hombres.

c) El concepto de capitales como herramienta analítica

¿Cómo podemos hacer analíticamente viable la examinación de las realidades sociales del orden de género, del *habitus* de género y prácticas de género en las familias transnacionales y ejecutarla al nivel empírico? ¿Cuáles elementos pueden ser particularmente valiosos para poder concebir las relaciones de poder si a menudo el poder es oculto, o disfrazado, o ejecutado pero no percibido por el agente mismo *etc.*? ¿Cómo analizaremos la división de trabajo; nos fijaremos, por ejemplo, en la distribución de tareas y actividades sociales, en recursos que exigen, o en beneficios que

el cumplimiento de cada tarea otorga? ¿Desde dónde podemos ver el entrelazamiento de prácticas con imaginarios?

La propuesta que elaboro en este trabajo es tomar como punto de partida y lente analítico el concepto de capitales. Para estructural-constructivismo el capital constituye la dimensión fundamental de cualquier relación social (Desan, 2014). En *La Distinción* (2002), Pierre Bourdieu presentó un marco que definía la estratificación social como “la distribución desigual del capital” entre los miembros de una sociedad determinada. Bourdieu toma prestado el argumento central de Marx que sostiene que el capital es la base de la vida social moderna y determina la posición dentro del su orden y jerarquía marcados por la distribución desigual del poder. Existe una cantidad limitada de capital dentro de una esfera social, lo que motiva a los individuos a acumular capital para obtener una ventaja sobre los demás. Una mayor acumulación del capital permite la posibilidad de ocupar una mejor posición dentro de un campo específico y dentro de estructura social en general. El capital, según ese marco, existe en forma de labor acumulado que se puede encontrar en objetos materiales (bienes, propiedades y recursos materiales como, por ejemplo, artículos domésticos valiosos), incorporado en los individuos (como un conocimiento único o una habilidad que uno podría poseer), o institucionalizado (como un diploma). En *Las Formas de Capital* (1986) Pierre Bourdieu subraya la existencia de multiplicidad de las formas de capital y los sesgos de las ciencias sociales a la hora de captarla:

En efecto, es imposible dar cumplida cuenta de la estructura y el funcionamiento del mundo social a no ser que reintroduzcamos el concepto de capital en todas sus manifestaciones, y no sólo en la forma reconocida por la teoría económica. La teoría económica se ha dejado endilgar un concepto de capital a partir de una praxis económica que es una invención histórica del capitalismo. Este concepto científico-económico de capital reduce el universo de las relaciones sociales de intercambio al simple intercambio de mercancías, el cual está objetiva y subjetivamente orientado hacia la maximización del beneficio, así como dirigido por el interés personal o propio (op. cit.: 133).

Po lo tanto, junto a las consideraciones del capital económico, mi trabajo presta atención a las entidades engendradas que incluyen el capital social (la capacidad de tejer y aprovechar de redes sociales), y el capital cultural (educación, modales y capacidad de

reproducir ciertas prácticas y modos culturales; artefactos materiales; y distinciones institucionales), los dos capaces de convertirse en «prestigio, carisma y encanto» (Bourdieu, 1978 en Fernández Fernández, 2012: 38). Sin embargo, el meollo de la discusión conceptual-analítica de mi trabajo consiste de una aproximación a los capitales comúnmente considerados “femeninos”: el capital erótico (la capacidad de despertar el deseo sexual (Hakim, 2014)) y el capital emocional (que permite vincular emociones y procesos internos con el grupo y contexto social (Cottingham, 2016)). Estos últimos a su vez se relacionan con las estructuras de prestigio²⁵, específicas para el *habitus* de cada clase, grupo étnico, edad y género: por ejemplo, el ideal afectivo de las nuevas clases medias puede ser el control de las emociones propias y ajenas, autoconciencia, motivación personal, empatía y manejo de relaciones interpersonales (Illouz, 2007: 142). En los siguientes apartados profundizo con más detalle estos dos capitales y problematizo su definición y delimitación.

d) El atractivo erótico como el nuevo capital

Eva Illouz en *Porqué duele el amor: una explicación sociológica* (2012) muestra que gracias a la desaparición de los mecanismos formales para promover la endogamia, mediante la transformación y la individualización de las prácticas sexuales y la intensa valorización del placer y de la belleza en los medios masivos de comunicación, durante el siglo XX se produjo la formación de un nuevo tipo de capital que circula en los campos sexuales: el “capital erótico”, que “puede concebirse como la cantidad y la calidad de los atributos que posee una persona y que son capaces de incitar una respuesta erótica en otra” (*op. cit.*: 79).

Dado que el amor sexual está formado y producido por relaciones sociales concretas de actores que ocupan posiciones desiguales, por lo tanto, algunas personas tienen mayor capacidad para ser amadas que otros. En el siglo XX, sostiene Illouz, el capital erótico formaría parte del capital económico, particularmente, en el caso de las mujeres:

La teoría feminista ha criticado con gran agudeza los aspectos más destructivos de la sexualización femenina [...]. Ahora bien, esta crítica no aborda una pregunta más complicada: ¿cómo interactúan los parámetros de belleza,

²⁵ “Los conjuntos de posiciones o niveles de prestigio que resultan de la aplicación de una línea particular de valoración social, de los mecanismos por medio de los cuales los individuos y grupos alcanzan determinados niveles o posiciones, y de las condiciones generales de reproducción del sistema de estatus” (Ortner y Whitehead en Lamas, 1996: 151-170)

sensualidad y sexualidad con la estructura de clases para constituir, a su vez, un nuevo modo de estratificación? En particular, lo que pierde de vista la crítica feminista es que los criterios de belleza y sensualidad atraviesan las jerarquías tradicionales y representan la posibilidad de que surjan nuevos grupos sociales (como las personas jóvenes o pobres que además son bellas) para competir con los grupos que ya poseen un mayor capital socioeconómico e incluso para constituir una nueva forma de jerarquía social (Illouz, 2012: 77).

Illouz hace referencias al concepto del capital erótico del controversial libro de *Honey Money* (*Capital Erótico. El poder de fascinar a los demás* (2014) en la edición en español) de Catherine Hakim. El capital erótico de Hakim se compone de siete elementos: el atractivo físico, el atractivo sexual, las habilidades sociales, la vitalidad, la presentación social, la propia sexualidad y, en algunas culturas, la fertilidad. Para Hakim, el capital erótico es un activo importante para todos los grupos con menor acceso a los capitales económico, social y humano y, en las sociedades más avanzadas económicamente, donde se dan por sentadas la supervivencia material y los valores liberales-hedonistas, se abre la posibilidad de escoger pareja principalmente por su belleza y atractivo, ignorando, por ejemplo, sus habilidades en cuanto a las tareas domésticas o la probabilidad que tengan hijos. Como regla general, es más utilizado por las mujeres ya que se hallan en ventaja respecto a los hombres, por lo que Hakim sugiere que estos actúan bajo el déficit sexual masculino (otro concepto de ella que describe la supuesta diferencia sostenida en deseo sexual entre hombres y mujeres).

La clave del capital erótico es que puede ser completamente independiente del origen social y ser un vehículo de movilidad ascendente. Comparándolo con los capitales económico, cultural y social en la teoría de Bourdieu, Hakim insiste que el sociólogo francés no lo había considerado porque fue “el prisionero de las jerarquías económicas y sociales de uso, profundamente estructuradas por la familia y la clase de origen (no por el esfuerzo y la iniciativa personal” (*op.cit.*: 30). Y las ciencias sociales ignoraron el capital erótico porque, según Hakim, sesgados por los valores patriarcales e ideología puritana anglosajona, por lo general han ignorado la experiencia de las mujeres:

Normalmente, [los hombres] solo pueden ganar una fortuna por la vía del trabajo y de la empresa. En cambio, las mujeres pueden llevar una vida igual de

opulenta, y gozar de las mismas ventajas sociales, a través del matrimonio, no solo del éxito de su trabajo (op.cit: 31).

Según Hakim, el patriarcado se ha esforzado mucho para denigrar el atractivo de mujeres y esconderlo bajo una nube moralizadora, y el feminismo radical ha seguido sus pasos erróneos. “¿Porque nadie anima a las mujeres a explotar a los hombres siempre que puedan?”, pregunta Hakim (*op. cit.*: 11). A diferencia de las feministas radicales, como, por ejemplo, Pateman (1995), Hakim afirma que la sexualidad es un aspecto de la vida donde las mujeres se hallan en ventaja respecto a los hombres y por lo tanto debe ser usada como herramienta para acción colectiva en la lucha contra la desigualdad y jerarquías de género.

Desde el punto de vista de la autora, todos los tipos de capital son formas de poder, según queda de manifiesto en los intercambios sociales, donde junto con transferencias económicas coexisten elementos sociales, culturales o eróticos. En grado variable, todas las formas de capital pueden intercambiarse entre sí mediante arreglos explícitos o implícitos. Hakim critica severamente la idea de la relación pura de Giddens, tachándola de un esquema ideal que ignora obligaciones e intercambios instrumentales. En la mayoría de relaciones, esporádicas o estables, observa Hakim, los integrantes asumen roles complementarios y, por ende, se ven obligados a ejecutar algún tipo de intercambio. En cambio, así como se concibe la relación pura, con su énfasis en la libertad, el goce y el crecimiento individual, los hombres pueden sentirse exentos de deberes que convencionalmente asumían sus padres en el pasado, recibiendo “intimidad, afecto, respaldo emocional y sexo sin costo alguno en términos de dinero, matrimonio, obligación de mantener y educar a los hijos o arreglar el grifo del agua de la cocina cuando gotea” (*op.cit*: 90). En este sentido el argumento de Hakim se asimila al de Hirsch (2003) quien observa que estas “relaciones puras” implican que cada integrante de la pareja es libre de poner fin a la relación, que cada persona tiene las mismas oportunidades de hacer su propia vida después de la ruptura, lo cual es simplemente falso.

El libro de Hakim ha encendido un debate en la academia, atrayendo muchas críticas por sus argumentos audaces pero a la vez asociológicos. Por un lado, Illouz (2012: 57) reconoce que sus puntos más puntuales merecen consideración porque hacen una analogía entre los mercados matrimoniales y los mercados laborales, mostrando cómo

las mujeres a menudo alcanzan un mejor estatus social y económico con la ayuda de su sexualidad. Green (2012: 138) sitúa la postura de Hakim dentro de la tradición postestructural y “postfeminista” que define la sexualidad como una esfera compleja desde la cual las mujeres pueden resistir al poder. Esta tradición se basa en el argumento que la represión de la sexualidad femenina es la piedra angular del patriarcado. Feministas como Paglia (1990) y Rubin (1984) convocan a oponerse a los intentos de la cultura y el Estado de censurar, estigmatizar y prohibir las relaciones sexuales y sus representaciones en todas sus formas consensuales. La literatura “postfeminista” que se desarrolló dentro del periodo que corresponde a la tercera ola de feminismo, retoma este argumento y enfatiza la agencia de mujeres en su vida sexual. Green (2012: 140) observa que el avance teórico de esta última ola en gran medida se debe a la concepción de Butler (1993) de performatividad y de la noción de West y Zimmerman (1987) de la construcción constante de género.

Por lo tanto, el problema clave que examina Hakim, la relación entre la sexualidad y la desigualdad de género, sigue siendo vigente. Sin embargo, la argumentación de Hakim tiene muchos puntos débiles. Primero, plantea la belleza como una fuente de confianza evitando por completo la discusión de la presión hacia la mujer para adecuarse a los estándares de la belleza y los efectos emocionales que producen. Junto con “la doble jornada” feministas empiezan a hablar sobre la jornada triple, la cual la mujer dedica a las práctica de cuidado personal y belleza para lograr ser percibida como “atractiva”. Como lo explica Naomi Wolf en *The Beauty Myth* (1991:10) las exigencias hacia el cuerpo femenino, en efecto, han crecido en paralelo con los avances de las mujeres en otras esferas de la vida:

The more legal and material hindrances women have broken through, the more strictly and heavily and cruelly images of female beauty have come to weigh upon us. [] [D]uring the past decade, women breached the power structure; meanwhile, eating disorders rose exponentially and cosmetic surgery became the fastest-growing specialty. [] [P]ornography became the main media category, ahead of legitimate films and records combined. [...] More women have more money and power and scope and legal recognition than we have ever had before;

*but in terms of how we feel about ourselves physically, we may actually be worse off than our unliberated grandmothers*²⁶.

Moreno Pestaña en *La cara oscura del capital erótico* (2016) subraya que, primero, la belleza no necesariamente funciona como un capital universalmente convertible: una persona puede recibir apreciación y deferencia en el trato pero no derivar ningún beneficio económico de allí. Segundo, permanece problemático institucionalizar un valor cuyos efectos son tan limitados y modulados por la sociedad y cuya legitimidad es menor a la de otros capitales. Tercero, el cuerpo sigue siendo un marcador de clase por lo tanto el atractivo hacia el físico está condicionado por el ajuste a las normas de clase, siendo imposible una movilidad perdurable sin aptitud para el mimetismo social y un tiempo previo dedicado al aprendizaje de tales normas. Por último, el cultivo y el mantenimiento del aspecto estético requieren de una movilización e inversión constante de recursos, por lo que tenemos que considerar los costes asociados con su adquisición:

Hakim nos recuerda que, con preparación y persistencia, personas poco agraciadas pueden convertirse en atractivas. Y esa preparación y persistencia se encuentra al alcance de quienes tienen más recursos y tiempo libre que emplear en su acicalado (op. cit., 62).

Moreno Pestaña sostiene que la gran mayoría de las cualidades que describe Hakim se integra dentro del cultivo del capital cultural e insiste en la necesidad de la descripción de los contextos sociales e históricos que fabrican la celebración de determinadas morfologías. Por ejemplo, en ciertos ámbitos el desprecio por el cultivo estético puede convertirse en signo de autenticidad, en compromiso con valores genuinos y carisma. Desde su punto de vista, no podemos hablar de criterios unificados y tendencias mayoritarias, y tampoco en la dominación de grupos hegemónicos quienes llevarían a cabo un proyecto de homogenización del capital erótico.

Green (2012) subraya que el problema central de Hakim es que ella se apropia del concepto de Bourdieu de capital ignorando el marco más amplio de su teoría, la teoría

²⁶ Cuantos más obstáculos legales y materiales han atravesado las mujeres, más estrictas, pesadas y crueles las imágenes de la belleza femenina han llegado a pesar sobre nosotras. [] [D] urante la última década, las mujeres rompieron la estructura de poder; mientras tanto, los trastornos alimentarios aumentaron exponencialmente y la cirugía estética se convirtió en la especialidad de más rápido crecimiento. [] [P] ornografía se convirtió en la principal categoría de medios, por delante de las películas y los discos legítimos combinados. [...] Más mujeres tienen más dinero, poder, alcance y reconocimiento legal que antes; pero en términos de cómo nos sentimos físicamente con nosotras mismas, en realidad podemos estar peor que nuestras abuelas no liberadas.

de campos. El capital erótico, incrustado en las estructuras de raza, clase y edad, no puede ser la base de una acción colectiva de mujeres para remediar su posición social inferior, como ella sugiere. Aparte, el ideal femenino más deseable a menudo es un conjunto de representaciones sexistas, racistas y discriminatorias hacia mujeres que se encuentran de cánones establecidos. Midiendo su valor en acorde con estándares que las excluyen puede traer consecuencias negativas psicológicas a las mujeres quienes no están “a la altura”. El atractivo sexual no está distribuido democráticamente entre actores y, en caso de las mujeres heterosexuales, suele estar ligado a la apariencia joven y, por lo tanto, es efímero (*op. cit.*: 149).

Green reconoce que el capital erótico bajo la forma como lo define Hakim puede servir como recurso para las mujeres heterosexuales quienes desean subir la jerarquía social por medio de matrimonio. Sin embargo, hay otro problema con su concepto si lo intentamos aplicar empíricamente hacia un fenómeno social. Debido a que su concepto abarca componentes tan amplios como la personalidad, las habilidades y las cualidades físicas, su teoría produce conclusiones que son triviales y contradictorias a la vez: las personas con el atractivo sexual reciben el mejor trato que las personas sin él aunque, al mismo tiempo, las características personales son igual de importantes. Según Green, el uso que ella termina dar a su concepto se reduce a “una versión personal, asociológica y heteronormativa del capital sexual” (*op. cit.*: 146-147).

En concordancia con Moreno Pestaña, Green advierte no divorciar el concepto de su campo correspondiente, porque lo que hace su uso viable es seguir el argumento de Bourdieu (1987) de que todas las formas de capitales dependen de los contextos (campos) donde se intercambian, de acuerdo con los criterios producidos arbitrariamente pero no al azar. Es preciso analizar, entonces, cómo se constituyen los capitales, cómo los actores pueden redefinir los límites de cada campo y el proceso histórico tras la construcción del valor de capitales. La definición del capital erótico, o sexual, en la literatura sociológica contemporánea es de un recurso situado en los espacios sociales específicos donde las características físicas y afectivas que constituyen el atractivo sexual ofrecen ciertos privilegios a aquellos actores quienes se ajustan a los sistemas hegemónicos. Es preciso, entonces, analizarlo como un recurso que tiene un valor variable según propiedades de contextos particulares.

e) Las concepciones del capital emocional: de habilidad innata a recurso y privilegio

El capital erótico no es el único comúnmente concebido en la literatura como un capital “femenino”. Tras “el giro afectivo” en las ciencias sociales que se dio en los 1990 la importancia de emociones como unidad de análisis independiente empieza a crecer (Ticinetto en Ticinetto Clough y O’Malley, 2007). El enfoque en los afectos lleva a dos consecuencias importantes para investigaciones de hoy (Crossley, 1995: 53): primero, permite ver la agencia encarnada como una agencia afectiva e incluir el afecto como un elemento significativo en las formaciones sociales junto con el lenguaje y otras formas de acciones prácticas y, segundo, abre vías para estudiarlo como una forma culturalmente moldeada de estar y comportarse en el mundo. Por un lado, el mismo concepto de *habitus* fue desarrollado, profundizado y extendido por Bourdieu y sus seguidores para permitir la mejor inclusión del elemento afectivo: como discute Wacquant (2013), las orientaciones y manifestaciones de los afectos y, por consecuencia, las prácticas afectivas suelen ser influenciadas por el *habitus* de los individuos y de los grupos. El afecto puede guiar a los agentes hacia la inversión de sus energías vitales, en sus acciones, en el desarrollo del apetito para los juegos sociales correspondientes y en relaciones de poder. Un movimiento teórico contra la visión automática de la emoción básica, representado particularmente por Wetherell (2015), mantiene que todas las respuestas afectivas están condicionadas por aprendizaje cultural y del desarrollo y es el campo que está en el flujo emergente y flexible:

The ‘order’ involved in affective practice constantly configures and reconfigures, and is not strictly determined in advance. The patterns involved are often, but not always, semi-routinized. [...] Past practice sets only part of the context for present practice (ibid: 9)²⁷

A medida que la teorización bourdieuana de capitales se extendió al aspecto emocional de la vida social varias estudiosas llegaron a prestar atención al concepto de capital emocional (Reay, 2000). Helga Nowotny (1981) fue la primera en desarrollarlo como un capital aislado de otros, viéndolo como una variante de capital cultural pero característico de la esfera privada. Según su propuesta, generalmente se manifiesta

²⁷ El orden involucrado en las prácticas afectivas constantemente configura y reconfigura y no está estrictamente determinado por adelantado. Los patrones implicados son a menudo, pero no siempre, semi-rutinarios. [...] La práctica anterior establece sólo una parte del contexto de la práctica actual.

dentro de los límites de las relaciones afectivas de familiares y amigos de forma aleatoria y abarca los recursos emocionales que son compartidos con los seres queridos, constituyendo “conocimiento, contactos y relaciones, así como acceso a habilidades y activos que se mantienen dentro de cualquier red social” (*op. cit.*: 148). En contraste con otros capitales (económico, cultural, social y simbólico) que son teorizados sin considerar el género, Nowotny pensaba que las mujeres se encuentran en una posición superior en cuanto a su adquisición y habilidades de su uso.

Cottingham (2016) define el capital emocional como un concepto que conecta las respuestas emocionales de individuos con las fuerzas macro-estructurales y abarca el conocimiento de emociones, las capacidades para su manejo y su vinculación con la pertenencia a grupos y contextos sociales; se puede distinguir entre capital obtenido en la socialización primaria con los cuidadores y el capital obtenido a través de los espacios de socialización secundaria tal como la educación o la profesión. Así como sucede con otros capitales, el capital emocional está distribuido de manera desigual en las poblaciones y está condicionado por las estructuras más amplias del poder y privilegio e imaginarios culturales. Por ejemplo, en su estudio de apoyo emocional que las madres inglesas de diferentes clases sociales pueden brindar a sus hijos que atienden escuela primaria se observó que las madres solteras y de clase trabajadora tienen muy poco tiempo a solas con sus hijos que no está ocupado por tareas domésticas o las actividades escolares y por lo tanto las oportunidades para desarrollar la cercanía emocional con sus hijos son más limitadas. Similarmente, investigando cómo los individuos viven el romance en las relaciones de pareja Illouz (1997: 284) sostiene que la práctica del romanticismo en el amor exige disponibilidad de tiempo y distancia de la necesidad material, siendo por lo tanto el dominio de privilegiados. Las clases medias tiene más probabilidades de salir de las actividades mundanas y fomentar el romance en la relación por lo que sus vidas diarias están menos cargadas de las tareas y deberes y son las que tienen, objetiva y subjetivamente, más distancia de la necesidad y, por lo tanto, el mayor sentido de la libertad.

f) La mercantilización de vida privada y relaciones íntimas

Un importante tema que considera este trabajo es el papel que juegan las nuevas tecnologías, - las aplicaciones y páginas de citas, las agencias matrimoniales que conectan personas de diferentes países *etc.* – y la globalización, en la construcción de

relaciones amorosas, así como en el proceso de su mercantilización gradual (Constable, 2009: 54) ¿Distorsionan el imperativo cultural de las relaciones íntimas como aquellas libres del cálculo e interés privado (Foessel, 2010), rompen con las barreras tradicionales de clase, cultura y territorio animando a las personas a seleccionar un compañero fuera de su grupo educativo, racial o religioso (Potarca, 2014), o contribuyen a formar algún otro tipo de la realidad social, totalmente diferente? Las sociólogas concuerdan que las tecnologías digitales juegan un papel importante, amplificando las oportunidades de selección calculada y aumentando el control sobre el proceso de la elección de pareja.

Illouz (2007) observa que “el espíritu que preside Internet es el de la economía de la abundancia, en que el yo debe elegir y maximizar sus opciones y se ve obligado a usar técnicas de costo-beneficio y eficiencia” (*op. cit.*: 182-183). Los encuentros en línea atraviesan las jerarquías tradicionales y reconfiguran los mercados sexuales permitiendo la entrada de nuevos actores e incluso la constitución de “una nueva forma de jerarquía social” basada en la belleza y el atractivo sexual (Illouz, 2012: 77) aunque al mismo tiempo la tecnología brinda oportunidades para que “los seres humanos escapen de cuerpo” (*op. cit.*: 163). A diferencia de los espacios sociales convencionales donde las parejas solían encontrarse, el espacio virtual potencialmente posibilita una mayor diversidad en la elección de una pareja, por ejemplo, presentando a individuos con mayores diferencias en nacionalidad, edad, ingresos o educación así como personas que provienen de distintas culturas y regiones (Dutton *et al.*, 2008; Potarca, 2014).

La industria de citas virtuales, ya global e interconectada entre países y continentes, cambió drásticamente con la llegada de los *smartphones*. En 2009 apareció *Grindr*, la aplicación revolucionaria para la comunidad gay que utilizaba GPS y un perfil centrado en fotografías para emparejar los usuarios. Aunque atrajo un millón de usuarios diarios en un año, la opinión pública afirmaba que no podría funcionar con mujeres heterosexuales por cuestiones de seguridad. *Tinder*, concebido en 2011 por dos estudiantes de California quienes al momento de diseñar su *app* se inspiraron en una baraja de cartas, añadió una dimensión crucial: la condición del interés mutuo (David y Cambre, 2016). Funciona principalmente gracias a las imágenes: al ver la foto y la información esencial (nombre, edad y un par de otros detalles opcionales) el usuario pasa el dedo por la pantalla a la derecha o a la izquierda indicando de esta manera el interés, y si los dos hacen un *match* pueden hablar a través de mensajes privados. Los

datos indican que existe una considerable asimetría de género, por lo que las mujeres atraen muchos más pretendientes que los hombres (Anzari y Klinenberg, 2015: 122).

Las nuevas tecnologías han cambiado profundamente las normas sociales de cortejo, introduciendo “aspectos de velocidad, etérea, fragmentación y volatilidad” junto con la existencia de “las posibilidades de obtener conexiones significativas” (David y Cambre, 2016: 2). Constable (2009), analizando los matrimonios internacionales por correspondencia, indica que las relaciones sociales, particularmente las relaciones íntimas, han resultado ser más dispersas geográficamente, impersonales, mediadas e implicadas en procesos político-económico-globales, de manera que los aspectos de la vida doméstica que antes se quedaban en el dominio privado e informal se han también mercantilizado. Constable (*op. cit.*) subraya que para entender este proceso lo que se necesita son los estudios de grano fino que estén bien ubicados histórica y culturalmente y que relacionen las formas de intimidad con las nuevas tecnologías y las oportunidades globales de movilidad. Esto sugiere que la mercantilización de la intimidad no es el fin analítico en sí, sino que este fenómeno nos puede decir muchas cosas sobre las relaciones sociales de género, inequidades y las transformaciones capitalistas en las sociedades cada vez más individualizadas.

La mercantilización penetra no solo el campo social de las citas sino todos los aspectos de la vida privada, asignando el valor del mercado a los bienes o servicios que previamente existieron fuera del mercado (Constable, 2009: 54). Hochschild (2012: 11) afirma, desde la perspectiva que combina posturas feministas y neomarxistas, que la mercantilización de la vida íntima y el surgimiento del capitalismo emocional pueden ser “la gran tendencia inadvertida de nuestros tiempos”. Apunta que hoy en día el mercado ofrece a los individuos y las familias un extraordinario rango de posibilidades en cuanto a la resolución de problemas cotidianos desde el cuidado de niños, ancianos o mascotas, la preparación de alimentos, la organización de fiestas y celebraciones familiares, el mantenimiento del hogar e, incluso, la formulación de estilos de vida particulares, servicios terapéuticos, o servicios de alma, aunque el mismo mercado es también responsable la de inestabilidad laboral y social en muchas comunidades y hogares; “mientras que las fuerzas del mercado han erosionado la estabilidad y han fomentado la ansiedad en el trabajo y en el hogar, es, irónicamente, principalmente el mercado que ahora proporciona apoyo y alivio” (Hochschild, 2012: 9).

Como parte de ese mismo fenómeno, el auge de los servicios de citas y emparejamiento (*match-making services*) marcan un cambio profundo en la cultura Occidental: ahora, en lugar de acudir a familiares y amigos, más y más personas utilizan los algoritmos de estas páginas para encontrar una pareja²⁸. Sin embargo, advierte Hochschild (2012: 40), analizando sus entrevistas con solteros y solteras, con el uso del mercado para encontrar pareja las personas corren el riesgo de ser percibidas como una mercancía que puede ser reemplazada con otra mejor en el mercado libre que cuenta con una vasta gama de opciones para escoger. Además, el mercado tiene la capacidad de debilitar la confianza en las capacidades de uno, e impide ver cómo se desvaloran las cosas que uno no puede comprar:

*Wallet in hand, we focus in the market on the things we buy. [...] Confining our sense of achievement to results, to the moment of purchase, so to speak, we unwittingly lose the pleasures of accomplishment, the joy of connecting to others, and even, in the process, our faith in ourselves (Hochschild, 2012: 223-224).*²⁹

En vista de la despersonalización y racionalización de los vínculos hoy en día, las personas, añade Hochschild, usan varias estrategias, conscientemente o no, para sentir el mercado lo menos comercial posible: marcando algunos espacios, actividades o artefactos como libres de *outsourcing*, mintiendo sobre el uso de los servicios o productos de paga (como, por ejemplo, las parejas que no admiten que se conocieron en una agencia matrimonial), o buscando un vínculo emocional con un proveedor de servicios (como con el terapeuta, por ejemplo) que va más allá de lo estrictamente profesional.

En su otro influyente ensayo, *Love and Gold* (2003), Hochschild agrega al debate de la mercantilización de la vida íntima la dimensión de las migraciones globales; comenta que actualmente la labor emocional asociada con el amor y la crianza (o capital emocional, si pensamos en la definición de Cottingham (2016)) ha sido extraída de los países más pobres para beneficiar a los más ricos al costo más bajo, convirtiéndose en el “nuevo oro”. Existen las geografías de poder engendradas donde la ubicación física del

²⁸ Hochschild analiza las páginas de citas como March.com y eHarmony.com que a la par con otros servicios similares pagados han generado más que un millardo de dólares en ingresos en 2011 y han atraído entre 20 y 40 millones de clientes en los EE.UU. solamente.

²⁹ Con la cartera en la mano, estamos enfocados en las cosas que compramos. Confinando nuestro sentido de logro a los resultados, al momento de la compra, por así decirlo, sin saberlo perdemos el placer de realización, la alegría de la conexión con otros, e incluso, en el proceso, nuestra fe en nosotros mismos (Hochschild, 2012: 223-225).

individuo influye en las oportunidades para su movilidad tanto social como espacial; en otras palabras, hay regiones donde las mujeres tienen oportunidades que no están disponibles a los hombres, y ciertas clases sociales pueden determinar la movilidad de otros y facilitarla a través de acceso a recursos materiales y simbólicos y las nuevas tecnologías.

g) El modelo de roles binarios y la mercantilización de la vida doméstica

Desde su etapa temprana, el capitalismo trajo consigo la disminución de tierras comunales y redujo las capacidades productivas domésticas; el trabajo que quedaba, en la granja o en casa, contribuía a la subsistencia de la familia pero ya no era suficiente (Flanders, 2014). Antes de eso, las mujeres estaban en el centro de una red de bienes y servicios recíprocos que permitían a sus hogares funcionar: ayudaban a sus vecinos con la cosecha, ordeñaban a las vacas, cortaba madera, o fabricaban bienes para la venta o el trueque. A partir del siglo XVI en Inglaterra, Dinamarca y Países Bajos (en otras regiones estos procesos se dieron más tarde) los hombres salieron a trabajar, prestando su mano de obra en las ciudades o en las granjas, y empezaron a ser pagados en efectivo, mientras que las mujeres, con sus fuentes de ingreso habituales en declive o eliminados, quedaron económicamente dependientes. Gradualmente, el trabajo femenino no asalariado se quedó desvalorado: “la limpieza, la crianza de los hijos, la costura y la cocina ya no se consideraban trabajo, sino una expresión de lo que las mujeres eran, en función innata de su género, un resultado instintivo y un reflejo de su biología” (op. cit.: 44). Con la construcción del nuevo estrato social, la clase media, se quedó obsoleta la “necesidad” para algunas mujeres de ganar dinero: el imaginario emergente midió el éxito del hombre a través de los lentes de su organización doméstica, específicamente a través del hecho si su esposa trabajaba afuera del hogar, o no, y cómo ella administraba el hogar.

Se construyó el modelo de la familia basado en la división binaria de roles y esferas del control (comúnmente llamado “tradicional” aunque podemos ver que tiene sus raíces en el avance del capitalismo en el Occidente y no está libre de la condición de clase), donde la participación del hombre en casa se limita a las tareas concebidas como “masculinas”, por lo que su principal rol se centra afuera del hogar, en su función del proveedor. Este modelo apela a lo “natural” para la mujer y el hombre, por lo que “no se trata simplemente de que el trabajo doméstico se designe como “trabajo femenino”, más

bien para una mujer participar el él y para un hombre no hacerlo es basarse y exhibir la "naturaleza esencial" de cada uno" (West y Zimmerman, 1987: 144).

En el libro ya clásico *The Second Shift: Working Parents and the Revolution at Home* (1989) Hochschild investigó la división de tareas en el hogar en Estados Unidos en la década de los 1980s y, partiendo desde su observación de negociaciones y arreglos entre cónyuges, clasificó las ideologías de género de las parejas en tradicionales, igualitarias y transicionales. Hochschild analizó cómo la ideología de género define con qué esfera (privada o pública) se identifica el individuo y en qué manera, así como cuánto poder aspira tener cada integrante de la pareja dentro de la relación (Hochschild, 1989: 15-17). Según el marco de Hochschild, la mujer tradicional centra su vida en actividades domésticas (como esposa, madre, vecina), quiere tener una pareja que se centra en su trabajo y quien toma el papel dominante en las decisiones. El hombre tradicional se identifica con esta visión. Los hombres y mujeres "puros" igualitarios aspiran a distribuir el poder en la relación, dividen las tareas domésticas y la crianza de los hijos de manera equitativa y ambos tienen una vida activa en el espacio público. Finalmente, la ideología transicional es una mezcla de la tradicional e igualitaria; típicamente una mujer transicional combina su labor asalariado con el trabajo en casa y espera que su marido sea el proveedor principal.

Ausente del horizonte conceptual de Hochschild queda la familia matrifocal. Originalmente, el término surgió para describir la organización doméstica de aldeas costeras de Guyana a principios de la década de 1950 (Smith, 1996 en Blank, 2013). En un hogar matrifocal, la madre y sus hijos son la base de la unidad familiar y los hombres tienden a ser marginados. Las mujeres a menudo son las principales proveedoras y son ellas quienes toman decisiones con respecto a las necesidades emocionales y de subsistencia de los miembros del hogar. Los hombres adultos pueden vivir en el hogar o pueden estar completamente ausentes. Las mujeres dependen de sus redes femeninas, como sus hermanas o sus madres, para ayudar a cuidar a la familia y para la supervivencia económica. Aunque el análisis de Hochschild excluyó familias de este tipo, en realidad las hay muchas, especialmente si miramos a ciertas comunidades de minorías étnicas como, por ejemplo, las afrocaribeñas en Estados Unidos (Blank, 2013) o a la URSS en el periodo de posguerras (véase el capítulo V).

El estudio de ideologías de género de Hochschild (1989), mostró que la voluntad de asumir responsabilidades domésticas no solamente dependió de la disponibilidad de tiempo y la posición económica relativa dentro de la familia, como lo planteaba la teoría de “la nueva economía de la familia” de Becker (1988), muy influyente en su momento. Hochschild mostró que los arreglos domésticos eran fuertemente ligados al imaginario de género que los individuos habían internalizado y las estructuras que condicionaban sus acciones (por ejemplo, la falta de empleo para hombres de clase obrera significó que parejas con una ideología tradicional tenían que adoptar las prácticas igualitarias). Los hombres de clase media que manifestaban su apoyo de la ideología igualitaria, en cambio, pocas veces llevaban sus creencias a las prácticas, sea por inercia, sea por las presiones del mercado laboral que les obligaba trabajar muchas horas fuera de casa.

h) El dinero y la intimidad: la perspectiva de Zelizer

Si bien se reconoce que las relaciones de pareja mezclan repetidamente transacciones económicas e intimidad es menos claro que el dinero opera de manera diferente dentro de las relaciones íntimas. Zelizer en su libro *The Social Meaning of Money* (1994) observa que la pregunta de cómo se divide el dinero entre los miembros de la familia se hace pocas veces dentro de las ciencias sociales. Una vez que el dinero ingresa a la familia, se supone que se distribuye de manera equitativa entre los miembros de la familia, para maximizar su bienestar colectivo. Sin embargo, los flujos de dinero dentro de familias son más complejos, a menudo muy contestados y no pueden ser estudiados desde la perspectiva racional solamente. Zelizer hace las preguntas mucho más precisas e interesantes a la vez: ¿qué tipo de dinero circula dentro de la familia?, ¿cómo se asigna y cómo se usa?, y ¿cómo afectan las cambiantes relaciones sociales y de poder entre los miembros de la familia el significado de lo doméstico (op.cit.: 101)?

Reconociendo que el dinero sirve como una herramienta clave de la economía moderna racional, Zelizer presenta el argumento, innovador en su momento, que propone que también existen “otros tipos” de dinero cualitativamente distintos (“special monies”) fuera de la esfera del mercado y son profundamente conformados por factores estructurales culturales y sociales. “Prácticas económicas como compras importantes, presupuestos familiares, provisión de atención médica y obsequios ceremoniales involucran a los participantes en la selección de medios apropiados para el pago, unen esos medios con las transacciones, asignan significado a sus relaciones y marcan límites

que separan las relaciones íntimas de otras relaciones con que podrían confundirse fácil y peligrosamente”, afirma Zelizer (2009: 291). El dinero, por lo tanto, puede tener diferentes significados y, lejos de tener alcance material universal, ser destinado a fines limitados. Por ejemplo, el dinero que solían ganar las amas de casa estadounidenses se denominaba “pin money”, o dinero para gastos menudos aunque sus montos podrían ser en realidad considerables y formar parte esencial en la economía del hogar. Zelizer observa cómo, en cierto periodo histórico, el dinero de las mujeres casadas, ya sea entregado por el esposo o ganado en el hogar o en el mercado laboral, era marcado en términos de moneda diferente del dólar ordinario. Era adquirido por canales distintos, utilizado para fines designados, e incluso tenía un vocabulario especial: pensión, ya mencionado “pin money”, “egg money”, “butter money”, mesada, dinero de gastos, dinero de bolsillo, obsequio, pero rara vez sueldo, salario, cheque de pago o ganancias (Zelizer, 1994: 94).

Otro factor que señala Zelizer es la clase social que marca profundamente no solo la cantidad del dinero interno sino también su calidad y el acceso a él. Desde los tiempos victorianos se observa la tendencia de la mujer manejando los flujos asociados con la economía del hogar mientras que el “dinero serio” era el dominio del hombre. Sin embargo, los estudios de los hogares de la clase obrera indican que en ellos la esposa era nombrada como cajero de la familia para distribuir ingresos limitados y a menudo inciertos. Maridos e hijos entregaban sus cheques de pago a ella, y se esperaba que iba administrar el ingreso colectivo hábilmente asignando montos adecuados para cubrir las necesidades individuales y de la familia (op. cit.: 103). Una investigación en 1917 reveló que, a medida que se aumentaba el ingreso de la familia, la proporción controlada por la esposa disminuía hasta que a menudo se convertía en “beneficiaria del esposo”. Paradójicamente, el ascenso social, en la mayoría de los grupos étnicos, parecía revertir la estructura de poder de género del dinero doméstico (op. cit.: 106-114).

Las esposas de clase alta y media recibían un pago ocasional o, más raramente, una asignación regular de sus esposos para sus gastos, incluyendo artículos para el hogar y ropa. La expansión de la economía de consumo convirtió las habilidades de gastar con prudencia en un parámetro importante y visible de la vida social y, a su vez, en un marcador de prestigio (Flanders, 2014). A veces, las mujeres dependían casi por completo de dólares “invisibles”, poniendo a crédito sus gastos y rara vez manejando efectivo. De este modo, las mujeres quedaron atrapadas en la extraña situación de ser

administradoras de dinero de las cuales se esperaba que lo gastaran adecuadamente, pero se les negaba el control. El éxito del movimiento de la economía doméstica, que instó a las mujeres a administrar sus hogares como si fuera un negocio, intensificó aún más la contradicción en la vida económica de las mujeres.

La pobreza relativa de las mujeres casadas en Estados Unidos se hizo cada vez más insostenible. Para los principios del siglo XX existían varias propuestas legislativas y campañas políticas que convocaban a formalizar su ingreso. En 1926 La Liga de la Libertad de las Mujeres de St. Louis fue hasta patrocinar un proyecto de ley que permitiría que las esposas fueran legalmente intituladas a recibir dinero para su vestimenta (Zelizer, 1994.:114). Al mismo tiempo, en las décadas de 1920 y 1930, a medida que más mujeres casadas ingresaban a la fuerza del trabajo, sus ganancias, independientemente de los montos involucrados, todavía se definían como ingreso suplementario, utilizado para gastos adicionales de la familia, o dentro de familias más acomodadas, como dinero destinado a las cosas discrecionales o la diversión, algo que la mujer podía gastar “en que le gustaba”, sin la presión social de “ayudar” a su marido y sostener la familia.

i) Conclusiones

El género influye en nuestro comportamiento social a nivel individual, interaccional, grupal, institucional y cultural (Deaux and LaFrance, 1998). Dado que la teoría estructural-constructivista abarca los elementos corporales, cognitivos y mentales de la acción y los entrelaza con los institutos sociales y discursos dominantes existentes, podemos pensar en el género desde varias vertientes. El marco propuesto por Connell (1987) es particularmente interesante; en este el autor traza cuatro ejes de investigación: las estructuras de poder, la división del trabajo, los vínculos emocionales y los imaginarios de género. A la par con el concepto del orden de género hegemónico, sus aportaciones son de mucha utilidad para pensar las relaciones de género e investigar las prácticas concretas.

Bajo la lógica de la racionalización que caracteriza la modernidad (Weber, 2012), la idea libertaria de la competencia abierta de los conjuntos de capitales individuales capta el imaginario social. Paradójicamente, en esta competencia se vuelven sumamente significativas las emociones (por lo menos, desde la vertiente de satisfacción personal y hedonismo); al mismo tiempo, se observa una hiperconsciencia del aspecto físico

femenino por lo que el cuerpo de la mujer se figura como la fuente cada vez más importante de su valor económico y simbólico. Es más, dentro de ciertas estructuras de prestigio el cuerpo femenino puede representar no solamente una fuente del capital personal sino un símbolo de capitales acumulados de la familia, por ejemplo.

Esto, tal vez, no es nada nuevo. Lo que sí puede ser nuevo son las condiciones bajo las cuales se construyen y se valoran los capitales. Como observa Illouz (2012: 58), “la selección de pareja ahora tiene lugar en un mercado altamente competitivo en el que el éxito romántico y sexual es un efecto de los modos anteriores de estratificación y que, a su vez, también tiene efectos de estratificación”. Esta estratificación tiene varios componentes. Uno se refiere al hecho de que el atractivo sexual se convierte en un criterio por derecho propio, que puede interferir o no con la estratificación social (Hakim, 2012). De la misma manera, el valor de capital emocional se convierte en un criterio independiente para la selección de pareja, lo que puede socavar otros criterios para la selección de pareja o trabajar en conjunto con ellos.

Por otro lado, la competencia y la apertura mucho más amplia de exposición, desarrollo y apreciación de capitales ofrece oportunidades de movilidad social en un contexto verdaderamente global. Alimentándose de estas ideas de la competencia y la movilidad, el modelo capitalista exige que tanto hombres como mujeres usen su poder de consumo para mantenerse en la búsqueda de perfección, generalmente con la ayuda de un producto o un servicio que se les pueda vender, sea en forma de algo material o de una experiencia. También significa que se aumenta la presión para desarrollar todo el potencial del individuo, o todo tipo de capitales, esta presión siendo neutral en cuanto al género. Esto se traduce, por ejemplo, en el hecho que los hombres son juzgados cada vez más por su apariencia mientras que cada vez más mujeres son incitadas a competir por el estatus y el poder.

CAPÍTULO V. DISEÑO DEL ESTUDIO

a) Objeto de estudio

Como parte de la tendencia de la diversificación de migraciones mencionada anteriormente, en los años 2000 se observa un incremento notable del número de mujeres de la región post-soviética que han llegado a México; según los datos del Instituto Nacional de Migración (2012), la población procedente de esta región con documentación migratoria vigente temporal o permanente no excedía 2500 personas en 2009, excluyendo transmigrantes, ciudadanos naturalizados e inmigrantes ilegales (véase la Tabla 1.1.). Aunque no hay datos completos para estimar el tamaño preciso de las diásporas actualmente, hay indicaciones que este número se ha aumentado desde entonces: Subsecretaría de Población, Migración y Asuntos Religiosos informa que sólo en 2018 a los ciudadanos rusos mayores de 15 años fueron emitidos 219 tarjetas de residencia temporal y 184 de residencia permanente, a los ucranianos 133 y 77 y los bielorrusos 14 y 14 respectivamente (véase Tabla 2.1.)

Procedencia	Hombres	Mujeres	No identificado	Total
Bielorrusia	28	37		65
Estonia	4	14		18
Letonia	6	26		32
Lituania	13	32	1	46
Moldavia	6	16		22
Rusia	480	923	50	1453
Ucrania	188	266	13	467
URSS ³⁰	3	12		15
Armenia	49	56		106
Azerbaiyán	18	16		34
Georgia	10	10	1	21
Kazajstán	3	14		17
Kirguistán	1	5		6
Uzbekistan	3	13		16

Tabla 2.1. Extranjeros residentes en México de procedencia de los países de ex bloque soviético con una forma migratoria vigente temporal o permanente al 31 de octubre de 2009 (INM, 2012)³¹

³⁰ Incluye extranjeros que realizaron su trámite migratorio con un pasaporte vigente de la ex Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

³¹ Sin datos para Turkmenistán y Tayikistán.

Es muy notable que la proporción de mujeres entre los nuevos inmigrantes es considerablemente mayor a la de los hombres, por ejemplo, en el mismo 2018 las tarjetas de residencia temporal³² fueron emitidas a 175 mujeres rusas y 44 hombres rusos, y a 96 mujeres ucranianas y 37 hombres ucranianos (datos calculados para migrantes mayores de 15 años). Varias fuentes, entre ellas Dolútskaya (2016) y Ryzhkov y López Rocha (2018), sugieren que esta inmigración predominantemente femenina se da en muchas ocasiones por vía del matrimonio, el encuentro inicial sucediendo en persona (por ejemplo, durante estudios o trabajo en Europa, o debido al viaje turístico) o vía Internet.

Procedencia	2016						2017						2018					
	Permanente			Temporal			Permanente			Temporal			Permanente			Temporal		
	H	M	T	H	M	T	H	M	T	H	M	T	H	M	T	H	M	T
Bielorrusia	2	9	11	7	11	18	1	7	8	5	12	17	4	10	14	1	13	14
Estonia	2	4	6	2	9	11	1	1	2	1	5	6	1	1	2	0	4	4
Letonia	2	11	13	12	8	20	2	3	5	8	14	22	1	7	8	6	11	17
Lituania	2	8	10	9	18	27	-	5	5	7	12	19	3	7	10	9	2	11
Moldavia	4	6	10	2	1	3	-	1	1	1	4	5	0	7	7	2	4	6
Rusia	42	148	190	66	141	207	56	136	192	43	151	194	40	144	184	44	175	219
Ucrania	16	73	89	51	86	137	14	60	60	29	88	117	14	63	77	37	96	133

Tabla 3.1. Extranjeros en México mayores de 15 años de los países de ex URSS situados en Europa de Este con una forma migratoria de residencia temporal o permanente (SEGOB, 2019, 2018, 2017)³³

Ahora bien, es importante señalar que la concepción de los migrantes que vienen de los países de la ex URSS y que se quedan en México como “comunidad” o “diáspora” es

³² Las opciones para los extranjeros de obtener un documento de residencia temporal o permanente en el país son variadas. Por ejemplo, a través de vínculos familiares con un mexicano o un extranjero residente, por el ofrecimiento de un puesto de trabajo, para cursar estudios o por razones humanitarias, entre otras.

³³ Boletines estadísticos anuales de Centro de Estudios Migratorios, Secretaría de Gobierno. Disponibles en: http://portales.segob.gob.mx/es/PoliticaMigratoria/Direccion_de_Estadistica [Accedido en 20 de enero 2020]

problemática y debatible. Hoy en día cada una de las quince repúblicas tiene autonomía política formal, y los procesos políticos, sociales y culturales a partir de su independencia han sido distintos en el caso de cada entidad nacional. Sin embargo, junto con Bloch (2017: 15-16), encuentro el término "post-soviético", así como el concepto de "post-socialismo" útil porque ayuda a identificar una experiencia histórica común de instituciones creadas bajo cierta ideología y, analíticamente, encierra la idea que este pasado compartido ha influido y sigue influyendo las maneras normativas específicas de concebir el género, el trabajo y la moral para los que han vivido bajo socialismo soviético o para los descendientes de los ciudadanos soviéticos, a pesar de variedad de experiencias vividas individuales. Cuando hablo de la comunidad o diáspora post-sovietica rusoparlante en México no describo una unidad homogénea y unificada por la condición de origen geográfico y aptitud lingüística. Más bien es un grupo multicultural que a menudo a sí mismo define como comunidad: algunos dentro de esta población apelan a ese imaginario dentro de ciertos discursos, por ejemplo, en las conversaciones en Facebook ante una situación que convoca a movilizar recursos para ayudar a alguien o asistir un evento organizado por un "paisano" *etc.* Estamos frente a una población que se encuentra extendida por el territorio mexicano y situada en diferentes contextos en términos tanto de clase de la familia de acogida como de clase de su familia de origen, entre otras cosas. Al mismo tiempo es una población que aunque mantiene ciertos vínculos con las instituciones unificantes y unificadoras como las embajadas o la iglesia ortodoxa pero no tiene un alto nivel de cohesión social caracterizado por lealtad y participación fuerte en el grupo (Friedkin, 2004) o 'un conjunto de valores o normas informales compartidos entre los miembros de un grupo que permite la cooperación entre ellos' (Fukuyama, 1995:16). Sin embargo, en cuanto a los imaginarios de género en particular, a pesar de todas las diferencias generacionales y regionales, existe cierta coherencia cognitiva que permite discusiones activas en redes sociales entre desconocidas.

b) Recolección de datos: entrevistas en profundidad

El estudio fue realizado con las parejas y familias que residen actualmente en México, sobre todo en la Ciudad de México aunque también entrevisté una pareja en Puebla y una informante que vive en Tabasco (esta última entrevista fue realizada por Skype). La etapa de recolección de datos duró de marzo 2018 a octubre 2019, no obstante, en ese mismo lapso hice una estancia académica en el Programa de Estudios de Género en la

Universidad Europea de San Petersburgo que se prolongó por casi seis meses, por lo tanto recolecté más datos en el año 2019.

Una parte de mis datos fue recolectada de las entrevistas en profundidad: he obtenido entrevistas con siete parejas de diferentes generaciones (entrevistadas juntas o por separado) en un matrimonio registrado, que he identificado a través de mis contactos personales y de las redes sociales. Todas las mujeres entrevistadas nacieron todavía en la URSS, la distribución de su procedencia conforme a los estados independientes nacionales actuales es la siguiente: la mayoría son de Rusia mientras que una es de Moldavia y una de Ucrania. En términos socioeconómicos, todos los informantes han sido de clase media, algunos de clase media alta (con ingresos económicos cuantiosos obtenidos por medio de negocios o carrera profesional, o una combinación de los dos). Otras tres entrevistas fueron con mujeres casadas donde sus esposos no han expresado interés en ser entrevistados, con una de ellas pude tener contacto a través de la iglesia ortodoxa en la Ciudad de México; además tuve una entrevista con una mujer recién divorciada.

Aparte, he entrevistado otros tipos de informantes: al padre de la iglesia ortodoxa en la Ciudad de México, a la doctora quien atiende la diáspora rusoparlante, otra vez, en la Ciudad de México, la moderadora del grupo de Facebook de mujeres en ruso más grande en cuanto al número de miembros activos, a la dueña de una agencia casamentera en Ucrania, y otra informante rusa que está involucrada activamente en la ayuda a las mujeres de la comunidad en situación de vulnerabilidad y quien en algún momento lanzó (sin éxito) la iniciativa de abrir una asociación no gubernamental dedicada a tales fines. Dos entrevistas fueron realizadas por Skype, una por teléfono, los de más han sido presenciales; todas las entrevistas han sido entrevistas semiestructuradas. Ocho entrevistas de las presenciales fueron realizadas en un lugar público (una cafetería, un lugar de trabajo, o en el patio del monasterio de la Iglesia Ortodoxa después del servicio). Seis entrevistas ocurrieron dentro del espacio doméstico de un hogar: cinco en la casa de informante y una vez en la mía. Sin duda, el factor de espacio de la entrevista ha influido en la profundidad y el nivel de intimidad de los temas que hemos tocado; la observación general es que tener el acceso al espacio privado facilita la confianza y permite superar ciertas inhibiciones dado que los problemas discutidos eran personales y sensibles. Aunque también es cierto que la

relación causal puede ser al revés: las informantes que desde principio muestran confianza están dispuestos de abrir tanto sus hogares como sus pensamientos.

Es importante destacar que en lugar de aplicar un cuestionario la estructura de las entrevistas estaba determinada por un temario. Las entrevistas abarcaron varios ejes temáticos, dependiendo de la relevancia o la calidad del dato se profundizaba más uno o el otro aspecto:

- (auto)apropiación de capitales (ingreso, bienes materiales que tiene, si cuenta con apoyo familiar económico o psicológico (tanto desde su familia de origen como desde la familia política), nivel de educación, el conocimiento de idioma español, los lazos sociales en México y en su país de origen), según los criterios objetivos o la autopercepción de cada persona;
- historia familiar (tipo de familia en qué creció, si era monoparental o biparental, la representación de relaciones entre padres, los valores que transmitían, el perfil socioeconómico y educativo de la familia de origen);
- historia de relaciones (presencia de matrimonios previos, intentos de establecer relación anteriormente); en caso de mujeres, su proyecto de vida y planes acerca de la carrera y la vida familiar antes de la llegada a México;
- los acuerdos y expectativas dentro de la relación (quién se encarga de qué, quién asuma el rol del proveedor principal y en qué medida participa cada quien en la economía del hogar, la aportación de ingresos, la crianza de hijos, la administración y ejecución de pagos *etc*; qué tareas dividen y cómo, cómo toman decisiones, quién tiene la última palabra en qué *etc.*) y cómo ellos han estado cambiando en el transcurso del trayecto de su vida conyugal, desde el momento del primer encuentro hasta el presente, pasando por los etapas de cambio significativos, sobre todo, la llegada a México y el nacimiento de hijos en caso de tenerlos. Dentro de ese mismo rubro se consideró también el acceso al apoyo pagado (de la trabajadora doméstica, por ejemplo), estatal (los servicios de guardería) o familiar;
- sus percepciones de masculinidad y femineidad (principalmente, en función de la organización de familia, la maternidad y la paternidad y el compromiso laboral) y de las normas de género que prevalecen en los contextos sociales que

habitan (por ejemplo, el tema de machismo en México o el tema de “la mujer que lo puede todo” en el contexto post-soviético);

- el componente emocional-afectivo de la relación y de vida como migrante (los sentimientos que han tenido en el transcurso de la relación hacia la pareja o bien hacia su familia política; en caso de mujeres, también la presencia de sentimientos de frustración, confusión, apertura *etc.*, relacionados con el estatus de migrante).

La mayoría de las entrevistas con las mujeres han sido marcadas por un alto grado de autorreflexión por parte de las informantes y de confianza (considerando que hemos tocado aspectos de vida bastante íntimos) en parte debido al uso de las consideraciones feministas en la construcción de la entrevistas, específicamente, de Oakley (1981), por lo tanto donde era apropiado aspiré hacia una división del poder simbólico entre mí y la informante, permitiendo ciertos niveles de reciprocidad y de autorrevelación por mi parte. Como ejemplo, proporciono un fragmento de una entrevista con la informante donde discutimos sus amistades en México y que ocurrió después de que acabé hablar con ella y su esposo de su relación:

(Informante) [hablando de sus amigas rusas] ...Hemos estado en contacto cercano durante tres años. Por supuesto, también hay problemas, a veces organizamos los días de crítica, a veces expresamos todo lo que pensamos una de otra. Criticamos todo lo que no nos gusta pero de alguna manera seguimos juntas.

(Investigadora) Sí, yo no tengo un grupo de amistades así. Yo digo que en Puebla se reúnen más, principalmente por los niños, creo. No voy a estos desayunos [de las mujeres rusas].

(Informante) La amistad es trabajo. Tú como socióloga lo sabes. La amistad es como una relación con el esposo, como una relación familiar. La amistad es un trabajo enorme, debes darle atención.

(Investigadora) Si he pasado también por algo así. Yo reuní mi círculo, esas personas que están cerca de mí en espíritu. Salí de Estonia, y este círculo se rompió, luego lo mismo con Inglaterra. Aquí también tengo amigos mexicanos, extranjeros y rusos, por ejemplo, en mi cumpleaños todos pueden llevarse bien...

(Informante) Y luego no mantienen una relación.

(Investigadora) Sí. Todos se llevaron bien, pero... Físicamente es difícil también. Quizás cuando los niños crezcan será un poco más fácil.

(Informante) De alguna manera, las cinco sentimos la necesidad una de otra, si tienes algunos problemas con el esposo, vendrás, llorarás allí, contarás todo, de alguna manera es un alivio, y por supuesto es más difícil cuando estás sola.

Como se puede apreciar en esta discusión, en este caso tenemos experiencias en común a las que referimos: la dificultad de construir y mantener el capital social en el contexto nuevo; además se hace evidente el entendimiento mutuo de la importancia y del valor del “labor emocional” que la mujer suele invertir en las relaciones. Viendo la entrevista como una realidad construida por las interacciones entre la investigadora y la informante pero que “refleja condiciones locales relativamente estables” (Holstein y Gubrium, 2003: 74), no es de sorprender que con los hombres no he podido lograr el mismo nivel de *rapport*; no solo intervino la diferencia de género sino también probablemente el hecho que me ha sido más difícil captar las sutilezas culturales y lingüísticas de sus discursos y reaccionar apropiadamente a ellas. Además, a la hora de analizar las entrevistas me di cuenta que las entrevistas con los hombres que realicé eran más estériles, más formales, a menudo más ambiguas; me quedo con la pregunta de qué tanto la presentación del *self* social de los hombres era condicionada por la interacción conmigo como investigadora y como individuo.

Para respetar la confidencialidad de mis informantes en la presentación de los datos los nombres de las y los informantes fueron cambiados para garantizarlos el anonimato, junto con algunos otros datos como el número o los nombres de sus hijos, el nombre de empresa donde laboran u otros detalles biográficos de ese tipo. Los fragmentos puntualmente citados fueron compartidos conmigo en el contexto de entrevista, aunque con algunas informantes he tenido comunicación antes o después de tiempo formal de entrevista.

Tabla 4. Lista de informantes (entrevistas a profundidad)³⁴

Informante	Edad	Educación	Ocupación	Matrimonio e hijos	Idioma de entrevista
Matrimonio 1					
Lidia	43	Licenciatura maestría trunca	Ama de casa; da clases particulares de idiomas	20 años de casados; dos hijos adoptados	Español
Eugenio	50	Doctorado	Profesor-investigador		
Matrimonio 2					
Alejandra	45	Maestría	Trabajo de medio tiempo; consultas privadas	8 años de casados; una hija en este matrimonio, tres hijos de sus previos matrimonios	Ruso
Joaquín	55	Maestría	Ingeniero industrial		Español
Matrimonio 3					
Diana	35	Maestría en curso	Doctora médica	12 años de casados; una hija	Ruso
Mateo	35	Licenciatura	Ingeniero		Español
Matrimonio 4					
Vera	72	Preparatoria, licenciatura trunca	Ama de casa	48 años de casados, 2 hijos adultos	Ruso y español
Amancio	78	Doctorado	Profesor investigador		Ruso y español
Matrimonio 5					
Pablo	48	Licenciatura	Diseñador	10 años de casados; sin hijos	Español
Olga	39	Licenciatura	Trabaja en bienes raíces		Ruso
Matrimonio 6					
Galina	35	Licenciatura	Ama de casa	Casada	Ruso e inglés
Jose	37	Licenciatura	Empresario	Casado	Español
Mujeres entrevistadas sin sus cónyuges					
Sofía	30	Licenciatura	Nutrióloga; organiza eventos rusos	Casada	Ruso
Alla	-	Maestría	Cargo administrativo	Divorciada	Ruso
Albina	43	Licenciatura	Ama de casa; negocio propio	Casada	Ruso
Veronika	30	Licenciatura	Cargo administrativo	Casada	Ruso

³⁴ Los nombres son ficticios y han sido asignados al azar.

Tabla 5. Lista de informantes clave (entrevistados formalmente con el fin de recolectar más datos)

Informante	Ocupación	Estado civil	Temas de entrevista
Tatiana	Doctora	Casada	Problemas de diáspora rusoparlante; choque cultural
Natalya	Empresaria	Divorciada	Problemas de diáspora rusoparlante; biografías e trayectorias de mujeres en México
Elena	Ama de casa; moderadora y participante activa de los grupos de rusoparlantes en Facebook	Casada	Problemas de migrantes en México; biografías e trayectorias de mujeres
Archimadrite Nectario	Cura en la iglesia ortodoxa	Soltero	Problemas y características de la diáspora post-soviética rusoparlante
Hali y Carlos	Gerente y traductora	Casados	Entrevista piloto con las parejas, no han sido citados en el trabajo

c) Recolección de datos: comunidades virtuales en Facebook

Con el fin de triangular los modos de recolección de testimonios otra parte de datos que analizo en el estudio viene de las discusiones públicas en dos grupos cerrados de Facebook de la comunidad rusoparlante en México. Se puede decir que asumí allí el papel de una observadora “invisible” registrando publicaciones de temas relacionados con mi estudio sin iniciarlas yo misma. Efectivamente, estos grupos son comunidades virtuales, o “agregaciones sociales que emergen de Internet cuando suficientes personas se mantienen en una discusión pública, durante suficiente tiempo, con suficiente sentimiento humano como para establecer redes de relaciones personales en el ciberespacio” (Rheingold, 1993: 5 en Hine, 2004). La etnografía digital de tales comunidades aporta ciertas ventajas sobre las observaciones de las interacciones cara a cara por dos razones (Akemu y Abdelnour, 2018). En primer lugar, proporciona herramientas para capturar la vitalidad de la vida social moderna a medida que las tecnologías digitales la dominan cada vez más, y los participantes a menudo interactúan a través de encuentros digitalizados que no son susceptibles de observación ocular. En segundo lugar, las tecnologías digitales permiten una organización diferente de la vida social: la creciente importancia de las interacciones mediadas digitalmente permite dar espacio a las voces marginadas y capturar la multivocalidad dentro de la misma plataforma que, a su vez, puede desafiar las suposiciones dadas por sentado sobre un grupo social específico.

En el caso de la diáspora rusoparlante en México, la tecnología y, en particular, Facebook tienen el efecto de unir los migrantes de la procedencia post-soviética en base de su origen territorial y cultural y dominio del idioma ruso, y, hasta cierto punto, borra la distinción social de estatus y clase, tanto si pensamos en el estatus en el país de origen como en su estatus actual en México. Esto no quiere decir que la participación en los grupos no tiene su propia estratificación y delimitación. En algunos grupos de Facebook existe una segregación estricta por género, por ejemplo, en un grupo que fue objeto de mi análisis, “México y niños”³⁵, con más de mil miembros, en algún momento después de la creación del grupo hubo una discusión acerca de si era permitido o no admitir allí a los hombres de habla rusa que también tienen hijos (aunque al final el permiso fue concedido, los hombres componen un porcentaje insignificante de ese

³⁵ <https://www.facebook.com/groups/xorovod>

grupo). El otro grupo, “El club femenino de México”³⁶, con más de 3 mil miembros, como bien indica su nombre, fue creado específicamente por las mujeres y para las mujeres.

Estas comunidades virtuales en efecto surgen como generadores de comunidades de personas comprometidas en construir los vínculos mutuos y ofrecerse apoyo y consejos entre sí, reformulando de tal manera conexiones sociales interrumpidas por el hecho de ser migrante. Sin embargo, extraer los datos de las publicaciones en estos grupos tiene sus limitaciones, pues de estas comunidades virtuales quedan excluidas las mujeres post-soviéticas de otras hablas (por lo general más jóvenes, que no han estudiado en la URSS y las llamadas *millenials*) y las mujeres de generaciones mayores, quienes no usan activamente las redes sociales, aunque he notado que en los últimos años la brecha digital entre diferentes edades está cerrándose. De todos modos, son puntos ciegos importantes de esta fuente de datos.

Al mismo tiempo es importante tener en cuenta que *postear* en el grupo de Facebook es un acto de una representación pública en un espacio abierto que de alguna manera revela solo una parte de la identidad privada que la persona quiere dar visibilidad ante otros. En las palabras de Zelizer (2007: 169-170), “el Internet hace que el yo privado se vuelva visible y que se despliegue públicamente ante una audiencia abstracta y anónima que, sin embargo, no es un público (en el sentido habermasiano del término) sino más bien un conjunto de yo privados”. Por lo tanto, esta representación pública no está exenta de autocensura y asimilación con algún papel en la dinámica interna de grupo (por ejemplo, la víctima, la consejera sabia, etc.) y sin la interacción cara a cara es más difícil o, tal vez, imposible descifrarlo.

Varias estrategias fueron empleadas para garantizar el anonimato de las informantes. Primero, he presentado los *screenshots* de las discusiones de Facebook, en lugar de ellos se presentan citas y descripciones generales de los discursos enfatizando sus tendencias y pautas y no las contribuciones individuales. Segundo, me he abstenido del análisis puntual de algunos temas como es el tema de la violencia doméstica, abuso de confianza, conflictos entre las participantes o situaciones que tienen que ver con las violaciones de la ley, a menudo discutidos en el grupo. Aunque son temas que merecen atención y discusión, desde el punto de vista ético, es más difícil justificar el uso de esa información más sensible sin un consentimiento explícito e informado de participantes y, por lo tanto, requiere otro tipo de procedimiento.

³⁶ <https://www.facebook.com/groups/1414300315456801/>

d) Recolección de datos: observaciones etnográficas y auto-reflexión

Por último, otra fuente de información para el estudio fue a partir de las observaciones etnográficas que hice tanto en México como en mi viaje a Rusia en 2018. He atendido varios eventos de la comunidad rusoparlante formales e informales (la celebración del Año Nuevo, conciertos musicales, ferias etc.) así como he convivido con las mujeres con quien compartimos “el código comunicativo” en común (Gobo, 2008: 10), el idioma natal. Hasta cierto punto, mi involucramiento con el grupo investigado ha sido desde la posición de una “observadora participante” (Gold, 1958): el esfuerzo que hice iba encaminado más en mantener la distancia cognitiva relativa que emergerme al contexto social que forma el objeto de estudio. A lo largo de la investigación he percibido mi identificación estrecha con las informantes y cierta cercanía de las experiencias como un reto; después de completar las entrevistas escribí las siguientes observaciones:

Parafraseando a Gutmann (2007: 27), estudiar las relaciones familiares de mujeres originarias de los países que antes pertenecían a la URSS casadas con mexicanos “tiene todo y nada que ver” con el hecho que yo soy una de ellas. Por un lado, como relativamente recién integrada a la sociedad mexicana, me identifiqué con estas mujeres y comparto tanto la falta de “conexiones orgánicas” con la familia, la localidad y la ocupación (Simmel, 1950) como la otredad de las suposiciones básicas que un extraño tiene (Schuetz, 1944), conservando al mismo tiempo la curiosidad para conocer el entorno que nos rodea. Por otro lado, cada experiencia vivida es única y, a pesar de ser unidas por nacionalidad y cierto legado cultural, somos diferentes: venimos de clases sociales distintas, tenemos ideas variadas acerca de la familia e historias de vida muy diversas. De esta manera, es importante contemplar ambas cosas - el vínculo y la brecha – entre mi condición y la de mis informantes, y la forma en cómo mi identidad determinó el presente trabajo.

Más tarde escribí al margen de mi cuaderno:

No puedes no comparar tus experiencias con las experiencias de las entrevistadas. Son experiencias individuales insertadas en una historia colectiva.

Mientras yo intentaba rastrear las huellas del proceso global de reestructuración de roles y relaciones de género en los relatos de informantes, también me daba cuenta que tanto yo, así como muchas de mis informantes, nos vemos obligadas a romper con las nociones preconcebidas y arraigadas, cualesquiera que ellas sean, y hacer de nuestras acciones y relaciones un objeto de reflexión constante. Por lo tanto, definí como objetivo escribir desde una perspectiva crítica y examinar tanto las etiquetas populares como los conceptos sociológicos rígidos desde el “conocimiento situado” (Haraway, 1998) de la diáspora rusohablante en México.

Es desde esta posición crítica y auto-examinación que empecé tomar conciencia de la presentación social de mi *self* a lo largo de los cuatro años de investigación. En varias ocasiones, el presentarme como una mujer extranjera que está haciendo un doctorado sobre relaciones de género ha provocado una gama de reacciones interesantes. Por ejemplo, en una cena navideña en la casa de una familia de clase alta en el sur de la CDMX, donde me invitó una amiga ucraniana, hijastra de uno de los anfitriones, su tío, profesor universitario en sus 60, exclamó: “Estudios de género, ¿eh? Ustedes ahora están tras de nosotros”. Este comentario, junto con otros similares, me ha llevado a pensar sobre ciertas preconcepciones acerca de la persona que podría estar “metida” en los temas de género así como en las tensiones subyacentes entre los modos arraigados (a menudo descritos como “tradicionales”) en la cultura mexicana de expresar la masculinidad y la femineidad, sobre todo en el terreno del cortejo y de la sexualidad, y los discursos y normas nuevos y modernos.

Finalmente, tengo que precisar que el interés particular por los conceptos del capital cultural y erótico, temas que desarrollo en más detalle más adelante, viene en parte de mi experiencia personal como migrante: aunque es cierto que en todos los contextos culturales que conozco, la mujer está incitada a invertir en su aspecto físico, así como ser apreciada y valorada por su belleza, es sólo aquí y con mis amigos mexicanos que he escuchado comentarios repetidos acerca de que yo o mis amigas migrantes deberíamos “aprovechar” el hecho de que somos extranjeras, o más coloquialmente “güeras”. Comprender qué significa ser “güera” en un entorno postcolonial específico y cuáles pueden ser las ansiedades de la “mejoría racial” de una cultura formó al final una parte importante de este proyecto de investigación.

TERCERA SECCIÓN: PRESENTACIÓN DE DATOS

CAPÍTULO VI. “EL NUEVO MUNDO” DE TRABAJO: APLICANDO CAPITALES EN EL ÁMBITO LABORAL

a) El perfil laboral de la migrante post-soviética en México

La caída de la Cortina de Hierro provocó emigraciones masivas de la región post-soviética y de Europa de Este, antes prácticamente hermética. De la misma manera en que la falta súbita de barreras para la emigración permitió el proceso de “la fuga de cerebros” en las áreas de ciencia (Pizzonia en Pizzonia, 2018), música, medicina (Dolútskaya, 2016 en *op.cit.*: 363) y otras profesiones cualificadas que no eran adecuadamente remuneradas³⁷, se ha movilizó una parte de población femenina en edades casables en búsqueda de pareja. En Rusia, el país con el flujo migratorio más notable, en la segunda mitad de la década de los 2010 una tercera parte de emigración femenina era emigración por motivos conyugales (Ryazantsev y Sivoplyasova, 2018), y ésta solía tener la cara de una mujer joven, educada y profesionista (Denisenko, 2015). Las mujeres que emigraban a menudo tenían una alta formación profesional, pues los tres países emisores principales - Bielorrusia, Ucrania y Rusia - están entre las 20 sociedades más educadas del mundo³⁸.

Hay indicaciones que muestran que las mujeres que llegan a México se destacan estas características también: por ejemplo, en un análisis de perfil de migrantes basadas en la información de 73 traducciones peritadas de documentos en ruso y ucraniano a español

³⁷ En algunas partes de la ex URSS el nivel de salarios oficiales en estos campos profesionales está por debajo de promedio nacional. Por ejemplo, según la encuesta del canal Televisión Pública de Rusia, el salario promedio de científicos en Rusia en 2017 era de 20238 RUB (aprox. 315 USD) siendo mucho más bajo en la mayoría de provincias. El salario de científicos que pertenecen a la Academia de Ciencias en Ucrania en 2018 era de 6700 hryvnas (272 USD), el salario base de doctores médicos de primera categoría que trabajan en clínicas del gobierno ucranianas era 4361 hryvnas en 2019 (156 USD).

Información obtenida de: [\[https://golos.ua/i/640123\]](https://golos.ua/i/640123)

[\[https://otr-online.ru/realnye-cifry/zarplata-rossiyskiy-uchenyh-po-dannym-oprosa-zriteley-otr-27.html\]](https://otr-online.ru/realnye-cifry/zarplata-rossiyskiy-uchenyh-po-dannym-oprosa-zriteley-otr-27.html)

[\[https://www.obozrevatel.com/economics/menshe-chem-u-povara-nischenskie-zarplatyi-vrachej-v-ukraine-shokirovali-set.htm\]](https://www.obozrevatel.com/economics/menshe-chem-u-povara-nischenskie-zarplatyi-vrachej-v-ukraine-shokirovali-set.htm)

(Accedido 10 de octubre 2019)

³⁸ Según el Instituto de Estadística de UNESCO, Bielorrusia ocupa el octavo lugar al nivel mundial con la tasa bruta de matrícula terciaria de 87.94% mientras que Ucrania está en la posición 17 (82.31%) y Rusia en 20 (80.39). La tasa bruta de matrícula es la proporción de la matrícula total, independientemente de la edad, con respecto a la población del grupo de edad que corresponde oficialmente al nivel de educación mostrado. La educación terciaria, ya sea o no con una calificación de investigación avanzada, normalmente requiere, como condición mínima de admisión, la finalización exitosa de la educación en el nivel secundario.

Información obtenida de: [\[https://www.indexmundi.com/facts/indicators/SE.TER.ENRR/rankings\]](https://www.indexmundi.com/facts/indicators/SE.TER.ENRR/rankings)
(Accedido 7 de octubre 2019)

hechas entre 2015 y 2016, entre los documentos educativos se encontraban títulos de licenciatura y hasta maestría (Ryzhkov y López Rocha en Pizzonia, 2018: 363-364). Las especializaciones de los documentos analizados de Rusia incluían turismo, medicina, economía, matemáticas aplicadas y programación, derecho y lingüística aplicada mientras que los ucranianos solicitantes de los servicios de peritaje tenían perfiles de ingenieros, economistas, filólogos, traductores, especialistas en finanzas, masajistas *etc.* La mayoría de esta muestra era menor de los 42 años de edad, edad productiva en cuanto a la inserción al mercado laboral, y una proporción alta contaba con estudios superiores que les convertía en “mano de obra calificada con posibilidades de obtener empleo y de incrementar sus ingresos lo que constituye la segunda motivación más importante para la migración” (*op. cit.*: 374), después del motivo de contraer el matrimonio.

b) Trayectorias profesionales de mujeres: ¿seguir, cambiar o abandonar la carrera?

Mientras que los esposos no hacen cambios mayores de su proyecto de vida laboral y permanecen en su campo profesional, las mujeres que migran³⁹ tienen que adaptarse al nuevo entorno: estudiar el español, a menudo revalidar sus certificados y diplomas, muchas veces pasar por un periodo de espera de documentos migratorios o permisos laborales, cambiar de campo profesional o bien abandonar la carrera a favor de familia. Como los lazos económicos mexicanos con Rusia, Ucrania y otros países post-soviéticos no son tan estrechos, prácticamente no existen opciones de preservar su puesto trasladándose de un país a otro (como en el caso de las mujeres que migran de Estados Unidos, Francia, Italia, *etc* y trabajan en una empresa transnacional con presencia global).

Por lo general, las mujeres migrantes de la ex URSS tienden a rechazar los estándares de la doctrina católica local que promueve la domesticidad y dependencia femeninas (Ariza y de Oliveira, 2001) siendo económicamente activas, aunque su nivel de ingresos por lo general se mantiene más bajo que el de su marido. También es cierto que muchos hogares necesitan del ingreso femenino para la supervivencia económica, por lo tanto

³⁹ Los datos utilizados en este capítulo fueron recopilados de las entrevistas formales e informales así como las numerosas discusiones con los grupos de Facebook entre mujeres de habla rusa.

las mujeres llegan a entrar al mercado laboral mexicano, formal o informal, trabajando en diferentes sectores, con diferentes cargos y gozando de diferentes niveles del ingreso.

Según el análisis de las conversaciones en los grupos de Facebook, ciertas ocupaciones son más accesibles a las recién llegadas: es bastante común que las mujeres comiencen su vida laboral como maestras de idiomas (sea de ruso u otro idioma europeo como inglés o francés) tanto como docentes en una escuela o dando tutorías privadas, traductoras (a menudo ofreciendo servicios en línea), corredoras de bienes raíces, vendedoras o administradoras en algún comercio o brindando servicio al cliente en el sector turístico. Estas ocupaciones no forzosamente corresponden a su formación académica en el país de origen o experiencia laboral previa. Sin embargo, permiten sacar provecho de sus habilidades como por ejemplo, su conocimiento de idiomas sin la necesidad de obtener una cédula profesional o revalidar sus diplomas. Los puestos mejor pagados de “cuello blanco” o de alta preparación y especialización son más accesibles a las que han mejorado su idioma, han ampliado su círculo social y, algunas veces, han pasado por un periodo de estudio para obtener una calificación local dentro de su área profesional.

Algunas mujeres más jóvenes trabajan como edecanes o extras en las series y películas (estos trabajos irregulares son más populares entre la población soltera, sin hijos o como trabajos temporales). Otras, sobre todo las mujeres que no llegan a tener un dominio del español, se orientan a ofrecer sus servicios a los miembros de la diáspora. Ellas típicamente trabajan como niñeras, cocineras (llevando pedidos a domicilio) u ofrecen servicios de cuidado de belleza y salud como arreglo de uñas, cejas o cabello, o masajes a domicilio. No obstante, algunas mujeres también ponen sus negocios, o trabajan para una empresa, u ofrecen sus servicios profesionales mediante consultas, por ejemplo, de psicología o nutrición, por lo general de manera informal, sin pagar impuestos. Algunas amas de casa o las que buscan un ingreso extra se dedican a hacer manualidades y venden sus productos entre conocidos o por Internet, sea en las páginas de Facebook o en sitios especializados, dado que la digitalización entre esta población es relativamente muy alta.

Consideramos el caso de Olga, de 38 años de edad⁴⁰, 8 años de casada, sin hijos. Étnicamente rusa pero nacida en Moldavia, en su país de origen ella se formó como

⁴⁰ Aquí y adelante, edad al momento de entrevista.

economista y secretaria y en Chisinau trabajó como ayudante administrativa en una oficina y, para obtener un ingreso extra, solía dar clases particulares. Al llegar a México, estudió español tres años en el CEPE (Centro de Enseñanza Para Extranjeros de la UNAM) y, después de otros dos años en espera de la ciudadanía mexicana, encontró trabajo en bienes raíces. Explica su cambio de carrera de la siguiente manera:

[Los primeros tres años en México] a veces enseñaba inglés a algunos niños mexicanos, no era mucho dinero. [Después de recibir la ciudadanía] trabajé para una empresa de contabilidad como asistente de auditoría, por alguna razón quería estudiar contabilidad aquí. Pensé que quizás continuaría con mi profesión que tenía en Moldavia. Pero rápidamente empecé a sentirme muerta en la oficina, me di cuenta de que no, no puedo estar sentada todo el tiempo entre cuatro paredes, además estas mujeres mexicanas, no sé, no encuentro un idioma común con ellas. Pasé unos seis meses allí, dije que no era lo mío y fui a trabajar como agente de bienes raíces. He soñado con esta profesión toda mi vida, incluso en Moldavia, pero es difícil en Moldavia porque Chisinau es una ciudad muy pequeña. Allí solo tenemos una unidad en bienes raíces, y no se necesitaban trabajadores allí, la gente vende y compra apartamentos por sí misma. Raramente solicitamos la ayuda de un agente inmobiliario. Y aquí me enamoré. Tantas posibilidades. [Mi marido] me compró un auto de inmediato. Obtuve la licencia mexicana, aunque también tenía una de Moldavia. Comencé a viajar y explorar la ciudad, [y ahora] la conozco incluso más que mi esposo.

Podemos destacar varias cosas. México carece de esquemas de apoyo gubernamental a los inmigrantes como los que existen en la Unión Europea donde el estado ofrece clases de idioma estatal gratuitas (Majhanovich y Deyrich, 2017) por lo tanto el financiamiento de éstas recae sobre individuos y familias. Como la familia política de Olga es de clase media y cuenta con recursos económicos suficientes para apoyarla, Olga ha tenido cierta flexibilidad para invertir tiempo para estudiar, arreglar sus papeles migratorios y luego para cambiar de campo profesional, dado que percibió que en México tiene más oportunidades para ella. Al parecer, este cambio sucedió no por necesidad económica sino porque en su nuevo trabajo Olga logró tener una mayor satisfacción personal. El auto le ayudó a Olga a tener una mejor movilidad dentro de la ciudad y una mejor autonomía. La cultura del automóvil no es tan arraigada en muchas

partes de la región post-soviética como en México y las mujeres con suficientes recursos tienen que aprender a manejar aquí o bien si ya tienen una licencia comprar un automóvil porque las opciones del transporte público son o muy escasas o no tan seguras. El transporte privado, entonces, no es concebido como un símbolo de prestigio sino un medio para trasladarse; los gastos destinados al transporte, de alguna manera son vistos como gastos básicos.

Llama la atención que el automóvil no ha sido comprado por Olga sino por su esposo. De hecho, a pesar de tener sus propios ingresos, en la entrevista conmigo Olga expresa expectativas bastante tradicionales acerca del rol del proveedor en la familia. Bajo esas expectativas, el hombre debe cubrir los gastos básicos familiares más los personales de su cónyuge, a los que Olga llama “necesidades” de mujer:

Cuando empecé trabajar, yo empecé a comprar todo para mí misma. Claro, él sí paga la comida, el crédito hipotecario, las vacaciones pero mis necesidades, todo eso lo cubría yo. Y, por supuesto, eso me molestaba mucho. Entonces, era mi salario y hasta a veces me pidió ayudarlo a pagar su tarjeta de crédito y otras cosas, eso no me pareció. No sé, a lo mejor en otras familias es una norma pero no es normal para mí, a mí me gustaría que mi hombre sepa qué necesito.

[Cuando empecé trabajar] hace tres años, él me dejó de dar dinero para ropa, cosméticos, cremas, todo lo que necesita una mujer, le daba igual. [] Entrábamos a una tienda, a alguna boutique, yo, entonces, quiero ver algo para mí y él se queda en la puerta, o entraba y no me hacía caso, andaba como si no me conociera. Eso me daba rabia.

Esta combinación de proactividad laboral con la confianza en esquemas de género tradicionales y expectativas altas hacia sus parejas de ser sostenes económicos de la familia (Temkina, 2018) las he encontrado en otras entrevistas. Por ejemplo, Sofía (30), dejó a su novio ruso después de cinco años porque “no ganaba dinero” y para ella convertirse en la proveedora principal, era “incorrecto”. Cuando le pregunto sobre cómo percibe la relación con su esposo, Sofía responde de la siguiente manera:

Creo que él es dominante. Yo dependo de él. En general, [esto] me parece bien. Porque creo que la esposa debe ser responsable del hogar, la comodidad y la vida cotidiana, y el esposo debe traer dinero a la familia. Es su deber masculino

traer carne, etc. El deber de una mujer... si una esposa quiere, puede trabajar. Él me proporcionó una computadora [para trabajar]. Todo lo que gano lo gasto en mí misma o lo invierto [en mi negocio], es decir, tengo activos corrientes. [] Si quieres, trabaja pero que este trabajo no tome tiempo de la familia. Durante el fin de semana, trato de no planificar ninguna actividad para que podamos estar en familia.

Pareciera que las mujeres toman una decisión de depender económicamente de sus maridos, si ellos son capaces de ofrecerlo, a pesar de que su nivel de calificación, ingreso y trayectoria laboral previos a la migración puede variar mucho de una a otra. Una informante, Alejandra (41), 8 años de casada, quien en Rusia trabajó coordinando programas gubernamentales al nivel regional, antes de dejarse convencer de mudarse a México, puso como condición que su marido le asegurara la misma calidad de vida que ella tenía en Rusia⁴¹:

(Alejandra) Yo tenía un nivel de vida bastante bueno, sí. Y no me hubiera gustado bajarlo. Creo que psicológicamente es muy difícil para una persona si ya estás en algún nivel de manera estable y de repente [lo tienes que bajar].

(Investigadora) No estaban hablando de que tú vas a trabajar aquí.

(Alejandra) No.

(Investigadora) Más bien, que él va a proveer.

(Alejandra) Él dijo: “No te preocupes. Tengo lo suficiente. Gano bien, tu nivel de vida no se va a bajar. Todo bien.”

Antes del matrimonio mexicano, Alejandra ha estado casada y menciona que, en su otro matrimonio, se ha vuelto “madre en lugar de esposa” de su marido, “criándolo” e impulsándolo a estudiar un grado de educación superior. Pero su plan fracasó, dado que el hombre no llegó al nivel deseado de ingreso, madurez y liderazgo que esperaba Alejandra de él (“*ne smogla ya ego dorasti*”). De allí el cambio de su estrategia, que ella explica de esta manera: “cuando tienes 20-25 años, me recuerdo, estás todavía lista para tomar a un hombre desde cero, crear algo juntos, crecer juntos. Pero cuando ya tenía 33 años, ya quería estabilidad, seguridad, ya era Alejandra con una mentalidad

⁴¹ Es absolutamente cierto que la movilidad intrageneracional descendiente con bastante frecuencia se relaciona con ansiedades y problemas psicológicos cuando los individuos son incapaces de mantener los estilos de vida a los que se han acostumbrado (Giddens, 2012: 501).

completamente diferente. Cuando haces una carrera tú misma, eso te cambia. Y lo observaba [al pretendiente mexicano], dónde paga, cómo paga”.

Algunas mujeres post-soviéticas eligen regresar a los roles de género binarios en respuesta a las desigualdades del orden capitalista y las presiones, a menudo imposibles de aguantar o resolver, que presenta el sustento de trabajos demandantes, el matrimonio y la maternidad. Estas mujeres muestran consciencia de los altos costos, materiales y emocionales, que debe pagar la mujer para poder desempeñarse tanto en su profesión como en el hogar cumpliendo con función de madre y esposa dado que han crecido en familias de dos ingresos y/o rodeadas de madres profesionistas. Como la orientación hacia la maternidad sigue siendo el imperativo cultural y también la prioridad personal para muchas, las mujeres resuelven el conflicto interno cediendo su carrera, estatus e ingreso independiente y enfocándose en la esfera doméstica, sobre todo, en la crianza de los hijos. Galina (33), quien trabajó en Rusia en mercadotecnia, explica por qué, antes de siquiera conocer a su marido mexicano, ya estaba considerando dejar su carrera:

Cuando fui a una entrevista laboral, me hicieron la pregunta estándar de, ¿dónde me veo en cinco años? Les dije que quería ser una ejecutiva de alto nivel pero por dentro entendí que me veo casada con tres hijos con mi esposo en algún país con clima cálido. Y, a lo mejor, ellos sintieron mi falsedad. Y sí, era el momento en que yo tenía que decidir si avanzo en mi carrera o me caso. Y para avanzar en la carrera hay que ser más ruda porque en el trabajo hay que poner límites. Y yo soy más... invierto más en relaciones, yo entendí que tendría que cambiar para salir adelante. Y era un buen trabajo donde yo estaba, la industria farmacéutica, hay muchas mujeres allí y trabajas con doctores, con medicamentos, es un trabajo noble, ¿sí? Pero el problema es que tienes que viajar mucho, los horarios son largos, a veces comenzábamos a las 8 de la mañana y salíamos a las 9 de la noche. Y muchas tenían sus hijos pequeños y yo les preguntaba, “¿Dónde está tu hijo?”. “Con la niñera”. Yo todo el tiempo estaba calculando cuánto les debe costar la niñera, vamos, unos 30 000 rublos al mes, más los gastos del transporte, más comida, ¿cuánto debes de ganar para poder cubrirlo todo y además tener algo extra? ¿Y por el contrario, qué sentido tiene? Es mejor no trabajar y estar en casa, si no, el niño está criado por la niñera. Y tengo el punto de vista que quiero [criar el hijo] yo misma.

Vera, la informante en la edad más avanzada de mi muestra, de 72 años de edad, de los que ha vivido 48 años en México, explicó el cambio de su estatus a uno de ama de casa en términos de prestigio social que este otorgaba al hombre dentro de los marcos de género tradicionales para la generación mexicana de los 1950s-80s:

(Investigadora) ¿Alguna vez ha trabajado aquí?

(Vera) ¡Nunca! Porque cuando llegué... mi impresión era que, teniendo un cierto estatus, un hombre no permitía que su mujer trabajara. Se creía que una mujer debería estar comprometida con su familia. Como se dice aquí, el macho mexicano. En primer lugar, estaba [mi marido] muy celoso, no lo permitía. No pude ni estudiar ni trabajar. Aunque tenía un deseo. Pues, no es no, me encargue de mis hijos.

Para la mujer mexicana, en ese entonces, el contrato de género normativo era la realización personal a través de matrimonio, procreación y maternidad y los patrones de convivencia entre géneros suponían un marcado ejercicio de autoridad masculina (Ariza y de Oliveira, 2001). La opción normativa para la mujer soviética, en cambio, era el contrato de madre trabajadora (véase el capítulo 3) y es notable que la informante sí tenía aspiraciones personales de continuar con sus estudios, que no había completado en la URSS, y trabajar, sin embargo, al final se adaptó a los esquemas de género dominantes en la sociedad de acogida. Como explica ella en otra parte de la entrevista, la insatisfacción de la calidad de servicios de guarderías en México fue otro factor en su decisión, por lo tanto, ella dio a sus hijos una educación individualizada en casa. También es probable que, aparte de sus explicaciones racionales, lo que influyó en Vera fue su experiencia de infancia que ella pasó en guarderías estatales mientras su madre soltera trabajaba largas jornadas en una fábrica. La emoción que transmitió Vera, al hablar de “la crianza en instituciones” (“*kazennoe vospitanie*”) que tuvo, tenía un toque de tristeza.

c) La actividad laboral de mujer desde el punto de vista de hombres

Ciertamente, a menudo el capital humano y cultural de mujeres permite que su remuneración económica en el trabajo iguala o supera a la de sus parejas. Las familias donde la mujer puede gozar tanto del éxito laboral como del apoyo moral en casa tienden ser mucho más igualitarias y, viceversa, un hombre que acepta el deseo de

mujer de autorrealización y libertad financiera va a formar parte de la creación de condiciones para que la mujer llega a sus metas profesionales, por lo tanto, podemos concluir que el vínculo entre el ingreso y la jerarquía interna en este sentido va en ambas direcciones. En una familia entrevistada, donde la mujer ganaba más que su marido, ella explicó que desde el comienzo de la relación fue clara en definir sus planes, que incluían posponer la maternidad por unos años y enfocarse en estudios y crecimiento profesional:

Siempre tuve una posición muy firme sobre cómo planifico mi vida, realmente me gusta apegarme a un plan []. Por lo tanto, cuando conocí a mi esposo, inmediatamente comenzamos una relación seria, inmediatamente le dije que haría lo que había planeado antes, porque sé que es importante para mí.

En la entrevista con esta pareja (donde los dos tienen carreras de mucha presión) el marido tomó a risa la pregunta si le incomodaría que su esposa gane más (“oh, ¡por favor!”) y tanto él como ella con frecuencia usó la forma de “nosotros” hablando de su vida en familia (“no tenemos problema con esto”, “si necesitamos algo”, “estamos esperando que termine su maestría”). Caracterizando su relación con el trabajo y entre ellos como “una competencia que te motiva hacer las cosas”, los dos hablaron de sus trabajos como exigentes que implican “muchas cosas de emergencia, de urgencia” y donde los dos han estado trabajando horas extra. Sin embargo, ambos mostraron apreciación por el hecho de que están en posiciones parecidas en sus ámbitos laborales porque “entendemos algo [sobre las necesidades del otro] porque sabemos cómo los dos trabajamos” y porque previamente, en los comienzos de la relación, hubo una comunicación sobre sus proyectos individuales.

Sin embargo, el ejemplo anterior puede ser definido como una excepción. La referencia a la noción cultural del “macho” o “machismo” apareció en varias entrevistas, pues como bien observa Gutmann (2007:27) los estereotipos sobre el machismo son componentes críticos en el capital simbólico de los hombres mexicanos y, aunque denigrado, el machismo es ampliamente señalado como parte de su identidad propia. Gutmann sostiene que los ingredientes de esta identidad están vinculados a la inseminación, el poder de sostener la familia económicamente y la autoridad moral (*op. cit.*: 103). Aunque las normas de género han estado en una reconfiguración y el machismo ha sido un objeto de crítica constante en los años recientes, de acuerdo con

los esquemas hegemónicos de género, aún se espera que el hombre sea capaz de ser el proveedor principal de la familia. En este sentido, es notable que en las parejas entrevistadas la mayoría de los maridos cumplieran con ese rol⁴².

En cuanto a la carrera profesional de sus esposas, la opinión más comúnmente expresada, explícita o implícitamente, era que su ocupación debe tener que ver con lo que a la mujer le gusta. El énfasis en satisfacción personal y no en supervivencia económica podría explicarse por la condición socioeconómica de las familias entrevistadas, todas de clase media o clase media alta. Sin embargo, las elecciones laborales de muchas mujeres son condicionadas por los intereses de la familia y, a menudo, subordinadas a aquellas. Por otra parte, se manifiesta el tabú de empleo del capital erótico por parte de la mujer como es evidente en este fragmento de una entrevista:

(Marido) Sí, Galina ha sido más ama de casa, cien por ciento. Y ella no quiere trabajar. Si quisiera trabajar, por mí estaría bien. Y le dije: “Yo no tengo problema con eso”. Pero Galina tiene esta idea que prefiere estar con su familia.

(Esposa) Quería ir a trabajar como extra. Ya ves, a nosotras, las rusas quieren como extras. Le dije: “Voy a ser una actriz”. Y él así: “No teníamos ese acuerdo”.

(Marido) [] Tal vez si me lo dice, no me caso con ella, porque mi idea es no estar con una actriz porque entiendo la vida de una actriz, tiene que viajar, tiene que estar en los castings. Porque, además, el problema de una actriz es que ella trabaja con su cuerpo y a veces su cuerpo es dar besos en la televisión. Mi tema era si quieres ser actriz me dices y yo tomo la decisión pero fue la sorpresa, “Ay, que ahora quiero ser actriz”. [] Es como yo le dijera ahora: “Oye, quiero ir a una gira de conciertos porque quiero tener mi banda de rock. Y me voy a poner 25 tatuajes”. “O quiero ser futbolista”. Es algo similar. [] Ahora, si me lo dices y realmente lo quieres y es tu pasión, hay que platicarlo. Sí, me sorprendió cuando me lo dijo: “Ahora quiero ser actriz”. Porque además lo que dicen es cierto: para ser mejor actriz necesitas ser la amante del director, cosas así. Es curioso, siempre la primera actriz está casada con un director o productor. Entonces, sí,

⁴² Con excepción del marido de Veronika quien al momento de la entrevista tenía una semana como desempleado. Lamentablemente, no he podido ni entrevistarlo ni hablar con Veronika o su marido posteriormente.

es cierto que se intercambian favores sexuales. Tal vez, no el cien por ciento pero en muchos casos se dan. No me casé para eso.

Un elevado capital erótico de la mujer es visto como un atractivo en el contexto del matrimonio pero no algo que es apropiado utilizar para ampliar las fuentes de ingreso o para un ascenso laboral dentro de la clase media. Una informante (en entrevista informal) me comentó que, a pesar de que ella sabe que existen oportunidades de ganar dinero trabajando como edecán en los eventos, ha descartado esta opción porque su familia política es “respetable”. Incluso cuando se trata meramente de la entrada de la mujer al mercado laboral el capital erótico femenino puede constituir un riesgo para la estabilidad del matrimonio en los ojos de su marido y provocar muestras de desconfianza y sospechas. Cuando una informante quiso trabajar su esposo tuvo “celos”, porque como ella explica, “si tú sales, por supuesto, encuentras. Hasta ahora, si salimos a pie del restaurante, [me dicen] “oye, bonita” y todo eso. Y dejan los números de teléfonos en las manos”.

Los “celos” que siente el hombre por la atención que el cuerpo de la mujer recibe cuando se mueve por el espacio público no están solamente provocados por la amenaza de la pérdida de su dominio sobre ella puesto que el contrato matrimonial implica un componente de la exclusividad sexual pero también probablemente implican el miedo de la pérdida del control en el ámbito público donde el poder masculino rige todavía, por costumbre o *habitus* (Vélez Bautista, 2005). Una mujer bien puede sentir celos si su pareja trabaja con otras mujeres y le muestran apreciación por su físico, pero es rara vez que la mujer llega a exigir un cambio de la carrera o del lugar de trabajo de él como condición del matrimonio. En una discusión en el grupo de Facebook una mujer hasta expresó la opinión que mientras su marido le platica de atenciones de sus colegas entre ellos hay “confianza”. Por el contrario, las conductas limitantes masculinas en forma de consejos, recomendaciones o prohibiciones justificadas por el bienestar de ella, de la pareja o de alguien más siguen siendo normalizadas y recurrentes.

Para contrastar, dentro de las poblaciones que se encuentran ante las situaciones de precariedad económica constante y el desempleo, el capital erótico en ocasiones puede ser concebido como el recurso legítimo bajo la condición que es el “último” recurso. En el periodo de mi estancia académica en St Petersburg, para llegar a la universidad tenía que atravesar la región de Leningrad salpicada por pequeñas ciudades donde el cierre de

fábricas y la caída de industria ha tenido un impacto grave en la población local provocándola emigrar o quedarse enfrentado la escases de empleo y bajos sueldos. El taxista que me llevó me comentó que en la ciudad donde vivía no había “un trabajo digno para un hombre”; así mismo me platicó (con algo que a mi parecer era un cierto toque de envidia) que una vecina suya fue a Italia y después de trabajar en los bares como “tú imaginas quien” regresó y compró un departamento nuevo. “Pues, se vale”, concluyó el hombre. Recordamos a Hochschild (2003) y su tesis de la existencia de las geografías de poder engendradas que ofrecen oportunidades distintas a las mujeres y a los hombres; es evidente en este caso que solo las mujeres con cierto capital erótico pueden acceder a ciertas fuentes de ingreso, mientras que los hombres quedan excluidos.

d) Riesgos asociados con la dependencia económica

Convertirse en ama de casa de clase media representa para muchas un ascenso simbólico en el estatus social, un ideal Occidental hecho realidad. Sin embargo, aunque pueden imaginar que su futuro financiero será asegurado mujeres que migran con la expectativa de depender económicamente de su nuevo marido corren varios peligros y riesgos. Primero, la información que les proporcionó su pareja acerca de sus ingresos, gastos y deudas puede ser incompleta, imprecisa o simplemente falsa. Me han contado un par de veces una misma anécdota (con detalles distintos pero parecidos) que ilustra perfectamente que las ideas que una puede hacer de sus perspectivas sociales en México no siempre corresponden a la realidad:

Una chica [...] me dijo que conoció a uno por Internet. No sabía de dónde es. Le dijo, “tengo una casa, un coche, un negocio, ven”. Ella vendió todo, todo dejó, llegó aquí. Sí, tiene una casa. En Ajusco con piso de adobe donde viven su mamá, papá, hermano con esposa, tíos y tías y todos con hijos. Sí, tiene un coche. Volkswagen del año 57 que se para en cada esquina tal vez. Sí, ¡tiene negocio! Dos caballos los que monta con niños en Ajusco (cita contextual de la entrevista con Natalya).

Dado que la mujer rara vez es consciente de las diferencias entre su país de origen y México y de los contrastes sociales entre los mexicanos, malentendidos surgen muy a menudo.

Teníamos un idioma común, el inglés, pero no al nivel de los hablantes nativos. Y algunas cosas, tal vez, fueron mal percibidas. Es decir, cuando los mexicanos dicen: "Ah, fui a una tintorería". A nuestras tintorerías sólo van las personas que tienen dinero. Y aquí van todos. Cuando llegué me di cuenta de que muchos detalles se percibían incorrectamente debido al idioma, debido a la diferencia en las culturas (entrevista con Sofía).

Si la verdad se revela después de que los dos ya han contraído matrimonio o han tenido hijos la mujer va a lidiar con las consecuencias, ya que el compromiso tanto personal como social con la relación no le permite simplemente abandonarla. Es aún más difícil para una mujer que no cuenta con un apoyo familiar o ahorros para un boleto de avión y ha cortado lazos laborales en su país de origen. Si el hombre ha tenido hijos de otro matrimonio probablemente tiene que pagar una pensión alimenticia, dependiendo de las circunstancias, es destinada tanto a la manutención de los hijos como, en algunos casos, de su ex-pareja. El promedio de hijos es más alto en México que Rusia u otros países post-soviéticos eslavos⁴³ que han experimentado un fuerte declive en los años 1990 (Billingsley, 2010), y por lo tanto el monto de la pensión puede ser elevado, cosa que puede venir como sorpresa para la mujer extranjera. Alejandra vivió esa situación cuando supo que su marido tenía no solo una pensión que pagar a su ex-esposa pero también deudas acumuladas en sus tarjetas bancarias:

Aunque tenía buen salario todas sus tarjetas de crédito ya llegaron al límite. Tenía un balance negativo, deudas, intereses, en realidad, yo me casé con un bancarota. Pero lo supe después, unos 8-9 meses después o tal vez un año cuando empezaron a llamar de los bancos. Pero como no sabía el español no entendía qué querían, y él lo ocultaba de mí.

Segundo, las estructuras laborales hoy en día operan bajo el principio de adaptación constante que resulta en que muy pocas personas pueden contar con un empleo seguro y de por vida. Las mujeres pueden soñar con estabilidad económica que pocas han podido gozar desde la caída de la URSS y los años de “terapia del choque” en la economía de

⁴³ La tasa de fertilidad en México ha bajado paulatinamente de 2,77 en 1999 a 2,36 en 2009 llegando a 2,1 hijos en 2018 pero es aún más alta que el actual promedio europeo de 1,8 y el promedio de la región post-soviética de 1,6 hijos.

Información obtenida de:

[http://www.conapo.gob.mx/work/models/CONAPO/Mapa_Ind_Dem18/index_2.html]

[<https://datos.bancomundial.org/indicador/SP.DYN.TFRT.IN>] (Accedido 5 de octubre 2019)

los años 1990 pero muchas familias de clase media mexicana también enfrentan condiciones de precariedad en el trabajo que puede resultar en pérdidas de ingreso, largos periodos de desempleo, carencias materiales y falta de garantías sociales. En estos momentos la mujer puede convertirse en proveedora principal aunque el cambio de su estatus dentro de la familia puede incomodar tanto a ella como a su pareja. Cuando entrevisté a una de mis informantes, Veronika, su marido tenía una semana sin empleo y ella mostró mucha preocupación con la situación económica de su familia diciendo que “está en el hoyo” (“*polnuy kapets*”). Veronika, ucraniana de 30 años, cuenta con una formación profesional de lingüista que ha podido lograr a pesar de que dio luz a su hija a la edad de 17 cuando todavía estaba en preparatoria. Criada por una madre soltera y siendo una madre soltera ella misma, Veronika buscó proveer para su hija saliendo del país a la edad de 20 años y trabajando en un crucero. Allí conoció a su esposo mexicano y al momento de la entrevista llevaban 5 años de casados. Desde que llegó a México Veronika trabajó en diversas escuelas de idiomas logrando ocupar el cargo de coordinadora de procesos administrativos en un centro de idiomas de renombre. Una mujer de mucha resiliencia y sensatez, sin embargo, su incomodidad con la nueva situación en su familia era palpable:

Ahora resulta que trabajo solamente yo. Decir que es simple, no [puedo], es difícil. Es decir, él está buscando [otro trabajo], y yo soy la única que trabaja de la familia. Nuevamente, al ver esta situación, no soy hija de un millonario, tuve momentos muy difíciles cuando fui una niña. Ahora es difícil, porque para nosotros, de nuevo, surge la imagen del padre que gana, el padre protector de la familia, y ahora en este momento esta imagen se está derrumbando. Porque no hay un proveedor y [] los problemas financieros surgen.

El caso de Veronika resalta las dificultades que surgen cuando una trata de aplicar conceptos puros a situaciones y relaciones reales. Es evidente la rigidez de la clasificación de Burín (2007) que divide tipos de familia en tradicional, innovadora, transicional y contracultural (mencionados en la p. 29). Los agentes pueden recurrir a un abanico de prácticas según las circunstancias y, más ampliamente, según los cambios en sistema de producción y organización (Gutmann, 2007: 68). Estas prácticas a menudo entran en tensión con el reconocimiento consciente y el seguimiento de patrones y normas de género culturales. El hombre como proveedor y protector forma parte de imaginario de género de Veronika aunque ella creció en una familia monoparental de

jefatura femenina y desde muy temprana edad ha sido el sostén económico para sí misma y su hija. Incluso, trabajando en México ella es la persona que cubre los gastos de su hija. ¿Qué tipo de familia, entonces, corresponde a su caso? O, por otro lado, ¿por qué Veronika sigue creyendo en la figura del hombre proveedor si su presencia en su vida ha sido más bien mítica?

Tercero, tanto en las discusiones en grupos de Facebook como en los testimonios de las entrevistadas he encontrado las referencias a la consciencia que la dependencia económica de la mujer en el país extranjero en efecto puede crear una fundación para manipulación y dominación de la mujer por parte de su pareja. En un post de Facebook una mujer usó la expresión “la capucha económica” (*“ekonomichesky kolpak”*, se puede traducir también como “trampa económica”) describiendo el comportamiento de mexicanos que abusan de la dependencia financiera de su pareja migrante quien no trabaja. El acuerdo de “manutención a cambio de obediencia” refleja un importante aspecto de estas situaciones y demuestra la concepción del dominio masculino en la pareja que se manifiesta en forma de prohibiciones, restricciones, imposiciones de comportamientos “correctos” así como sobreprotección justificada por preocupación por el bienestar de la pareja, los cuales una entrevistada puntualizó diciendo que “hay muchas de nuestras chicas con problemas familiares, que son golpeadas, a las que no se les permite salir de sus hogares, que se sienten intimidadas, a quienes les dicen que eres demasiado blanca [para salir de la casa]. La informante expresa la opinión, muy común entre la diáspora, que las mujeres que llegan a México por un cálculo (*“po raschetu”*) “aguantan” dichos comportamientos a cambio de seguridad material. “Aguantar” no es la única estrategia de protección de seguridad material que ha sido palpable de los datos; estas estrategias incluyen:

a) la acumulación de ahorros propios, tanto en México como en el país de origen, incluyendo el ocultamiento de tales ahorros. A veces el dinero para tales ahorros es derivado de los ingresos propios de la mujer que ella retiene. En las palabras de una informante, “su dinero es nuestro dinero, y mi dinero es mi dinero”; esta informante al final de la entrevista espontáneamente empezó reflexionar que a menudo los mexicanos expulsan sus esposas del hogar sin manutención y por lo tanto “es importante tener tu propio colchón de seguridad”;

b) el mantenimiento de lazos personales y profesionales en el país de origen en caso de que se presenta la necesidad de salir del país. Como explica una informante quien al momento de la entrevista llevaba siete años en México:

No rompí ningún vínculo [con el país de origen], ni siquiera puedo decir que me mudé por acá para siempre. Tengo cosas allí, tengo libros allí, tengo tarjetas de crédito bancarias, cuentas, un automóvil allí. Lo tengo todo allí, está todo allí. No quemé puentes.

c) el “doble juego” que consiste en mantener el vínculo afectivo *temporalmente*, por ejemplo, mientras que tardan los arreglos de papeles migratorios o de pasaportes de segunda nacionalidad de hijos, y al mismo tiempo *conscientemente* preparando la salida de la relación mediante consultas con abogados, retenimiento de bienes etc. Por lo general está empleado en una situación crítica (donde, por ejemplo, hay violencia psicológica o física) pero la flexibilidad para salir de inmediato está limitada por la presencia de hijos, falta de recursos o conocimientos, o alguna otra razón; cabe destacar también que los datos sugieren que obtener el permiso migratorio en sí no es la razón de tal comportamiento de mujeres migrantes en México, por lo que suele ser una situación emergente.

También es pertinente señalar que las razones tras la pasividad persistente femenina frente a distintas violencias domésticas pueden ser multifacéticas y reflejar tales estructuras y normas de género como predisposición femenina al cuidado y autosacrificio, o bien la especificidad de la situación de una migrante, con su falta de capital social o ausencia de lazos familiares en el país. Elena, quien ha vivido casi dos décadas en México y entre las usuarias de grupos de Facebook es conocida como una persona de autoridad, vea su papel en informar a las recién llegadas sobre los riesgos que ellas toman y poder detectar conductas y actitudes machistas:

Varias chicas se me acercaron y todos sus problemas son del mismo molde. En muchos casos las señales alarmantes aparecen al comienzo de la relación, y luego las niñas se convierten en víctimas de violencia, donde el esposo es un tirano doméstico. Vaya, mi amiga en Rusia, después de 15 años de matrimonio, de repente descubrió que había estado viviendo con un misógino todo este tiempo. Y noté que antes de venir aquí eran chicas independientes, pensaban por sí mismas. Así que creo que esto puede pasar a todas. [] (Es muy difícil de entender)

cómo detrás del cuidado, detrás de la sobreprotección puede haber violencia. Sientes algo mal, pero ¿qué? Veo mi papel en dar la información. También hay casos perdidos, y no ayudarás allí. Hay más esperanza en el comienzo de las relaciones, en su desarrollo.

Otra informante en su relato insinúa que tras la elección de mujeres permanecer en relaciones abusivas haya una combinación de infantilismo, consumismo y materialismo, ganas de movilidad social y estatus alto, miedo de sentir fracaso al regresar a su comunidad natal así como incertidumbre del futuro:

Si hablamos de [los que tienen] familia, me parece que son jóvenes que vienen y piensan que todos se los deben. Deberían darles un chofer, una niñera, una señora de la limpieza y dinero para Louis Vuitton, etc. y si no les dan, entonces ya está mal. Por ejemplo, tengo una amiga, ella vivía en un terrible departamento comunal, no tiene nada en su cabeza, aunque siendo honesta, ella es bonita, con buena figura, rubia. No sé cómo, se casó con un mexicano rico y vino aquí. Pero él la puso los límites: él anda de parranda, hace lo que quiere []. Sí, él le da dinero, pero una vez a la semana y luego pide recibos. “¿Por qué compraste 200 g de carne y no 100 g, si tu no comes carne?”. Y ella permanece en una jaula dorada y no sabe qué hacer.

Es preciso anotar que, mientras que las tasas de divorcio en países post-soviéticos son unas de las más altas del mundo⁴⁴, entre el diáspora existe un estigma marcado del divorcio salvo en los casos de violencia abierta o conductas plenamente destructivas como el alcoholismo, el consumo de drogas *etc.* Alla, quien se divorció de su marido tras diez años de matrimonio y doce de relación, la mitad de los cuales ella caracteriza como “una relación de dos extraños”, afirma que ha podido llevar a cabo el divorcio sólo debido a su trabajo en la universidad que le garantizó una autonomía económica y el apoyo de su madre quien vino a ayudarle con sus dos hijas:

El apoyo moral, sabes, no he recibido [de la comunidad], muchos me han reclamado por divorciarme. Tendría que seguir viviendo con él, entiendes. “¿Y

⁴⁴ La tasa bruta de divorcio muestra que Rusia tiene la tasa más alta de divorcio en el mundo. Según datos de las Naciones Unidas de 2011, la tasa de divorcios de Rusia es de 4.8 divorcios por cada 1,000 residentes. Bielorrusia se encuentra ligeramente por detrás con la tasa de 4.1 y Ucrania tiene 2.8 divorcios por cada 1,000 residentes. México está al final de la lista con 0.9 divorcios por cada 1,000 residentes. Información obtenida de: [http://worldpopulationreview.com/countries/divorce-rates-by-country/] (Accedido 9 de octubre 2019)

por qué te divorcias? A todas les pasa y aguantan.[] Me han apoyado más los mexicanos, las mexicanas.

Las mujeres que eligen la vía de migración matrimonial a menudo apuestan todo para establecer una familia, sacrificando sus carreras, su círculo social y su estilo de vida, y las mujeres divorciadas – sin querer - desafían el alto valor simbólico que se asigna a conseguir y mantener un matrimonio. A las mujeres que deciden disolver el vínculo conyugal son proyectados los miedos de su vulnerabilidad o de pérdida de atractivo como pareja potencial. La ausencia de autonomía económica y el apoyo familiar en la sociedad de acogida puede contribuir a que las mujeres permanecen en circunstancias de donde no ven salida, donde se sienten, en las palabras de Vera, como en “un barco submarino”. Ella, en particular, hablo de su “destino” (con su esposo asentado sus palabras con la cabeza) en medio de los “tiempos difíciles” y que el divorcio para ella no era una opción porque, no contando con una educación formal, “regresar a Moscú y trabajar como personal de limpieza y criar a los niños” no era una opción. Vale la pena destacar, no obstante, que, probablemente debido a su nivel de educación y una mayor autonomía, las mujeres de generaciones más jóvenes tienden a ser menos conformes con las situaciones que deben “aguantar” y son más individualistas a la hora de tomar decisiones basándose en sus consideraciones subjetivas y menos en las normas convencionales, abriéndose a caminos más diversos como, por ejemplo, búsqueda de otra pareja, migración al otro país, regreso a su comunidad natal *etc.*

e) Conclusiones

Si bien muchas mujeres post-soviéticas confían en los esquemas de género tradicionales, donde al hombre se asigna la función del proveedor principal, sus vidas privadas y laborales era comúnmente regidas por el contrato social de la madre-trabajadora, cual, como explico en el capítulo IV, ha sido el normativo en la URSS y sigue siendo el más común en la región en la época posterior, sea por elección o por necesidad económica. Sin embargo, al migrar muchas mujeres pierden sus trabajos y a menudo también se ven con la autonomía restringida para poder encontrar el nuevo empleo, sea por las exigencias de la maternidad, su estatus migratorio, la ausencia del capital social e institucional relevante o las peticiones de su marido. Según la encuesta de inmigrantes rusas y ucranianas en México realizada en grupos en Facebook (Dolútskaya, 2016), muchas de estas mujeres reportan estar atrapadas, sin querer, en

roles domésticos y no poder continuar sus carreras profesionales. Tanto esta encuesta como otras investigaciones señalan la vulnerabilidad de la mujer que por ser migrante muchas veces está ya en una posición dependiente de su pareja (Yakushko y Rajan, 2017). Incluso cuando no se da una situación de violencia, la migración al otro contexto cultural y social crea condiciones para una crisis identitaria (Izquierdo, 2013) que también puede presentar ciertos problemas para la mujer, la pareja u otros miembros de la familia. También es cierto que algunas mujeres eligen ser amas de casa por su propia elección marcándola como la opción más deseable. Otras entran al mercado laboral, incluyendo de forma informal, sin embargo, su vida laboral está subordinada a la de sus maridos. Por lo tanto, esto las expone a ciertas tensiones:

- a) si no poseen los capitales suficientes para la inserción al labor remunerado pueden sentir vulnerables debido a su dependencia económica y, con cierta razón, porque en efecto están expuestas tanto a las turbulencias externas de mercado capitalista como a los riesgos asociados con la inestabilidad de estructuras familiares hoy en día, todo eso en una sociedad “extraña”;
- b) las que trabajan tienen que enfrentar el reto de combinar la maternidad y el empleo, a menudo con altos estándares y expectativas para ambos;
- c) si, gracias a los capitales que poseen, llegan a ganar más que el hombre o son las únicas con el empleo estable tendrán que hacer ajustes, a menudo dolorosos, de sus esquemas de género que no corresponden a sus experiencias vividas.

Los últimos dos puntos a menudo tienen que ver con la división del trabajo doméstico y de cuidado, el tema que exploro en más detalle en el siguiente capítulo, ya que, en la misma medida que la participación en el trabajo asalariado, la división de las tareas domésticas y del cuidado echa luz a las relaciones de género que van construyendo las parejas dentro de familias.

CAPÍTULO VII. LA DIVISIÓN DE TAREAS Y RESPONSABILIDADES EN EL HOGAR

a) Labor doméstica como eje de análisis en el contexto transcultural particular

Analizando los logros en el estatus social, las oportunidades económicas y la emancipación política de la mujer en el siglo XX, las feministas llegan al acuerdo que estamos frente a “una revolución estancada” (Esping-Andersen, 2009). La distribución de labor en la esfera doméstica y las prácticas de maternidad y paternidad son un caso pertinente. Como hemos visto con otras esferas de la vida privada, normas asociadas con las tareas femeninas y masculinas en el hogar y sus prácticas correspondientes están más problematizadas en el siglo XXI que, probablemente, nunca. Las olas de la revolución sexual de los años 1960, los cambios demográficos y la salida de las mujeres al trabajo asalariado han estado demoliendo el binarismo de roles de género, que se gestó en ciertas partes del mundo con el avance del capitalismo. Es cierto que las mujeres de hoy entran a universidades y oficinas, bares y cantinas, gimnasios y clubes deportivos, dominios que hace poco eran definidos como predominantemente o exclusivamente masculinos, mientras que sus esposos suelen asumir algunas tareas que una generación atrás solo hacían sus madres: bañar bebés, cocinar y lavar trastes, hacer despensa, cambiar pañales y coser ropa. Sin embargo, estos cambios fundamentales no se tradujeron a que la carga doméstica está equitativamente equilibrada en la mayoría de los hogares del mundo.

Cada contexto cultural, nacional y político ha experimentado estos cambios de manera distinta; por lo tanto, en el curso de la construcción de una familia transnacional inevitablemente suceden ajustes tanto de las expectativas mutuas como de las prácticas en relación con las realidades estructurales específicas del ámbito social en donde se encuentran los agentes. Al mismo tiempo, existe una alta probabilidad de una tensión entre los tres (expectativas, prácticas y efectos de estructuras externas), y, como vamos a observar más adelante, es común ver chocar los integrantes de una pareja que viene de contextos diferentes, así como ver la insatisfacción con las estructuras externas (sean ellas servicios estatales o actitudes culturales) por parte de migrantes.

b) El capital económico y los roles de género

Dentro de este estudio, el ejemplo más cristalino del modelo binario entre las familias transnacionales entrevistadas es la familia de Vera y Amancio, donde ambos cónyuges tienen más de 60 años y pertenecen a una generación donde ellos, en sus palabras, fueron “criados bajo las tradiciones viejas”. Estas implican autosacrificio, disciplina y cumplimiento con las obligaciones asignadas a cada uno. Mientras que su marido, el profesor en una universidad, salía a trabajar, Vera asumía toda la carga esencial de tareas que significaba hacer las labores en casa sin recurrir a la ayuda pagada de alguien más y con una mínima dependencia de las ofertas del mercado en forma de la tecnología y los aparatos electrodomésticos:

(Vera) Cuando [los hijos] eran pequeños teníamos un jardín de niños cerca de la casa, hasta los 4 años iban allí pero de nueve a doce. En ese momento yo me estaba apurando, estaba limpiando, lavando la ropa, no tenía una lavadora, no tenía una muchacha. Todavía lo estoy haciendo todo yo misma. [] Tuve un destino muy pesado.

Como he mencionado en el capítulo previo y en consonancia con el estudio de Hirsch (2003), para esta generación el concepto de “destino” es recurrente en sus narrativas; de la misma manera resurge el concepto de “deber”; por ejemplo, Amancio distribuía su ingreso no solamente dentro de su matrimonio sino también apoyaba a sus hermanas menores y a su madre, una obligación que “no se cuestionaba”. Dadas las condiciones de escasez material y falta de capital social y económico, para Vera, contratar ayuda doméstica no era una opción. Su economía doméstica se basaba en el uso pragmático y frugal de recursos disponibles y en la carga sobre su cuerpo que a menudo implica un considerable desgaste físico y de salud⁴⁵. Si bien el uso de este tipo de capital corporal no es exclusivo para las mujeres (los hombres de clase trabajadora con frecuencia asumen los trabajos “pesados”), a diferencia del hombre, la mujer labora dentro de la esfera privada y sin salario.

El *habitus* de género de Vera contrasta bruscamente con un *habitus* que podemos identificar como más moderno, orientado hacia minimización de la carga doméstica a

⁴⁵ Incluyendo potencialmente la salud mental. Los estudios han comprobado que los trastornos mentales comunes son más frecuentes en las mujeres (Pinho y Araújo, 2012). La baja recompensa y la falta de visibilidad en la realización de tareas domésticas son los factores determinantes para este tipo de enfermedades.

favor de concentración en las actividades que ofrecen una mayor satisfacción personal, que han mostrado las entrevistadas de generaciones jóvenes y de clase alta. La disponibilidad del capital económico, en efecto, permite la delegación de tareas al mercado (a empleadas domésticas, servicios privados o tecnologías) y, a su vez, el desarrollo de los capitales personales, inclusive la generación del capital económico propio. Aquí está el fragmento con Albina (44), madre de cinco hijos:

Si tuviera que limpiar y cocinar todo esto todos los días, estaría tan enojada como el diablo, probablemente no tendría suficiente para nada. [] Tengo una criada todos los días. Una trabaja el sábado y la otra el domingo. Nunca estoy sola. Solo si se enferma, tengo que preparar el desayuno y lavar estos platos. Si no hay muchacha, vamos a comer a otro lugar. No voy a lavar todo el desayuno primero, luego volver a darles de comer. No, vayamos a cualquier parte, incluso a Sanborns, donde sea, no limpiaré todos los platos. Esto es terrible, ni te lo puedes imaginar. [] ¿Para qué necesito esto? Me gusta pedir comida o si vienes a un hotel para que te sirvan. Quiero confort, no quiero ni guisar, ni freír, ni lavar, nada de eso. No. Me he convertido completamente en una burguesa [burzuyka⁴⁶], capitalista, y no me gusta nada de esto. Si es posible, no haré nada, pagaré por todo y para que lo hagan todo por mí.

Analizando el papel de las sirvientas domésticas en Londres del siglo XVII Humfrey (2011: 3) destaca que “las criadas femeninas fueron una fuente importante del capitalismo emergente en el metrópoli moderno temprano”. En la etapa actual del capitalismo, la brecha económica de las mujeres de los estratos acomodados con otras mujeres les permite emplearlas como ayuda doméstica, y es una opción atractiva para muchas. No solo libera el tiempo sino también quita la necesidad de hacer el trabajo “sucio” de casa. Según Hochschild (1989: 225), “como el rol del ama de casa está siendo desocupado por muchas mujeres, el trabajo de las amas de casa ha sido devaluado y pasado a personal doméstico, niñeras y maestras de guarderías mal pagadas”. Ceder el control sobre los trastes sucios tal vez no implica la pérdida del involucramiento mental y emocional con la vida doméstica; no es así cuando se substituye el cuidado materno por el cuidado de una niñera. Al hablar de sus prácticas del cuidado, Albina describe un estilo de crianza donde los niños son “independientes”,

⁴⁶ El termino derogatorio que utilizaba la propaganda soviética para nombrar a las clases medias Occidentales.

y donde las pantallas juegan el papel de organizador principal de su tiempo libre. Por lo tanto observa que ella no se considera “normal” porque las rusas migrantes en México son “todas muy hogareñas”, “acostumbradas a pasar su tiempo con niños” mientras que ella es “un caso contrario”.

Curiosamente, más adelante Albina menciona que tampoco le gusta la religión ortodoxa; esto nos recuerda que se ha construido una fuerte conexión entre el ideal de maternidad en Rusia y el discurso de la Iglesia Ortodoxa que promueve los valores familiares” verdaderos” nacionales. El clero ortodoxo se caracteriza por la búsqueda de razones externas (sobre todo en el Occidente) de los problemas demográficos, la propagación de mitos sobre la pureza del pueblo ruso antes de la revolución y la renuencia absoluta a escuchar discusiones científicas sobre política demográfica (Mitrohin en Zhidkova y Zdravomyslova, 2009). El clero ortodoxo a menudo afirma que las mujeres rusas son las responsables principales del "pozo demográfico" en que se encuentra el país actualmente y deben preservar su virginidad antes del matrimonio, dejar de recurrir a abortos y divorcios así como regresar al estilo de vida orientado hacia la maternidad. Si bien existen también posturas más moderadas dentro de la iglesia, el discurso oficial es sumamente conservador.

Finalmente, si contrastamos el modelo “tradicional” de la organización de la vida doméstica con el moderno moldeado por la mercantilización creciente, también encontramos las prácticas híbridas que suman elementos de cada modelo. Por ejemplo, para continuar con su proyecto de vida profesional, Sofía (30), la informante con una hija de 4 años, recurrió al apoyo de su suegra, la madre de su marido mexicano, quien además es maestra.

Creo que no es del todo correcto dejar nietos a las abuelas, porque ya criaron a sus hijos, y me pongo en el lugar de abuela. [] Y aquí ella trabaja y estoy tranquila de que no es una muchacha, es una persona cercana (“svoy chelovek”).

Explicando la decisión de contratar a la suegra Sofía muestra cierta empatía y respeto de la autonomía de su familiar política así como la consciencia de individualización generacional. Aunque hacer uso de las redes familiares está en el marco tradicional, en este caso la ayuda de la suegra está pagada por el esposo de Sofía quien además formalizó su contrato a través del IMSS. El cuidado de la niña es dividido de la siguiente manera: la madre le hace desayuno, luego la suegra está con ella de 9 a 15, o

17 “cuando es necesario”, luego la madre les da de comer a todas (ella prepara la comida), la segunda mitad de la tarde y hasta la noche la niña pasa con su madre, aunque el padre le puede leer un cuento si llega temprano del trabajo. De este caso, la presencia del mercado no es tan palpable por lo que el cuidado se realiza dentro de “la familia”.

c) Hacia la división de la carga doméstica equitativa

Los esquemas descritos previamente se destacan por una nula o mínima participación del hombre en las tareas rutinarias domésticas. A diferencia de ellos, todas las demás parejas entrevistadas han afirmado el interés explícito en dividir la carga entre ambos. Los estudios han mostrado que el tiempo dedicado al hogar tiene una clara dimensión de género (Lachance-Grzela y Bouchard, 2010; Vijayasiri, 2011) y depende de varios factores: del acceso a los recursos externos como el ingreso (Cunningham, 2007) y el nivel educativo (Bianchi *et al.*, 2000) de la mujer; del nivel educativo del hombre (Gershuny y Sullivan, 2003); de las oportunidades y restricciones en el uso del tiempo (Davis *et al.*, 2007); de las ideologías de género internalizadas (Hochschild, 1989) y de los modelos familiares donde los individuos reciben la socialización primaria (Erickson, 2005), entre otras cosas. En la región post-soviética, como en muchas otras sociedades, los esquemas de género que prescriben ciertas tareas a hombres (por ejemplo, hacer arreglos y reparaciones en casa, o manejar el coche) y mujeres (cocinar, o el cuidado) se están relajando; en Rusia, los datos indican que tales actividades como comprar despensa, jugar con hijos o nietos, o el cuidado o apoyo de familiares enfermos o ancianos dejaron de ser solamente la responsabilidad de la mujer y ahora en muchos hogares son las prácticas mixtas desde el punto de vista de género (Rimashevskaya, 2009).

Dado que los matrimonios entre las mujeres post-soviéticas y los hombres mexicanos se destacan por el empeño del hombre como proveedor principal, dividir las tareas de forma equitativa debe ser negociado y constantemente acomodado a las presiones del trabajo de él. Un buen ejemplo de esto es la familia de Eugenio (50) y Lidia (43) quienes en el momento de la entrevista tenían un año desde que habían adoptado dos hermanos, de nueve y un año de edad. Eugenio es profesor-investigador del tiempo completo mientras que Lidia estudió una carrera en la misma universidad donde trabaja su marido y gana dinero dando clases privadas de idiomas. Su relación puede ser

descrita como igualitaria, ambos estando de acuerdo sobre la existencia de confianza, respeto y apoyo mutuo entre ellos. Desde que han asumido el cuidado de los niños, la carga cambió y han decidido que “uno tiene que trabajar y el otro tal vez dedicarles tiempo”⁴⁷. Los niños atienden a las instituciones pedagógicas privadas correspondientes a su edad y la pareja también ha empleado a una trabajadora doméstica quien viene una vez a la semana para que Lidia tenga la oportunidad “para arreglar [sus] asuntos, para hacer algunas compras que no podía hacer con los hijos”. Sin embargo, a pesar de su carga laboral, Eugenio participa activamente en el cuidado de los niños tanto en la toma de decisiones como en las actividades cotidianas, que es evidente en el siguiente fragmento de la entrevista:

(Eugenio) Con ellos el primer año fue difícil. Adaptarnos a ellos y también ellos a nosotros. Fue una carga mayor para ella. [...] No pude acomodar mis horarios, entonces, los primeros seis meses yo tenía una carga académica, tenía que salir tarde, a las 7 o 7:30. Llegaba para ayudar sólo alistar para la escuela mis hijos. [...] También ayudó que en ese momento el automóvil tenía ella y lo usaba para llevarlos. Para que sea más fácil. Ya el siguiente trimestre cambié mi horario para estar más tiempo y también lo que hicimos es reacomodar las horas. [...] Pero también nos adaptamos. Una cosa muy simple, por ejemplo, a mí me toca lavar los trastes en la noche.

(Lidia) A mí me toca bañar el bebé. [...]

(Investigadora) ¿Y eso según qué criterio, a uno le gusta más lavar y al otro bañar?

(Lidia) No.

(Eugenio) Como que el bebé se acostumbró más que lo baña ella. []

(Lidia) También si a veces no puedo acostar al bebé...

(Eugenio) Yo tomo, cuando llego lo duermo. O darle de comer, de repente él no quiere. Así, no quiere. Y le doy.

⁴⁷ En este sentido el tiempo es un recurso atravesado por género. En su estudio de "la política del tiempo" de las instituciones, Hagemann (2006) mostró como los horarios de las escuelas, las tiendas y los lugares de trabajo mantienen limitadas las opciones de las mujeres, particularmente en las sociedades capitalistas neoliberales.

(Lidia) Cuando estamos los dos.

(Eugenio) Cuando estamos los dos.

(Lidia) Cuando me quedo sola con el bebé ya ni modo. Tiene que comer conmigo (se ríe).

d) Las prácticas intermedias: “ayudar” en casa y “para que no se le complique”

No todas las parejas han podido lograr el mismo nivel de coordinación de acciones entre ellos; a veces la mujer espera una mayor participación del hombre en las tareas del mantenimiento del hogar. La relación de Olga (39) y Pablo (48) ha tenido que pasar por una crisis para llevar a cabo una renegociación de roles y llegar al punto donde el hombre se involucra en las tareas y la mujer siente que son “iguales” en cuanto a su contribución. Curiosamente, el atractivo físico y, más ampliamente, el capital erótico ha sido un recurso útil para Olga en las discusiones sobre lo doméstico que le ha ayudado a ganar terreno, por lo menos temporalmente:

Él comenzó a ayudarme mucho. Cuando vivíamos con mi suegra, ella me ayudara allí, yo estaba en casa e hacía todo, pero ahora él me ayuda mucho, incluso aprendió a planchar, lavar la ropa. Nunca cocinó, no sabe de eso, pero puede hacer café, ya aprendió a preparar huevos, es decir, me está tratando de ayudar. Bueno, después de nuestro escándalo, ya era como café en la cama, incluso preparaba el desayuno, no había tal cosa antes. Pues, estaba realmente asustado de que lo dejara, de que encontrara otro hombre para mí, de que tuviera oportunidades [de hacerlo]. Porque, de todos modos, aquí las rusas somos las que llaman la atención, así que otros hombres tienen interés, no estaré sola por mucho tiempo, estoy segura. No por, así decimos en ruso, por una presunción tan sobreestimada, solo lo sé porque lo vi por experiencia, cuando salimos con amigas siempre hay una demanda de hombres. No sé hasta dónde puede llegar, pero siempre hay demanda. Creo que estaba asustado, tuvo celos, y ahora que se ha puesto a trabajar en las relaciones, le está echando muchas ganas y me está ayudando en casa. En casa estamos iguales, él no tiene absolutamente ningún machismo [para ayudar].

En las familias de doble ingreso la necesidad de una división más equitativa de la carga doméstica se vuelve aún más urgente, sobre todo cuando se añade el cuidado infantil

con nacimiento de hijo(s). A pesar de ganar más en términos económicos que su marido y tener un trabajo igual de demandante, Diana (33) estaba acostumbrada a hacer la limpieza en su casa ella misma. Era “más fácil” porque ella veía el resultado “no tan limpio” como quisiera cuando lo hacía Mateo (34). Antes de la maternidad, Diana tenía su horario en el consultorio ajustado para poder cumplir con tres horas diarias de tareas domésticas en la mañana: lavar el piso, cocinar, lavar la ropa, planchar *etc.* Cuando nació su hija la carga se incrementó, e Diana tuvo que aumentar sus esfuerzos hasta el punto que se sintió agotada física y mentalmente. La pareja contrató a una “señora” quien viene a ayudarles algunos días mientras que Diana ha tenido que recortar algunas actividades laborales; los horarios de su marido, en contraste, no han sufrido cambios. A pesar del incremento en la carga doméstica y sus nuevas responsabilidades, a grandes rasgos la pareja continuó con la división de tareas que tenía previamente:

(Investigadora) ¿Sabes prepararle comida?

(Mateo) Sí. Diana la deja toda preparada. No me deja cocinar.

(Diana) Lo que pasa que yo le cocino. Es más complicada comida para la bebé. Yo siempre tengo para dos-tres días todo ya hecho. Para que no se le complique.

(Mateo) Me deja toppers. Por ejemplo, este fin que se fue ella me deja. También mi mamá sabe. Ella sabe. Me deja sus pañales, su ropa, una mochila con todo. [] Yo tengo problema con orden y no lo puedo hacer sin atravesar la casa varias veces.

Hoschchild sugiere que mostrar la ineptitud frente a las tareas mundanas puede ser una estrategia, consciente o inconsciente, de resistencia a los cambios (Hoschchild, 1989: 210-213); en su estudio de la división de la doble jornada, muchos hombres han alternado entre los periodos cuando su voluntad de asumir responsabilidades es innegable y los periodos cuando su comportamiento tiende ser distraído y se disocian de las tareas que están haciendo mentalmente. “Tales hombres retiraron su atención mental de la tarea en cuestión para obtener crédito por intentarlo y ser solidario, pero no para ser elegidos [para la tarea] la próxima vez” (*op. cit.*: 210). Muchos hombres elogiaron a sus esposas por lo organizadas que eran, por su competencia en la planificación y ejecución. El elogio parecía genuino pero también fue conveniente. En el contexto de

otras estrategias, mostrar la gratitud por la forma en que la esposa lleva la doble jornada puede ser otra pequeña forma de mantenerla haciéndolo, concluyo Hoschchild.

Sin embargo, esta pareja también ha enfrentado el obstáculo en forma de limitaciones estructurales de largos horarios y poca flexibilidad en el ámbito laboral de Mateo. Muchos empleados (y su mayoría son hombres en empleos calificados), al superar la jornada máxima legal, están laborando horas extraordinarias o tal vez no disfrutando del día de descanso y tiempo libre con su familia. En la entrevista, Mateo, en efecto, confirmó que la principal razón del conflicto con su esposa ha sido “poca convivencia” entre los dos dado los horarios extendidos e irregulares de sus trabajos. De acuerdo a los datos de Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (INEGI, 2020), 10.3 millones de personas laboran más de 48 horas semanales, lo cual quiere decir que México tiene las jornadas laborales más extendidas al nivel mundial, siendo eso “un tema cultural” reconocido por expertos en productividad⁴⁸. Los mexicanos a menudo laboran dentro de “un escenario económico-laboral contradictorio y adverso” donde la flexibilidad planteada es de y para el mercado, no para beneficio de las y los trabajadores (Tena en Figueroa, 2014).

e) Las prácticas maternas y paternas

Finalmente, para completar el análisis de la división de labor en el hogar veremos hacia qué modelos se orientan las prácticas paternas y maternas dentro de estas familias. El apego hacia la familia forma parte esencial de los estereotipos culturales sobre los mexicanos en el extranjero; Gutmann en los años 1990 afirmaba que “niños y crianza [*parenting*] son más centrales para más gente en México que en Estados Unidos en Europa” (Gutmann, 2007: 5), pero en términos concretos, ¿qué significa esto? ¿Se traduce en que los padres de ambos sexos pasan más tiempo con sus hijos, o más tiempo de calidad, o simplemente lo disfrutan más? Mientras es difícil responder a estas preguntas sin datos estadísticos actualizados y confiables, podemos ver qué responsabilidades y funciones asume cada uno en la pareja, cómo están divididas y qué prácticas concretas están asociadas con ellas.

⁴⁸ INFOBAE (11/02/2020) “La jornada laboral de los mexicanos es una de las más extendidas del mundo”. Accesible en: <https://www.infobae.com/america/mexico/2020/02/11/la-jornada-laboral-de-los-mexicanos-es-una-de-las-mas-extendidas-del-mundo/> [Visitado 24/03/2020]

Las ideas normativas tradicionales en las sociedades post-soviéticas sobre el comportamiento paterno "correcto" implicaban, en primer lugar, el "poder vertical" en la sociedad y en la familia, mientras que la jerarquía social entre padre e hijos era mantenida con la ayuda de rituales especiales, reglas de comportamiento que promovían la creación de distancia entre los niños pequeños y el padre, transferencia de niños a otros familiares o instituciones educativas, *etc.* (Kon: 2009: 307-350). El historiador ruso Kostomarov mencionaba en 1887 que “*Domostroy*”, el conjunto muy citado de reglas religiosas y sociales del siglo XVI referente a los asuntos familiares de la sociedad rusa ortodoxa, prohibía a los padres jugar y reírse con sus hijos en casa (*op. cit.*: 331). Esto no excluía la variedad de prácticas paternas reales, debido a las características individuales de la persona y su entorno social, sin embargo, podemos concluir que la cultura tradicional ortodoxa no promovía una cercanía emocional entre padres e hijos. El Estado soviético contribuyó a ese problema, primero destruyendo la base de la familia patriarcal, la propiedad privada y los derechos de herencia, y luego adoptando un modelo de la familia donde la mayoría de las funciones pedagógicas eran asignadas a la madre o a las instituciones dominadas por las mujeres (Zdravomyslova y Temkina, 2007). Siendo precisa, existe opinión que la tendencia del crecimiento de la distancia entre el padre e los hijos ha sido global; en su diseño inicial las instituciones modernas que regulan la infancia se orientaban hacia las madres, socavando el modelo tradicional de familia rural religiosa donde el padre es presente físicamente siempre (Castelain-Meunier, 2002).

Por lo tanto, en las parejas donde la mujer está acostumbrada culturalmente a llevar el control de la esfera doméstica y la crianza, el conflicto puede surgir no por la falta de la contribución del hombre sino por los desacuerdos sobre las diferencias entre las prácticas de cada uno, incluyendo las diferencias cuyo origen se encuentra en imaginarios de maternidad y paternidad distintos. Convencido de que él también tiene que tener la parte activa en la educación de su hija de cinco años, Joaquín (55) ha buscado la oportunidad de hacerlo en el tiempo libre de su trabajo. Sin embargo, al principio ha enfrentado una reacción negativa por parte de su esposa (45) quien se resistió a compartir la autoridad sobre la formación de la niña, según él, porque consideraba que era dominio exclusivamente de la madre:

(Joaquín) Bueno, en nuestro caso particular yo no sé si es cultura y la forma de ser de Alejandra que ella quiere tomar el control de todo. Sobre todo, en la

educación de la niña. En donde yo la reclamo. Al final, somos una pareja y los dos tenemos que dar educación. A través de los años ya he entendido o ya hemos sincronizado mejor eso pero al principio, cuando la niña era bebé, ella hacía prácticamente lo que ella decía y no le importaba lo que yo decía. [] Creo que Alejandra ya está entendiendo que es una cuestión de pareja, que la educación no es solamente la mamá la que da educación porque así fue en mi caso. Mi mamá era la matriarca. Un matrimonio de matriarcado y mi papá poco intervenía en la educación, en los modales, en cuestiones de que hacer, de que no hacer, de que es mal etc. Entonces, yo sigo pensando que es una tradición de los padres que educaron, así se quedó en Alejandra, y ahorita con el tiempo ya me está dando mi lugar en cuanto a la niña o ella la corrige para que no sea grosera conmigo y allí vamos sincronizando. [Que] no nada más ella [educa] y el papá como que el proveedor del dinero.

Como se puede observar de este fragmento, se enfrentan aquí dos visiones de la paternidad, y es la madre quien tiene la dificultad de aceptar el mayor grado de involucramiento del padre. El mayor obstáculo, por lo tanto, no está en la falta de voluntad del padre, podemos ver que las mujeres también pueden resistir ceder el control frente a ineptitud masculina, percibida o real. Con un recién nacido prematuro inquieto, quien requería cuidados especiales debido a su salud delicado, en la familia de Galina (35) y Luis (37), Galina desesperadamente necesitaba el apoyo de su marido después de que ella asumió el papel de ama de casa. “Me acuerdo del estrés en el trabajo, esto no se compara”, describe ella su estado emocional y desgaste físico en los primeros meses después del parto. Por la jornada laboral larga de su marido, a pesar de la falta de sueño y descanso, Galina ha tenido que asumir la principal carga del cuidado del bebé; se nota que ha aprendido ser eficiente y pragmática con el uso de tiempo. Después, cuando su marido pudo asumir más responsabilidades, para Galina era difícil aceptar su ritmo de llevar a cabo las tareas:

(Investigadora) Tu esposo, dices, es competente: ¿puede cambiar, cuidar, alimentar [el bebé]?

(Galina) Sí-sí. Por supuesto, necesitas ir hablando con él. Hasta que digas [qué tiene que hacer] no entiende. Bueno, como que hace todo, cambia pañales, alimenta, si lo cuentas, entonces él sí lo hace todo. Pero todavía siento que me

falta ayuda. Yo digo: "Me falta que vengas y los asumes. Sin decírtelo". Verás, es necesario iniciar y preguntarlo constantemente. Además tengo un marido muy lento. [] Por ejemplo, recuerdo cómo cambiaba los pañales: los abría, incluso cantaba una canción, [el bebé] tenía tiempo de hacerlo [la evacuación] allí dos veces. Y especialmente cuando necesitábamos ir a algún lado, yo ya comenzaba a enojarme: "¡Tenemos que ir ya!". Y me di cuenta de que esto también es lo femenino, delegarlo, darle espacio al papá. No importa cómo lo haga, lentamente, no lentamente. Por ejemplo, le doy de comer para que no se ensucie. Y con papá, oooh... La mesa, la silla, el niño y el piso están sucios con la comida. Yo le pregunto: "¿Cómo le das de comer?" Pasó un tiempo y me dijo: "Mira, está todo limpio. Pasé el nivel número uno". Sí, lo está intentando.

Llama atención que Galina formula la delegación de las tareas del cuidado al padre como “lo femenino” que hace pensar que estamos frente a un imaginario de familia que se orienta hacia la participación igualitaria, donde se espera tanto de la madre como del padre cierta inversión emocional en la crianza y la comunicación mutua. Las investigaciones recientes han comprobado que tomar la postura más activa en su paternidad el hombre necesita apoyo social de la madre y otros miembros de la familia: un estudio de 205 padres franco-canadienses de niños en la edad preescolar (Bouchard et al., 2007) mostró que la motivación de los padres para involucrarse en la crianza depende en gran medida de si el hombre siente que su esposa (pareja) confía en sus habilidades parentales y sus intenciones, y esto, a su vez, influye el grado de su participación en las prácticas paternas y la satisfacción reportada de ellas.

En contraste, el modelo patriarcal (“tradicional”) de paternidad hace énfasis en su función disciplinaria; el padre no interactúa constantemente con sus hijos progenitores, más bien interviene en las situaciones del conflicto y distribuye castigos o premios. Podemos identificar tales prácticas en el relato de Albina por lo que menciona que es su marido quien “grita más” a los niños que ella y “le tienen miedo, y qué bueno”. El padre aparece como una figura autoritaria aunque benevolente: es “estricto” pero “les consiente, les consiente mucho”. Al mismo tiempo, ideológicamente este modelo es visto cada vez más como un modelo arcaico; Kon (2009: 423) lo caracteriza por el déficit del cariño e intimidad, “la falta de expresividad” y una distancia emocional sostenida estrictamente entre padres e hijos para señalar la jerarquía del poder y, como

consecuencia, por las dificultades en comunicación entre padres e hijos, a menudo incluso cuando los niños ya son adultos.

Incluso, hoy en día, podemos ver el modelo autoritario reemplazarse cada vez más por un modelo centrado en el desarrollo, en el bienestar y en los derechos de los niños. En México, esto ha tenido consecuencias visibles: un día caminando por mi colonia en Azcapotzalco observé el cartel que invitaba a una conferencia para padres. El cartel estaba dividido en dos partes: la primera representaba una familia de “antes” con un adolescente inclinando la cabeza frente a su padre, aparentemente escuchándolo, mientras que en la segunda la “moderna” familia consistía de dos adolescentes, elevados sobre sus progenitores, gritándoles, con los padres que parecían asustados.

f) Conclusiones

Hace más de cien años, en el artículo leído en la conferencia de mujeres pertenecientes al Partido Socialdemócrata celebrada en Mannheim Clara Zetkin (1906) abogando por la necesidad del sufragio femenino, declaró que “la misma maquinaria que impulsó con poder decisivo las industrias domésticas de la familia, permitió a las mujeres convertirse en trabajadoras activas fuera del hogar, y su llegada al mercado laboral produjo no solo efectos económicos, sino también sociales”. Vale la pena pararnos y hacer una reflexión sobre el argumento de Zetkin. Las feministas de la primera ola, como ella, reconocían que el modo de producción capitalista generó una revolución en la vida económica y social, y creó nuevas tareas para las mujeres en las sociedades industrializadas (con las demás en camino). Por un lado, la emancipación económica de mujeres significa que las mujeres están inscritas en el orden capitalista a la par con los hombres mientras que, por otro lado, en la esfera doméstica, podemos observar una clara tendencia hacia la mercantilización: las actividades que antes estaban en las manos de una mujer, de una ama de casa integral, ahora se transfieren a trabajadores y trabajadoras de una determinada especialidad.

Es viable afirmar que estamos frente a una evidente crisis del modelo “tradicional” binario y patriarcal; por ejemplo, la democratización de la sociedad y el reconocimiento de los derechos de los niños hicieron de la paternidad autoritaria una práctica moral y psicológicamente inaceptable (Kon, 2009). La expectativa para hombres de ser solamente el sostén económico de la familia y la fuente de autoridad es vista como limitante; en efecto, se está reconstruyendo el imaginario del padre. Esta

reestructuralización de roles encuentra obstáculos tanto internos como externos: los primeros tienen que ver con la inercia de cambios de prácticas específicas individuales, mientras que los segundos son efectos de las condiciones estructurales del sistema capitalista en el cual están inscritos los agentes, por ejemplo, de las jornadas laborales largas de hombres.

Podemos observar que en las condiciones actuales en México, es decir, frente a la falta de asistencia estatal a la familia y la mujer, la liberación de las mujeres de clase media de su doble jornada se lleva a cabo gracias al mercado de personal doméstico y servicios pagados. Es el Mercado, no el Estado, quien trae alivio a las familias transnacionales en México: la mayoría de las familias entrevistadas han contratado la ayuda ocasional o de tiempo completo de una trabajadora doméstica. Es significativo que los mecanismos de apoyo estatales (como las guarderías) están prácticamente ausentes en los discursos de los informantes; podemos concluir que estas familias no quieren o no pueden contar con este tipo de capital institucional.

Esto tiene varias consecuencias. Primero, crece la estratificación social entre las mujeres migrantes de diferentes clases y su capacidad de generar su capital económico propio. El hecho de que las mujeres más ricas puedan pagar a alguien por los trabajos laboriosos en casa y "contratar" el cuidado de sus propios hijos de las mujeres menos ricas era un fenómeno prácticamente olvidado en la URSS y que ahora está recibiendo un nuevo impulso económico y cultural en las sociedades de países post-soviéticas (Temkina, 2009). Claramente, en México es una pauta cultural más arraigada. Vimos evidencia que las mujeres que tienen un "respaldo" en casa pueden dedicar mayor tiempo y esfuerzo al aumento de su capital económico propio, mientras que para las mujeres sin él es mucho más problemático.

En segundo lugar, el mercado reproduce las divisiones de género tradicionales: una mujer puede conseguir un trabajo ofreciéndole sus cualidades "tradicionalmente femeninas" como mercancía. Incluso las abuelas pueden recibir un pago por el cuidado de sus propios nietos; este último fenómeno se está formando en el contexto de las relaciones cambiantes donde el capital social tejido de las redes familiares ya no implica automáticamente apoyo gratuito en el marco de la economía del don e intercambio de favores. Por otro lado, las parejas quienes aspiran a tener una relación más igualitaria van a encontrar varios obstáculos. Los estudios han documentado que aunque a veces se

inicia con una distribución equitativa en el hogar, con tiempo este va regresando a un esquema tradicional, dada la inercia de las actividades y las expectativas y las exigencias externas (Cunningham, 2007; Erickson, 2005). En el caso de México en particular hay una prevalencia cultural de valores conservadores más que de autodirección y transformación (Rocha Sánchez: 213). Al mismo tiempo, podemos apreciar que aunque existen casos en que la totalidad de la carga doméstica claramente recae en el cuerpo femenino, es más común que las mujeres tengan expectativas de compartir tareas y rutinariamente empleen su capital afectivo, social y hasta erótico para organizarlas de tal manera que estas puedan ser cumplidas.

CAPÍTULO VIII. LAS TRANSACCIONES MATERIALES EN EL HOGAR: CONFLICTO, CONTROL Y ACUERDOS

a) El control de las finanzas como herramienta del poder en las familias

A pesar de que los informantes entrevistados vienen de contextos geográficos e históricos diferentes, teniendo en mente el significado diferencial del dinero en las relaciones íntimas así como el factor de clase que señala Zelizer (2009), podemos observar algunas tendencias paralelas en sus relatos de manejo de transacciones materiales en el hogar, expuestos en los siguientes apartados. En algunas entrevistas con informantes el manejo del dinero en el hogar se ha revelado como el asunto más contestado entre la pareja. Varias entrevistadas han mencionado que en las prácticas de familia de origen los adultos tenían el mismo acceso a las finanzas y las administraban de manera igualitaria, transparente y, desde cierta perspectiva, menos individualista. En muchos aspectos, estas prácticas “soviética” o “post-soviética” coinciden con la descripción de las prácticas de la clase obrera estadounidense que menciona Zelizer. En contraste, la percepción de algunas entrevistadas del modelo “mexicano” es de uno donde, por un lado, los cónyuges sienten derecho de no reportar la cantidad exacta de sus ingresos y compartirlos uno con el otro y, por otro lado, el que tiene más (prácticamente siempre el hombre) tiene más poder para restringir el otro en los gastos personales y familiares y en la toma de decisiones acerca del presupuesto. Consideramos el fragmento de la entrevista con una informante:

Pienso en mi familia. Entonces había una obligación para trabajar. Mi madre recibió 100 rublos, 140 tal vez, y mi padre recibió 900. Mi madre trabajaba tiempo parcial. Lo mezclaban todo en un solo montón y nadie sabía quién tomó cuánto. Lo principal era mantener el presupuesto y sobrevivir hasta el próximo salario.

Similarmente, otra informante menciona las diferencias entre las prácticas de administración de dinero que conoció a través de su socialización primaria en la familia de sus padres y las prácticas con su marido:

Tuvimos un problema porque ocultaba sus ingresos. Esto fue un problema, porque cuando comenzamos con la compra del departamento, [...] vi que su ingreso es mucho más alto de lo que él me dijo, me dolió mucho, porque en mi caso, no sé cómo era en su familia, pero mi papá y mi mamá sabían cuánto gana

cada uno, papá recibía su salario, lo llevaba a casa y lo daba a mi mamá, guardaba algo para cigarrillos y, por ejemplo, pasajes. Así fue el caso de nosotros. Todo para mamá, y ya los dos decidían juntos en qué gastar. [...] Y con nosotros, su dinero era su dinero, tenías que siempre pedir: “Bueno, dame para el labial, dame para eso”. Bueno, él no me restringía, si yo quería salir con las chicas me daba, pero siempre de alguna manera, como si fuera [el dinero] de él. Le preguntaba: “Cuál es tu ingreso? ¿Cuánto obtienes? ¿Hay algún bono allí?”. No lo sabía, él siempre estaba escondiendo. Y cuando decidimos pedir un préstamo para el departamento, fue necesario proporcionar ingresos, y como soy un agente de bienes raíces, lo vi todo y, por supuesto, fue un shock para mí y tuvimos una discusión fuerte.

Administrar el acceso a las finanzas de tal manera que la pareja debe pedir el dinero (y, potencialmente, justificarlo) puede ser empleado como una herramienta de mantener más poder en la relación, sin importar los montos administrados. Si el dinero esta gestionado de esta manera puede ser concebido como obsequio por parte de quien lo da (Mauss, 1966) y por lo tanto se crea un sentimiento de la deuda moral y de la obligación social de regresarla. El mismo problema existe con el dinero administrado a través de tarjetas de crédito del marido (Zelizer, 1994: 108)⁴⁹. En el siguiente fragmento la informante explica primero que aunque percibe menos ingresos que su cónyuge pero se encarga más de los asuntos del hogar. Mencionando que es el acto de pedir que era lo más problemático para ella psicológicamente, ella destaca que al final logró exigir el pago puntual semanal de su marido al cual la informante refiere como a un “salario”, con la implicación de que su trabajo en casa tiene su valor:

El viernes es mi día de mi salario. Sabes, le dije: "No soy una niña para ir pidiéndote 500 pesos para el desayuno con las chicas". Esto menospreciaba mi dignidad. No lo sé. Yo administro la casa sola. Conozco todos mis trabajadores, jardineros, muchachas, el carpintero, el herrero.

Podemos pensar en ese arreglo de administración de dinero como un punto intermedio entre, por un lado, las prácticas “soviéticas” y “post-soviéticas” (como están descritas por las informantes) de clase trabajadora y, por otro lado, las prácticas donde la mujer se

⁴⁹ Los observadores en el principio del siglo XX notaban la situación "anómala" en la cual los hombres pagaron voluntariamente "grandes facturas" de esposas e hijas pero no estaban dispuestos a confiarles la menor cantidad de efectivo disponible (Zelizer, 1994: 108).

siente en una posición de dependencia económica. La negación de revelar la información sobre ingresos, bienes, ahorros y gastos personales es también una forma de mantener control y dominio, y las negociaciones entre los integrantes de esta pareja revelan conflictos de intereses donde brotan agencias de los individuos. A la hora de preguntar al marido de la última informante sobre el manejo de finanzas en su familia, el informante respondió: “Esa guerra todavía estamos luchando”. “Guerra” implica conflicto abierto y también implica la capacidad de ambas partes de movilizar sus recursos en una confrontación. Por lo tanto, sugiero que en este caso apunta más hacia la construcción de una dinámica igualitaria que a una dependencia. En una relación de clara sumisión no hay conflicto abierto, el que domina no encuentra resistencia, el dominado no está peleando su terreno. El imaginario relativamente común de una relación igualitaria como una relación armoniosa donde los dos persiguen los mismos fines puede ser engañoso y puede ocultar la tensión inevitable entre individuos que se sienten en una posición pareja. Aguantar y manejar esta tensión puede traer más conflicto a la relación pero también puede ayudar a lograr el cambio en el otro, en sus prácticas y en su *habitus*, y una distribución de recursos simbólicos y materiales tal vez más justa. Más adelante en la entrevista la informante dice que en sus ocho años de matrimonio su marido “ha aprendido” a “amar a la mujer” y su presión persistente ha tenido “resultados reales”. Por ejemplo, hablando de la planeación de su tiempo libre, la informante afirma:

[...] Hablamos con él, planeamos todas las vacaciones. También le enseñé esto. Solía ser un líder tirano. Yo le dije: "Espera, yo también soy una persona. Vamos a hacerlo juntos". Ahora, 5 años después, comenzamos a discutir todo juntos. Ver hoteles, ver precios, ver a dónde queremos ir. Nuestro progreso es que él comenzó a dedicar tiempo solo a nosotros. Es cierto, solo con recordatorios. [...] Así no es solo conmigo. Así es con todas las que viven con mexicanos. [...] Muchas chicas se cansan de estimular [a su marido] constantemente. Bueno, yo todavía no.

c) Los pagos y la actuación de género

Contrastamos estos últimos dos testimonios con aquellos donde no se reportan discusiones. A pesar de su pertenencia a la clase media, el modelo de administración de finanzas en la familia de Lidia e Eugenio se aproxima más bien a las prácticas

“soviéticas” y las de clase obrera: los dos tienen acceso a las tarjetas de él y parece que hay una transparencia de movimientos económicos sobre los cuales ambos tienen control. En lugar de resistir ceder el acceso a la tarjeta bancaria Eugenio habla de cómo su esposa en efecto le “ayuda” en tomar la responsabilidad de los pagos quitándole la carga mental:

Ella tiene las tarjetas, el número de clave para usarlas. Hemos hecho [eso] desde principio. También para que me ayudara en esa parte, para que me descargara de preocupaciones. Sin embargo yo también estoy al pendiente. Hace falta hacer este pago, y si no hemos hecho este pago ella lo hace [...] Yo digo si uno está todo el día en la oficina el otro tiene que ayudar (se ríe). [...] Igual tuvimos un acuerdo, otro acuerdo y así funcionaba. Y ahora con los niños igual. Igual yo a veces hago unos pagos. Digo, por comodidad. Hay que pagar el colegio, ¿para qué viene ella? Ni modo yo pago.

Los acuerdos que menciona Eugenio indican la existencia del proceso de comunicación constante en esta pareja. Se asume que la calidad de comunicación entre los cónyuges mejora la satisfacción de la relación, sin embargo, Lavner *et al.* (2016) destacan que la relación causal no está tan clara por lo que la pareja satisfecha puede reportar tener mejor comunicación en la relación. Cualquiera que sea el vínculo entre la comunicación y la satisfacción marital, en el modelo de gestión de finanzas así como lo describe Eugenio no se percibe el uso de capital económico como una herramienta de control sobre el otro. Tampoco se percibe en el testimonio de Diana, donde ella es quien percibe mayor ingreso que su esposo pero habla de que el dinero se administra de manera “natural”, “sin reglas”:

(Diana) Mira, en nuestra familia, como en una familia, creo que, bien hecha, tu dinero es nuestro dinero, mi dinero es mi dinero (reímos). Yo tengo las tarjetas de él, de débito, de crédito, él me dice que yo las puedo usar si necesito, no hay ningún problema como tal. Nosotros nunca tuvimos problemas que tú tienes que pagar esto y yo esto, normalmente, él paga y no me dice y yo pago y no le digo. Si nosotros tenemos que comprar cosas, yo compro, y de repente si hay que pagar luz, él paga o yo me acuerdo y pago. [...] Cuando nosotros tenemos un fin de semana y salimos a comer, él normalmente no me dice, él paga. Las cosas de

casa, gasolina de coche, si yo de repente voy al súper y se me antoja algo, yo lo compro, nada más. Pero si nos vamos juntos, tú lo compras.

(Investigadora) Pero los gastos básicos, no sé, la renta, la colegiatura.

(Diana) Pues, mira, he pasado que él va y paga, o de repente yo voy y pago, él me paga la mitad. Pero te digo es como que más natural, no tenemos exactamente la regla. Hay momentos, por ejemplo, cuando a él no le han pagado y yo pago las cosas o, por ejemplo, a mí no me han pagado y él paga las cosas. Y él me dice, “Hoy no tengo dinero, dámelo”, o “No me han pagado, ¿puedes pagar el colegio?” No es una regla, es más natural. Nunca hemos tenido reglas sobre ese tipo de cosas, ¿verdad?

Se destaca en ese fragmento que, dentro de este arreglo “natural” el marido de Diana paga en el lugar público como el restaurante o la tienda cuando están juntos, “actuando género” en las palabras de Goffman (2017). Según Tichenor (2005), el mayor capital económico de las mujeres que perciben más ingreso que su marido les “compra” poca ventaja en sus relaciones. Basándose en el análisis de las entrevistas con 30 parejas estadounidenses, Tichenor observó que en lugar de usar sus circunstancias no convencionales para alterar el equilibrio convencional del poder marital, los cónyuges empleaban varias estrategias para reproducir el dominio de los hombres. Primero, construían sus identidades alrededor de roles de género convencionales; es decir, intentaban presentar sus identidades como conformes a las de ama de casa y sostén de la familia. Segundo, daban prioridad a los hombres en asuntos familiares, ya que ellos afirmaban el derecho de tomar ciertas decisiones y las mujeres a menudo cedían para demostrar que no estaban tratando de dominar a su marido. Y, finalmente, las parejas interrumpían el vínculo entre el dinero y poder para las esposas, pero mantenían la posibilidad de tal vínculo para los maridos. “Hacer género en la relación es el trabajo de equipo”, destaca Tichenor (*op. cit.*: 199). Podemos concluir que la desviación del orden hegemónico de género en una esfera social, en este caso en el ámbito profesional, puede producir ciertas prácticas compensatorias por parte de ambos en otra esfera, en este caso en lo doméstico.

d) La clase social como factor en la gestión de dinero

Como hemos visto, el acceso a los diferentes tipos de recursos y la voluntad de compartirlos en la pareja forma parte esencial de cómo se percibe y se emplea el capital económico. En un modelo más individualista la relación no obliga a los actores a ver sus capitales como un bien común. Este modelo no es típico ni para la región post-soviética ni tal vez para México en general y es más fácil sostenerlo dentro de una familia de clase social más alta, donde hay cierto superávit de los recursos económicos. Allí donde el dinero alcanza más allá de satisfacer las necesidades básicas se hace posible más autonomía económica. Comparamos fragmentos de dos entrevistas. En el primer fragmento la informante, siendo de clase media alta, parece estar muy contenta con los arreglos económicos en su hogar describiendo su situación como “un sueño rosa”:

(Investigadora) Entonces, ¿tu dinero es para tus gastos personales? ¿Y si los niños te piden?

(Albina) No doy nada a nadie, todo es para mí. Lo gasto como quiero. Y en lo que quiero.

(I.) [...] ¿Y ustedes planean el presupuesto, él te dice los montos o tú le pides?

(Al.) No, él paga todo, él me da solo para el súper. Vivo en un sueño rosa. No sé de nada, todo se paga, todo se paga solo. La secretaria paga todo. Yo solo veo cuando llegan el gas y la luz. Todo lo demás se paga solo.

(I.) ¿Él lo paga?

(Al.) Él se hace responsable de todo.

Comparamos este fragmento con el fragmento de la entrevista con Vera y Amancio. Ellos también pertenecen a la clase media pero sus recursos son mucho más limitados. Amancio por haber sido el único proveedor durante mucho tiempo tiene el control sobre las tarjetas y los pagos. Vera la mayor parte de su vida no ha tenido ingreso propio pero ahora tiene una pensión por jubilación en Rusia. Al responder a la pregunta de quién administraba y administra dinero en su familia, proceden a tener la siguiente discusión

que revela el desacuerdo que no se ha resuelto y donde la mujer tiene percepción de haberse “rendido”:

(Vera) Todo el tiempo y hasta ahora mi esposo [es el que administra el dinero]. No estoy de acuerdo con eso. Hemos tenido choques por eso. Me rendí. [...] Por ejemplo, él me da un monto para dos semanas. Pero esto se va a la comida, lo demás él lo paga.

(Amancio) Ella tiene una tarjeta de crédito.

(Vera) Pero es de él.

(Amacio) Bajo mi nombre. Pero esta tarjeta no está limitada. Ella puede comprar todo lo que quiera con esa tarjeta y yo lo tengo que pagar. No la limito en ningún gasto con esa tarjeta. Los gastos fijos como la luz, el agua y el predio, esos llegan y yo los pago desde mi tarjeta. No hay ningún problema.

(Vera) Está responsable del predio, de todos los gastos médicos.

(Amacio) El día que me diga que no le alcanza el dinero que le doy para la comida, ese día le voy a aumentar su pensión. (se ríe)

(Vera) Por ejemplo, el sábado y el domingo generalmente no comemos en casa. A veces hasta entre semana vamos a la calle y él lo paga todo.

(Investigadora) ¿Y así ha sido siempre?

(Amacio) Prácticamente.

(Vera) Sí prácticamente sí. Porque cuando llegue aquí, tal vez era mi error, pero yo no sabía el idioma, él dirigía todo. Y cuando tal vez llegó el momento no quiso ceder y yo no insistí.

(Amacio) Ahora que recibí mi pensión [la] partimos. Parte a que a mí me tocó le corresponde a ella. Ella tiene su cuenta en el banco de ahorros como una pensión. Es decir lo que a mí me dieron.

(Vera) Pero esto como si fuera por si acaso.

Merece más indagación y análisis el hecho que en el primer caso la mujer percibe el arreglo financiero entre ella y su marido como beneficioso para ella y en el segundo no. La clase social y la diferencia en los recursos pueden servir como una explicación viable pero tal vez solo parcial. Dado que ambas mujeres no han manifestado ser inconformes con las prácticas de género binarias en sí, tampoco encuentro una explicación en sus expectativas hacia la división de roles en el matrimonio (ambas enfatizaron con cierto grado de orgullo que sus maridos son hombres “responsables” o “serios”). Una diferencia importante entre ellas es la movilidad social y económica que proporcionó el matrimonio: el nivel de vida de Vera es parecido al de sus conocidos, según sus observaciones, mientras que Albina ha tenido un ascenso mucho más notable. Vera a lo largo de la entrevista habló sobre más actos de entrega a lo familiar, de varios sacrificios que ha hecho y de varias cosas donde ha “cedido”. En cambio, Albina mencionó que “no cuenta” el dinero de su esposo y por lo tanto no se limita en los gastos ni personales ni familiares. Puede ser que la posibilidad de una movilidad social y económica que le proporcionó este matrimonio es suficiente para darle la razón para apreciarlo.

e) Conclusiones

La mayor parte de literatura sobre el empoderamiento de mujer y el cambio en las pautas de género se concentra en la brecha en el salario pero presta poca atención a las prácticas de administración de los recursos materiales, incluyendo dinero, en el hogar. Sin embargo, como podemos observar, es un tema sumamente importante y revelador que puede arrojar luz a la distribución del poder y la percepción del control dentro de la familia. Al mismo tiempo el enfoque en las relaciones íntimas nos permite abordar los cambios tanto en la esfera "doméstica" y espacio “público” vinculados a las formas que puede adoptar la agencia (Bloch, 2017: 138).

Basándonos en los datos de las entrevistas podemos destacar la presencia de tres pautas de prácticas que determinan los flujos de bienes económicos en las familias globales estudiadas y el acceso a ellos:

1. Siendo el marido el proveedor principal, él es quien administra los pagos y tiene mayor control sobre las finanzas. Puede no haber transparencia en cuanto a su ingreso. La esposa puede tener asignado cierto monto regular para la despensa y los gastos domésticos y/o tener el acceso a la tarjeta de crédito de su marido. El hombre tiene poder de decisión final para aumentar o disminuir los montos. Para recibir efectivo la

esposa tiene que pedirlo y potencialmente justificar gastos específicos. La mujer puede no tener su propio ingreso económico proveniente de una fuente exterior o percibir mucho menos que el marido. En caso de tenerlo, puede destinarlo exclusivamente a sus gastos personales. Son las prácticas que han sido más comunes entre la muestra de esta investigación. Una variante de estas pautas es aquella donde la mujer recibe un “salario”, un monto fijo regular para sus gastos personales.

2. El hombre es el proveedor principal pero ambos maridos tienen el control sobre las transacciones económicas. Hay una transparencia de ingreso y de gastos. El dinero y otros recursos materiales son manejados como el bien común, ambos participan en la toma de decisiones y no hay indicaciones que el hombre use el capital económico para claramente dominar en la pareja.

3. Hay una reversión de roles tradicionales, y la mujer es la que percibe mayor ingreso. Hay una transparencia de flujos económicos y ambos participan en la toma de decisiones. Los recursos son manejados como el bien común y no hay indicaciones que la mujer use el capital económico para claramente dominar en la pareja.

Vale la pena destacar que ni en la muestra entrevistada ni en los datos de las discusiones en *Facebook* he encontrado parejas cuyas prácticas podrían apuntar hacia una clara dominación de la mujer en la toma de decisiones y un manejo de su mayor capital económico como una herramienta del control en la pareja. No es el rol de proveedor principal en sí que garantiza mayor poder sino el control de dinero y mayor autonomía en la toma de decisiones. Ese hallazgo concuerda con los hallazgos de Tichenor (2005) en las parejas estadounidenses de hace dos décadas. Una explicación para tal ausencia tiene que ver el hecho de que tenemos como objeto de estudio una población migrante, para quien el acceso a crédito y el ascenso en la carrera y en el ingreso es más tardado y más difícil. Sin embargo, incluso cuando vemos las parejas con la mujer ganando más que un hombre (dentro de la muestra fueron dos) el dinero es administrado como el bien común. Claramente, los imaginarios de género hegemónicos influyen en estas prácticas y moldean la percepción de dinero en la familia para hombres y para mujeres. Los datos muestran que asumir una posición dominante sigue siendo normalizado para el hombre y sancionado para la mujer, culturalmente o socialmente. Al mismo tiempo podemos apreciar una variedad de prácticas, a menudo contestadas y negociadas, dentro la muestra relativamente pequeña. Varias de ellas apuntan a una dinámica de una erosión

del control exclusivamente masculino y un mayor deseo de autonomía por parte de las mujeres.

CAPÍTULO IX. ¿MARCADORES DE DISTINCIÓN?: CAPITAL CULTURAL Y CAPITAL ERÓTICO

a) Introducción

En este capítulo me enfoco en dos capitales, a primera vista muy diferentes, el capital cultural y el capital erótico. Sin embargo, en el caso de mujeres migrantes post-soviéticas, son estos dos capitales los que las distinguen más drásticamente de las mujeres mexicanas, siendo las últimas la elección de pareja más obvia para formar una familia. En la primera parte del capítulo analizo el capital cultural de las mujeres, formado de conocimientos obtenidos a través de educación formal e informal pero también de las prácticas culturales de la sociedad post-soviética. Veamos, que muchas de estas prácticas fueron fomentadas y arraigadas entre muy diversas poblaciones debido a las políticas públicas del Estado soviético sin necesariamente una larga tradición familiar presente, que marca un contraste significativo con las condiciones sociales de la formación del capital cultural estudiadas en las sociedades neoliberales en el Occidente (Bourdieu, 2002).

El caso de capital erótico es distinto. En un contexto sociohistórico poscolonial como el que existe en México ese capital de la “güera” puede ser apreciado desde dos posibles vertientes: a) como un indicador de clase más alta, b) como un rasgo exótico; ambos potencialmente convertibles en un atractivo. Para las mujeres post-soviéticas, la apariencia “europea”, junto con otros rasgos como la belleza, la edad, la vitalidad, la presentación social y la sexualidad puede convertirse en un capital erótico (Hakim, 2014) que es tangible en la misma medida que lo es su capital cultural. En cuanto a propiamente el *hexis* de la sexualidad, en el territorio post-soviético existe una variedad de pautas de prácticas y normas, desde el comportamiento “sin complejos”, que Bloch (2017) observa en las mujeres bailarinas en Turquía a uno restringido por la iglesia ortodoxa en países y regiones con la tradición religiosa cristiana (Mitrojin, 2009; Temkina, 2010). Así mismo en el espacio social que habitan los individuos existen muchos actores que forman discursos acerca de las nuevas normas; más adelante examino en específico el papel de los medios digitales en Rusia y su importancia para la transmisión de las ideas feministas y los nuevos acercamientos hacia la sexualidad y cuerpo.

b) Educación en la URSS: comprensiva, accesible, universal

A lo largo del periodo de la existencia de la URSS la educación de sus ciudadanos era una de las prioridades principales del Estado con el fin de crear “los constructores educados, plenamente desarrollados y activos de la sociedad comunista” (Ross, 1960: 539). La matrícula de educación tanto básica como de nivel medio y superior era muy amplia y se extendía de igual manera a los hombres y las mujeres. La duración de la educación básica era de ocho años, obligatorios para ambos sexos, mientras que los valores colectivos enfatizaban la supremacía de *kulturnost*’ (ser culto) de los individuos, que en parte era construida a través de la oposición dicotómica con el consumismo occidental (Porteous, 2014). A su vez, en la noción de *kulturnost*’ era incrustado el estilo de vida idealizado y las normas de *intelligentsia*, como el modelo al cual uno debería aspirar.

La parte clave de la educación para el “pleno desarrollo” de muchas generaciones soviéticas era el acceso amplio a varias opciones educativas. Podemos estudiar como ejemplo el caso de la educación musical. El sistema de educación musical soviético se basó en la tradición que comenzó antes de la Gran Revolución de Octubre de 1917 (Pisarenko, 2017). Tocar un instrumento era una parte importante de la educación aristocrática, especialmente en la educación de las mujeres, con muchos maestros e intérpretes extranjeros o educados en Europa. En los años previos a la Revolución las clases privadas de educación musical también eran altamente solicitadas entre la creciente clase de la burguesía. En la URSS, los planes de estudio fueron homogenizados asegurando la calidad consistente en todo el territorio de la Unión y los programas fueron financiados por el Estado con el fin de brindar acceso a las masas. En el periodo post-guerra, los soviéticos han desarrollado una red “gigantesca” de escuelas de música de todos los niveles, repartidas por todo el país (Schwartz, 1983 en *ibid*: 8): en 1977 la URSS contaba con más de 6000 escuelas de música infantiles, sin contar escuelas secundarias especializadas e instituciones de educación superior profesional. Esto significa que millones de niñas y niños soviéticos recibieron educación musical sin costo o a bajo costo. Después de la caída de la Unión, ese sistema de escuelas e instituciones ha sufrido grandes cambios y recortes presupuestales pero muchas escuelas se mantienen en pie y la educación artística extracurricular sigue siendo valorada por los padres (Samovik, 2013).

Debido a esta universalización del acceso a educación artística-estética que, aparte de las escuelas de música, incluía escuelas de artes, teatro, bailes regionales, ballet *etc.*, hoy el consumo cultural de obras artísticas y música clásica si bien está más extendido dentro de grandes urbes sigue siendo un marcador común de una buena educación. El hábito de lectura y, conectado con él, el hábito de la escritura son otros ejemplos notables de prácticas culturales extendidas entre las poblaciones en el territorio post-soviético. Las últimas dos prácticas se mantienen activas incluso hoy en día, cuando la forma de consumir información es más y más visual y los medios digitales ganan la competencia con los medios tradicionales (Kuzmina, 2011). *LiveJournal*, una red social de tipo *weblog* que permite a los usuarios mantener un blog o diario en línea basado principalmente en texto, ha logrado mayor popularidad en el territorio post-soviético (para 2011, solo el segmento ruso contaba 5 millones de usuarios registrados activos). Originalmente desarrollado en California, en 2007 *LiveJournal* fue vendido a la compañía de medios en Rusia⁵⁰.

c) Capital cultural en la era de Tinder

Como podemos apreciar de lo anterior, el capital cultural de la población post-soviética fue el producto de políticas estatales sucesivas y, aunque a partir de los 1990 se observa una ruptura en su continuidad, todavía podemos ver su legado reflejado no solamente en el capital institucional como diplomas y títulos profesionales sino también en las prácticas comunes. No es de sorprender, entonces, que las mujeres post-soviéticas entrevistadas, en general, se destacaban por su alto nivel educativo (véase cap. VI), dominio de varios idiomas, hábito de lectura y, en algunos casos, formación estética-artística y el consumo cultural asociado con ella. Por ejemplo, una de las informantes destacó específicamente que le importaba el nivel cultural de su futuro esposo, y no solo su clase social:

Tal vez el hombre puede tener mucho dinero pero, sabes, cuando es “aquí está, ten tu pedazo de carne y tu botella de vino” [no lo quiero]. [Necesito] un caballero, a mí me gustan las exposiciones, el teatro.

Los capitales culturales de cada miembro de la relación al mismo tiempo la posibilitan y se manifiestan en ella. El dominio del inglés puede facilitar el encuentro de dos

⁵⁰ <https://www.livejournal.com/about/>
[Accedido el 20 de julio 2020]

personas de países distintos y, más adelante, permitirles entenderse en su vida juntos. Por ejemplo, en las entrevistas con una pareja podemos rastrear las referencias al consumo de literatura aunque de manera inesperada y tal vez poco convencional. Cuando Galina, “se dio cuenta de que quería casarse”, desarrolló una estrategia bastante comprensiva de búsqueda de pareja: asistió a un taller organizado para las mujeres interesadas en casarse con extranjeros y buscó libros dedicados a ese tema:

[Galina] Y resulta que leí un libro [], y el [autor] también estaba buscando a una mujer en un sitio de citas. Entonces, encontró doscientos, de estos doscientos cien lo acercaron, y al final con treinta logró tener una cita, y resultó que de esas quedó una. Y este proceso tomó cuatro años. Yo pensaba, no puede ser, cuatro años, pero también pasé cuatro años [buscando pareja] de la misma manera. [] En Tinder tienes que estar siempre en línea, allí no puedes dejar un perfil y eso es todo. Tomé del libro que si estás buscando un hombre, es como un trabajo. Necesitas dedicar tiempo a esto, dediqué casi dos horas al día conectada allí...

[Investigadora] ¿Dos horas al día?

[Galina] Si (risas). Tenía un horario. [...] Y luego comenzamos a escribirnos [con su pretendiente mexicano] y nos encontramos en Skype, y él ofreció un libro "Mil preguntas para una pareja", dado que estábamos lejos el uno del otro para ver si éramos compatibles. Y las preguntas fueron muy interesantes. Hubo algunas superficiales como "¿Qué harás si tu perro muere?", y otras profundas: "¿Cuántos hijos quieres?", "¿Cómo planeas tu presupuesto?". Preguntas, ya sabes, que no le preguntarás a un chico en una cita. [...] Y entonces leí este libro y le envié 10 preguntas. Y para él fue como ¡wow!, porque generalmente las chicas enviaban una pregunta y con eso era todo. Y aquí [...] él pensó, “Eso es todo, tengo que responder”. Y cuando llegamos a 600 preguntas, dijo, “Ahora sí, tengo que ir a verte [a Rusia]”.

Las nuevas tecnologías han facilitado la exhibición de capitales llevando al otro nivel la idea de que el encuentro romántico debe ser resultado de la mejor elección posible. Si “el encuentro virtual se organiza literalmente en la estructura del mercado” (Illouz, 2012: 171), todos los capitales identificables son sumados para determinar el “valor” del individuo como una pareja potencial. La digitalización de sociedades abre la puerta a una competencia global. En cuanto al uso de Internet y medios digitales, todos los

países post-soviéticos europeos menos Ucrania han logrado una cobertura de más de 70% de la población general para el año 2018 (Hootsuite y We Are Social, 2019). Entre la población joven (16-29 años) la cobertura es casi universal, alcanzando 99 por ciento en Rusia, por ejemplo. Según los datos del año 2018, 73 millones de los rusos accedían al Internet desde sus celulares.

Sin embargo, las aplicaciones como *Tinder* solo posibilitan la conexión para el encuentro potencial, para que este se dé entre las personas de dos países distantes se necesita también de otros recursos y condiciones facilitadoras: la salud y la movilidad para viajar, el régimen migratorio con cierta facilidad de entrada y salida de fronteras y, sobre todo, el viejo capital económico. Esto se refleja en el fragmento de la entrevista con el esposo de Galina:

En la universidad había convivido con unas muchachas extranjeras, y eran muy bonitas. Entonces, en la universidad dije: “Tal vez un día me casaré con una chica extranjera”. Luego tuve la oportunidad de ir dos meses a Europa y, sí, me gustaban las chicas extranjeras pero también es caro ir a Europa. Entonces, pensé: “Uy, quien sabe cuándo voy a poder regresar”. Estuve medio enamorado de una muchacha alemana pero fue cuando tenía 23 años, entonces, nunca tuve dinero para ir. [...] Pero ya cuando conocí Galina, ya trabajé más, ya tenía dinero.

Sin duda, otro punto relevante aquí es el imaginario del extranjero o de la extranjera como alguien deseable. Más tarde discutiré en torno de la construcción del deseo; lo que quisiera destacar mientras es la contribución a este imaginario por parte de discursos mediáticos en algunos países post-soviéticos europeos como Rusia, Ucrania y Moldavia que constantemente resaltan la existencia de un “déficit de hombres”. Basándose en las entrevistas con mujeres jóvenes urbanas rusas, Porteous (2014) ha notado que es un tema de discusión recurrente; aun cuando los datos demográficos no muestran una brecha grande entre sexos, tal vez es un legado de las generaciones post-guerra (véase el capítulo III) cuyas percepciones han perdurado hasta hoy en día y siguen siendo transmitidas por los medios masivos y discursos populares.

c) La sexualidad después de la URSS: de “todo prohibido” a “todo permitido”

Como lo he expuesto previamente, en las últimas décadas el territorio post-soviético ha visto cambios radicales en los ideales de masculinidad y feminidad dentro del orden de género hegemónico, y estos cambios también han afectado las normas de expresión de sexualidad y erotismo (Kon, 2005; Temkina, 2009). El discurso oficial del partido Comunista definió a las mujeres sobre todo en función de sus contribuciones al Estado como ciudadanas, trabajadoras y madres; las películas, los discos musicales y los libros occidentales (o más bien, sus copias piratas) que llegaron como avalancha al mercado soviético a fines de los 80 y principios de los 90 contribuyeron a la formación de un discurso alternativo al estatal⁵¹ donde la expresión más abierta de deseos y de la importancia de lo sexual fue vista como liberadora.

La “revolución sexual” que sucedió en el contexto post-soviético fue muy diferente del proceso similar en el Occidente (Temkina, 2009). Si la revolución sexual occidental de los años 1960-1970 se asociaba con los cambios institucionales (principalmente con el desarrollo del mercado de anticonceptivos) y políticos (los movimientos feministas y otros movimientos por los derechos humanos y civiles), en la URSS, los cambios en la vida cotidiana fueron más adelantados que el debate público y las transformaciones de las instituciones políticas. La veloz liberalización lanzó, desde el punto de vista de muchos intelectuales, los procesos de vulgarización y mercantilización de la cultura sexual (Kon, 2005: 338). En cuanto a la última, prácticamente de un día para el otro, la URSS se transformó de una sociedad donde “era prohibido todo, incluso lo que era permitido” a una “donde era permitido todo, incluso lo que era prohibido” (*ibid*: 328). Como apunta la feminista checa Šmejkalová-Strickland (1994: 280), “las revistas pornográficas que aparecieron en los quioscos callejeros en los años 80, lejos de simbolizar la objetivación y devaluación de las mujeres, fueron vistas como una de las manifestaciones de la llegada de la “cultura democrática liberal”.

A partir del inicio del *glasnost*’ (la reforma de Gorbachov que promovió la transparencia y la publicación de la información antes cerrada a los medios de

⁵¹ Esto no quiere decir que en la URSS no se conocían otros imaginarios de género. Bloch (2017:11) destaca que las fuerzas históricas que dieron forma a los ideales de glamour, romance y sexualidad en la región fueron mucho más diversas que pensadas dentro de la dicotomía Estado/Occidente. Prácticas locales incorporaban otras influencias globales, por ejemplo, las películas producidas en India fueron muy populares en los años 1950-80, debido a la política de amistad entre la URSS y este país. Las películas transmitidas en televisión y presentadas en teatros y centros comunitarios en ciudades y pueblos desde Moscú hasta Siberia formaron parte del imaginario común de varias generaciones.

comunicación masivos), la imagen de la trabajadora sexual se volvió común y popular. La película *Interdevochka* a principios de la *perestroika* mostraba la historia de una *valyutnaya prostitutka* (una trabajadora sexual que atendía a los extranjeros y recibía su pago en dólares), guapa y encantadora, que al final realiza el sueño de muchos ciudadanos soviéticos de irse al Occidente.

Empezó a ganar terreno un nuevo tipo de sexualidad. En el estudio de Bloch (2017) de mujeres migrantes moldavas y otras post-soviéticas en Turquía, algunas mujeres hablaron de aquella sexualidad como una “sin complejos”[“*bez kompleksov*”], o sin las restricciones impuestas por la sociedad. Si para los ciudadanos soviéticos invertir tiempo y recursos materiales en vestimenta, maquillaje o accesorios era considerado algo “burgués”, superficial y hasta inmoral (Lebina, 2015), el nuevo mercado neoliberal incita el consumo de estas mercancías, pronunciadamente jerarquizadas por su origen y marca, y no practicidad y perdurabilidad, como antes. Después de muchas décadas de escases de productos básicos, vestirse bien, verse bien, reconocerse y portarse como un objeto potencial del deseo comenzó ser socialmente aceptable y aplaudido. Especialmente para las mujeres, el consumo conspicuo, autovigilancia y disciplina del cuerpo se han convertido en un marcador del valor personal simbólico (Porteuos, 2014: 258), mientras que los medios como revistas y programas de televisión asumen que todas tienen el acceso a oportunidades de “mejorar” su apariencia, estilo y atractivo sexual.

Los contratos de género normativos de “madre trabajadora” y “protector de la Patria” promovidos por el Estado durante todo el periodo de la Guerra Fría, pasaron por fracturas y reconfiguraciones. Junto a ellos cobraron legitimidad los contratos de “mujer profesionalista dedicada a la carrera”, “ama de casa”, así como “mujer mantenida” y “hombre de negocios” (Rotkirch y Temkina, 2007), aunque el discurso idealizado de una familia nuclear “tradicional” de roles binarios ha sido central para Putin y su partido político. Al mismo tiempo, tras la transición al modelo neoliberal de la economía, la sociedad post-soviética se ha estratificado dividiéndose en clases sociales distintas con estilos de vida que difieren uno del otro tanto por sus valores, como por sus oportunidades financieras. Inevitablemente, estos cambios han producido tensiones; las personas conservadoras y de generaciones más viejas ven con desprecio a las mujeres “mantenidas” que abiertamente transmiten los valores del estilo de vida consumista, a veces la sexualidad y feminidad exageradas, y cultivan la atención a la imagen corporal.

En cambio, las jóvenes pueden ver ese contrato como deseable dadas las realidades del mercado capitalista, las brechas que se han abierto entre las clases sociales y la representación frecuente de este contrato en la cultura popular y su glamoralización; por ejemplo, las revistas femeninas en Rusia publican con frecuencia narrativas sobre las vidas de celebridades donde la mujer está “libre” de ser solo esposa y madre y dedicar “tiempo de calidad” a sí misma (Porteous, 2014).

c) Feminismo y sexualidad en Rusia: discursos estatales y discursos alternativos

En Rusia, el cambio al sistema neoliberal significó la erosión del discurso estatal monolítico, y el Estado perdió el monopolio en su formación. A partir de los 1990s, los rusos se enfrentaron con un abanico de discursos alternativos transmitidos por los programas de televisión, a menudo en nuevos canales privados, así como un sinnúmero de revistas, columnas de psicólogos y libros de autoayuda, cuyos productores y autores repensaban las normas establecidas. Hoy en día, las plataformas digitales, quedando fuera del dominio directo del Estado o de la religión, han tomado el papel principal en dar lugar a puntos de vista más diversos y presentar la información que no se transmite por las noticias oficiales. Tales canales como redes sociales y grupos en *Telegram* han surgido como una fuerza potente generadora de nuevos discursos, aunque el gobierno de Putin ha hecho algunos intentos de restringir sus usos como, por ejemplo, bloquear aplicaciones de mensajes instantáneos porque sus dueños negaron proporcionar claves de cifrado, o establecer la responsabilidad penal por publicaciones en línea que “promueven sexualidad no tradicional” como homosexualidad y pedofilia, dado que desde el punto de vista de los funcionarios estatales conservadores los dos significan lo mismo (Persson, 2015).

Podemos ver la potencia de medios digitales para un discurso en específico, el feminismo. A grandes rasgos, el feminismo como el movimiento político e ideológico no ha conseguido apoyo al nivel de gobierno. Como observaba Voronina (2009), en Rusia de la década de 1990s y 2000s, los medios masivos en su mayoría expresaban la idea que el feminismo, como fenómeno occidental, no sólo conducía a una guerra con los hombres, sino también representaba una amenaza para los valores nacionales rusos y la continuidad del orden de género establecido. Incluso las diputadas de la Duma del Estado (el órgano legislativo principal) hablaban de un “destino femenino” abstracto,

marcando de esta manera los límites que la mujer puede ocupar dentro del espacio público.

De igual forma como ha sucedido con el feminismo, después del silencio relativo o el mantenimiento de una posición muy rígida acerca del sexo y la sexualidad el Estado ha perdido la supremacía en la formación de opiniones y el flujo de información a favor de los medios digitales. En 1991, un proyecto legislativo intentó introducir la educación sexual en Rusia y aproximadamente el 60% de la población apoyó la introducción de clases a la currícula (Karam, 2012). Sin embargo, al igual que en la historia de la educación sexual en los Estados Unidos en los años 1980, hubo muchos opositores a las reformas, lo que finalmente llevó a una fuerte desaceleración del programa y su posterior congelamiento. Más recientemente, los legisladores volvieron a la idea de un programa de educación sexual en 2014, cuando la Duma estatal aprobó la Convención sobre los Derechos del Niño, que prevé la introducción de tal educación en las escuelas. Sin embargo, este programa no se ha introducido por, como lo explicó Pavel Astakhov, el entonces el Ombudsman de los Derechos del Niño, “nunca habrá cursos de educación sexual en Rusia ya que esto contradice sus normas de moralidad, ética y tradiciones”⁵².

En ausencia de un programa coordinado de educación sobre el sexo y la sexualidad, en las plataformas digitales han proliferado artículos periodísticos así como blogs y cuentas enfocados en la presentación de información tanto científica y objetiva como del corte más personal y provocador. Por ejemplo, en la cuenta de Instagram de la periodista María Arzamasova @masha_davay sus casi 700 mil seguidores pueden acceder publicaciones sobre temas tan distintos como nueva etiqueta sexual para las citas en el *Tinder*, discusiones sobre el doble estándar de género y reseñas y descuentos para los sex toys y copas menstruales. Además, en la última década algunas mujeres jóvenes empezaron a “apropiarse” de la identidad feminista y hacer intentos para cambiar la imagen negativa del feminismo. La década de 2010 fue marcada por el lanzamiento de medios, generalmente digitales, que brindan perspectivas alternativas, muchas veces altamente globalizadas, entrando en un diálogo con discursos y movimientos afuera de Rusia. Por ejemplo, *wonderzine.com* (2013-presente) que se enfoca en las mujeres “activas y con mente abierta” quienes “no tienen miedo de empezar de cero y triunfar

⁵² Persianinov, Roman (3 de febrero 2017). “Ни слова про «это»: как в России отвергают идею полового просвещения” [“Ni una palabra sobre “esta cosa”: como en Rusia resisten a la idea de la educación sexual”], TJournal. Disponible en: <https://tjournal.ru/flood/40569-ni-slova-pro-eto-kak-v-rossii-otvergayut-ideyu-polovogo-prosveshcheniya>

donde solían dominar los hombres”. La revista digital abarca tanto los temas tradicionalmente femeninos como cuidados personales y relaciones, como las noticias y discusiones sobre política, negocios y feminismo, entre muchos. Otro ejemplo es la bloguera de *Instagram* Sasha Mitroshina quien dedica su cuenta *@alexandramitroshina* (con 2.8 millones de seguidores) al emprendimiento y el *online*-activismo político además de escribir resúmenes de obras famosas de feministas norteamericanas y europeas. En otra cuenta, *@youngmasha*, María Tunkara, una bloguera mulata nacida en Rusia, toca temas en la intersección de discriminación, racismo y género. Algunas cuentas son administradas por las mujeres que residen fuera de Rusia: *@thevelvetdust*, un blog dedicado al discurso *body positive*, está en las manos de una bloguera quien radica en Berlín, mientras que *@life_radio*, creada por una pareja lesbiana quien emigró de Rusia a Alemania, habla de migración y relaciones y maternidad en los matrimonios del mismo sexo.

Esta mayor libertad de expresión sexual indica la existencia de una ruptura generacional. Ya entre las mujeres migrantes en Estambul con las cuales ha interactuado Bloch (2017: 142-143), las generaciones de mujeres jóvenes migrantes que alcanzaron la mayoría de edad a finales de la década de 1990 y principios de la de 2000 eran mucho más propensas en expresar un sentido de la sexualidad como algo que una tiene que abrazar y como un aspecto integral de lo que las convierte en sujetos modernos. Para los medios de comunicación turcos, destaca Bloch (ibid: 10), las mujeres post-soviéticas migrantes se convirtieron en el foco de discusiones políticas sobre los códigos de género apropiados para definir modestia y expresión de la sexualidad femenina. Su capacidad misma de cruzar fronteras transnacionales les destaca como transgresoras, destaca Bloch, al mismo tiempo contribuyendo a que su capital simbólico encarne las formas de intimidad "modernas".

d) “Raza blanca”, estructuras de prestigio y capital erótico en México

Enfocándonos en la discusión del capital erótico de las mujeres post-soviéticas, hay que recordar que este concepto encierra varios elementos, unos que tienen que ver con las estrategias de la presentación de sí mismo, incluyendo lo que Goffman (2017) llamó *gender display*, y otras con características más bien físicas de la persona que se ajustan a los estándares de belleza y atracción presentes en la sociedad determinada, incluyendo el color de piel (Frisby, 2006). Entre estas últimas características se encuentra también

el *look* europeo de la mayoría de las mujeres. Particularmente en México, dado su historia postcolonial, este puede ser un factor en determinar el capital erótico de un individuo.

Toda apariencia poco común alimenta un sueño de “un terreno nuevo desconocido” (Bhattacharyya, 2002: 102) encerrado en la noción de lo “exótico”. Es interesante la propuesta de Bhattacharyya (*op. cit*) que “un encuentro sexualizado debe incluir este roce con *otherness*, un coqueteo con los límites del yo y una apuesta por la capacidad de resistir la desintegración mediante la entrega al otro”. En una figura extranjera el elemento de *otherness* es inminente, y el conocimiento internalizado del contexto histórico en el cual Europa llegó a dominar el mundo alimenta el aura particular de la posibilidad de jugar con disparidades del poder si se realiza el deseo erótico por la “posesión” de un cuerpo europeo.

Los sistemas que determinan las jerarquías raciales son proyectos simultáneamente internacionales y nacionales (Mullings, 2005). En el contexto de la creación de naciones modernas, el racismo facilitó la construcción social de la homogeneidad a través de la exclusión, y al mismo tiempo fue empleado para consolidar las élites, neutralizando las jerarquías de clase y legitimando la desigualdad. Los rasgos raciales visibles determinaron las diferencias entre grupos, obedeciendo a una simple matriz de colores convencionales, reduciendo toda la diversidad de la humanidad a categorías limitadas: "blanco", "negro", "amarillo", "rojo" etc⁵³.

A fines del siglo XIX, el racismo ya institucionalizado en los imperios occidentales dio un nuevo giro con las teorías de la biología humana que “justificaban” la superioridad de la raza blanca. Allí estos discursos eran usados como una base para la segregación y

⁵³ Desde esta perspectiva, el caso del imperio Ruso es bastante distinto. Como argumenta el historiador ruso Alexander Etkind (2013), en una sociedad de colonización interna, donde el Estado y su élite anexaron, asimilaron o destruyeron sus "otros", o las poblaciones étnicamente diferentes externas e internas, casi todos tenían el mismo color de la piel. El lugar de las razas lo ocuparon los estamentos, una categoría legal y heredaría, similar en funciones a la raza y la casta, pero diferente de ellos por su origen. Durante la mayor parte de la modernidad la población más oprimida era la población étnicamente rusa (sobre todo los campesinos que antes de la abolición del servidumbre en 1861 eran atados a las tierras de su amo) mientras que buena parte de las élites consistía de extranjeros o personas cuyas familias venían de Alemania, Francia o partes periféricas del imperio, como Georgia o países Bálticos.

la discriminación de minorías étnicas, en cambio, en los países de América Latina que tenían grandes cantidades de mestizos, indígenas y negros se hicieron populares las teorías eugenésicas de rasgos hereditarias que podían “mejorar la raza” (Wade, 2000: 42-45). Esa visión se sustentaba en la idea que la sangre “blanca” era más fuerte y dominaría en la mezcla y matrimonios interraciales estaban ampliamente propagados en la región. Se esperaba que el mestizaje produzca la creación de una sociedad cercana al extremo más blanco del espectro.

Actualmente, esta creencia cultural sigue siendo estrechamente conectada con las estructuras del prestigio específicas para el *habitus* de clase media y media alta mexicanas o, en su caso, para la movilidad social de clase. Las estructuras de prestigio, o “los conjuntos de posiciones o niveles de prestigio que resultan de la aplicación de una línea particular de valoración social, de los mecanismos por medio de los cuales los individuos y grupos alcanzan determinados niveles o posiciones, y de las condiciones generales de reproducción del sistema de estatus” (Ortner y Whitehead en Lamas, 1996: 151-170), dictan que la apariencia más “blanca” puede ser un signo de un estatus social más alto o, tal vez, posibilitar ascenso social, como lo presenta a menudo la publicidad mediática, buscando mostrar específicamente perfiles de “latinos internacionales” (Tipa, 2020). Podemos rastrear el discurso que refleja la existencia de tal creencia en ese fragmento de la entrevista con una informante:

Empecé a salir con un mexicano y [una amiga] empezó a salir con su hermano. Quedó embarazada, se casaron, y en la boda, cuando estábamos festejando, él comienza a ligar otras mujeres. Le digo, Omar, no jodas, ¿estás ligando otras mujeres en tu propia boda? Tienes una esposa. [Y me responde], ¿y qué? No lo entendí. Y luego su madre me dijo, que no nos entiendes, subimos el nivel. Yo digo, ¿qué nivel? Así como han estado en su casa siguen estado en la misma casa. No, dice ella, [mi hijo] se casó con una mujer blanca y elevó su estatus.

En cuanto al orden de género hegemónico en México y las normas y los discursos acerca de sexualidad, intimidad y poder asociados con él, con frecuencia se reconoce que los modelos culturales patriarcales y la moralidad católica eran aquellos que jugaban el papel central en su determinación, por lo menos hasta finales de los años 1980 (Nehring, 2012; Hirsch, 2003). Sus rasgos principales eran la legitimidad exclusiva del contrato sexual y los vínculos íntimos dentro de un matrimonio

heterosexual sancionado religiosamente así como la exaltación de la virginidad femenina premarital y de la maternidad y el control masculino sobre el cuerpo de la mujer. Actualmente, tal orden ha sido debilitado aunque los cambios que se observan son fragmentados; Ariza y De Oliveira (2001) señalan variaciones de acuerdo con clase, nivel educativo y demás factores de estratificación social, mientras que otros estudios apuntan a la existencia a importantes divergencias regionales y a la emergencia de patrones más plurales en grandes urbes (Perez Nila, 2016; Tenorio Tovar, 2012).

De modo parecido a los procesos que podemos observar en el territorio post-soviético, los discursos acerca de sexualidad en México actual están moldeados cada vez más por ciencia (incluyendo psicoanálisis, psicología y sexología), movimientos políticos, en particular el feminismo, y procesos económicos y demográficos (Rojas, 2014: 100-101). La educación masiva, los cambios en el marco legal acerca de los derechos de las mujeres y la secularización de la sociedad mexicana han contribuido al debilitamiento de los principios religiosos que guiaban las prácticas íntimas y las pautas que divergían de tales pero eran ampliamente toleradas como, por ejemplo, el doble estándar en cuanto a la actividad sexual fuera del matrimonio. Esto está transformando las expectativas de la fidelidad en el matrimonio, dado que las mujeres esperan un trato recíproco y mayor grado de satisfacción en la esfera sexual con su pareja. La infidelidad masculina así como las estrategias de controlar la sexualidad femenina a través de restricción, procreación y límites en la movilidad de la mujer, están cada vez más contestadas por las generaciones jóvenes (Gutmann, 2007). Sin embargo, como se puede apreciar del fragmento expuesto anteriormente, las prácticas sexuales reales y su valoración diferenciada siguen siendo presentes y siguen siendo un importante signo de la existencia de normas distintas para géneros.

e) Provocación de celos en las relaciones íntimas

Aún con el desequilibrio anteriormente mencionado en pie, un margen más amplio de libertad en la esfera sexual que hoy en día puede reclamar la mujer le ofrece ciertos mecanismos de influencia en la pareja que probablemente antes no estaban al alcance del sexo femenino, sobre todo por las exigencias de las normas del orden moral y las sanciones relacionadas con la trasgresión de las normas (Lamsal, 2012). Por lo tanto, si el capital erótico está autopercibido como un recurso valioso y, al mismo tiempo, ese capital se encuentra apreciado en su contexto social, la mujer está en posición potencial

de emplear su capital con el fin de fortalecer su posición del poder en la relación. En este apartado examino una manera de hacerlo, que tiene que ver con las acciones deliberadas para “provocar celos” en la pareja sentimental. Las referencias a esta táctica han aparecido muy explícitamente en dos entrevistas, ambas informantes haciendo alusiones primero a los periodos de crisis en la relación y el sentimiento de no ser suficientemente tomadas en cuenta y luego el empleo de la táctica para ser “notadas”.

Tras mencionar los problemas del índole económico, psicológico y de comunicación que han enfrentado su matrimonio dentro su periodo inicial, la informante explica que ella encontró como salida explotar el poder de atracción que ella tenía con el otro hombre y, en efecto, comenzó una relación extramarital:

No sé, tal vez, he sido mimada por la atención de los hombres. Y todo eso ha afectado mi manera de ser. Pero yo nunca lo he escondido. Y tú me prometiste dar, pero resulta que estoy en la cuenta negativa [hablando de su esposo]. Me sentí como un mueble. Si quiero, te pongo acá, no me gusta, pues vete por allá. [...] Y, entonces, tuve a otro hombre. De ninguna manera lo iba a ocultar en el matrimonio que tengo. Me iba cuando me daba la gana. [...] Le decía [al marido]: “¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy yo? ¿Dónde estamos? ¿Dónde está nuestra relación?” [...] Él no quería cambiar nada y ni siquiera lo pensaba [hacer]. [...] [Después de encontrar un amante] me relajé con los reclamos a mi esposo porque [con el amante] todo era bastante bueno. Llegaba a dormir a la casa, lo único que dejé de hacer es pasarla sola en casa. Comencé a salir, comencé a ir a restaurantes, teatros. El hombre era muy móvil, no estaba casado. [...] Sabes, estuve con él durante mucho tiempo, porque el esposo no lo notaba al principio. No lo notaba. Y todo estaba sin complicaciones. Yo no tenía prisa, me sentía cómoda, estaba aquí y allá. Comencé llevar ramos de flores a casa, regalos, bolsas de las tiendas. Me iba sin avisar. [El marido] comenzó a venir antes. Llegaba a las 10, a las 10.30, y antes solía llegar a las 12. Es decir, comenzó a correr a casa. Pero no estoy, no estoy, no estoy. Llego a las 12, y también me voy a la cama. Y entonces comenzaron a surgir preguntas: “¿Dónde estás? ¿Qué está pasando?”. Y yo a él: “¿Qué cosa? Me encontré una actividad. ¿Pensaste que me traerías de Rusia, cerrarías la casa y me quedaré acá como una silla? Bueno, entonces probablemente deberías haberte casado con una rusa más sencilla, ya sabes, quien te dice: “Oh, muchas gracias, me dio Usted de

comer hoy". Yo lo tenía todo bien. Yo me proveía para mí y además tuve mis pretendientes".

Podemos encontrar varios elementos de interés en este fragmento. Primero, se destaca el valor que la informante asigna al hecho que ella puede llamar atención de los hombres que a su vez, en sus palabras, ha influido su "manera de ser". Por lo que más tarde ella habla metafóricamente de sentirse como "un mueble" dentro de la relación y de no ser una mujer "sencilla", podemos asumir que esta "manera de ser" incluye una inconformidad con la distribución desigual de recursos y de autoridad en la cual se encontró. Segundo punto importante es que ella subraya con claridad que "de ninguna manera" tenía intenciones de ocultar su infidelidad, más bien su fin es gestar un conflicto abierto y un desafío evidente.

Los primeros tres o cuatro años todo estuvo bien con nosotros, tuvimos relaciones sexuales, todo estuvo bien, y luego se empezó a perder [] Pensaba que tal vez es porque vivimos con mi suegra, siempre hay alguien viniendo el sábado, el domingo. Quizás hay otras cosas. De acuerdo, nos vamos [a vivir solos]. Compramos un apartamento y siguió igual. Hasta que un día, en lugar de tener discusiones, comencé a regresar a casa con flores, regresaba tarde, es decir, lo hice sentir celoso. Ya no sabía cómo actuar. Y de los celos funcionó. Inmediatamente recordó que tiene una joven esposa. Es decir, ahora nosotros [...] estamos arreglando nuestra relación.

En *The Transformation of Intimacy* (1992), Giddens ofrece una reevaluación de la naturaleza del compromiso matrimonial en la pareja contemporánea. Según Giddens, el amor moderno permite que la exclusividad sexual sea el objeto de una negociación entre los dos, su importancia definida según los acuerdos de la pareja. Al mismo tiempo, un movimiento hacia ese ideal no necesariamente implica que la infidelidad sea más aceptable de lo que fue antes. De hecho, se puede argumentar que la monogamia (aunque serial en lugar de por toda la vida) sigue siendo un marcador muy destacado de compromiso y estabilidad en las relaciones (Allan y Harrison, 2002). En los testimonios podemos observar que el rompimiento de exclusividad sexual o la amenaza de hacerlo más que ser prácticas liberatorias son usados como un mecanismo de manipulación en la relación conyugal, ligado posiblemente a la consciencia de la valoración más alta del

atractivo erótico hoy en día. Curiosamente, en la entrevista con Vera, quien, nacida en los 1940s, pertenece a otra generación, no hay ni siquiera una sola referencia a apreciación social de su belleza o atractivo ni en su juventud ni más tarde.

f) Conclusiones

Tanto el capital cultural como el capital erótico de mujeres post-soviéticas al parecer juegan un papel muy importante en la etapa de formación de la relación afectiva, sin embargo, podemos ver claramente que, con la relación ya formalizada, la legitimidad del uso de capital erótico para mejorar la posición del poder es muy distinta del uso de capital cultural. Si bien existen dificultades de conversión del capital cultural en un contexto nacional y lingüístico distinto, por su apreciación dentro del orden moral y de género, el uso de este capital está normalizado y hasta incitado. Se convierte abiertamente en el capital social y económico, y en muchas ocasiones servirá como respaldo para la movilidad social, como un diploma de universidad puede ser usado para justificar el mejor salario o el conocimiento de la cultura alta para entrar a ciertos círculos de élite.

¿Existe la cara oscura del capital cultural? Si la acumulación de recursos sirve como mecanismo de distinción y retención de privilegios, no podemos negar que el uso de capital cultural es del todo inocente. En una entrevista, la mujer habló de la familia de su ex mexicano como de la que vivía “en el piso de adobe” y de su falta de educación en comparación con ella (la entrevistada tenía una maestría mientras que él una licenciatura trunca). En los grupos de Facebook las quejas sobre la falta de hábito de lectura en México son también bastante comunes. En el primer ejemplo mencionado la referencia a la inferioridad del origen social estaba usada estratégicamente para justificar los conflictos dentro de la relación íntima y, al mismo tiempo, marcar la superioridad de un *habitus* sobre el otro, un estilo de vida sobre el otro. En el extremo de esta demarcación está el esnobismo cultural y la exclusión de ciertos grupos sociales de la asignación de recursos y de la creación de discursos hegemónicos (Bourdieu, 2002).

En cuanto al capital erótico, es innegable que muchas mujeres post-soviéticas en México se encuentran en una posición de posibilidad de atracción de hombres, incluyendo hombres de clase media y clase media alta o aquellos hombres interesados en ganar entrada a estas clases. En parte, esto se debe a sus rasgos físicos en el contexto postcolonial, por lo que la raza “impuesta simultáneamente desde arriba y

experimentada desde abajo” (Mullings, 2005: 682) es un marcador de distinción tanto dentro del imaginario de clase y ascenso social como en la construcción del deseo sexual por lo “exótico”. Por otro lado, su *hexis* sexual, en muchos casos, puede ser asociado con las ideas de “modernidad”, “movilidad” y “libertad” (Bloch, 2017). En el espacio post-soviético (ejemplificado con el caso de Rusia contemporánea) y en México, podemos dar cuenta que las instituciones como el Estado y la iglesia, asociadas con la continuidad del orden establecido moral y de género, enfrentan la pérdida de supremacía en la formación de discursos acerca de la sexualidad y las normas de género. La ciencia, la economía, los contactos globales y los movimientos políticos ofrecen discursos alternativos y contribuyen a la pluralización de prácticas, a menudo contradictorias. La pluralización de discursos se refleja en los testimonios de las mujeres migrantes post-soviéticas; es evidente en el relajamiento de normas asociadas con el uso de capital erótico fuera de la relación conyugal aunque, al mismo tiempo, se mantiene el énfasis cultural en la importancia simbólica de la exclusividad sexual, por ejemplo. Para dos-tres generaciones mexicanas atrás esto hubiera sido más problemático, particularmente si la iniciativa de la relación extramarital hubiera estado en las manos de una mujer; el estigma social asociado con el rompimiento de lo sagrado que era visto el vínculo matrimonial y la violación de las normas de género hubiera probablemente socavado las ventajas potenciales de atraer otros hombres.

CAPÍTULO X. CAPITAL, AFECTO Y GÉNERO: MANEJO Y PRESENTACIÓN DE EMOCIONES EN PAREJA

a) Introducción

El hogar y la familia son los campos donde sus miembros sienten y expresan sus emociones y afectos y lo hacen de manera distinta que otros ámbitos menos íntimos (Lively y Powell, 2006). Este es un hecho social que también se ve replicado en las familias globales. A diferencia de las parejas más convencionales, en la pareja donde los dos vienen de diferentes contextos socioculturales el manejo de realidades afectivas de cada uno puede presentar retos muy particulares. ¿Podemos detectar afectos y emociones que se manifiestan más o de manera diferente en el portador de una cultura que en otra? ¿Podemos notar si estas diferencias dejan huellas en la interacción interpersonal y en otra persona? ¿Podemos detectar cómo interfiere allí el género y qué nos puede decir?

Zelizer (2007: 15-16) distingue las relaciones íntimas de todas las demás por la presencia de conocimiento y atención particulares que por lo menos una persona puede proporcionar a otra y que no está disponible para los terceros. El conocimiento compartido incluye elementos como secretos, rituales, información corporal, entre otras cosas, y la atención se traduce en actos como lenguajes privados, apoyo emocional y cariño. Al mismo tiempo, estas relaciones están caracterizadas por un grado elevado de confianza y revelación de vulnerabilidad. La confianza en el otro permite tejer y expandir la relación, según Simmel, es “una de las fuerzas sintéticas más importantes dentro de la sociedad” (Simmel, 1964 en Barbalet, 1998: 318). Como “la hipótesis en cuanto a la conducta futura”, la confianza sirve como “una base para la conducta práctica”.

En cuanto a la distinción entre géneros en el sentir y expresar afectos, dos teorías han sido más citadas: la teoría normativa de Hochschild (2012) y la propuesta de Kemper (1978) que se basa en diferencias estructurales. La primera determina que las personas juzgan sus emociones y las emociones de los demás según las reglas normativas y ajustan lo que sienten y lo que expresan para crear una reacción y respuesta apropiadas. Dado que sentir es una forma de pre-acción, una postura moral hacia los sentimientos es una de las herramientas más poderosas de la cultura para dirigir acción. Según la teoría de Hochschild, existen reglas sentimentales y pautas sociales que dirigen tanto la

expresión como el propio sentir de afectos y emociones. Por ejemplo, si el enojo es una emoción socialmente desaprobada para las mujeres, ellas van a limitar su expresión, y *viceversa*. Para lograr ser fiel a las reglas la persona tiene que hacer el trabajo emocional que consiste en ajuste a lo socialmente aprobado y en la supresión de lo sancionado.

A su vez la teoría de Kemper argumenta que las personas en el nivel inferior de jerarquía social (por lo general, las mujeres) experimentan más emociones negativas que las personas en el nivel superior (los hombres). Alejándose de las creencias culturales sobre el género y las emociones, en esencia Kemper basa su hipótesis en los desequilibrios en la distribución de poder y control. Podemos pensar en varios ejemplos. El estereotipo de los hombres afroamericanos de Estados Unidos es de las personas con emociones fuertes que muestran ira y desacuerdo con las normas sociales con más frecuencia que sus compatriotas blancos. Mientras que las mayorías perciben su expresividad como un rasgo particular de la cultura “negra”, en realidad puede ser una estrategia adaptativa en la situación de discriminación, racismo y desigualdad económica (Kimmel, 2000).

b) Socialización y educación emocional en México y sus efectos

En el Occidente, particularmente en Europa, hay cierto estereotipo cultural de las personas latinoamericanos como de naciones muy expresivas. Este estereotipo se diluye por medio de productos mediáticos para las masas, sobre todo telenovelas, exportados a los mercados globales desde hace unas décadas. Por otro lado, México en particular se distingue notablemente por la presencia de una vertiente en la educación (a nivel preescolar, primario, secundario y medio superior) que explícitamente promueve las habilidades socioemocionales, o “las herramientas que permiten a las personas entender y regular sus emociones, comprender las de los demás, sentir y mostrar empatía por los otros, establecer y desarrollar relaciones positivas, tomar decisiones responsables, así como definir y alcanzar metas personales” (CASEL, 2017). Desde 2014 la Secretaría de Educación Pública (SEP) promueve el desarrollo de tales habilidades en estudiantes de educación medio superior y da capacitación a los maestros ofreciendo una vasta gama de materiales pedagógicos en el tema (Hernández Zavala *et al.*, 2018).

Las participantes de los grupos rusoparlantes estudiados en Facebook han observado que se incentiva a los jóvenes mexicanos de ambos sexos expresar sus emociones, algo que es ajeno a la cultura pedagógica soviética y post-soviética con su énfasis en

conocimientos objetivos e imparciales. Esto puede formar parte de atractivo que sienten las mujeres de la región hacia los mexicanos, pues pueden leer estas prácticas de expresión afectiva como signos de inteligencia emocional y de muestra de vulnerabilidad que es esencial en una relación. En una discusión en Facebook una participante deja el siguiente comentario reflexivo sobre esto:

Me parece que a las chicas rusas las atrapan principalmente las palabras. En Rusia, no es una costumbre hablar de sentimientos, especialmente para los hombres es penoso, no de “un hombre de verdad”. Y entre los mexicanos, por el contrario, es costumbre exagerar sus sentimientos, el sentimentalismo es muy valorado. Incluso en algunas escuelas católicas muy estrictas donde no se puede hacer ningún ruido, a los niños se les asignan constantemente tareas como “¿Qué tipo de emoción asocias con ese color?”, “¿Qué sentí cuando hubo un terremoto?” (¡Pero en Rusia Dios sabe hasta qué edad escriben las cosas “personales” ni siquiera en las escuelas más avanzadas!). Bueno, simplemente en los discursos [los mexicanos dicen] amor, corazón, mi vida cada rato. Y esto impresiona cuando está fuera del contexto cultural.

Otra participante en la misma discusión le contesta:

Creo que caemos en ello, porque en nuestra cultura, ser grosero es un signo de fuerza. Nadie se avergüenza de ser barbudo, maloliente, maldecir, [ser] naco, gamer, etc. Los vemos no porque leamos la cultura, sino porque no se esconden mucho. En la sociedad mexicana, está promovida normalidad y cortesía superficiales. Nos enganchamos con el hecho de que creemos que una persona es solo eso, porque es cierto para nosotros, donde hay 11 mujeres para un hombre y se cuelgan en él. Tenemos cierto gusto. Queremos que la gente sea educada, galante, etc. Nos demuestran esto, y luego resulta que es un hombre común inseguro de sí mismo. Y si en Rusia, de una forma u otra, son golpeados por el hocico de la mesa y tienen que crecer, aquí la cultura apoya la inercia y la adaptabilidad. Más genética = no solo pasión, sino también impulsividad. El mexicano no es más agresivo que, por ejemplo, un checheno o un armenio, pero definitivamente es más que un ruso y mucho más que un estonio.

La primera participante le responde:

Los mexicanos (urbanos, de clase media) son, por el contrario, no agresivos, no buscan conflicto y controlan sus emociones. En Rusia, por el contrario, los hombres constantemente gritan, se derrumban, provocan a los demás, buscan una pelea. Hay mucha más agresión cotidiana en Rusia. En México, el estereotipo cultural es que los europeos son impulsivos y agresivos, gritan y maldicen (españoles, franceses, italianos), y los mexicanos son callados y educados porque tienen la sangre de los indios.

De estos comentarios podemos resaltar dos cosas. Primero, ambas mujeres reconocen el papel de la socialización en la formación de las pautas de expresión de afectos. Llegan a la conclusión que en México y en Rusia (ambas comparten el mismo país de origen) “las reglas sentimentales”, en términos de Hochschild, son diferentes y prescriben distintos tipos de manejo de emociones y de su supresión. Pareciera que el trabajo emocional de los hombres rusos consiste en mostrar impulsos agresivos mientras que de los mexicanos es esconderlos. Segundo, relacionado con lo anterior, en un comentario aparece la referencia a la dimensión de clase como una variable importante. Son los hombres “urbanos, de clase media” de los cuales se espera el grado más alto del control emocional.

c) El estilo comunicativo de mujeres

En cambio, en las entrevistas con algunos esposos mexicanos salió el tema de la manera muy directa de hablar que demuestran sus esposas. Esto puede ser visto como algo positivo, como una muestra de confianza (Barbalet, 1998) tanto en sí mismo como en algo externo, como una forma asertiva de expresarse que significa que la persona da entender sus puntos de vista de forma efectiva, clara y firme, como se aprecia en el siguiente fragmento:

(Investigadora) Me podrías decir, ¿sientes alguna diferencia entre mentalidades, entre la tuya, mexicana, y de las rusas? Bueno, no puedo decir rusas, porque es como mixto, ex soviético, pues.

(Pablo) Sí, sí, siento diferencia un poco. Porque la mujer de los países soviéticos es como más luchona, más fuerte de alguna forma, como si quieren algo lo obtienen. Aquí la mujer es más dependiente porque si el hombre les dice algo entonces ya.

(Investigadora) *¿Qué quieres decir?*

(Pablo) *Nada más hacen lo que los hombres les dicen y no intentan conseguir sus objetivos.*

Probablemente siendo el mismo *hexis*, esta forma directa de comunicación puede de igual manera atraer crítica, como se ve en la entrevista con otro informante:

Para las rusas es difícil platicar en un tono suave. Nosotros, los latinos, tratamos de platicar en un tono suave, incluso amistoso. Y la mujer rusa cuando uno quiere platicar con ella y hay algunos puntos que la están incomodando, molestando, sube el tono y es muy fácil enojarse y más que una plática es una discusión. Y en muchas de nuestras discusiones antes de entrar yo le digo: “Estamos hablando, es una plática”. Y son temas tan absurdos que luego prefiero mejor no tocarlos. La situación crítica que tuvo la Unión Soviética durante los años de la Guerra Fría, cerramos sus fronteras, estaban encerrados, no había una convivencia con el extranjero. Había muy pocos extranjeros que podían entrar a Rusia. Pero cuando uno toca esos temas ella se molesta. Empieza subir el tono, agrede, empieza hablar de “los pinches mexicanos” y yo digo: “’pera, estamos en un tema internacional y, ¿qué tienen que ver los mexicanos con la situación propia de tu país?”. [...] Empieza a ofender, a gritar. Y eso he notado en sus amigas también, están platicando y que su tono de voz empieza subir, pareciera que están peleando y nada más digo: “¿A qué hora empiezan los madrazos allí?” (reímos) Y lo que critican ellas de nosotros es que somos demasiado tolerantes. Nos aguantamos, nos aguatamos. Por ejemplo, hubo una situación con un vecino porque [...] la luz, luego la otra y Alejandra dice: “Yo hubiera salido, le hubiera dicho”. “Espérate, ¿a qué? Aguántate”. [...] Nosotros tratamos llevar una relación en paz, decimos, “lleva la fiesta en paz”. Pero ella no va a esperar dos o tres veces. “Ahorita salgo y le digo y van a saber quién es la rusa”.

Sin embargo, no se puede negar que en cuanto a la eficacia de comunicación directa, esta puede mostrar un grado bastante alto de confianza, o la “emoción a través de la cual un futuro posible está traído al presente” (Barbalet, 1998: 87) o, en otras palabras, puede ser el impulso para una *praxis* deseable, como podemos observar en este fragmento donde el informante habla sobre sus primeros encuentros con su futura esposa en línea:

Entonces, el problema era la diferencia en horarios y que en México somos impuntuales, la verdad. [...] Entonces, yo siempre llegaba 15 minutos, 20 minutos tarde, una vez 30 minutos tarde. Y se enojó. Es que me decía un amigo ruso, “Es que en Rusia ellas están acostumbradas que los hombres esperan, no ellas a los hombres. Y tú la hiciste esperar”. Entonces, ese día se enojó. Ya por sí no sonreía porque las rusas no sonríen. Ahora que vive en México sonrío pero siempre que me hablaba... Le decía: “Hello” (con sonrisa), y ella decía: “Hello” (seriamente). Y además tiene una voz muy grave. Entonces, dije: “A lo mejor está enojada», pero luego me di cuenta que así son. Y entonces, ella me dijo: “Jose, te estoy esperando media hora”. Y estaba muy seria. Le dije: “Ay, perdón”. [...] Entonces, yo le había dicho que “como a las 4” pero entiendo que ustedes no entienden que es “como a las 4”, para ustedes es a las 4. Entonces, le explique eso pero me dijo: “No. Además si quieres que formemos una relación quiero que nos conectemos diario”. Desde entonces, desde que me dijo eso ya empecé a ser más puntual.

La muestra de descontento puede traer resultados pero no en todos los casos. Los informantes de ambos sexos hablaron de algunas de sus experiencias de la relación en el matrimonio con un tinte de frustración pero los hombres parecían esforzarse más en mostrar la empatía hacia sus cónyuges. Las descripciones de las mujeres de conflictos y desacuerdos eran más detalladas que las narrativas de los hombres, pero hay que tener en cuenta que estamos frente a una muestra pequeña. En los grupos de Facebook los *posts* que discuten problemas en la relación son más numerosos por una mayoría aplastante y reciben mucho más comentarios que los *posts* que discuten ventajas. Esto puede pasar porque las mujeres usan las redes sociales como plataformas para el desahogo, o porque frecuentemente existen desequilibrios del poder en las relaciones, o porque las conversaciones están moldeadas por normas culturales, por ejemplo, una entrevistada sugirió que entre la comunidad existe mucha “envidia”, por lo tanto es mejor guardar silencio si en la relación hay buena convivencia. Sin un análisis a fondo es difícil determinar el peso de diferentes factores, por lo tanto estas explicaciones quedan como hipótesis.

d) Apoyo emocional y abuso psicológico

Las personas se casan por costumbre, enamoramiento, conveniencia económica y social, embarazo o el deseo de tener hijos y también porque esperan contar con apoyo psicológico, o emocional. En el caso de matrimonios internacionales este último elemento puede tomar el papel central en la relación cuando hay un entendimiento mutuo de que el miembro de la pareja que se migra no va a contar con la presencia de amigos y familia y el otro debe brindarle empatía, atención y tiempo. Tanto las mujeres como los hombres entrevistados hablaron de sus esfuerzos de entender las necesidades del otro, de cerrar la brecha lingüística cuando no se entendían por el hecho de no compartir el mismo idioma nativo y de detectar las diferencias en la cultura del otro y sus implicaciones.

Sin embargo, también he observado algunas desviaciones de este discurso. Por ejemplo, Albina, a la hora de hablar sobre el tema pareció confundida y no enfatizó su papel como sostén afectivo en la familia. En cuanto a la vida emocional de su esposo, mencionó casualmente que “solo se relaja cuando toma”. Cuando regresé a lo mismo dentro de la discusión sobre las condiciones materiales de su familia que ha experimentado crecimiento material considerable, ella vaciló en responder:

(Investigadora) ¿Y qué papel ves en esto tú [en la prosperidad de la familia]? El apoyo del esposo...

(Albina) Bueno, sí (con incertidumbre). Acabamos de cambiar el negocio, y fue mejor, eso es todo. Y funciona, y eso es todo. Solíamos hacer otros negocios [...]. Pero luego tuvo problemas allí, se separó [de su socio]. Pero es así, terco. Él es muy trabajador.

(Investigadora) Pero creo que también lo apoyas de alguna manera.

(Albina) Pues sí, aunque él dice que no (se ríe).

(Investigadora) ¿Por qué?

(Albina) Él dice que él hace todo por sí mismo, que no contaba con nada, que él mismo logró todo.

En este caso, la informante más que concretizar su experiencia en las palabras suyas mostró estar de acuerdo con la noción de “apoyo emocional” propuesto en la entrevista por la investigadora (la última vista probablemente, como portadora privilegiada de conocimiento específico). Parecía que no sabía de que estamos hablando. Esta ausencia de un discurso subyacente de trabajo emocional de Albina se destaca como algo extraño, como una desviación del ideal cultural de una buena esposa. También desafía la idea de que un miembro económicamente dependiente de la pareja debería devolver el favor dando apoyo emocional o pretendiendo darlo, como lo implica en su discusión de intercambios en la relación íntima Hochschild (1983: 65):

Cuanto más profundo es el vínculo, más centrales y latentes son los dones que se intercambian, y con mayor frecuencia una persona compensa en una arena lo que falta en otra. Una forma de lograr tales compensaciones es a través del intercambio emocional de dones. El intercambio entre personas de igual estatus en una relación estable es normalmente uniforme. [...] Sin embargo, cuando una persona tiene un estatus más alto que otra, es aceptable para ambas partes que el inferior contribuya más. De hecho, tener un estatus más alto es tener un mayor reclamo de recompensas, incluidas las recompensas emocionales. También es tener un mayor acceso a los medios para hacer cumplir las reclamaciones. El comportamiento deferente de los sirvientes y las mujeres (las sonrisas alentadoras, la escucha atenta, la risa apreciativa, los comentarios de afirmación, admiración o preocupación) parece normal, incluso incorporado a la personalidad en lugar de ser inherente a los tipos de intercambio en los cuales comúnmente entran las personas de bajo estatus. Sin embargo, la ausencia de sonrisas, de risas apreciativas, de declaraciones de admiración o preocupación se considera atractiva cuando se entiende como una expresión de machismo. La complementariedad es una máscara común para la desigualdad [...] tanto en la exhibición como en los actos profundos que la sustentan.

En una pareja donde uno muestra confianza en el otro y da conocer su vulnerabilidad y el otro constantemente usa el conocimiento de esta vulnerabilidad para herir, aprovechar o hacer más dependiente al otro, podemos hablar de una situación de abuso. En una discusión de Facebook sobre los signos alarmantes para las mujeres que quieren establecer o ya tienen una relación con un mexicano, varias participantes han comentado sobre el trato “consumista” de la mujer blanca, de una percepción de ella

como “un símbolo de prestigio”, de “un accesorio exótico para elevar el estatus” y de fallas sistemáticas en comprensión y compromiso con el bienestar del otro. En las palabras de una participante, “en una sociedad local clasista y racista, mentir sobre salarios, jactarse con ropa de marca o un coche, y sacar a la esposa blanca, son acciones de demostración y exageración del estado de uno. Y luego el hombre comienza a tratar a su esposa como una cosa, como consumidor. Desde principio no iba a construir una relación profunda. Aprendió hermosas palabras de la cultura pop, nunca pensó en su significado. [...] por eso no está listo para escuchar y ceder: un Ferrari no discutirá las relaciones con él”. De igual forma las mujeres de la región post-soviética también pueden ser cegadas por la perspectiva del casamiento con el extranjero que a su vez es “algún tipo de símbolo”, en las palabras de otra participante.

e) Conclusiones

Tanto en las entrevistas como en las publicaciones de Facebook las mujeres mostraron bastante libremente emociones y afectos no solamente positivos sino también de enojo, frustración e insatisfacción con varios aspectos de su vida familiar o su vida en México. Aunque estamos frente un análisis basado en una muestra pequeña y específica, podemos decir tentativamente que la teoría de Kemper (1978) permite construir explicaciones más coherentes que la teoría de Hochschild (2012). Por lo que muchas mujeres dependen de sus maridos en términos económicos (véase el capítulo VI) y a menudo en términos de estatus en el país de acogida, en general, las mujeres inmigrantes tienen acceso a menor número de capitales y recursos que los hombres y están en un riesgo de experimentar un espectro de frustraciones al enfrentar problemas que se presentan, sean ellos interpersonales o externos.

Si bien es probable que los hombres hablaron conmigo mucho menos sobre enojo, angustia, insatisfacción y otras emociones negativas por la falta de confianza, o por los estereotipos culturales, o por otra razón, también es viable que a grandes rasgos ellos están menos frustrados. Es probable que ellos cuentan con más recursos como, por ejemplo, el respaldo de su familia o amigos quienes les pueden brindar apoyo de todo tipo, incluyendo apoyo moral. Sin embargo, también es cierto que recurrir a este apoyo en la medida desproporcional de tal manera que se interfiere con el equilibrio de intercambios emocionales de la pareja tiene un riesgo. Por ejemplo, la queja muy común en los grupos de Facebook es de la dependencia de la madre por parte de los esposos

mexicanos. La presunta “mamitis” es un fenómeno social que refleja la tensión entre la autonomía de la pareja moderna y entrelazamiento de vínculos emocionales en un modelo familiar que en México a menudo llaman tradicional. Adler Lomnitz y Pérez Lizaaur (1993: 166) sostienen que el hecho de que la familia extendida sea la unidad básica de solidaridad tiene implicaciones profundas para la sociedad mexicana, “cuanta más seguridad (económica y emocional) pueda proporcionar una parentela, más pesadas son las restricciones impuestas a la libertad personal de un individuo”.

En ausencia de parentela a su alcance, para algunas mujeres la participación en redes sociales puede ser una práctica que ayuda a construir una forma híbrida de capital social y emocional que consiste en el sostén de vínculos comunicativos predominantemente digitales. Discusiones sobre temas personales y generales, peticiones de consejos y hasta los memes y chistes contribuyen a que las usuarias sientan menos soledad y desarraigo. En situaciones de emergencia las mujeres también tienen opción de pedir ayuda directamente de la “comunidad” que puede llegar más rápido que ayuda de sus parientes. Varias mujeres han sido apoyadas económicamente o de otra forma en las situaciones de violencia, pérdida de empleo, separación de su pareja, enfermedad o complicaciones médicas, *etc.* Probablemente muchas mujeres más han sentido alivio emocional que viene de la posibilidad de compartir problemas y dificultades y de saber que hay ciertas problemáticas comunes para las migrantes.

Por último, en cuanto al estilo de comunicación de emociones en apariencia más directo de algunas mujeres de la muestra, este puede ser conectado con la presencia de mayor elemento de individualismo en la región post-soviética. Individualismo- colectivismo es la dimensión cultural más utilizada en los estudios interculturales para explicar actitudes, percepciones y comportamientos (Park *et al.*, 2012). En comparación con las personas en las culturas menos individualistas, aquellos en las culturas más individualistas tienen una mayor tendencia a verse a sí mismos separados de los demás y poner énfasis en las metas individuales en lugar de las metas grupales. Estudios culturales han sugerido que las personas son más indirectas en las sociedades donde hay un énfasis en la importancia del mantenimiento de la armonía social (Rojjanaprapayon, 1997 en *ibid*). Las prácticas de socialización dentro de la clase media mexicana a grandes rasgos siguen el mismo patrón, como lo mencionó el informante, con el fin de “llevar la fiesta en paz”.

CUARTA SECCIÓN: DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

CAPÍTULO XI. DISCUSIÓN DE HALLAZGOS Y CONCLUSIONES

a) Consideraciones generales

A pesar de que esta investigación se enfoca en los capitales que se manifiestan en las parejas “exóticas” de hombres mexicanos y mujeres post-soviéticas, los datos recolectados permiten teorizar más allá del análisis de este caso muy específico. Diseñado como un trabajo del corte cualitativo desde “el contexto de descubrimiento” (Adler y Adler en Baker y Edwards, 2012: 18) y guiado en buena parte por los hallazgos empíricos y conceptuales emergentes, esta tesis puede ser presentada, por un lado, como un intento en la construcción de la teoría fundada (Glaser, 1998, 2002) y, por otro lado, como una basada en el pensamiento de la sociología estructural-constructivista y que se inspira en sus conceptos y el enfoque general. Por lo tanto, la presentación de hallazgos tiene como subyacentes las siguientes consideraciones.

Primero, tomando en cuenta la interrelación entre los (macro)procesos de la racionalización de la sociedad, la transformación de los roles de género y la mercantilización de la vida íntima expuestos en los primeros capítulos de la tesis, el presente trabajo problematiza las afirmaciones de Giddens (1992) sobre los cambios en las relaciones íntimas modernas y, en particular, su concepto de la relación pura. El concepto ya ha sido criticado por ignorar la persistencia de desigualdades estructuradas entre agentes así como por confiar en una retórica terapéutica que enfatiza los afectos y revelaciones verbales mutuas a expensas de los actos prácticos (Jamieson, 1999). La investigación también indaga sobre cómo ese ideal de la relación se adapta a las condiciones sociales de un mundo incrementalmente conectado y globalizado.

Segundo, el empleo del concepto de capitales en el análisis permite poner a prueba el argumento hecho por Illouz (2012) que las relaciones afectivas son relaciones sociales concretas de actores que ocupan posiciones desiguales y tienen acceso a recursos diferentes. Los mercados matrimoniales parecen funcionar dentro de las condiciones de un tipo de economía de abundancia donde los individuos intercambian capitales bajo reglas que son muy diferentes de las de antaño (Illouz, 2007). Entre estas diferencias se encuentra la constante fijación en el capital erótico femenino y la objetivación de los cuerpos de las mujeres en las culturas de Occidente (Goffman, 2017), el énfasis cultural creciente en estilos de vida hedonistas e individualistas que va a la par con la expansión

de la oferta de mercancías en todos los ámbitos de la vida (Hochschild, 2012) y la erosión de los viejos institutos conservadores de la Iglesia, de la familia patriarcal y, para algunos contextos, del Estado. Además, dado el proceso de la racionalización (Weber, 2012) y la emergencia del régimen romántico de elección (Aronson, 2017) como la forma de construir afectividades señalada como más “madura” y “moderna” por excelencia (en comparación con el régimen romántico de destino), los individuos compiten con una gran cantidad de prospectos potenciales al buscar pareja y cuando se establece la relación, la opción de optar por salir de ella está en la mesa de forma explícita o implícita.

Tercero, la investigación permite rastrear cómo los imaginarios de género se reflejan en los discursos que los y las informantes tienen sobre masculinidad y la feminidad y cómo se desvían o se ajustan a los discursos hegemónicos. Si bien todavía podemos encontrar presentes en algunos testimonios los imaginarios de roles binarios y la apelación a la “naturaleza” de cada sexo, también hay evidencia de prácticas y discursos que no encajan con ellos. La demarcación de los espacios privado y público ya no está muy rígida como tampoco la es la distribución del poder en la relación. Aumentan tensiones en los conflictos dentro de los matrimonios por el control de dinero, crianza de los niños y definición de los límites de la libertad personal de cada integrante, entre otras cosas. Como consecuencia de una reestructuración de los roles de género, podemos observar que las mujeres tienen nuevas exigencias hacia a los hombres para construir nuevas formas de intimidad que son crecientemente más discursivas. Por otro lado, los hombres se ven obligados a desarrollar sus habilidades relacionales y verbales, antes consideradas como prerrogativas femeninas, y aprender a “amar” a sus esposas de manera diferente, de algún sentido, desarrollando y aumentando su capital emocional.

Cuarto, el estudio resalta la existencia de geografías del poder (Hochschild, 2003) y las diferencias en las oportunidades que tienen mujeres y hombres de ciertas regiones para movilidad espacial, social y económica. Los datos estadísticos de las migraciones del territorio post-soviético a México muestran claramente que las mujeres de esta región sobresalen como sujetos mucho más móviles y, cuando se trata de los mercados matrimoniales, las mujeres están más abiertas al cambio y la apertura a los nuevos espacios⁵⁴. Podemos pensar en otros trabajos como el clásico *El baile de los solteros: la*

⁵⁴ Esto es contrario a la tendencia global de migración laboral donde los hombres componen la mayoría de migrantes con 58.4 por ciento contra 41.6 por ciento de migrantes mujeres, según *World Migration*

crisis de la sociedad campesina en el Bearne de Bourdieu (2004) donde el sociólogo francés analizó el impacto de la migración femenina del campo hacia ciudades y donde las reacciones de los hombres eran caracterizadas en términos más bien conservadores.

Teniendo estas consideraciones en mente, procedo propiamente a la discusión de los hallazgos.

b) Intercambios de capitales y tipos de transacciones

Basándome en el análisis de los datos empíricos con la lente teórica de capitales, sugiero que las interacciones afectivas obedecen a cierta lógica interna que puede encapsularse en un esquema simple (véase tabla 1.2.) y donde podemos detectar una dinámica de intercambios. Cada rincón de esta pirámide representa un conjunto de características que, si se trata de un encuentro entre encuentros heterosexuales, un hombre percibe en una mujer, y viceversa: a) atractivo, b) disponibilidad y c) vulnerabilidad. En otras palabras, a pesar de su aparente complejidad, las relaciones sexuales-románticas emergentes contendrán estos tres elementos, ya sea en forma latente o explícita. Me gustaría enfatizar que el orden en el que cada uno de estos elementos es percibido por los agentes es también fundamental.

Dado que el objeto de mi estudio son los matrimonios internacionales, hablaré haciendo referencias específicamente a ellos aunque me parece que el alcance de esta teorización es más universal. Las personas con una voluntad de establecer una relación de alguna manera deben demostrar que son un "buen prospecto"; la intensidad de atractivo que un individuo puede inspirar está vinculada a los capitales o recursos que posee, y cómo están valorados por uno mismo, el otro y la sociedad en general (como se puede apreciar en el caso del capital erótico y capital cultural de las mujeres post-soviéticas en México). La disponibilidad, a su vez, se deriva de las señales que indican que se puede tener acceso a estos capitales o pueden ser intercambiados (por ejemplo, la presencia de una cuenta de perfil en una aplicación de citas, especialmente diseñada para construir relaciones serias, debe servir como una señal de que esta persona está buscando tal relación y está considerando invertir en ella, emocional y materialmente). Finalmente, podemos asignar un valor especial al elemento de vulnerabilidad, ya que está vinculado a riesgos y pérdidas, así como a la exposición o ausencia de capitales. Para resumir, el

Report (International Organization for Migration, 2020), con un número mucho mayor de hombres en el segmento de ingresos bajos y medio bajos.

elemento de atracción tiene que ver con un acto de tener, la disponibilidad con actuar y, finalmente, la vulnerabilidad con el hecho de exponer(se). La (auto)percepción de estos conjuntos de características determinan las interacciones entre los individuos.

Tabla 6. Rasgos percibidos dentro de la interacción sexual-afectiva

Argumento que, cuando ocurre una interacción basada en la emergencia de afecto y atracción, el agente debe detectar en el otro al menos dos de los elementos del esquema, en mayor o menor grado (aunque enfatizo que los tres están siempre presentes, por lo menos en su forma latente). Si un agente percibe al otro sobre todo como disponible y vulnerable desde el principio de la interacción, la relación que se establece podría tomar un giro malicioso. Podemos pensar en situaciones donde las mujeres que tienen relaciones con hombres inseguros para acceder a sus capitales económicos y simbólicos, o los hombres que, al detectar la vulnerabilidad de la mujer, ejercen violencia psicológica o física. Por ejemplo, hemos visto cómo la ausencia del capital social y económico de las mujeres migrantes les pone en una posición precaria y aumenta el riesgo del abuso de todo tipo. Para precisar más este argumento, pensaremos en las transacciones que acompañan los intercambios. Podemos elaborar la siguiente taxonomía:

- *Transacciones expeditas (swift transactions) (sex work; contratos entre el empleado y su empleador, sobre todo en caso de trabajo freelance; compra-venta de artículos mercancías y servicios; etc.),* por lo general tiene una temporalidad corta y definida. No significa que tiene que no se puede repetir, pero tiene varias características. Los que participan en este tipo de transacción no dependen uno

del otro personalmente, hay un mercado de “otros” y no hay una exclusividad estrictamente. Después del cumplimiento de lo acordado, los dos son libres.

- *Transacciones dentro de compromiso (commitment transactions)* (matrimonio, relaciones largas, empleo y negocios entre los familiares). Estas transacciones están posibilitadas y estructuradas por una relación que supone un intercambio de recursos, tanto materiales como simbólicos. Existe un énfasis a la pertinencia al grupo (puede ser un grupo de nada más dos) y las relaciones dentro del grupo implican un mayor grado de cercanía, confianza y lealtad. Hay también mayor grado de exposición de información a la cual los foráneos no tienen acceso. En cuanto a las condiciones de transacciones, *los acuerdos son del carácter difuso*, que implica intercambios más flexibles y que pueden cambiar según las circunstancias. Esto se contrasta con *los acuerdos explícitos* donde las condiciones, limitaciones y reglas son claramente definidas (por ejemplo, como un contrato laboral o matrimonial). En las transacciones dentro de compromiso existe más dependencia y puede existir más “explotación” de capitales, así como mayor crecimiento y enriquecimiento para todos los participantes.

De allí, la tensión subyacente que está implícita en una relación tiene que ver con la exposición de capitales y el hecho que el individuo sea vulnerable a la explotación del otro. Por lo tanto, deberíamos estudiar las condiciones que enmarcan los intercambios de capitales, fijándonos en diferentes procesos dentro de las interacciones. Un proceso muy importante es el proceso cognitivo gradual que acompaña los intercambios. Cuando los capitales se manifiestan, el otro adquiere conocimiento de ellos. Mientras más intensidad y profundidad cobra la relación, más conocimiento del otro se acumula. En algún momento uno(a) va a poder detectar los “puntos débiles” en el otro que, en el fondo, consisten en la ausencia de capitales o su volatilidad, si tomamos prestado el termino económico que describe incertidumbre y riesgo. Que es lo que va a hacer uno(a) con este conocimiento dependerá de varios factores, entre ellos, los principios éticos, los afectos, la posición del poder que asume y la conciencia de sus propias debilidades.

Ahora, en una relación, como es un matrimonio, constantemente ocurren intercambios de capitales. Si los intercambios involucran lo que es deseable para el (la) que recibe, disponible para el (la) que da y los riesgos asociados con estos actos no son demasiado

altos, entonces, podemos hablar de una relación equilibrada y probablemente satisfactoria. No he encontrado un concepto sociológico que describa tal relación. Para llenar ese vacío, pensé en un concepto del *intercambio amoroso* que enfatizaría el dar y recibir dentro de la pareja. Podemos definir el intercambio amoroso como un tipo de relación cercana caracterizada por un flujo de transacciones dentro del compromiso, así como el reconocimiento del valor único del otro. La dinámica que subyace en los intercambios amorosos hace también que los agentes tienen el interés genuino en aumento y crecimiento de capitales y tal vez todos los participantes adquieren diversos beneficios, a corto o largo plazo. Si el valor de los capitales solo se realiza plenamente y se reconoce en el acto de intercambiarlos (Bourdieu, 1986), entonces, los intercambios amorosos crean el espacio óptimo para el enriquecimiento de todos los participantes dentro de una relación.

c) El capital erótico: reivindicación y crítica

Desde mi punto de vista, el problema de muchos discursos feministas contemporáneos es que, al poner un fuerte énfasis en la necesidad de autonomía personal, no asignan suficiente importancia a intercambios que ocurren entre los individuos y cómo aquellos fortalecen no solo a los individuos a través del desarrollo de sus propias capacidades, recursos y capitales sino también a la unidad o el grupo social que ellos forman (como se contempla en los intercambios amorosos, por ejemplo). La pregunta de Catherine Hakim de “¿Por qué nadie anima a las mujeres a explotar a los hombres siempre que puedan?” (Hakim, 2014: 11), si bien es capaz de horrorizar y escandalizar por su postura moral, es una conclusión lógica del predominio de los discursos más individualistas dentro del feminismo mismo.

Me voy a abstener de exponer en detalle argumentos que tienen que ver con la existencia de una doble moral, de los *habitus* particulares de clases sociales (en particular, el énfasis de la clase media en la adhesión a las normas y reputación social) y la vigilancia de la sexualidad de las mujeres que trasciende las clases y culturas. Todos estos elementos, como hemos observado en los capítulos de exposición de hallazgos, existen dentro de muy diversos contextos culturales, como son el contexto post-soviético y el mexicano, y, sin duda alguna, limitan a las mujeres en la actuación de su sexualidad y erotismo y la recepción de los beneficios potenciales que ellas pueden sustraer de su belleza o atractivo. En lugar de devaluar el capital erótico quisiera

rescatar el punto de Hakim sobre su peso creciente en la sociedad contemporánea consumista y hedonista pero al mismo tiempo analizarlo desde una vertiente más crítica.

Primero, lo que llama atención en el discurso “postfeminista” de Hakim es la asignación de equivalencia entre el valor del capital erótico y otros capitales. Es muy problemática su afirmación que el capital erótico hoy en día está aumentando su peso social y económico y es el factor clave en el cambio del estatus de la mujer, debido a que “al nivel agregado, el nivel del valor del capital erótico es desde luego más o menos igual al nivel del capital humano de las mujeres en el siglo XXI” (Hakim, 2010: 512). Por un lado, descaradamente ignora las estructuras de raza, clase y edad cuales privilegian unos cuerpos femeninos a costa de otros y hacen imposible crear del capital erótico un recurso universal accesible para todas las mujeres. Entonces, claramente, no puede ser una estrategia colectiva. Pero, incluso si pensamos en la cultivación y empleo del capital erótico como una estrategia individual que conviene a algunas mujeres en ciertas etapas de su vida, estamos frente a otros puntos que considerar que tienen que ver con los riesgos y las vulnerabilidades que van de la mano con esta estrategia.

Segundo, en términos éticos, lo planteado por Hakim está tan arraigado en la búsqueda de satisfacer intereses propios que, en efecto, puede ser visto como una expresión extrema del *habitus* consumista moderno aplicado a la esfera de relaciones íntimas, al mismo tiempo, claramente siendo un síntoma de la propagación de ese *habitus*. Lo que convoca hacer Hakim es, en esencia, establecer transacciones de un tipo híbrido, que no son ni expeditas ni forman parte de compromiso. Esto implicaría el comportamiento distante, calculado y racional con una clara fijación en la obtención de beneficios individuales y minimización de riesgos. En muchos sentidos, es exactamente el tipo de comportamiento que en su análisis de la mercantilización de la vida íntima Arlie Hochschild (2012) ha señalado como nocivo para los lazos sociales y el bienestar de individuos en la modernidad. Su crítica coincide con los argumentos de otros sociólogos que de igual forma han sido cautelosos al analizar el proceso de individualización de la sociedad. Como lo menciona Ulrich Beck:

What emerges from the fading social norms is naked, frightened, aggressive ego in search of love and help. In the search for itself and an affectionate sociality, it easily gets lost in the jungle of the self. Someone who is poking around in the fog of his or her own self is no longer capable of noticing that this isolation, this

*'solitary confinement of the ego' is a mass sentence*⁵⁵ (Beck, 1995 en Bauman, 2000: 37).

Tercero, el capital erótico si bien puede formar parte de las transacciones expeditas los cuales no implican la construcción de cercanía emocional y exclusividad, en práctica a menudo involucra el surgimiento y desarrollo de afectos y cierto grado de apego. De hecho, como la parte clave de funcionamiento del capital erótico tiene que ver con agradar (o el elemento de atractivo discutido anteriormente), es lógico que el capital erótico adquiere su mayor valor en conjunto con el capital emocional (de la misma manera, la capacidad para despertar adoración en el otro para nada juega solamente con el deseo sexual *per se*). Tal vez si pensamos en el capital emocional de Cottingham (2016) quien lo definió sobre todo por el control sobre emociones y la adaptación al ambiente social, la propuesta de Hakim sigue siendo coherente, dado que contempla un individuo que es capaz de someter emociones emergentes a su voluntad. En cambio, la definición más temprana de Nowotny (1981) que se enfocaba más en la habilidad de mantener contactos y relaciones dentro de redes sociales es irrelevante y estorbosa a la vez.

Cuarto, las pulsiones sexuales son irracionales y arraigadas profundamente en la historia personal del individuo, incluyendo su experiencia y memoria de trauma y frustración. La evidencia de esto es la existencia de un gran número de fetiches, de los juegos sexuales que estimulan la excitación a través de la subversión de roles y jerarquías así como diferentes erotismos que a menudo no encajan ni con los discursos y prácticas hegemónicos, ni con los discursos y prácticas propios a un campo específico. Tal vez, es debido a esa complejidad interna de la psique y la dificultad en encontrar la denominación común, que el capital erótico no ha sido institucionalizado. ¿Cómo, entonces, se capitaliza algo tan elusivo como el deseo? Incluso, si pensamos en el argumento de Hakim que en las sociedad más avanzados económicamente, donde se da por sentado la supervivencia económica, los valores liberales-hedonistas permiten escoger la pareja por su belleza, tenemos que admitir que las estadísticas muestran que, aunque las sociedades occidentales tienen culturas que parecieran ser sexualmente explícitas, en realidad, en muchas sociedades la actividad sexual de individuos *per se*

⁵⁵ Lo que emerge de las normas sociales que se desvanecen es un ego desnudo, asustado y agresivo en busca de amor y ayuda. En la búsqueda de sí mismo y una socialidad afectiva, fácilmente se pierde en la jungla del yo. Alguien que está hurgando en la niebla de su propio yo ya no es capaz de darse cuenta de que este aislamiento, este "confinamiento solitario del ego" es una sentencia masiva.

está, en efecto, disminuyendo y perdiendo su importancia, el caso de Japón siendo el más notorio (Wylie *et al.*, 2009). Y, por otro lado, el punto clave de la teoría de Hakim es que el déficit sexual es "permanente y universal", evidente a través de siglos y culturas, y como tal coloca a los hombres, cualesquiera que sean sus edad y antecedentes sociales, en una condición en la que la demanda del sexo excede la oferta. Sin embargo, su noción de sexualidad expansiva y agresiva masculina en la cual se apoya Hakim para llegar a concluir que los hombres tienen “naturalmente” más deseo que las mujeres, esta noción que antes formaba parte del discurso hegemónico de la masculinidad, puede también perder su peso en el mundo donde las normas de género están pasando por una transformación estructural.

Por último, como ha señalado Moreno Pestaña (2016), la cultivación del capital erótico implica recursos tanto económicos como recursos de tiempo y esfuerzo. La atención exagerada hacia un solo capital resultaría en un abandono de otras actividades y prácticas y una percepción muy limitada del *self*, basada en las respuestas y reacciones externas (esta no es una exageración de ninguna manera, si tomamos en cuenta las *influencers* de Instagram que utilizan su atractivo para conseguir más *likes* y, aun siendo famosas, sufren de ansiedades y trastornos alimentarios). La obsesión cultural occidental con el capital erótico es, por lo tanto, peligrosa porque no promueve una visión holística en los individuos y, en lugar de liberar, crea base para las sociedades preocupadas por lo superficial y efímero y los individuos enfocados en estética más que cualquier otra cosa.

d) ¿Qué clase de poder tienen las mujeres en las relaciones?

Varios de los ejes de análisis de los datos de esta investigación se conectaron con la consideración de la distribución del poder y los tipos del poder que eran detectables dentro de la relación íntima. En esta sección hago un intento para elaborar las nociones más calibradas y críticas del poder y sus dimensiones en el contexto del estudio empírico de una relación de género bicultural y privada.

Analizar ese tema presenta un reto porque el poder es una fuerza intangible. Comúnmente tenemos una concepción "negativa" del poder, según la cual su ejercicio suele implicar prohibición, limitación, restricción, y el acto de conseguir lo que uno quiere, aunque otros se opongan. Por ejemplo, Max Weber ofrece la definición general del poder como “la posibilidad de que un hombre o una serie de hombres realicen su

voluntad en una acción de mando, incluso contra la resistencia de otros que participan en la acción” (Gerth y Mills, 1948 en Giddens, 2009: 1043). De allí, podemos diferenciar entre las formas coercitivas de poder y las que poseen autoridad.

Extendiendo la propuesta de Weber, Stephen Lukes (2005) propone un punto de vista distinto, basado en una estructura “tridimensional” del poder. La primera dimensión considera esté en función de la capacidad para tomar decisiones propias en conflictos observables, la segunda dimensión se relaciona con la capacidad del control de los asuntos sobre los que se decide y se ejerce la acción. Finalmente, además de los dos tipos anteriores existe todavía una tercera dimensión del poder que denomina “la manipulación de los deseos”. Inspirado por la Escuela de Frankfurt y las teorías neomarxistas, Lukes pregunta: “¿Acaso el ejercicio máximo del poder no es conseguir que otro u otros deseen que usted quiere que deseen, es decir, asegurar su buena disposición controlando sus pensamientos y deseos?” (*op. cit.*: 27). De allí, el control del pensamiento toma muchas formas menos totales y más mundanas, a través del control de la información, a través de los medios de comunicación y a través de los procesos de socialización.

Para otros, el poder tiene un carácter esencialmente difuso; entre ellos se destaca Michel Foucault (1998) para quien el poder actúa en todos los ámbitos de la interacción social y en todas las instituciones y es ejercido por todas las personas. Pensando en el poder como en una fuerza que construye y reconstruye la realidad, Foucault tiene una visión muy amplia del poder:

El ejercicio del poder [...] es un conjunto de acciones sobre acciones posibles; opera sobre el campo de posibilidad o se inscribe en el comportamiento de los sujetos actuantes: incita, induce, seduce, facilita o dificulta; amplía o limita, vuelve más o menos probable; de manera extrema, constriñe o prohíbe de modo absoluto; con todo, siempre es una manera de actuar sobre un sujeto actuante o sobre sujetos actuantes, en tanto que actúan o son susceptibles de actuar (op. cit.: 15).

Relacionadas con la noción del poder, sobre todo cuando hablamos de prácticas de género y los contextos en los que se dan, consideramos las nociones del empoderamiento y la autonomía. Suelen tomar la parte central en las discusiones acerca del cambio en el control que ejercen hombres y mujeres en las esferas pública y privada

en las sociedades en el proceso de transición hacia más igualdad entre géneros. Podemos pensar en empoderamiento como en el proceso de lograr la igualdad de acceso y control sobre recursos y asegurar que puedan usarlos para ejercer un mayor control sobre otras áreas de sus vidas (Taylor y Perezniето, 2014). Anderson y Eswaran (2009) definen la autonomía como la capacidad de tomar decisiones y, por lo tanto, en su estudio proceden a preguntar a la mujer sobre su poder relativo en los asuntos domésticos. El locus de acciones analizadas incluye una amplia gama de prácticas tales como las compras de alimentos, las compras de bienes y si la esposa puede trabajar fuera del hogar así como decisiones con respecto a los hijos y su crianza.

Sin embargo, el problema con ese tipo de estudios empíricos es que ellos suelen analizar la autonomía y el empoderamiento a través de percepciones subjetivas (Ghuman *et al.*: 2009). Aun con ese sesgo, tomar en cuenta los discursos de agentes es muy útil. Otros factores que han sido considerados para examinar el poder en los hogares son la movilidad espacial de la mujer y su libertad de viajar a los lugares públicos sin acompañamiento o permiso de otros hombres (Rahman y Rao, 2004). Asimismo, el ingreso económico de la mujer y, consecuentemente, el aumento en el valor de su tiempo, han comprobado producir una correlación con el mayor poder de negociación y un mayor peso en la toma de decisiones de los hogares (Duflo, 2003).

Regresando al tema de este trabajo, las normas de género también influyen en cómo los agentes tienden a construir sus experiencias y percepciones de poder, agencia y control: los rasgos socialmente incentivados femeninos como la capacidad de acomodar las necesidades de otros, la empatía y la humildad a menudo son difíciles de combinar con la iniciativa y el mando mientras que para hombres la pérdida del poder y autoridad es más dolorosa, y, en práctica, a menudo se asocia con los vicios y otros comportamientos autodestructivos (Muñoz Boudet *et al.*, 2012), mismo que hemos observado en el discurso sobre la situación social de los hombres en el periodo post-guerra en la URSS. Por otro lado, debido a que en el orden de género hegemónico está incrustada la noción de dominación femenina como un peligro, es posible que muchas mujeres prefieran ejercer influencia indirectamente o a través de sus relaciones con los miembros masculinos del hogar (Devine *et al.*, 2008).

En vista de estos argumentos y en consideración de los datos empíricos expuestos previamente, planteo la siguiente pregunta: ¿qué tipo de poder podemos ver en las

mujeres? Mientras que no habrá una respuesta definitiva y homogénea, podemos hacer una reflexión que tomará en cuenta los capitales y las estrategias de mujeres detectables en el análisis. Llama la atención que muy a menudo las mujeres prefieren no entrar a los conflictos directos y, en cambio, emplean presión indirecta e individualizada sobre sus maridos. Esta influencia puede consistir en mecanismos de manipulación y adaptación; pienso en ciertas experiencias contadas en las entrevistas, por ejemplo, en una cuando la informante habló de cómo entraba a la tienda en compañía de su marido y, en lugar de hablarle de sus expectativas, le hacía esperar con el fin de que al final él iba a entender que le tenía que comprar algo. Estos métodos no son necesariamente ineficaces, al contrario, hemos visto que las mujeres pueden y saben conseguir sus objetivos. Sin embargo, la dependencia de mujeres en términos de su estatus migratorio así como, en muchos casos, su subsistencia económica por parte de marido, la necesidad de construir el capital social en un entorno nuevo que sucede al migrar y, finalmente, el tipo de discursos que organizan las relaciones de género, llevan a pensar que, cuando hablamos de las estrategias de mujeres, estamos frente a lo que es Zdravomyslova y Temkina llamaron (2007) “el poder de los débiles”.

Su concepto es sumamente interesante; en muchos sentidos parte de las propuestas foucaultianas aunque en términos de herencia teórica inmediata es una extensión de los argumentos de Connell (1987). Según ellas, “el poder de los débiles” no tiene carácter estratégico, sino táctico, se realiza a través de prácticas reactivas; estas prácticas están dispersas difusamente, sus formas son cambiantes en el tiempo y el espacio, su naturaleza es muy inventiva. Zdravomyslova y Temkina dan un nombre compuesto a estas prácticas de “la influencia oculta” y enfatizan que suelen ser mecanismos que utilizan los subordinados, en oposición a la dominación abierta y la coerción legítima llevada a cabo por los “fuertes”, o los dominantes:

El débil y el fuerte, el subordinado y el dominante de igual manera son actores que actúan, pero sus recursos y, por lo tanto, el potencial para controlar las interacciones, son diferentes. También se caracterizan por diversos grados de responsabilidad de los resultados de las acciones. El poder como capacidad de actuar no es solo coerción y dominación de los fuertes, sino también la influencia gradual, la manipulación y las formas ocultas de lograr metas (Zdravomyslova y Temkina, 2007: 76-77).

Sin duda alguna, “el poder de los débiles” tiene una clara asignación de género y por lo general se asocia con el poder “femenino” con su constitución discursiva inseparable de las estructuras patriarcales. Las autoras elaboran un argumento que este poder (también comúnmente llamado “el poder del sexo débil”) puede ser visto como *metis* (tomado del nombre de la diosa griega de astucia Metis, en griego Μητις, literalmente “truco”), como un conocimiento local práctico de subordinados que se desarrolló en el contexto del patriarcado clásico y se reproduce en las condiciones modernas de situaciones neo- y post-patriarcales. En una sociedad patriarcal “el poder de los débiles” es la única legítima y accesible a las mujeres. A pesar de su carácter cambiante y diverso, las estrategias de los “débiles” tienen en común características que permiten plantear las siguientes postulaciones :

- Primero, pueden ser concebidas como manipulación o influencia indirecta en quienes dominan abiertamente.
- En segundo lugar, los límites de su legitimidad son vagos y flexibles y, a menudo, las estrategias de mujeres son vistas una violación de reglas (las autoras dan el ejemplo del termino negativo en ruso de “*sterva*” que se puede traducir a español como "perra", o “*bitch*” en inglés).
- En tercer lugar, los que tienen ese poder pueden eludir la responsabilidad de los resultados de la acción, acto que se conecta también con una falta de legitimidad.
- En cuarto lugar, “el poder del sexo débil” en específico tiene sus raíces en la esfera privada de la familia y las relaciones emocionales íntimas que son determinadas por sus relaciones inherentes del poder y autoridad.
- Quinto, este poder está inmerso en la vida cotidiana; es individualizado, rutinario y por lo tanto es difícil de reconocerlo así como es difícil destruirlo como tal.
- En sexto lugar, este poder como manifestación del patriarcado solo puede colapsar con él.
- Finalmente, la estrategia política feminista debería consistir en repensar la sumisión en términos de opresión y desarrollar estrategias directas y solidarias para construir un orden de género igualitario.

e) Discursos de género nostálgicos y discursos de género utópicos

En la presente investigación podemos detectar la existencia de varios discursos que de forma muy concreta organizan las prácticas de género. Históricamente, el discurso hegemónico estatal soviético era centrado en el imaginario del hombre-protector y la mujer madre/trabajadora/cuidadora del hogar, estos discursos, aunque han diversificado, a nivel simbólico, mantienen su peso como discursos normativos aún. En México, en el mismo sentido, el imaginario social dominado por la figura de madre-ama de casa y el hombre proveedor, ha pasado por importantes fracturas. Debido a su anclaje en el pasado común idealizado compartido (y el un pasado individual no puede ser compartido en masse) llamaremos aquellos discursos *los discursos de género nostálgicos*. Estos discursos apelan a la tradición unificadora y son el referente primario para la construcción de masculinidad y feminidad, los cuales son definidos en términos rígidos. Como hemos observado, la experiencia real no influye en la vigencia de estos discursos (por ejemplo, la mujer puede crecer cuidada por su madre nada más pero aun así invocar en su discurso el padre-protector, refiriendo tanto al pasado “fuimos criados bajo las tradiciones viejas” como a su presente situación “el hombre debe ser un proveedor”).

Los discursos nostálgicos contrastan con *los discursos de género utópicos*, que son también discursos que se basan en un marco compartido de ideales pero estos ideales invitan a reconstruir el presente en aras de la promesa de un proyecto hacia el futuro. Los discursos de género utópicos son discursos de igualdad y equidad entre sexos, también en esta categoría entrarían discursos que definen el género como fluido o discursos que imaginan un mundo sin género. El discurso utópico hegemónico hoy en día es el discurso de igualdad, es el discurso oficial estatal de los estados occidentales y sus políticas públicas así como las leyes internacionales. El dominio de este discurso se ve reflejado en las entrevistas cuando los individuos hablan de cómo deben ser repartidas las tareas, o cómo debe ser la posición de cada uno en la relación.

Ambos tipos de discursos son construcciones que acotan la realidad; de estos discursos está ausente la violencia de género, por ejemplo. Los discursos utópicos son contruidos a través de una ruptura con los discursos nostálgicos, con “la tradición”, y necesariamente contemplan un impulso hacia otras maneras de vivir. En un punto medio entre lo utópico y lo nostálgico, podemos hallar *los discursos de género*

oportunistas. Estos discursos, muy variados en su forma y contenido, sirven para adaptarse a y justificar las condiciones *quia non sunt*, así como son, siendo un puente que conecta la aspiración hacia el ideal y la experiencia vivida. Pueden referir a limitaciones externas (como cuando un hombre dice que quisiera hacer más tareas domésticas pero su jornada laboral es demasiado larga, o la mujer manifiesta el interés en trabajar pero asienta no confiar en las guarderías) o internas (“no puedo hacerlo”).

No es la intención de este trabajo hacer una crítica de los discursos anteriormente mencionados, ni construir propuestas en torno a una perspectiva mejor. Vale la pena recordar que “el siglo XX empezó impregnado de utopías y acabó carcomido por la nostalgia” (Boym, 2016). Las ideologías que dominaron en este periodo han intentado reconfigurar el género, a menudo de manera muy radical. Curiosamente, las ideologías analizadas en esta investigación, el socialismo y el capitalismo neoliberal, comparten la visión de erradicar las diferencias entre géneros. Mientras que el género era irrelevante para el socialismo porque ponía énfasis sobre todo en la productividad de trabajadores y el involucramiento en el proyecto político de la construcción del comunismo, para el capitalismo neoliberal los individuos son cuerpos que consumen y, mientras lo hacen, su identidad de género tampoco importa. Las consecuencias preocupantes del discurso socialista fueron la restricción de libertad y la conformidad social extendida; el discurso neoliberal tampoco es inocente por lo que intensifica las desigualdades y hace poco soportable el mundo para los que cuentan con limitados recursos y privilegios.

CAPÍTULO XII. CONCLUSIONES

a) Aportaciones de la tesis para el estudio de capitales

El análisis de las trayectorias laborales y personales de las mujeres post-soviéticas en México revela varias tendencias. Primero, está bastante claro que los valores que en la URSS eran considerados “burgueses” como el consumismo ostensible, o el mayor grado de hedonismo y de individualismo, hoy en día han llegado a ser bastante dispersos en las sociedades post-soviéticas. De allí, es lógico que muchos y muchas aspiren a mejorar sus condiciones y oportunidades y consideren diferentes vías para la movilidad social, aunque esta no es la única motivación tras sus elecciones de pareja. Las entrevistas muestran que a menudo las aspiraciones del ascenso de clase tienen que ver con prospectos laborales y perspectivas personales del esposo mexicano, y no de la mujer, a pesar de que la mayoría tienen educación, experiencia laboral y altos capitales humano y cultural; claro está, esto puede ser la característica principal de la migración por motivos conyugales en general.

Observamos que algunas mujeres migrantes en México, en efecto, pueden experimentar esta movilidad social, a veces a la par con otros tipos de movilidad: los casos de varias informantes mostraron la movilidad simultáneamente por vía de matrimonio y por vía de trabajo que coinciden también con su movilidad espacial. Es sorprendente que la literatura sociológica abarca tan poco ese tema, dado que el proyecto neoliberal está basado en la promesa de la posibilidad del ascenso universal en los escalones de clase, destilada en narrativas innumerables de “*rags to riches*” de ambos sexos. Por ejemplo, en la sexta edición de *Sociología* de Giddens (2012), que tengo a la mano, a la movilidad como un tema sociológico están dedicadas 8 páginas de 1258 de ese volumen, mientras al tema “Género y Movilidad Social” se dedica sólo una (*op. cit.*: 504-505), diciendo nada sobre la movilidad social vía migración marital para mujeres, más bien se queda con el argumento que “la situación material de la mayor parte de las mujeres tiende a ser un reflejo de la de sus padres o sus maridos” (*op. cit.*: 496), sin una reflexión profunda sobre las estrategias matrimoniales de mujeres y hasta qué punto es cierto.

El “lado oscuro” de esta movilidad, sin embargo, es su dependencia del estatus y situación económica de su pareja sentimental. Se sostiene el argumento de Moreno

Pestaña (2016) que el capital erótico (y tal vez el capital emocional y, en caso de migración, a menudo también el cultural), los tres capitales que parecen ser movilizados en mayor medida en los casos analizados, no son fácilmente institucionalizados fuera del ámbito privado. En otras palabras, si bien podemos observar que son convertibles al capital más universal de todos, el capital económico (por ejemplo, una mujer puede llegar a tener acceso a bienes materiales de su marido), su legitimidad puede ser cuestionada en cualquier momento y se observan tensiones y conflictos abiertos o subyacentes en torno al manejo y control del dinero, donde se disputa, en esencia, la cuestión de legitimidad de acceso. Esto es aún más evidente en los matrimonios donde los cónyuges eligieron los roles binarios y donde el hombre es el único proveedor, por lo que la mujer tiene aún más limitaciones de “poner en juego” sus capitales en el ámbito profesional.

El análisis del capital erótico ha sido el más problemático dentro de la investigación por lo que es el capital más “invisible” (Hakim, 2010). Si bien podemos apreciar que está en juego en las profesiones que se centran en la muestra del cuerpo y prácticas corporales como edecanes, modelos, cantantes en los bares, actrices o extras de telenovelas, edecanes, *showgirls*, vendedoras de artículos de lujo *etc.*, es más difícil. Sin embargo, las mujeres que trabajan en estos campos potencialmente corren el riesgo de ser “celadas” por sus parejas y despreciadas por su entorno social, algunas familias mexicanas de clase media no consideran estas profesiones como trabajos “dignos”. A menudo las estrategias que quedan a las mujeres son los mecanismos del “poder de los débiles” como son, por ejemplo, las tácticas de manipulación a través de los celos, donde además su atractivo puede ser de utilidad.

Segundo, mientras que la movilización e intercambio de capitales son esenciales para la movilidad, los capitales producen efectos distintos en distintas situaciones y contextos. Por ejemplo, podemos observar que el conocimiento de la lengua rusa (u otra lengua del país de origen) y la cultura compartida por la diáspora, una de las formas más características de capital cultural incorporado, en el contexto de sociedad mexicana es un capital devaluado en tanto que no constituye la lengua vehicular y, por consecuencia, para la mayoría es un capital de difícil reconversión a capital económico o social, aunque algunas encuentran opciones de hacerlo, por ejemplo, dando clases de este idioma.

Sin embargo, este capital, que toda población migrante lleva a su nuevo entorno, puede servir para generar vínculos horizontales entre los miembros de la diáspora y ser el “pegamiento social” que los une. Por ejemplo, la condición implícita de participación en grupos de Facebook, donde los miembros hacen circular datos valiosos (consejos, oportunidades laborales, información sobre servicios, eventos etc.) así como brindar el apoyo moral, es la habilidad de leer, entender y escribir en ruso, el idioma que fue oficial en toda región de la URSS. Fuera del ámbito digital, es común también que se construyen lazos de amistad de “paisanas” donde las integrantes comparten el idioma, referencias culturales así como la condición de migrantes.

Para la inserción al mercado laboral tal vez son de más utilidad otros tipos de capital cultural y humano como, por ejemplo, el conocimiento de inglés y otros idiomas de más cobertura en el sistema escolar mexicano, o la experiencia de trabajo con extranjeros en el país de origen, o bien la experiencia de algunas migrantes que han viajado extensivamente antes de llegar a México como turistas o como estudiantes. Todo eso, junto con las competencias específicas para el campo profesional de cada una, crea la base para el lanzamiento de una carrera. Saber español expande las oportunidades laborales de manera significativa pero, como los cursos requieren el financiamiento privado, estudiarlo de manera sistemática es un privilegio para los que pertenecen a la clase media y alta. Las de más recurren a autoestudio o bien sobreviven con el conocimiento de idioma básico o sin él.

El conocimiento del idioma del país de acogida también permite ampliar el círculo social más allá de los “paisanos” y crear vínculos con compañeros, vecinos, madres de las escuelas de niños etc. Aunque en varias entrevistas ha salido el tema de las diferencias en el estilo de comunicación (las rusas son percibidas como más directas y hasta “groseras”; a su vez ellas han quejado del incumplimiento de promesas por parte de los mexicanos y su amabilidad “hipócrita”), este capital social es sumamente valioso tanto para el bienestar personal de la mujer como para su trayectoria laboral pues algunas mujeres han sido consideradas para los puestos de trabajo o han emprendido negocios gracias a estas redes informales.

En cuanto al análisis del capital emocional, los datos muestran que en una interacción de dos culturas lejanas, la lectura desorientada de estilo de comunicación de otra cultura puede formar expectativas erróneas que tarde o temprano van a chocar con la

experiencia real. El *habitus* de mujeres post-soviéticas (en particular, si pensamos en sus esquemas de percepción) llévalas a interpretar la apertura emocional de hombres mexicanos como un signo de muestra de vulnerabilidad y confianza en ellos mismos y la relación mientras que, en términos concretos, puede significar prácticas meramente discursivas. Este “sentimentalismo”, aprendido con la socialización temprana pero también hasta cierto punto inducido en las instituciones formales educativas y en la cultura en general, llama atención de las herederas del *hexis* emocional post-soviético, por lo general, muy distinto en sus formas de expresión de afectos, donde hay un énfasis en la contención de emociones que tiene que ver con esfuerzos de esconder la “debilidad” del individuo, sea tristeza, cariño o ansiedad. Por otro lado, los hombres mexicanos a su vez pueden ser atraídos por la seguridad que proyectan las mujeres post-soviéticas, asociando la forma directa y concreta de hablar con poder, aunque de igual modo el exterior puede ser confundido por la esencia.

Finalmente, considero pertinente reflexionar sobre cómo el fenómeno que hemos observado se inserta en la mercantilización de la vida íntima la cual, como hemos estipulado, es considerada uno de los procesos más importantes de la modernidad. Si nos preguntamos, junto con Costable (2009: 54-58), cómo la aparente mercantilización es comprendida, evaluada y experimentada por las personas involucradas en las relaciones íntimas, vemos que existe una variedad de posibles respuestas: puede estar “escondida, mistificada, disfrazada, negada, interpretada como un don o experimentada como liberadora” (*op. cit.*). Por ejemplo, una migrante puede descargarse con gusto de sus tareas del hogar contratando a una empleada doméstica y abiertamente manifestar su satisfacción con esta decisión y probablemente con el prestigio más elevado que esta decisión implica, y esta misma mujer puede sentirse incómoda de hablar sobre su empleo de una agencia matrimonial a la hora de buscar pareja para contratar el matrimonio. Podemos concluir, entonces, la descripción y el análisis de capitales debe tener en cuenta diferentes grados de vigilancia y restricción social que estructuran su empleo en el contexto dado; se puede observar la manera en que pueden variar según género, clase, edad, generación *etc.* así como con el ámbito, privado o público, donde se puede o no exhibir, acumular o intercambiar recursos.

b) Limitaciones del estudio realizado

A pesar de que la investigación ha sido completada con rigor y esfuerzo para encontrar datos y mostrar análisis de calidad, es posible identificar varios ejes donde puede ser aplicada crítica puntual y justificada. Primero que todo, la esencia de este estudio es exploratoria y, de allí, su alcance es limitado. En las tempranas fases del trabajo abandoné la idea de insistir en la búsqueda de pautas y características comunes para toda la diáspora post-soviética rusoparlante; más bien fui guiada por el método de Margaret Mead del “veto antropológico” que invita a enfocarse más en diferencias y variedad. Sin embargo, tampoco puedo decir con certeza que he podido abarcar todas las configuraciones de capitales posibles y sus intercambios. Este trabajo de entrada excluye, por ejemplo, las parejas que se mudaron a otros países extranjeros, que no son nativos para ambos, o que han decidido vivir en el lugar de origen de la mujer. Asimismo, el trabajo no se interesa por las mujeres que han trabajado o trabajan en la industria de entretenimiento como modelos o edecanes, pero no he concretado entrevistas con ellas y no me he enfocado en sus casos y en el análisis de sus capitales en este ámbito laboral específico. Más bien, mi atención fue dirigida a los intercambios en el ámbito privado.

Aunque intenté descifrar y describir tensiones en la distribución de control en las parejas desde los lentes del marco teórico y los conceptos anunciados, seguramente el uso de estos conceptos está anclado en mis propios valores, principios y experiencias, personales y de migrante. Por otro lado, es precisamente para combatir algunos preconceptos y etiquetas populares que el objeto de este estudio son personas y parejas “normales” que han podido construir relaciones más o menos estables y se encajan dentro de sus contextos sociales, contribuyendo de tal manera al orden del género hegemónico. Y si en mi trabajo está ausente el análisis más profundo de los casos empíricos de la violencia (aunque describo con detalle las condiciones que la hacen posible en varios capítulos) y de la vulnerabilidad de las víctimas es porque la intención original del trabajo fue entrevistar y analizar parejas, por razones obvias, no es viable obtener acceso a ambos integrantes de la pareja en estos casos y mucho más difícil determinar los factores que han jugado papel clave para que suceda abuso o, incluso, delito. Si bien existen víctimas entre las poblaciones de mujeres migrantes y su poder puede ser caracterizado como “el poder de los débiles”, también muchas mujeres viven

en “zonas grises” donde el equilibrio del poder no está claro, o donde la mujer puede gozar de mayor grado de autonomía, recursos e influencia en los otros.

c) Propuestas para reflexión

Analizando los imaginarios y los modelos de la distribución de poder, control y tareas en las parejas entrevistadas (igualitario, binario, híbrido) y sus configuraciones (Bericat, 2004; Hoschchild, 1989) podemos observar que en la presente investigación difícilmente se encuentran tipos “puros”. El *habitus* de agentes no es del todo monolítico, y sus esquemas de pensar no necesariamente bailan un tango con sus conductas. Más bien encontramos imaginarios que tienden acercarse hacia el ideal de una relación igualitaria y una variedad de prácticas, en su mayoría híbridas, que los acompañan. Esto no quiere decir que no hemos visto elementos del modelo binario en las parejas estudiadas; al contrario, los datos indican que en la mayoría de familias que forman las mujeres post-soviéticas el hombre asume la función del proveedor principal, y la mujer asume la mayor participación en las labores en el hogar, ciertas tareas esenciales de crianza y cuidado así como prácticas de “feminidad enfatizada”, como lo define Connell (1987: 118). Al mismo tiempo, podemos ver que la asignación de control es más contestada, y las mujeres a menudo entran en conflictos, abiertos o no, para exigir, influir o desafiar a sus maridos.

Las prácticas de género observadas son un reflejo de las tendencias globales en las relaciones de género los cuales están pasando por una profunda transición, acompañada por resistencias institucionales e individuales. Estas resistencias se reflejan tanto en los discursos y políticas de Estados, como es el caso de la Rusia de Putin, o en los discursos de hombres que justifican su posición en cuanto al control de dinero en el hogar, por ejemplo, o la legitimidad de vigilancia del cuerpo de la mujer afuera de su casa. Hace tres décadas William Goode escribió que los hombres tienen fuerte interés en mantener sus privilegios y son las acciones colectivas que van a determinar si la mayor equidad entre géneros va a ser lograda:

The relations of individuals are subject to continuous renegotiation as people try to gain or keep advantages or cast off burdens. They fail or succeed in part because one or the other person has special resources or deficits that are unique to that individual. Over the long run, however, the outcome of those negotiations

depends on the deeper social forces [...], which ultimately determine which qualities or performances are more or less valued (Goode, 1980: 307⁵⁶).

Goode predecía que los hombres resistirán grandes alteraciones en los roles a pesar de entender que, a cambio de sus privilegios, tienen que pagar altos costos en morbilidad, mortalidad y fracaso. Sin embargo, problemas, tensiones y negociaciones evidentes en las relaciones estudiadas apuntan a un quiebre de un orden de género hegemónico, arraigado en el sistema patriarcal, y una emergencia de más configuraciones del poder y control entre miembros en la familia. Lo que hace interesante el análisis es ver cómo este quiebre se da en un contexto intercultural y qué discursos utilizan los y las agentes en su “lucha” por el acceso a los recursos (o capitales); por ejemplo, algunas veces la mujer puede marcar como un punto de referencia el modelo familiar de sus padres, hablando de cómo ellos compartían el control de las finanzas, mientras que en otras ocasiones los individuos prefieren enfatizar la ruptura con las normas “tradicionales” y su deseo de hacer las cosas de forma diferente.

Los capitales como una herramienta de análisis no se limitan a la economía y a lo público, como podemos observar, juegan un papel activo en la construcción de relaciones sociales, y afirmar eso, es afirmar que las construcciones de la familia y la existencia de relaciones de poder fueron marcadas culturalmente por el acceso diferenciado a los recursos, tanto materiales como simbólicos.

⁵⁶ Las relaciones de los individuos están sujetas a una renegociación continua a medida que las personas intentan obtener o conservar ventajas o deshacerse de las cargas. Fallan o tienen éxito en parte porque una u otra persona tiene recursos especiales o déficits que son únicos para ese individuo. Sin embargo, a largo plazo, el resultado de esas negociaciones depende de las fuerzas sociales más profundas, [...] que en última instancia determinan qué cualidades o actuaciones son más o menos valoradas.

BIBLIOGRAFÍA

Abu-Lughod, L. (2002). "Do Muslim Women Really Need Saving? Anthropological Reflections on Cultural Relativism and Its Others" en *American Anthropologist*, vol. 104, núm. 3, pp. 783-790.

Adler Lomnitz, L. y Pérez Lizaur, M. (1993). Una familia de la élite mexicana, 1820-1980. Parentesco, clase y cultura. México: Alianza Editorial.

Aidukaite, J. (2004). The Emergence of the Post-Socialist Welfare State. The Case of the Baltic States : Estonia, Latvia and Lithuania. (PhD dissertation). Manne Siegbahn-laboratoriet, Stockholm.

Recuperado de: <http://urn.kb.se/resolve?urn=urn:nbn:se:su:diva-270>

Akemu, O. y Abdelnour, S. (2018). Confronting the Digital: Doing Ethnography in Modern Organizational Settings en *Organizational Research Methods*. DOI: 10.1177/1094428118791018.

Recuperado de: <https://doi.org/10.1177/1094428118791018>

Alcocer Miranda, J. (2018, 14 de agosto). "Se dispara violencia intrafamiliar hasta 75% durante 2018". Recuperado de *Publimentro*:

<https://www.publimentro.com.mx/mx/nacional/2018/08/14/se-dispara-violencia-intrafamiliar-9-durante-2018.html>

Allan, G. y Harrison, K. (2002). Marital Affairs en Goodwin, R. y Cramer, D. (eds.), *Inappropriate Relationships*. Lawrence Erlbaum, Mahwah, pp. 45-63.

Almorza Hidalgo, A. (2018). "No se hace pueblo sin ellas". Mujeres españolas en el Virreinato de Perú: emigración y movilidad social (siglos XVI – XVII). Madrid: CSIC; Universidad de Sevilla.

Anderson, S. y Eswaran, M. (2009). "What determines female autonomy? Evidence from Bangladesh" en *Journal of Development Economics*, vol. 90, núm. 2, pp. 179-191.

Antonov, G. (2016). “Статистическая Модель Постбрачного Поведения в Современной России” [“Modelo estadístico del comportamiento postmatrimonial en la Rusia moderna”] en *Financial Analytics*, núm. 9, pp. 47-64.

Ariza, M. y De Oliveira, O. (2001). Familias en transición y marcos conceptuales en redefinición en *Papeles de Población*, núm. 28, pp. 9-39.

Aronson, P. (2015). “Romantic Regimes” en Aeon, 22 octubre.

Recuperado de: <https://aeon.co/essays/russia-against-the-western-way-of-love>

Anzari A. y Klinenberg, E. (2015). *Modern Romance: An Investigation*. New York: Penguin Press.

Badcock, S. (2007). *Politics and the People in Revolutionary Russia: A Provincial History*. Cambridge: Cambridge University Press.

Barbalet, J. (1998). *Emotion, Social Theory, and Social Structure: A Macrosociological Approach*. Cambridge: Cambridge University Press.

Baker, S. y Edwards, R. (2012). How many qualitative interviews is enough. National Centre for Research Methods Review Paper.

Recuperado de: <http://eprints.ncrm.ac.uk/2273>

Bannon, I. y Correia, M. C. (eds). (2006). *The Other Half of Gender: Men's Issues in Development*. Washington: World Bank.

Bauman, Z. (2000). *Liquid Modernity*. Cambridge: Polity Press.

Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (1995). *The Normal Chaos of Love*, Cambridge: Polity Press.

----- (2012). *Amor a distancia. Nuevas formas de vida en la era global*. Madrid: Paidós.

Becker, G. (1988). “Family Economics and Macro Behavior” en *American Economic Review*, 1988, vol. 78, núm. 1, pp. 1-13.

Belleau, M. (2003). "Mail-order brides in a global world", en *Albany Law Review*, vol. 67, pp. 595-607.

Bericat, E. (2014). "Matrimonio, desigualdad de género y bienestar socioemocional de los miembros de la pareja". En García Andrade, A. y Sabido Ramos, O. (coords.) *Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea. Algunas rutas del amor y la experiencia sensible en las ciencias sociales*. México: UAM Azcapotzalco, pp. 191-229.

Berlin, I. (2011). *The Soviet Mind: Russian Culture under Communism*. Washington: Brookings Institution Press.

Bhattacharyya, G. (2002). *Sexuality and Society : An Introduction*. Routledge.

Bianchi, S. M., Milkie, M. A., Sayer, L. C., y Robinson, J. P. (2000). "Is anyone doing the housework? Trends in the gender division of household labor" en *Social Forces*, núm. 79, pp. 191–228.

Billingsley S. (2010). "The Post-Communist Fertility Puzzle" en *Population research and policy review*, 29(2), pp. 193–231.

Blank, S. (2013). "A Historical and Contemporary Overview of Gendered Caribbean Relations" en *Journal of Arts and Humanities*, vol. 2, núm. 4, pp. 1-10.

Bloch, A. (2017). *Sex, Love, and Migration: Postsocialism, Modernity, and Intimacy from Istanbul to the Arctic*. Cornell University Press.

Recuperado de: <http://www.oapen.org/download?type=document&docid=642741>

Brown, C. H. y Tilly, C. (1967). "On Uprooting, Kinship, and the Auspices of Migration" en *International Journal of Comparative Sociology*, vol. 8, núm. 2, pp. 139-164.

Bouchard G., Lee C. M ., Asgary V., Pelletier L. (2007). "Fathers' motivation for involvement with their children: A self-determination theory perspective" en *Fathering*, vol. 5. Núm. 1, pp. 25—41.

Boym, S. (2016). El futuro de la nostalgia. Traducción de Jaime Blasco. Madrid: Pablo Machado Libros.

Bourdieu, P. (2013). Outline of a Theory of Practice. Cambridge University Press, Reino Unido.

----- (2012) Las estrategias de la reproducción social. Siglo XXI Editores, Argentina.

----- (2007). El sentido práctico. Siglo XXI Editores, Argentina.

----- (2004) El baile de los solteros: la crisis de la sociedad campesina en el Bearn. Anagrama, España.

----- (2002) La Distinción. Criterio y bases sociales del gusto. Taurus, Buenos Aires, Argentina.

----- (2000). La dominación masculina. Barcelona: Anagrama.

----- (1987). Cosas dichas. Madrid: Editorial Gedisa.

----- (1986). “The Forms of Capital” (pp. 241–258) en Richardson, J. (ed.) Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education. Westport, CT: Greenwood.

Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc (2008). Una invitación a la sociología reflexiva. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Butler, Judith (1993). Bodies That Matter: On the Discursive Limits of Sex. Routledge.

CASEL: Collaborative for Academic, Social, and Emotional Learning (2017). What is Social and Emotional Learning? Recuperado de: <http://www.casel.org/what-is-sel/>

Castelain-Meunier, C. (2002). "The place of fatherhood and the parental role: Tensions, ambivalence and contradictions" en *Current Sociology*, vol. 50. núm. 2., pp. 185-201.

Castells, M. (2013). La era de la información. Economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad. Volumen II. México: Siglo Veintiuno Editores.

Chandler, A. (2009). "Gender, Political Discourse and Social Welfare in Russia: Three Case Studies" en *Canadian Slavonic Papers*; vol. 51, núm. 1, pp. 3-24.

Crossley, N. (2014). Embodied Actors, Sociability and the Limits of Reflexivity en *Body and Society*, vol. 20, núm. 2, pp. 106-112.

----- (1995) Merleau-Ponty, the Elusive Body and Carnal Sociology en *Body and Society*, vol. 1, núm. 1, pp. 43-63.

Comisión de la Condición Social y Jurídica de la Mujer, ONU (2016). Informe del Secretario General "El empoderamiento económico de la mujer en el cambiante mundo del trabajo", 13-24 de marzo de 2017.

Recuperado de:

https://www.un.org/ga/search/view_doc.asp?symbol=E/CN.6/2017/3yLang=S

Connell, R. (2015). Masculinidades. México, UNAM: PUEG.

----- (2002). Gender. Londres/Nueva York: Blackwell Publishing.

----- (1987). Gender and power: Society, the person, and sexual politics. Stanford: Stanford University Press.

Constable, N. (2009). "The Commodification of Intimacy: Marriage, Sex, and Reproductive Labor", en *Annual Review of Anthropology*, vol. 38, pp. 49-64.

Coontz, S. (2005). Marriage, a history: From obedience to intimacy or how love conquered marriage. Nueva York: Viking.

Cottingham, M. D. (2016). "Theorizing Emotional Capital" en *Theory and Society*, vol. 45, núm. 5, pp. 451-470.

Cunningham, M. (2007). "Influences of women's employment on the gendered division of household labor over the life course: Evidence from a 31-year panel study" en *Journal of Family Issues*, núm. 28, pp. 422-444.

D'Aoust, A. (2013). "In the Name of Love: Marriage Migration, Governmentality, and Technologies of Love" en *International Political Sociology*, vol. 7, núm. 3, pp. 258-274.

David, Gaby y Cambre, Carolina (2016). "Screened Intimacies: Tinder and the Swipe Logic" en *Social Media + Society* <https://doi.org/10.1177/2056305116641976>.

Davis, S., Greenstein, T. N., y Gerteisen Marks, J. P. (2007). "Effects of union type on division of household labor: Do cohabiting men really perform more housework?" en *Journal of Family Issues*, núm. 28, pp. 1246-1272.

Deaux, K. y Lafrance, M. (1998). Gender. Gilbert, Fiske, y Lindzey (Eds.), *The Handbook of Social Psychology*. McGraw-Hill, pp. 788-827.

De Beauvoir, S. (2013). *El segundo sexo*. México: Debolsillo.

Desan, M. H. (2013). Bourdieu, Marx, and Capital: A Critique of the Extension Model, en *Sociological Theory*, vol. 31, núm. 4, pp. 318-342.

Denisenko, M. (2015). "Эмиграция из России стала разнообразнее" [La emigración de Rusia se ha vuelto más diversa]. Ponencia llevada a cabo en el XVI Conferencia Internacional Académica. Escuela Superior de Economía de Moscú (abril).
Recuperado de: <https://iq.hse.ru/news/177665280.html>

Devine, J. *et al.* (2008). "Autonomy or Dependence – or Both?: Perspectives from Bangladesh" en *Journal of Happiness Studies*, vol. 9, núm. 1, pp. 105-138.

Dolútskaya, S. (2016). “Patrones, causas y la problemática de la migración a México desde Rusia y Ucrania”. Ponencia llevada a cabo en el 3º coloquio internacional sobre migraciones de los países pos soviéticos (21 noviembre). UAM, CDMX.

Dorman, O. (2010). Подстрочник [Notas a pie]. Moscú: Corpus.

Duflo, E. (2003). “Grandmothers and Granddaughters: Old Age Pension and Intra-Household Allocation in South Africa” en *World Bank Economic Review*, vol. 42, pp. 1-25.

Dugarova, E. (2019). “Gender, work, and childcare in Kazakhstan, Mongolia, and Russia” en *Social Policy Administration*, núm. 53, pp. 385–400.

Dutton, W. H., Helsper, E.J., Whitty, M., Buckwalter, G. y Lee, E. (2008). “Mate Selection in the Network Society: The Role of the Internet in Reconfiguring Marriages in Australia, the United Kingdom and United States,” Working Paper.

Recuperado de: <http://ssrn.com/abstract=1275810>

Elson, A. (1997). "The Mail-Order Bride Industry and Immigration: Combating Immigration Fraud" en *Indiana Journal of Global Legal Studies*, vol. 5, núm. 1, pp. 367-374.

Esping-Andersen, G. (2009). *The Incomplete Revolution: Adapting to Women's New Roles*. Cambridge: Polity Press.

Etkind, A. (2013). *La colonización interna en Rusia*. Moscú: Eksmo.

Erickson, R. J. (2005). “Why emotion work matters: Sex, gender, and the division of household labor” en *Journal of Marriage and Family*, núm. 67, pp. 337–351.

Guerrero, O. (2014). “Malestares laborales y condición masculina: reflexiones en torno a la flexibilidad laboral” (pp. 51-78) en Figueroa, J. (coord.) *Políticas públicas y la experiencia de ser hombre: paternidad, espacios laborales, salud y educación*. México: El Colegio de México.

Friedkin, N. (2004). "Social cohesion" en *Annual Review of Sociology*, núm. 30, pp. 409-425.

Frisby C.M. (2006). "Shades of beauty": Examining the relationship of skin color to perceptions of physical attractiveness" en *Facial Plastic Surgery*, vol. 22, núm. 3, pp. 175-179.

Flanders, J. (2014). *The Making of Home: the 500-Year Story of How Our Houses Became Our Homes*. Londres: Thomas Dunne Books.

Foessel, M. (2010). *La privación de lo íntimo. Las representaciones políticas de los sentimientos*. Barcelona: Península.

Foucault, M. (1998). "El sujeto y el poder", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 50, núm. 3, pp. 3-20.

Fukuyama, F. (1995). *Trust: the Social Virtues and the Creation of Prosperity*. Nueva York: Free Press.

Garcia Palafox, G. (2016). *¿Oprimidas o empoderadas? Dónde están las mexicanas del siglo XXI*. CDMX: Gatopardo/Fundación Banorte.

Gay, P. (1995). *The Freud Reader*. Estados Unidos: W.W.Norton and Co.

Gershuny, J. y Sullivan, O. (2003). "Time use, gender, and public policy regimes" en *Social Politics*, núm. 10, pp. 205–222.

Ghigi, R. (2016). "Gendering Desire. Male Power and Sexual Gap in Feminist and Sexuality Studies" en *Sociologica*, núm. 3., pp. 1-18.

Recuperado de: <https://doi.org/10.2383/85809>

Ghuman S. J., *et al.* (2006). "Measurement of women's autonomy according to women and their husbands: Results from five Asian countries" en *Social Science Research*, vol. 35, núm. 1, pp. 1-28.

Giddens, A. (2009). Sociología. Tercera edición revisada. Madrid: Alianza Editorial

----- (1992). The Transformation of Intimacy: Sexuality, Love and Eroticism in Modern Societies, Cambridge: Polity Press.

----- (1990). The Consequences of Modernity. Stanford: Stanford University Press.

Gobo, G. (2008). Doing Entnography. London: Sage Publications.

Goffman, E. (2017). “Gender Display” en *Visual Communication*, vol. 3, núm. 2, pp. 69-77.

Gold, R. (1958). “Roles in Sociological Field Observations” en *Social Forces*, vol. 36, núm. 3, pp. 217–223.

Goldthorpe, J. H. (2007). “Cultural capital: some critical observations” en *Sociologica*, núm. 7, pp. 1-28.

Goldman, W. (2010). Женщины у проходной. Гендерные отношения в советской индустрии. [Las mujeres en la entrada. Las relaciones de género en la industria soviética]. Moscú: Rosspen.

Goode, W. (1980). “Why Men Resist” en *Dissent*, núm. 27, pp. 289-310.

Recuperado de: <https://www.csus.edu/indiv/c/chalmersk/econ184sp09/WhyMenResist.pdf>

Green, A. (2013) “‘Erotic Capital’ and the Power of Desirability: Why ‘Honey Money’ Is a Bad Collective Strategy for Remediating Gender Inequality” en *Sexualities* vol. 16, núm. 1–2, pp. 137–58.

Gutmann, M. (2007). The meanings of macho. Being a man in Mexico City. 10th Anniversary Edition. University of California Press.

Hakim, C. (2014). *Capital Erótico. El poder de fascinar a los demás*. México: Debolsillo.

----- (2010). "Erotic Capital" en *European Sociological Review*, vol. 26, núm. 5, pp. 499–518.

Hagemann, K. (2006). "Between ideology and economy: The "time politics" of child care and public education in the two Germanys" en *Social Politics*, núm. 13, pp. 217-260.

Haraway, D. (1988). "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective" en *Feminist Studies*, vol. 14, núm. 3, pp. 575-99.

Hernández Zavala, M., Trejo Tinoco, Y. y Hernández, M. (2018). El desarrollo de habilidades socioemocionales de los jóvenes en el contexto educativo.

Recuperado de: <https://www.inee.edu.mx/wp-content/uploads/2019/05/10AlDia.pdf>

Hirsch, J. (2003). *A Courtship after Marriage: Sexuality and Love in Mexican Transnational Families*. Berkeley: University of California Press.

Hochschild, A. R. (2012). *The outsourced self. Intimate life in market times*. New York: Metropolitan Books.

----- (2003). "Love and Gold" en Ehrenreich, Barbara y Hochschild, Arlie (ed.) *Global Woman. Nannies, Maids, and Sex Workers in the New Economy*. New York: Metropolitan Books, pp. 34-46.

----- (1989). *The Second Shift: Working Parents and the Revolution at Home*. Nueva York: Viking Press.

----- (1983). *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*. Berkeley: University of California Press.

Holstein, J. y Gubrium, J. (2003). *Postmodern Interviewing*. Londres: Sage.

Hootsuite y We Are Social (2019). “Digital 2019 Global Digital Overview”.

Recuperado de: <https://datareportal.com/reports/digital-2019-global-digital-overview>

Humfrey, P. (ed.) (2011). The experience of domestic service for women in early modern capitalism. London Farnham: Ashgate.

INEGI (2020). Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo. Recuperado de: <https://www.inegi.org.mx/programas/enoe/15ymas/>

Illouz, E. (2012) Porqué duele el amor: una explicación sociológica. Buenos Aires: Katz Editores.

----- (2007). Cold Intimacies: the Making of Emotional Capitalism. Cambridge: Polity Press.

----- (1997) Consuming the Romantic Utopia Love and the Cultural Contradictions of Capitalism. Berkeley: University of California Press.

International Organization for Migration (2020). World Migration Report. IOM: Geneva.

Recuperado de: https://www.un.org/sites/un2.un.org/files/wmr_2020.pdf

Izquierdo, I. (2013). Tensiones, distensiones y estrategias identitarias. El caso de los científicos de la ex Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) inmigrantes en México en los noventa. Tesis de Doctorado en Pedagogía, Universidad Nacional Autónoma de México.

Jamieson, L. (1999). Intimacy Transformed? A Critical Look at the ‘Pure Relationship’ en *Sociology*, 33 (3), pp. 477 – 494.

Karam, A. (2012). “Сексуальное воспитание подростков и проблемы полового просвещения” [“Educación sexual de adolescentes y sus problemas”] en *Las Noticias de la Universidad de Altay*, vol.2, núm. 1, pp. 208-210.

Kemper, T. D. (1978). *A Social Interactional Theory of Emotions*. New York: John Wiley.

Ketelaars, E. (2019). “Geographical value spaces and gender norms in post-Maidan Ukraine: The failed ratification of the Istanbul Convention” en *Review of International Studies*, vol. 45, núm. 5, pp. 731-747.

Kimmel, M. (2000). *Gendered Society*. Oxford - New York, Oxford University Press.

Kojima, Y. (2001). “In the Business of Cultural Reproduction: Theoretical Implications of the Mail-Order Bride Phenomenon”, en *Women’s Studies International Forum*, vol. 24, núm. 2, pp. 199–210.

Кон, И. (2009). *Мужчина в меняющемся мире [El hombre en el mundo cambiante]*. Moscú: Vremia.

----- (2008). *80 лет одиночества [80 años de soledad]*. Moscú: Vremia.

----- (2005). *Сексуальная культура в России. Клубничка на березке [La cultura sexual en Rusia. Fresa en un abedul]*. Moscú: Iris Press.

Kovalevskaya, Sofía (1974). *Воспоминания. Повести [Memorias. Historias]*. Moscú: Editorial URSS.

Kuzmina, E. (2011). “Сообщества в Живом Журнале – новые коммуникативные возможности для субкультурных групп и общественных инициатив” [Los grupos en LiveJournal – las nuevas oportunidades comunicativas para subculturas y las iniciativas sociales] en *Журнал исследований Социальной Политики*, vol. 9, núm. 3, pp. 3-7.

Nehring, D. (2012). Representaciones de sexualidad y cambio cultural en novela de autoayuda (pp. 285-310) en Esteinou, Rosario (coord.) *La nueva generación social de familias. Tecnologías de reproducción asistida y temas contemporáneos*. CDMX, CIESAS: Publicaciones de la Casa Chata.

Nikitin, B. y Nikitina, E. (2017). Мы, наши дети и внуки. Часть 1 и 2 [Nosotros, nuestros hijos y nietos. Volumen 1 y 2]. Moscú: Samokat.

Lachance-Grzela, M. y Bouchard, G. (2010). “Why do women do the lion's share of housework? A decade of research” en *Sex Roles*, vol. 63, núm. 11-12, pp. 767-780.

Lahire, B. (2004) “Escena II. Los resortes de la acción” en *El hombre plural. Los resortes de la acción*, trad. de Marie José Devillard. Ediciones Bellaterra, Barcelona, pp. 69-131.

Lastovka, T. (2011) “Тунеядство в СССР (1961-1991): юридическая теория и социальная практика” en *Антропологический форум* [Desempleo en la URSS (1961-1991: la Teoría Jurídica y la Práctica Social en *Foro Antropológico*], núm. 14, pp. 47-78.

Lebina, N. (2015). “Мужчина и женщина: Тело, мода, культура. СССР – оттепель” [Hombre y mujer: Cuerpo, moda, cultura. URSS – deshielo]. Moscú: Novoe Literaturnoe Obozrenie.

Lessing, D. (1998). *Walking in the Shade, Volume Two of My Autobiography, 1949-1962*. Londres: Flamingo.

Lezhnina, J. (2013). “Трансформация гендерных ролей в современной России” en *Общественные науки и современность* [“La transformación de los roles de género en Rusia” en *Las ciencias sociales y la modernidad*], núm. 4, pp. 165-176.

Lam, C. B., McHale, S. M., y Crouter, A. C. (2012). “The Division of Household Labor: Longitudinal Changes and Within-Couple Variation” en *Journal of marriage and the family*, núm. 74, vol. 5, pp. 944–952.

Lamsal, M. (2012). “The Structuration Approach of Anthony Giddens” en *Himalayan Journal of Sociology y Antropology*, vol. 5, pp. 111-122.

Lavner, J. A., Karney, B. R., y Bradbury, T. N. (2016). "Does Couples' Communication Predict Marital Satisfaction, or Does Marital Satisfaction Predict Communication?" en *Journal of marriage and the family*, vol. 78, núm. 3, pp. 680–694.

Lively, K. J., y Powell, B. (2006). "Emotional Expression at Work and at Home: Domain, Status, or Individual Characteristics?" en *Social Psychology Quarterly*, vol. 69, núm. 1, pp. 17–38.

Liu, M. (2015). "Surrogate Dating and the Translation of Gendered Meanings across Borders: The Case of China's E-mail-Order Brides" en *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 41, núm. 1, pp. 29-53.

Lizardo, O. (2004). "The cognitive origins of Bourdieu's habitus" en *Journal for the Theory of Social Behaviour*, núm. 34, pp. 375-401.

Lotman, Y. (1994). Беседы о русской культуре. Быт и традиции русского дворянства. [Conversaciones sobre la cultura rusa. La vida cotidiana y las tradiciones de la aristocracia rusa]. St. Petersburg: Iskustvo. .

Lukes, S. (2005). *Power: A Radical View*. Second Edition. Nueva York: Palgrave.

Majhanovich, S. y Deyrich, M. (2017). "Language learning to support active social inclusion: Issues and challenges for lifelong learning" en *International Review of Education*, núm. 63, pp. 435-452.

May, S. (2011). *Love. A history*. New Haven and London: Yale University Press.

Maynes, M. y Waltner, A.B. (2012). *The Family: A World History*. Oxford: Oxford University Press.

Mauss, M. (1966). *The Gift. Forms and Functions of Exchange in Archaic Societies*. London: Cohen and West LTD.

Merriman, J. (2012). "Holy Matrimony Plus Shipping and Handling. A Libertarian Perspective on the Mail-Order Bride Industry", en *The Independent Review*, vol. 17, núm. 1, pp. 81-93.

Mitrojin, N. (2009). Гендерные отношения и Русская православная церковь в современной России: «Домострой», благочестивый гламур и биоэтика [Las relaciones de género y la iglesia ortodoxa rusa en Rusia contemporanea: "Domostroy", glamour respetable y bioética] en (pp. 189-214) en *Гендер для чайников – 2. [Género para principiantes, segunda edición]*. Moscú: Fondo de H. Boell.

Moreno Pestaña, J.L. (2016). La cara oscura del capital erótico. Capitalización del cuerpo y trastornos alimentarios. Madrid: Ediciones Akal.

Mullings, L. (2005). "Interrogating racism: Toward an antiracist anthropology" en *Annual Review of Anthropology*, vol. 34, núm. 1, pp. 667-693.

Muñoz Boudet, A.M. *et al.* (2013). On norms and agency: conversations about gender equality with women and men in 20 countries. Washington D.C: The Worldbank.

Recuperado de: <http://documents.worldbank.org/curated/en/234151468324057689/On-norms-and-agency-conversations-about-gender-equality-with-women-and-men-in-20-countries>

New Europe Centre (2017). Generación Z en Ucrania: valores y orientaciones. Encuesta nacional. Kiev: Fondo de Friedrich Ebert Stieftung.

Recuperado de:

http://neweurope.org.ua/wp-content/uploads/2017/11/Ukr_Generation_rus_inet.pdf

Oakley, A. (1981). "Interviewing Women: A Contradiction in Terms" en H. Roberts (ed.), *Doing Feminist Research* (pp. 30 - 61). Londres: Routledge.

Ortner, S. B. y Whitehead, H. (1996). "Indagaciones acerca de los significados sexuales" en Lamas, Marta (ed.) *El Género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, M.A. Porrúa, pp.151-170

Paglia, Camille (1990). *Sexual personae: Art and decadence from Nefertiti to Emily Dickinson*. Yale University Press.

Park, H. S., Levine, T. R., Weber, R., Lee, H. E., Terra, L. I., Botero, I. C., Wilson, M. S. (2012). "Individual and cultural variations in direct communication style" en *International Journal of Intercultural Relations*, vol. 36, núm. 2, pp. 179-187.

Parsons, T. (1955), "The American Family: its Relations to Personality and to the Social Structure", en Talcott Parsons y Robert F. Bales (comps.), *Family: Socialization and Interaction Process*. New York: The Free Press.

Pateman, C. (1995). *El contrato sexual*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Anthropos.

Patico, J. (2010). "Kinship and Crisis: Embedded Economic Pressures and Gender Ideals in Postsocialist International Matchmaking" en *Slavic Review*, vol. 69, núm. 1, pp. 16-40.

Perez Nila, K.M. (2016). "Representaciones de la maternidad y la paternidad en Xichú, Guanajuato. ¿Dicotomías impertinentes o guías para la acción?" en *Sociológica*, vol.31, núm. 88, pp. 235-267.

Persson, E. (2015). "Banning "Homosexual Propaganda": Belonging and Visibility in Contemporary Russian Media" en *Sexuality y Culture*, núm. 19, pp. 256–274.

Piercy, F. P., y Piercy, S. K. (1972). "Interpersonal attraction as a function of propinquity in two sensitivity groups" en *Psychology: A Journal of Human Behavior*, vol. 9, núm. 1, pp. 27–30.

Pinho, P., y Araújo, T. (2012). "Association between housework overload and common mental disorders in women" en *Revista Brasileira de Epidemiologia*, vol. 15, núm. 3, pp. 560-572.

Pisarenko, M. (2017). Cultural influences upon soviet-era programmatic piano music for children. Tesis del doctorado en artes musicales, Universidad de Nevada.

Pizzonia, C. (2018) “La identidad de los migrantes científicos de la ex URSS en México. Entre la historia y la subjetividad” (pp. 331-352) en Pizzonia, Cristina (coord.) Migracion Desde La Ex URSS. La Diáspora Veinticinco Años Después. CDMX: Itaca/Universidad Autonoma Metropolitana Unidad Xochimilco.

Plotkin, B.M. (2001). The emergence and development of psychoanalytic culture in Argentina. Stanford: Stanford University Press.

Ponomareva, E., Chou, S. y Nikolsko-Rzhevskyy, A. (2018). Social and Economic Impacts of International Marriages in Europe en *Journal of Labor Research*, vol. 39, núm,3, pp 259–276.

Porteous, H. (2014). Reading femininity, beauty and consumption in Russian women's magazines. PhD thesis. University of Glasgow.

Potarca, G. (2014). Modern Love: Comparative insights in online dating preferences and assortative mating. Tesis del doctorado en sociología, Universidad de Groningen. Recuperado de: [https://www.rug.nl/research/portal/en/publications/modern-love\(94072d0e-1a8d-49df-a2b6-f3a329f6b207\).html](https://www.rug.nl/research/portal/en/publications/modern-love(94072d0e-1a8d-49df-a2b6-f3a329f6b207).html)

Pushkareva, O. (2012). “Гендерная система Советской России и судьбы россиянок” [Sistema de género de la Unión Soviética y el destino de las mujeres rusas] en *New Literature Review*, núm. 117, pp. 78-112.

Rahman, L. y Rao, V. (2004). "The Determinants of Gender Equity in India: Examining Dyson and Moore's Thesis with New Data" en *Population and Development Review*, vol. 30, núm. 2, pp. 239-268.

Reckwitz, A. (2002). “Toward a Theory of Social Practices: A Development in Culturalist Theorizing” en *European Journal of Social Theory*, vol. 5, núm. 2, pp. 243-263.

Reay, D. (2000). "A Useful Extension of Bourdieu's Conceptual Framework?: Emotional Capital as a Way of Understanding Mothers' Involvement in Their Children's Education" en *The Sociological Review*, vol. 48, núm. 4, pp. 568-585.

Rimashevskaya, N. (ed.) (2009). Гендерные стереотипы в меняющемся обществе: опыт комплексного социального исследования [Los esteriotipos de género en la sociedad cambiante: experiencia de una investigación social integrada]. RAN: Nauka.

Rojas, O. (2014). Men and Conjugal Life in Mexico: Change and Persistence (pp. 93-106) en Nehring, Daniel, Esteinou, Rosario y Alvarado, Emmanuel (coord.) *Intimacies and cultural change: perspectives on contemporary Mexico*. Farnham: Ashgate.

Romanova, N. y Ryzhkova, A. (2013). "Разновозрастный Брак: Парадигмы Исследования" [Matrimonio Multigeneracional: Los Paradigmas de Investigación] en *Vestnik ZabGU*, vol. 3, núm. 94, pp. 66-80.

Ross, L. (1960). "Some Aspects of Soviet Education" en *The Journal of Teacher Education*, vol. 11, núm. 4, pp. 539-552.

Rotkirch, A. (2000). *The Man's Question. Loves and Lives in Late 20th Century Russia*. Helsinki: University of Helsinki.

Rotkirch, A. y Temkina, A. (1997). "Soviet gender contracts and their shifts in contemporary Russia" en *Idäntutkimus*, núm. 4, pp. 6-23.

Rosstat (2017). *Russia in Figures. Statistical Handbook*. Moscow: Federal State Statistical Service.

Rubin, G. S. (1984) *Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality*. Duke University Press.

Recuperado de:

<https://sites.middlebury.edu/sexandsociety/files/2015/01/Rubin-Thinking-Sex.pdf>

Rudman, L. y Glick, P. (2008). *The Social Psychology of Gender. How Power and Intimacy Shape Gender Relations*. New York: Guilford Press.

Ryazantsev, S. y Sivoplyasova, S. (2018). Russian women in the international marriage market: ways of migration and adaptation in host societies en *Monitoring of Public Opinion:Economic and Social Changes*, núm. 5. pp. 183—203 Disponible en: <https://doi.org/10.14515/monitoring.2018.5.15>.

Ryzhkov, A. y López Rocha, N.(2018) “Migración de Ucrania y Rusia a México: una mirada a través de la traducción pericial” (pp. 353-376) en Pizzonia, Cristina (coord.) *Migracion Desde La Ex URSS. La Diáspora Veinticinco Años Después*. CDMX: Itaca/Universidad Autonoma Metropolitana Unidad Xochimilco.

Samovik, O. (2013). Детские музыкальные школы и детские школы искусств в системе современного модернизирующегося музыкального образования. [Las escuelas de música y de artes infantiles en el sistema modernizada de la educación musical] en *Vestnik de la Universidad de Adugey: Pedagogía y Psicología*, núm. 2, vol. 117, pp. 62-67.

Schuetz, A. (1944). The Stranger: An Essay in Social Psychology en *American Journal of Sociology*, núm. 49, vol. 6, pp. 499-507.
<http://www.jstor.org/stable/2771547>

Schaeffer-Grabel, F. (2006). “Planet-Love.com: Cyberbrides in the Americas and the Transnational Routes of U.S. Masculinity” en *Signs*, vol. 31, núm. 2, pp. 331-356.

Scott, J. W. (1996). “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en M. Lamas (comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, PUEG/Miguel Angel Porrúa. México, pp. 265-302.

Semenova-Tyan-Shanskaya, O. (2010; 1914). Жизнь Ивана [La vida de Ivan]. Moscú: Universidad de Lomonosov.

Sheller, M. and Urry, J. (2006). “The New Mobilities Paradigm” en *Environment and Planning*, núm. 38, vol. 2, pp. 207–226.

- Simmel, G. (1950). *The Sociology of Georg Simmel*. New York: Free Press .
- Simon, R. W., y Nath, L. E. (2004). “Gender and emotion in the United States: Do men and women differ in self-Reports of feelings and expressive behaviour?” en *American Journal of Sociology*, vol. 109, núm. 5, pp. 1137-1176.
- Šmejkalová-Strickland, J. (1994). Do Czech women need feminism? en *Women's Studies International Forum*, vol. 17, núm. 2, pp. 277-282.
- Smith, J. (2013). *Red Nations: The Nationalities Experience in and After the USSR*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sönmez, B. (2018). Стамбул, Стамбул [Estambul, Estambul]. Moscú: Inostranka.
- Starr, E. y Adams, M. (2016). “The Domestic Exotic: Mail-Order Brides and the Paradox of Globalized Intimacies” en *Signs*, vol. 41, núm. 4, pp. 953-974.
- Stites, R. (1991). *The Women's Liberation Movement in Russia. Feminism, Nihilism, and Bolshevism 1860- 1930*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- Subsecretaría de Población, Migración y Asuntos Religiosos/SEGOB (2018). Boletín Anual de Estadísticas Migratorias. México, D. F.
- Recuperado de:
http://www.politicamigratoria.gob.mx/work/models/SEGOB/CEM/PDF/Estadisticas/BoletinesMyH/2018/Boletin_MyH_2018.pdf
- Taylor, G. and Perezniето, P. (2014). Review of evaluation approaches and methods used by interventions on women and girls’ economic empowerment. London: ODI.
- Tenorio Tovar, N. (2012). “Repensando el amor y la sexualidad: una mirada desde la segunda modernidad” en *Sociológica* (México), vol. 27, núm. 76, pp. 7-52.

Temkina, A. (8 de marzo de 2018). «В России мало «нормальных» мужчин, с которыми бы хотелось создать семью» [En Rusia hay pocos hombres “normales”, con quien una quisiera tener una familia] en *Business Online*.

Recuperado de: <https://www.business-gazeta.ru/article/374941>

----- (2010). “Добрачная девственность: культурный код гендерного порядка в современной Армении (на примере Еревана)” [La virginidad premarital: un código cultural del orden de género en la Armenia moderna (el ejemplo de Ereván)] en *Laboratorium. Журнал социальных исследований* [Laboratorium. Revista de estudios sociales], núm. 1, pp. 129-159.

----- (2009). Новый быт, сексуальная жизнь и гендерная революция [La nueva cotidianidad, la vida sexual la revolución de género] en *Гендерные исследования повседневности* [Los estudios de género de cotidiniadad]. Monografía colectiva. San Petersburgo: La Universidad Europea de San Petersburgo.

Tichenor, V. (2005). “Maintaining Men’s Dominance: Negotiating Identity and Power When She Earns More” en *Sex Roles*, vol. 53, núm. 3, pp. 191-205.

Ticineto, P. y O’Malley, J. (2007). (eds). *The Affective Turn. Theorizing the Social*. Durham: Duke University Press.

Tipa, J. (2020). “‘Latino Internacional, No Güeros, No Morenos’. Racismo Colorista En La Publicidad En México” en *Boletín de Antropología*, vol. 34, núm. 59, pp. 130–53.

Tyuryukanova, E.V. (1996). Миграция женщин из России: еще одна "стратегия успеха"? [La migración de mujeres de Rusia: ¿otra "estrategia para el éxito"?] en *Гендерные аспекты социальной трансформации* [Aspectos de género en la transformación social]. Moscú: Instituto de Problemas Socioeconómicos de la Población.

Wanner, C. (2011). “An Anthropological Light: Ethnographic Studies of Russia and Ukraine in the Post-Soviet Era” en *Canadian Slavonic Papers / Revue Canadienne des Slavistes*, vol. 53, núm. 2/4, pp. 545-557.

Weber, M. (2012). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Alianza.

Vélez Bautista, G. (2005). “Espacio y subjetividad. Orden social desde lo privado y lo público” en *Espacios Públicos*, vol. 8, núm. 15, pp. 150-161.

Vijayasiri, G. (2011). “The allocation of housework: Extending the gender display approach” en *Gender Issues*, vol. 28, núm. 3, pp. 155-174.

Wacquant, L. (2013) “Homines in Extremis: What Fighting Scholars Teach Us about Habitus” en *Body and Society*, vol. 20, núm. 2 (June), pp. 1-15.

Wade, P. (2000). *Raza y etnicidad en Latinoamérica*. Ecuador: Abya – Yala.

West, C. y Zimmerman, D. H. (1987). “Doing Gender” en *Gender and Society*, vol. 1, núm. 2., pp. 125-151.

Wylie, K. *et. al.* (2009). “A Global Survey of Sexual Behaviours” en *Journal of Family and Reproductive Health*, vol.3, núm. 2, pp. 39-49.

Wolf, N. (1991). *The Beauty Myth*. New York: Anchor Books, Doubleday.

Volkov, V. y Jarjordin, O. (2008). *Теория практик [La teoría de prácticas]*. San Petersburgo: Universidad Europea de San Petersburgo.

Voronina, O. (2009). “Has Feminist Philosophy a Future in Russia?” en *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 34, núm. 2, pp. 252-257.

Yakushko, O. y Rajan, I. (2017). “Global Love for Sale: Divergence and Convergence of Human Trafficking with “Mail Order Brides” and International Arranged Marriage Phenomena”, en *Women y Therapy*, vol. 40, núm. 1-2, pp. 190-206

Yalom, M. (2003). *Historia de la Esposa*. Madrid: Salamandra.

Yukina, I.I. (2007). Русский феминизм как вызов современности [El feminismo ruso como el desafío de la modernidad]. St Petersburg: Aleteya.

Zabyelina, Y. (2012). “Mail-Order Brides: Content Analysis of Eastern European Internet Marriage Agencies”, en *Slovo*, vol. 21, núm. 2, pp. 86-100.

Zare, B. y Mendoza, S. L. (2011). “Mail-order brides in popular culture: Colonialist representations and absent discourse”, en *International Journal of Cultural Studies*, vol. 15, núm. 4, pp. 365-381.

Zdravomyslova, E. y Temkina, A. (2007). Российский гендерный порядок: социологический подход. [Orden de género en Rusia: un enfoque sociológico]. St. Petersburg: La Universidad Europea de St. Petersburg.

Zelizer, V. (2009). La negociación de la intimidad. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

----- (1994). The Social Meaning of Money: Pin Money, Paychecks, Poor Relief and Other Currencies. Nueva York: Basic Books.

Zetkin, C. (1906). “Social-Democracy and Woman”, Discurso traducido por Jacques Bonhomme.

Recuperado de: <https://www.marxists.org/archive/zetkin/1906/xx/womansuffrage.htm>

Zhaivoronok, D. (2018) Тревожность, перевод и мечта об общем языке: зачем феминистки обсуждают коммерческий секс [Ansiedad, traducción y el sueño del lenguaje común: sobre la discusión feminist del sexo comercial] en *Sociology of Power*, vol. 30, núm 1, pp. 33-59.

Zhidkova, E. y Zdravomyslova, E. (2009) Семья с гендерной точки зрения: тихая заводь, поле битвы или коммерческий проект? [La familia desde la perspectiva de género. ¿Refugio, el campo de batalla o el proyecto comercial?] (pp. 89-112) en *Гендер для чайников – 2*. [Género para principiantes, segunda edición]. Moscú: Fondo de H. Boell.

Zhurko, T. (2012). Александра Коллонтай и социальные основы женского вопроса [Alejandra Kollontái y las bases sociales del cuestión de la mujer], en *Гендерный маршрут* [La ruta de género], núm. 15, pp. 14-22.

Zug, M. (2012). “Lonely Colonist Seeks Wife: The Forgotten History of America’s First Mail Order Brides”, en *Duke Journal of Gender Law y Policy*, vol. 20, núm. 85, pp. 85-125.